

EL DECLIVE DEL NEOLIBERALISMO

La crisis de la solución a la crisis



CUADERNOS DE
ESTRATEGIA núm. 2

Licencia Creative Commons

Reconocimiento-NoComercial-SinObraDerivada 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0)

© Zona de Estrategia, 2024

Título del monográfico:

El declive del neoliberalismo

La crisis de la solución a la crisis

Cuadernos de Estrategia, número 2, noviembre de 2024

Suscripciones en www.zonaestrategia.net

PVP 12 €

ISSN: 3020-7991

Depósito legal: M-7792-2024

Edita: Zona de Estrategia / Observatorio Metropolitano de Madrid

C/ Peñuelas 12, Madrid, 28005.

www.zonaestrategia.net

Produce: Traficantes de Sueños

C/ Duque de Alba 13, Madrid, 28012.

www.traficantes.net

Contenidos

Introducción	7
La crisis de la financiarización: la crisis de la solución a la crisis <i>Isidro López Hernández</i>	11
La lenta caída de las sociedades del Norte global <i>Emmanuel Rodríguez López</i>	29
El gobierno de la decadencia de Europa. Crisis, integración y nueva derecha radical <i>Nuria Alabao y Pablo Carmona</i>	87
Crisis y luchas a escala europea: internacionalismo y ecologismo social frente al capitalismo verde militar <i>Pedro Ramiro</i>	129

Introducción

La crisis de la solución a la crisis

El *crash* bursátil e inmobiliario de 2008 nos devolvió violentamente a la vieja teoría de la crisis. Desde la década de 1970, no se había vivido una destrucción tan rápida del capital acumulado en valores financieros, inmuebles y empresas, al menos en los países del Norte global. Tampoco se recordaba un pánico económico y social tan contagioso, al menos entre los sectores sociales que pasaron de puntillas —por no decir a caballo— sobre las prácticas más depredadoras del neoliberalismo triunfante de las décadas de 1990 y 2000.

El grado de incertidumbre de la economía mundial y de fragilización de las sociedades ricas ha crecido irremediabilmente desde entonces. La persistencia de la crisis en Europa —al menos hasta 2013-2014—, la llegada de la pandemia en 2019 y el posterior ciclo inflacionista que dura hasta hoy, se han visto acompañados por la presencia cada vez más tenebrosa de las consecuencias del calentamiento global, así como de la creciente sensación de que Europa es el gran perdedor de esta nueva fase del capitalismo en crisis. Si a ello se añade el creciente belicismo que ha estallado en el cinturón exterior europeo (Ucrania, Palestina, Líbano, Yemen, Sahel) tenemos casi completo el puzzle de una situación que si bien no es la del rápido colapso de la «civilización capitalista» con centro en Europa, al menos se le puede parecer bastante.

Sin lugar a la paradoja, en una situación de recuperación solo aparente, esta crisis se experimenta bajo el signo de la apatía y la desmovilización generalizadas, al igual que del agotamiento y el descreimiento respecto de la política institucional, que en ocasiones da vuelos a las opciones radicalizadas de las nuevas derechas o de las derechas posfascistas. En este marco, las élites europeas basculan entre la tentación de una vuelta a la austeridad, que en 2011 se demostró políticamente peligrosa, y la expansión relativa del gasto público capaz, por el momento, de pacificar la situación.

La cuestión que se dirime por tanto es hasta cuándo se podrá mantener este impás: ¿hasta cuándo los factores de crisis –crecimiento débil, retraso en la carrera con EEUU y China, endeudamiento público– podrán sostener un relativo equilibrio, sin producir enormes trastornos y sufrimientos? La teoría de las crisis que volvimos a aprender en 2008 nos ha enseñado que, cuando la normalidad capitalista entra en barrena, es el tiempo de los momentos explosivos y rápidos de politización, tal y como ocurrió en el sur de Europa en 2011. Pensar y analizar las líneas de la crisis actual es, por eso, un ejercicio de anticipación. Si somos capaces de al menos intuir dónde comenzarán a desenhebrarse estas sociedades, estaremos en disposición de intervenir sobre ellas.

En esta nueva entrega de *Cuadernos de Estrategia* se reúnen cuatro colaboraciones, todas ellas resultado de las discusiones en el consejo de redacción. La primera de Isidro López, «La crisis de la financiarización: la crisis de la solución a la crisis», nos presenta el marco general bajo la perspectiva de un capitalismo gripado desde la crisis industrial de los años setenta, y para el cual no hay perspectiva de solución. En este artículo, se dibuja así un horizonte de reestructuración capitalista improbable, dado que ni el capitalismo verde ni una nueva solución espacial —al modo en que lo fue China en los años dos mil y dos mil diez— parece hoy disponible. La segunda de Emmanuel Rodríguez, «La lenta caída de las sociedades del Norte global», nos introduce en los principales parámetros de la descomposición paulatina de la estabilidad política y cultural de las sociedades ricas: la pérdida de competitividad del viejo hegemón euroestadounidense frente al nuevo taller del mundo ubicado en la costa asiática del Pacífico, lo cual se traduce para la región euroestadounidense en una situación de crecimiento tendente al estancamiento, en Estados cada vez menos capaces de generar marcos de estabilización social suficientes y en mercados de trabajo progresivamente dominados por las mismas lógicas de precariedad, proletarianización e infrarremuneración del resto del planeta. De forma concomitante, actúan un conjunto de factores que tienen que ver con la crisis demográfica de estas sociedades, la creciente desigualdad interna y las lógicas de racialización y extranjerización de una parte sustancial de sus poblaciones. Juntos, estos dos artículos componen una suerte de ampliación o actualización a escala regional de su trabajo *Fin de ciclo. Financiarización, territorio y sociedad de propietarios en la onda larga del capitalismo hispano* (Traficantes de Sueños, 2010).

El tercer artículo de este número, firmado por Nuria Alabao y Pablo Carmona, es un análisis específico de la crisis de la Unión Europea en sus aspectos más propiamente políticos, a través de la exploración de la historia reciente del autoritarismo europeo. Su aportación se cifra fundamentalmente en reconocer que no hay un proyecto político claro para este espacio regional por parte de las élites europeas más allá del reforzamiento de la línea autoritaria, la cual se va a poner en marcha sobre los parámetros heredados y plenamente funcionales de las democracias liberales, que se fundaron en la inmediata posguerra de 1945. También avisan de que esta confusión o incapacidad para ofrecer una alternativa se reconoce de forma explícita en la nueva derecha radical. Por último, se incluye el artículo de Pedro Ramiro, «Crisis y luchas a escala europea: internacionalismo y ecologismo social frente al capitalismo verde militar». En esta contribución se observa la combinación paradójica entre reindustrialización militar y capitalismo verde que se pretende ensayar en la Unión Europea. Igualmente se consideran las luchas y prácticas de resistencia que atraviesan al continente, lo que permite considerar la posibilidad, de nuevo, de un movimiento social y ecologista a escala europea.

La crisis de la financiarización: la crisis de la solución a la crisis

Isidro López Hernández

El mundo en que vivimos ha entrado en una nueva fase de la crisis. Pero ¿de qué crisis estamos hablando? ¿A cuál de las casi infinitas declinaciones de la palabra crisis nos referimos? ¿Es una crisis o son múltiples? ¿Es otra crisis o la misma de siempre? Evidentemente no hay a estas preguntas una respuesta ni única, ni definitiva. Y en cualquier caso, para este tipo de preguntas de tanto barrido una respuesta sólida es aquella que, a su vez, genera otros tantos interrogantes, y sucesivamente.

Por un lado, el periodo actual es la continuación de tendencias que vienen de largo, sobre todo en los elementos que la componen tomados analíticamente uno por uno, pero también tiene algo de radicalmente nuevo, en la manera en que estos elementos se combinan y jerarquizan para diseñar campos preferenciales de descarga de costes. Los Estados capitalistas centrales, EEUU y los grandes países de Europa occidental, que han sido sinónimo de poder político y económico sobre el resto del mundo durante cuatro siglos, están, por primera vez de forma visible, en el lado «perdedor» de la crisis. Pero esta afirmación de la «decadencia» de Occidente apenas ha afectado a las posiciones de poder de sus distintas élites dirigentes, más allá de una constante pérdida de legitimidad de la representación en la esfera espectacularizada de la política electoral. No se puede decir lo mismo de las poblaciones de Estados Unidos y Europa, sobre todo de las clases medias construidas por medios fundamentalmente socialdemócratas y keynesianos, que han ido perdiendo la capacidad material de reproducir sus posiciones sociales en el largo ciclo neoliberal. Y es que sobre la existencia de estas clases medias acomodadas

se ha sostenido fundamentalmente la legitimación de los regímenes políticos del Occidente capitalista posteriores a la Segunda Guerra Mundial.

La gran diferencia entre la situación actual y la crisis de 2008 es que esta no es una crisis financiera. En el *crash* financiero, la brusca desvalorización de los precios de los activos provocó una rápida sucesión de intervenciones de emergencia y legislaciones de excepción para poner un suelo a la situación de caída libre. En el caso de la crisis de 2008, esta coyuntura agonística trajo lo que entonces fueron los mayores rescates bancarios de la historia, en una intervención global de los bancos centrales que situó visiblemente a la Reserva Federal de Estados Unidos como cabeza dirigente del capitalismo financiero global, con el Banco Central Europeo como sucursal de la Fed en la Zona Euro.¹ La crisis financiera duró poco, los aproximadamente catorce meses que van desde septiembre de 2007 a diciembre de 2008, lo realmente largo ha sido la cola de consecuencias económicas y políticas. Esta ha consistido en una mezcla experimental de políticas monetarias extremadamente laxas y distintas rondas de austeridad en el gasto público, que trajeron los rescates billonarios² en los momentos de pánico financiero. Y estas consecuencias han durado más de una década sin que el dinamismo del proceso de acumulación, el crecimiento, se haya recuperado.

La insólita serie de intervenciones estatales que acometieron los países capitalistas centrales durante los momentos de congelación casi absoluta de todos los circuitos económicos durante el periodo pandémico fueron el aviso de una transformación profunda en la coyuntura capitalista. Tanto en Estados Unidos como en Europa, la escala de las intervenciones deja pequeños los rescates bancarios de la crisis de 2008.³ Pero no es solo una cuestión de escala de la transformación es también, y sobre todo, una cuestión cualitativa. La total sensación de experimentación en las políticas públicas de excepcionalidad pandémica, en una situación en la que los niveles de sumisión a los aparatos de Estado fue máxima en todo el mundo, ha tenido como resultado desarrollos concretos que parecían muy lejanos, cuando no simplemente impensables, tan solo hace unos pocos años.

¹ John Grahl, «La dolarización de la Eurozona», *New Left Review*, núm. 125, noviembre-diciembre de 2020: «En las operaciones crediticias internas de la UE se utilizan dólares como garantía, tanto porque otras formas son escasas, como por el tratamiento normativo relativamente favorable de los *foreign exchange swaps* en relación con los repos en euros. Realmente, los *foreign exchange swaps* pueden ser el instrumento más importante dentro de los mercados de crédito de la eurozona».

² Según datos de Adam Tooze, todos los países de la OCDE gastaron entre el 30 % y el 90 % de su PIB en las distintas formas de rescate bancario en 2008. Adam Tooze, *Crash*, Barcelona, Crítica, 2018.

³ Por poner un ejemplo, el Troubled Assets Relief Plan (TARP) el mayor programa de compras por parte del gobierno norteamericano de activos tóxicos disponía de 700.000 millones de dólares, mientras la CARES Act aprobada por el gobierno de Donald Trump para intervenir el parón económico en la pandemia disponía de 3,3 billones de dólares.

¿El fin del capitalismo, de nuevo?

La total falta de precedentes históricos cercanos a algo parecido a los años de la pandemia en Europa y Estados Unidos, no así en otros lugares del mundo, ha traído de vuelta el debate acerca del final del capitalismo a los ámbitos de la economía crítica y el marxismo. En esta ocasión ha sido Evgeny Morozov en las páginas de la *New Left Review* quien firma quizá la intervención de mayor repercusión pública sobre el asunto.⁴ En «Crítica de la razón tecnofeudal» Morozov repasa, con el espíritu crítico que anuncia en el nombre del artículo, un elenco dispar de autores actuales y clásicos, que sostendrían en distinto grado que en realidad el capitalismo como tal habría desaparecido y en su lugar habría aparecido una especie de «neofeudalismo» extractor de rentas tecnológicas en Internet. El artículo de Morozov despacha de manera contundente la posibilidad de nada remotamente similar a un neofeudalismo. En su opinión Google o Spotify venden servicios de ordenación de la información y son como cualquier otra empresa capitalista que vende un producto en el mercado. «Spotify es tan capitalista de pura cepa como Henry Ford» sentencia Morozov.

Para Morozov el problema es que el diagnóstico de involución al «neofeudalismo» es el síntoma de la incapacidad de la izquierda para pensar el capitalismo financiero desde el análisis político y no desde la condena moral. Decir o sugerir lo «feudal», o simplemente el «extractivismo», como forma dominante del mundo económico actual es, para Morozov, una manera apenas velada de sostener el cliché de la clase capitalista «improductiva» y «parasitaria», y, sobre todo, sería una expresión de pereza intelectual que nos aleja del conflicto de clases «real».⁵ Este punto en concreto, central en el argumento de «Crítica de la razón tecnofeudal», es poco discutible: el avance del método crítico marxista, o simplemente materialista, sobre otras formas de crítica social es precisamente que se formula en términos políticos sistémicos y no morales, en última instancia acabar con el capitalismo es acabar con las posiciones de poder que produce, no con la corrupción moral de los humanos. Pero Morozov va más allá y entra en la crítica de lo que han sido algunas de las interpretaciones centrales del capitalismo de los últimos cuarenta años.

⁴ Evgeny Morozov, «Crítica de la razón tecnofeudal», *New Left Review*, núm. 133/134, marzo-junio de 2022. Este y otros textos relacionados o de respuesta al de Morozov se pueden encontrar recopilados en *Las bifurcaciones del capital*, Madrid, Traficantes de Sueños, 2022.

⁵ «La idea de que el feudalismo está resurgiendo también es coherente con las críticas de la izquierda que condenan el capitalismo como extractivista. Si los capitalistas de nuestros días son meros rentistas holgazanes que no contribuyen en nada al proceso de producción, ¿no merecen ser degradados al estatus de terratenientes feudales? Esta adopción del imaginario feudal por parte de las figuras de la intelectualidad de izquierda, amigas de los medios de comunicación y de los memes, no muestra signos de cesar. En última instancia, sin embargo, la popularidad del lenguaje feudal es una muestra de debilidad intelectual, más que de astucia». *Ibidem*.

En concreto, critica tanto la posición de Robert Brenner en el primer debate Brenner⁶ sobre la transición del feudalismo al capitalismo como el concepto de David Harvey de la acumulación por desposesión. Y no solo despacha a las «vacas sagradas», también a dos de los autores más jóvenes, Brett Christophers y Cédric Durand, que han defendido la diferencia específica entre los modelos capitalistas financiarizados de los últimos cuarenta años y los anteriores modelos manufactureros industriales.⁷ Aquí Morozov peca de una lectura superficial y apresurada que le lleva finalmente a caer en el trazo grueso de decir que vivimos en el «capitalismo de siempre», borrando de un plumazo las diferencias entre la producción de plusvalor y la captación de rentas.⁸

Volviendo a la fuente marxista de legitimación que el propio Morozov esgrime: Marx era perfectamente consciente de las diferencias entre el plusvalor y la renta. En concreto, las rentas del suelo, de las que no habla el artículo de Morozov, fueron un quebradero de cabeza para terminar de construir el fenomenal edificio de *El capital*. Los capítulos del Libro III dedicados a la renta del suelo son poco más que apuntes de trabajo recopilados por Engels en los que Marx, que veía las rentas del suelo como una forma feudal tendente a desaparecer, se enfrenta a este problema sin que le diera tiempo a mucho más que plantear el problema. En ese sentido, salvo que despachemos a Marx como «neofeudal», este debate sale de *El capital*. Por retomar el ejemplo, decir que Spotify es tan capitalista «de pura cepa» como Henry Ford solo es una contestación solvente para quienes no ven las diferencias evidentes entre Mark Zuckerberg o Elon Musk y un señor feudal, o entre los usuarios de Spotify y los siervos de la gleba. Para cualquier análisis más complejo de la relación entre la explotación y la expropiación, o entre plusvalor y renta, la afirmación de Morozov del *bussiness as usual* es una trivialidad.

Las preguntas entonces son: si seguimos en el capitalismo y no estamos en un «neofeudalismo» pero no estamos en el «capitalismo de siempre», ¿en qué régimen capitalista estamos? ¿Y en qué punto de su trayectoria se encuentra? La respuesta rápida sería que estamos en la crisis terminal del capital, una crisis de decantación lenta pero irreversible en la que los resortes que

⁶ El primer debate Brenner fue un debate propiamente historiográfico sobre la naturaleza y la periodización de la transición entre el feudalismo y el capitalismo en el que Robert Brenner defendía la hipótesis de la aparición del capitalismo agrario en Inglaterra y no en Francia como consecuencia de la diferente potencia de las luchas de clases en ambos países. Donde en Francia la fuerza del campesinado impedía la plena conversión de la agricultura al capitalismo, en Inglaterra, la derrota del campesinado fue clave para la construcción del modo de producción capitalista.

⁷ Brett Christophers ha escrito alguno de los libros recientes de mayor influencia en el mundo anglo sobre la financiarización entre ellos *Rentier Capitalism: who owns the economy and who pays for it?*, Londres, Verso, 2020. Cédric Durand por su parte publicó el interesante libro *Fictitious Capital: how finance is appropriating our future*, Londres, Verso, 2017 y relacionado directamente con el tema del artículo de Morozov, *Tecnofeudalismo*, Buenos Aires y Donosti, y La Cebra y Kaxilda, 2021.

⁸ K Marx, *El Capital*, trad. Pedro Scaron, Libro III, Madrid, Siglo XXI, 2001.

permitían el dinamismo del proceso de acumulación están definitivamente erosionados. Y, como dice Mckenzie Wark,⁹ el capitalismo puede haber muerto, pero algo peor puede venir después si no hay una contestación política a la altura y de la radicalidad de la transición histórica que estamos viviendo.

Exceso de capacidad permanente

Por un lado, el capitalismo no termina de superar los bloqueos históricos del proceso de acumulación que emergieron en los años setenta: una fuerte tendencia a la baja en las tasas de beneficio industriales y un estancamiento secular del crecimiento de la productividad del trabajo. Las consecuencias históricas de estos dos procesos han estado relacionadas con el trabajo y su papel en los modelos fordistas: desempleo de masas, caída de los salarios reales, retroceso de los niveles de protección social, precariedad generalizada. Es la llamada crisis de sobreacumulación.

Aaron Benanav es uno de los autores recientes que mejor ha utilizado el concepto de sobrecapacidad para sus propias investigaciones, entre las que se encuentra *La automatización y el futuro del trabajo*.¹⁰ Benanav utiliza el concepto de sobrecapacidad de Robert Brenner¹¹ para analizar qué sucede con la nueva oleada de automatización de la producción basada en las distintas formas de big data e inteligencia artificial.

La conclusión de Benanav es tan demoledora como contraintuitiva, cada ciclo de inversión industrial tecnológicamente innovadora, lejos de acercarnos a la salida de la crisis y la vuelta del crecimiento económico lo que hace es profundizar los problemas estructurales de rentabilidad y productividad del capitalismo actual. La causa: una crisis de exceso de capacidad permanente heredada de los años setenta y que no ha parado de agravarse durante las décadas de la hegemonía neoliberal en la globalización. Este exceso de capacidad afecta especialmente a las que fueron las industrias punteras del gran ciclo de crecimiento fordista / keynesiano conocido como los «treinta gloriosos» como el automóvil o la aeronáutica. Y esto porque simplemente la competencia es demasiada. Es decir, en cada ciclo sucesivo de crisis el patrón es: demasiadas entradas, pocas salidas.

En este contexto, los programas keynesianos de intervención del Estado lo que provocan es que el ajuste, el mecanismo de equilibrio del capitalismo que funciona destruyendo el valor que previamente el trabajo ha creado

⁹ Mckenzie Wark, *Capital is Dead: Is this something Worse?*, Nueva York, Verso, 2019.

¹⁰ Aaron Benanav, *La automatización y el futuro del trabajo*, Madrid, Traficantes de Sueños, 2021. Véase también «Un exceso de capacidad devorador» la aportación de Benanav al debate abierto por Robert Brenner y Dylan Riley en la *NLR* y recopilados en *Sobre el capitalismo político: el nuevo debate Brenner*, Madrid, Traficantes de Sueños, 2024.

¹¹ La primera versión de la tesis del exceso de capacidad de Brenner se encuentra en *La economía de la turbulencia global*, Madrid, Akal, 2009. La tesis se refina en *La expansión económica y la burbuja bursátil*, Madrid, Akal, 2003.

de forma masiva, no realice su operación generando la saturación de agentes empresariales en los sectores económicos a los que se les supone la capacidad de relanzar el beneficio y la productividad. En concreto, en el momento en el que los Estados intervienen en la operación de ajuste, retrasándola o posponiéndola a futuro, se produce una distorsión en la que empresas con estructuras de costes demasiado elevadas pueden seguir produciendo, saturando mercados de por sí saturados.

Los cambios tecnológicos, en la medida en que se producen antes de que se amortice la masa de medios de producción no realizados, añaden todavía una capa más de costes a la larga línea histórica de costes provocados por la imposibilidad de realización de los capitales en este contexto. En última instancia, esta situación se resuelve por la vía de la destrucción de empleos industriales, y la caída en picado de la población de clase obrera.

La larga crisis de la sociedad salarial

En el Occidente capitalista, muy especialmente en el continente europeo, la persistencia de los efectos de fondo de la crisis de sobreacumulación a lo largo de cincuenta años ha liquidado lo que era su eje vertebrador desde la Segunda Guerra Mundial: el empleo fordista. La figura del trabajo protegido daba acceso a un ingreso salarial estable y convertía en predecibles las trayectorias personales y familiares a través de un espacio social de posiciones jerarquizadas tendentes a coincidir con la clasificación de las cualificaciones laborales.

Tras cuarenta años de agonía de este modelo de sociedad salarial fordista, hoy se puede ya ver con nitidez suficiente cómo le sustituye un régimen que profundiza considerablemente la intermitencia en los ingresos salariales y la aceleración de la rotación laboral. El mercado laboral se escinde cada vez más entre los nichos protegidos y superprotegidos en un puñado de grandes empresas y del sector público y una amplia extensión de la precariedad vinculada, de una forma u otra, a las largas cadenas de subcontratación. No hay todavía un nombre convincente para esta fase que representa una profundización de anteriores fenómenos relacionados con la degradación de los mercados de trabajo fordistas como el «paro» o la «precariedad».

Como hemos visto, a medida que la crisis de sobreproducción se agrava en los países centrales, los Estados se han visto crecientemente obligados a intervenir para reconstruir las relaciones de poder capitalistas que ya no emergen de la producción mediante todo tipo de políticas públicas. En la medida en que estas intervenciones estatales impiden que se realice plenamente la operación de ajuste de mercado, agravan la crisis de sobrecapacidad y, en lugar de ser suplementadas y ampliadas por la iniciativa privada, tal y como nos dice el keynesianismo, requieren de nuevas intervenciones del Estado para mantener mínimamente la escala del proceso de acumulación y las posiciones de poder que de él cuelgan.¹²

¹² Quizá el ejemplo más extremo de este tipo de intervención fue el uso masivo de los ERTE en los sectores industriales europeos durante los años de pandemia. Los ERTE

La fuente última de legitimación de los Estados capitalistas occidentales, tanto en la Europa de posguerra como en los Estados Unidos después del New Deal, es ser capaces de proporcionar unos mínimos de bienestar a sus poblaciones trabajadoras. Si el empleo y el salario se desestabilizan como herramientas de integración los modelos políticos occidentales sufren un fuerte riesgo de deslegitimación. La consecuencia directa de este ordenamiento, es que los Estados, y no el capital, se ven obligados a reproducir las condiciones para que los mercados de trabajo capitalistas, principal fuente de percepción de ingreso para la mayoría de sus poblaciones, repartan unos mínimos de ingreso salarial y, en ese sentido, también funcionen en un sentido integrador.

Crisis de la financiarización, crisis del neoliberalismo

Tanto la crisis de exceso de capacidad permanente como la erosión de los mercados laborales en los países centrales, que tiene como consecuencia, son dos procesos paralelos y relacionados desde los años setenta. El ascenso de las finanzas como fracción dominante del capital fue decantándose a lo largo de una década, desde principios de los setenta hasta principios de los ochenta. El desenganche del dolar del patrón oro, el reciclaje de los petrodólares en los mercados financieros americanos o la drástica subida de los tipos de interés a cargo de Paul Volcker¹³ en 1979 fueron algunos de los grandes hitos en los primeros años de ascenso de las finanzas como respuesta a la profunda crisis de rentabilidad de la industria fordista.

El neoliberalismo ascendente fue el proyecto propiamente político de las finanzas en su ascenso a la hegemonía dentro del capital. Mantenido con vida en algunos núcleos intelectuales anglosajones y alemanes¹⁴ durante la larga noche del keynesianismo y la socialdemocracia, el discurso de la libertad individual de comprar y vender en el mercado como principio rector de la vida social casaba perfectamente con el desarrollo de los mercados financieros y las espirales de revalorización de los precios de activos, así como con el régimen de máximo beneficio y remuneración a una nueva clase de multimillonarios sin vinculación alguna con la industria.

La primera tarea política autoasignada del neoliberalismo fue fundamentalmente de destrucción de los «obstáculos» percibidos en el camino del libre mercado generalizado. El primero de ellos, el orden político que sostenía el inmenso aparato público del modelo fordista / keynesiano, ya fuera de origen socialdemócrata o demócrata cristiano. Recortes del gasto público,

supusieron una línea de pago a las empresas para que pudieran pagar la masa salarial durante los meses de la pandemia. Este enfoque, centrado en las empresas contrasta con el modelo de pagos personales que se utilizó en Estados Unidos. En Europa, los ERTE se usaron como forma de rescate de la relación capital-trabajo.

¹³ Paul Volcker fue presidente de la Reserva Federal de 1979 a 1986. Fue nombrado por Jimmy Carter y continuó durante el mandato de Ronald Reagan.

¹⁴ Hoy se suelen considerar cuatro escuelas históricas de neoliberalismo: la Escuela de Chicago, la Escuela de Virginia, la Escuela austriaca y el Ordoliberalismo alemán.

privatizaciones, levantamiento de los controles de capital internacionales, desregulación financiera y sustitución de las provisiones públicas de sanidad y pensiones por mecanismos de aseguración privados y fondos de pensiones fueron algunas de las líneas centrales de aquel primer neoliberalismo de los años ochenta. Y para llegar a ese punto no se dudó en destruir el poder del trabajo organizado tanto como se pudo. Los ejemplos de Thatcher con la huelga de los mineros o de Reagan en la huelga de los controladores aéreos en los primeros ochenta son ejemplos clásicos.

El plan alternativo para generar un modelo político, algo así como la dimensión «propositiva» de la nueva élite financiera neoliberal, ha sido la extensión del crédito y sus mecanismos de conversión en activos negociables en los mercados financieros. Pero la novedad real de la apuesta neoliberal fue la extensión del crédito como mecanismo de monetización de la propiedad inmobiliaria. Tendencialmente, el dinero a crédito aspiraba a tener una fuerte capilaridad social en tanto forma de generación de ingresos relativamente independiente del mercado laboral. En ausencia de capacidad para adquirir acciones y bonos, la inmensa mayoría de las distintas capas medias de estas sociedades pusieron la vivienda como activo inmobiliario susceptible de generar riqueza «tangible», y vincularon su fortuna financiera a la eterna subida de los precios de la vivienda. Hasta que se cortó drásticamente en 2007, esta dinámica «virtuosa» no paró de aumentar su poder de absorción de poblaciones, instituciones y territorios, generando una fase de crecimiento fuerte en aquellos países, como España, que lo apostaron todo al ciclo inmobiliario-financiero. En última instancia se trataba de movilizar el viejo ideal liberal clásico de la sociedad de propietarios, pero con la deuda y el crédito generalizados como mecanismos de sujeción a la disciplina del orden capitalista.

En 2024, echando la vista atrás se puede considerar ya que 2008 fue para el modelo neoliberal-financiero, lo que 1973 fue para el modelo fordista-industrial, el punto histórico en el que la tendencia se quiebra y comienza a apuntar hacia el declive cíclico. A distintos ritmos, primero Estados Unidos y Japón, más tarde la Europa saliente de la espiral autodestructiva de la austeridad impuesta por el gobierno de Angela Merkel en Alemania, la política de recuperación consistió en una bajada drástica de los tipos de interés que anegó los circuitos económicos de dinero barato.

El fin último de este movimiento fue retrasar un ajuste generalizado en las economías occidentales provocado por su acelerada pérdida de competitividad frente a Asia. Lejos de la celebración de las virtudes del mercado para depurar unidades productivas ineficientes, una vez ya adjudicados los costes de la crisis a aquellos sin capacidad política de respuesta —las poblaciones dominadas y sus ecosistemas—, el neoliberalismo realmente existente desplazó los costes de la crisis para las distintas fracciones del capital a futuro, en esta ocasión mediante una inundación generalizada de dinero con el fin de lubricar los mercados financieros. Sin embargo, la enorme sacudida de la pandemia global, que, recordemos, llegó a llevar a la economía global

cerca del «cero absoluto» de actividad, necesitaba algo más que políticas de anegación monetaria de los mercados financieros globales.¹⁵ La vuelta de la inflación galopante en la salida de la pandemia indicaba el fin momentáneo de la era del dinero ultrabarato con una subida de los tipos de interés que apenas se ha podido mantener dos años antes de que todos los bancos centrales del mundo hayan comenzado de nuevo a bajar los tipos de interés ante el miedo, de nuevo, a la recesión.

El *crash* del modelo urbanizador global

El fortísimo ciclo de urbanización que vivió el mundo entero desde mediados de los años noventa hasta 2007 fue la materialización física y social de este modelo experimental de crecimiento, y de sociedad, neoliberal. La rapidez con que este modelo se ha comenzado a extinguir, ni siquiera la mitad de años de lo que duró el esplendor del fordismo, es casi análoga a su multiplicación exponencial durante su *belle époque*. El agravamiento visible de la crisis ecológica global y, en concreto, de la crisis climática es consecuencia directa de los fortísimos impactos territoriales y requerimientos físicos de energía y de materiales que arrastró consigo lo que Ramón Fernández Durán llamó el tsunami urbanizador global.¹⁶

El caso español es en este sentido un ejemplo de libro de texto.¹⁷ Se puede decir que España se especializó entonces en la producción de rentas inmobiliarias relacionadas, en mayor o menor medida, con el excedente financiero que genera el turismo y en su redistribución entre la capa propietaria de vivienda de la población. En términos cuantitativos, tanto monetarios como biofísicos, los indicadores de extensión de la burbuja inmobiliaria palidecen ante el colosal *boom* de las nuevas ciudades chinas con todo su aparato de redes de transporte e infraestructuras asociado, o con el grado de extensión al cuerpo social que alcanzaron las hipotecas subprime en EEUU.

¹⁵ En palabras de Cédric Durand: «El sector financiero es, sin embargo, un maestro en el arte del chantaje. Desde la crisis de 2008 ha conservado su posición hegemónica gracias a infusiones monetarias ininterrumpidas efectuadas por los bancos centrales, lo cual le ha permitido proseguir un proceso de valorización que había perdido completamente el contacto con la realidad, como se demostró en marzo de 2020, cuando el colapso financiero que lógicamente debería haber seguido a la serie de confinamientos provocados por la pandemia fue evitado por compras masivas y coordinadas de activos públicos y privados por parte de los bancos centrales. Sin embargo, en el nuevo contexto inflacionista, esta garantía monetaria está llegando finalmente al límite de su eficacia. Si los bancos centrales siguieran endureciendo su política monetaria, se produciría una crisis financiera en toda regla». Cédric Durand, «El fin de la hegemonía financiera», *New Left Review*, núm. 138, enero/febrero de 2023.

¹⁶ Ramón Fernández Durán, *El tsunami urbanizador español y mundial*, Barcelona, Virus, 2006.

¹⁷ Emmanuel Rodríguez e Isidro López, *Fin de ciclo: financiarización, territorio y sociedad de propietarios en la onda larga del capitalismo hispano (1959-2010)*, Madrid, Traficantes de Sueños, 2010.

El crecimiento y la transformación de las ciudades en el momento álgido de la burbuja inmobiliaria global ha sido posiblemente el fenómeno territorial y ecológico más destructivo de la muy destructiva historia del capitalismo. Y muy posiblemente, la posibilidad de repetición aumentada de un ciclo inmobiliario-financiero como el que terminó en 2008 parece remota. El encarecimiento tendencial de los recursos en el nuevo modelo surgido tras la pandemia parece irreversible. Pero esto no quiere decir, ni mucho menos, que las finanzas abandonen las rentas del suelo ni dejen de considerar la vivienda como un activo con el que especular. Como hace ya años puso encima de la mesa la geografía crítica de David Harvey o Neil Smith, el proyecto neoliberal no se puede comprender sin comprender su dinámica de entrega del espacio urbano a las necesidades de las finanzas y sus sectores auxiliares.¹⁸ La presión de las finanzas sobre los mercados inmobiliarios y las economías urbanas, precisamente porque la rentabilidad hoy es más difícil de obtener que durante la burbuja global, no va a relajarse, como bien se puede ver en los mercados de alquiler de todo el mundo. Los conflictos políticos en torno al acceso a la vivienda, lejos de remitir seguirán siendo centrales, y con ellos, la política antagonista en la ciudad.

La migración del capital

En los últimos cuarenta años, el capitalismo global ha ido desplazando sus contradicciones a futuro mediante innumerables reestructuraciones geográficas y financieras de la producción. Las finanzas, en tanto «vanguardia» del poder capitalista, han traducido su creciente capacidad para succionar riqueza socialmente producida en gigantescas masas de dinero con las que han podido tanto rediseñar los procesos productivos como abrir nuevos nichos de simple y llana desposesión.

En cada una de estas ocasiones en las que el capital ha desplazado exitosamente sus costes a futuro, lo ha hecho diseñando unas líneas diferenciales de descarga de costes sobre clases sociales, poblaciones, territorios y ecosistemas. Estas han reforzado y aumentado los intrincados esquemas de dominio y jerarquía que definen el orden capitalista tardío. Las migraciones del capital, sin intervención estatal, provocan una desvalorización inmediata de territorios y poblaciones enteras. En una mezcla de automatismos y acciones conscientes, tanto instituciones estatales como regionales y locales del Occidente capitalista intentan controlar una desvalorización drástica de población y territorio escalando el gasto público para evitar la huida del capital.

En ese proceso de desplazamiento territorial y dominación social, la reproducción ampliada del capital, el mandato de acumulación incesante y creciente que gobierna el capitalismo, ha ido produciendo una «ecología

¹⁸ David Harvey, *Los límites del capital*, Madrid, Traficantes de Sueños, 2024 y Neil Smith, *Desarrollo desigual. Naturaleza, capital y la construcción del espacio*, Madrid, Traficantes de Sueños, 2010.

mundo» capitalista, por utilizar el término con el que Jason Moore amplía la «economía mundo» de Wallerstein,¹⁹ a través de su impulso de descarga de los costes de energía, trabajo, alimentos y materias primas del proceso de producción, es decir, de la reproducción permanente del orden de dominación y jerarquía de clases sociales, territorios y ecosistemas.

Esta «ecología mundo», actúa para las formaciones sociales concretas como una «naturaleza»²⁰ que el capital produce para reproducir sus condiciones de posibilidad, su ecosistema, que no es ni solo físico, ni solo social, sino las dos cosas a la vez. En la medida en que es precisamente la tendencia irreversible al aumento de los costes en energía, trabajo, materias primas y alimentos lo que define de manera más inmediatamente visible las perspectivas de futuro inmediato de la acumulación capitalista, también se dispara el coste de producir un nuevo ecosistema capitalista, con sus largas cadenas de dominación y jerarquía, que pudiera suponer un alivio más o menos estable para las crecientes contradicciones que atraviesan el proceso de acumulación capitalista a nivel global.

Como vemos en uno y otro caso, para cerrar este círculo, un capital en crisis de rentabilidad permanente necesita cada vez más de la intervención de los Estados para simplemente realizar esa operación de la reproducción ampliada del proceso de acumulación a la que la ciencia económica *mainstream* llama «crecimiento».

La onda larga de la crisis capitalista no solo sigue profundizando la destrucción de lo que fueron los mercados de trabajo protegidos desde los que se fraguó la legitimidad del modelo fordista occidental, sino que cuarenta años de deslocalización de la producción en busca de costes laborales, fiscales y ambientales más baratos han terminado por minar desde dentro la posición de Estados Unidos y Europa en el capitalismo global. Siguiendo una secuencia histórica que se iniciaría en los años ochenta, y se consolidaría durante los años noventa y dos mil, en este momento histórico el capital productivo está ya terminando su migración hacia los nuevos polos de acumulación asiáticos. El desplazamiento, ya consumado, del centro de gravedad de la producción capitalista a Asia y más concretamente a China, ha dejado a las sociedades capitalistas, que fueron el mando del sistema-mundo, en una posición de relegación que contrasta con unos discursos oficiales en los que el mundo desarrollado sigue situándose en EEUU, Canadá, Europa y Australia, frente a una masa de países emergentes que aún estarían en el proceso de *catching up*.

Sin caer aún en la turbulencia abierta, los elementos de caos sistémico capitalista siguen siendo bastante visibles y, más importante, escapan en gran

¹⁹ Jason W. Moore, *El capitalismo en la trama de la vida. Ecología y acumulación de capital*, Madrid, Traficantes de Sueños, 2020.

²⁰ Aquí Moore, a quien se suele correctamente situar en la actualización de la escuela de los sistemas-mundo de Wallerstein y Arrighi, muestra su deuda con el Neil Smith de *Desarrollo desigual* utilizando y ampliando la noción de la producción capitalista de la «naturaleza».

medida al control de los Estados nación capitalistas occidentales. La previsible explosión de la demanda que siguió al final escalonado de los confinamientos en 2022 puso en evidencia que el papel de China como centro casi único de la vida económica global ha transformado las redes logísticas globales y ha acelerado la hegemonía china de la producción capitalista pero sin que se aprecie demasiado interés por parte de China en ir más allá del control material de la producción global.

La fase verde del capitalismo financiero global

No tanto la crisis ecológica como su resolución en términos capitalistas son el centro discursivo sobre el que pretende relanzarse el crecimiento global. La crisis climática, como elemento más visible de una gigantesca crisis ecológica, se ha agudizado visiblemente en estos años, en gran medida como consecuencia de los brutales impactos ecosistémicos y sociales de los años del *mega boom* de la urbanización global. Frente a esta evidencia de la crisis ecosistémica y el cambio climático, todos los aparatos ideológicos del capitalismo global actual nos dicen que esta se puede resolver gracias a la capacidad de innovación y emprendimiento, invariablemente atribuida al espíritu capitalista, aunque para que esto suceda sean indispensables niveles crecientes de inversión pública de clara inspiración neokeynesiana.

Todo tipo de agencias capitalistas, ya sean financieras o industriales, y todo tipo de agencias estatales en todas las escalas geográficas, se reclaman como parte interesada en esta extraña operación de salvación del capital a cargo de sí mismo que tendría como efecto derivado la salvación de la vida humana en la Tierra tal y como la conocemos. Ni capitalistas ni Estados parecen tener el menor problema para moverse sin resistencias significativas dentro de esta matriz discursiva, ni para distorsionar interesadamente las principales lógicas políticas que el movimiento ecologista ha ido diseñando a lo largo de los últimos cuarenta años, sin que nadie se oponga significativamente.

Las finanzas entendieron durante los dos años de la pandemia,²¹ que cualquier posibilidad de mantener su hegemonía sobre el capitalismo actual depende de su capacidad de situar la transición ecológica y el capitalismo verde en los mercados financieros como valores y activos a negociar. Entre

²¹ La carta de Larry Fink, CEO de BlackRock, la mayor gestora de activos del mundo, a los accionistas a principios de 2021, es quizá el documento fundacional del capitalismo verde como nuevo discurso legitimador del capitalismo global. En esta carta, Fink hablaba de crisis climática y de agotamiento de los recursos, pero sobre todo prometía que invertir en capitalismo verde puede generar *shareholder value* en abundancia. El tono de la carta de Fink siendo siempre de expansión de los mercados financieros, de agregación de nuevas fuentes de beneficios garantizados por Estados nación e instituciones supra nacionales, en ningún caso, se percibe intención de sustitución o supresión de mercado existente alguno. Disponible on line en: <https://www.blackrock.com/corporate/investor-relations/2021-larry-fink-ceo-letter#:~:text=We%20are%20carbon%20neutral%20today,transition%20to%20net%20zero%20today>.

otras cosas, tener un pie en el capitalismo verde permite a las finanzas una desvinculación parcial de los parámetros políticos del neoliberalismo en declive. Por decirlo en términos propiamente financieros, la apuesta, siempre relativa, por el verde diversifica la cartera de discursos políticos que pueden asumir las finanzas como propios y, por lo tanto, evita riesgos.

ESG, Environmental and Social Governance, es el nombre que las finanzas han dado a su nuevo eje «verde». En este caso, los múltiples objetivos cuantificados en las distintas cumbres del clima desde Tokio sirven como referentes de nuevos métodos de auditoría contable y de valoración de activos que, en última instancia, vehiculan la canalización de los flujos de capital financiero hacia lo que pretende ser un nuevo ciclo de expansión financiera similar a los anteriores ciclos tecnológicos. Las finanzas no tienen el mismo tipo de control sobre los procesos productivos asiáticos que han tenido durante el largo desmontaje del aparato productivo fordista, y saben que van a ser los Estados quienes canalicen el régimen de beneficios de las empresas privadas que cuelgan de los ambiciosos planes de reindustrialización verde de Next Generation en Europa o la Inflation Reduction Act en Estados Unidos. En este marco, si los Estados hablan el lenguaje del capitalismo verde, también lo hablarán las casas de finanzas y las empresas globales que aspiran a controlar tanto la inversión como la deuda estatal.

No parece que la ESG vaya a convertirse en algo más que un sistema contable satélite mediante el que las finanzas se posicionan para extraer y centralizar el beneficio que generen las subvenciones millonarias a los nuevos sectores verdes. La imposibilidad última de establecer un sistema de precios para los activos «naturales» y «sociales» que permita una lectura monetaria de los beneficios y las pérdidas hace que no pueda ir mucho más allá de la rentabilidad financiera ordinaria de las nuevas industrias verdes.

Las finanzas han rehecho sus nichos de beneficios extraordinarios en otro lugar: los mercados de energía y materias primas, reorganizados desde los mercados de gas y de emisiones de carbono, se han convertido en el núcleo del capitalismo verde realmente existente. Este proceso aprovecha la confusión permanente que supone asumir que los precios son señales claras e inequívocas de escasez o abundancia física de recursos. Algo de lo que los movimientos ecologistas son bastante responsables. Esta confusión está en el centro de los beneficios extraordinarios de los agentes financieros que negocian con activos energéticos y financieros a la hora de subir sus márgenes cuando, por un motivo u otro, los mercados predicen escaseces futuras. Es cada sacudida de estos mercados lo que provoca oleadas superpuestas y sucesivas de encarecimiento de los inputs del capital, pero también de los precios de los productos básicos para la vida, que constituyen la manifestación primera y más visible de la crisis inflacionista a la hora de mantener los requerimientos de rentabilidad de las finanzas.

Pero el capitalismo verde no solo promete beneficios, también promete cosas como una «transición justa» a la sostenibilidad, la descarbonización

de la economía y hasta un nuevo acuerdo social a la manera de los grandes acuerdos políticos que sancionaron el nacimiento de los modelos sociales fordistas: el Green New Deal. Todos estos bellos términos, y los no menos bellos sentimientos que los motivan, chocan contra algo que nos enseñó la economía ecológica: la imposibilidad de reducir a precios los intercambios de materia y energía que constituyen la dinámica de los ecosistemas. Esta imposibilidad marca el límite absoluto que impide que haya forma alguna de integración de las dinámicas ecosistémicas en los circuitos del capital, gobernados, como están, íntegramente por el dinero, la rentabilidad y la cuantificación.

El dinero es la herramienta que desarrolla el sistema capitalista para reproducir las posiciones y jerarquías de poder en la reproducción ampliada del capital, de la misma manera que el salario, desde el punto de vista del capital, ya es el pago por el coste de la reproducción de fuerza de trabajo, energía y recursos. El dinero, en tanto forma plenamente integrada en el circuito del capital, no puede compensar de ninguna otra manera la destrucción de los ecosistemas necesarios para la reproducción de la vida.

En resumen, la crisis de la ecología-mundo capitalista no se puede resolver con dinero, y la única forma de resolución, o desplazamiento, que conoce el capitalismo es la forma-dinero en su multiplicidad de variantes. Lo único que puede hacer el capitalismo con la crisis climática, o con cualquier otra, es convertirla en un negocio. De alguna manera, en este momento histórico, estamos tocando una contradicción muy profunda entre el valor de uso y el valor de cambio, un conflicto entre el mundo que crea el dinero y todo aquello que no ha sido monetizado directamente tras siglos de acumulación capitalista global. Por eso podemos decir que estamos en una crisis terminal.

Ganadores y perdedores del capitalismo verde

Más allá de su evidente función legitimadora del nuevo papel de los Estados nación capitalistas como sustentadores del orden económico, y sus posiciones jerárquicas, la decadencia económica de Europa y, en menor medida, de Estados Unidos, en tanto polos territoriales más afectados por la crisis de sobreproducción permanente y el estancamiento secular de la productividad del trabajo, les incapacita para desarrollar nuevas ventajas competitivas en el capitalismo verde.

China domina casi de forma absoluta las principales nuevas industrias verdes, con las energías renovables y el coche eléctrico como productos estrella. El Partido Comunista de China bendijo al capitalismo verde en los discursos ante la ONU de Xi Jinping en 2021, dejando claro que los nuevos sectores están tan sujetos a la dinámica de construcción de la hegemonía productiva china como cualquier otro. Lejos de los triunfalistas planes de reindustrialización y empleo de masas sobre bases «sostenibles», en términos económicos lo que queda es una pelea competitiva entre Estados Unidos y Europa por ver quién se lleva las migajas que deja China. Y en este sentido, el giro al

proteccionismo verde del gobierno de Joe Biden con la Inflation Reduction Act, que prevé una movilización de subvenciones para atraer capital adicional muy por encima de la que asignan los fondos Next Generation de la UE, vuelve a dejar clara la posición subalterna de la Unión Europea en este reparto de posibles nichos de acumulación a futuro.

En efecto, sobre todo la conocida como Inflation Reduction Act (IRA), pero también otras leyes del gobierno de Joe Biden, como la CHIPS Act, suponen la mayor intervención en términos de inversión industrial de las últimas décadas en Estados Unidos. Estas políticas expansionistas del gasto, así como de estímulo económico generalizado, componen las llamadas *Bidenomics*. La IRA moviliza casi 800.000 mil millones de dólares en inversiones directas en infraestructuras e industrias «verdes» para favorecer una «transición justa» a una economía «descarbonizada». Siendo equivalente en intención al plan de estímulo Next Generation de la Unión Europea, la IRA dedica más recursos a las industrias emergentes del capitalismo verde y, además, incluye disposiciones proteccionistas y arancelarias para poner barreras de entrada, precisamente, a los capitales europeos, con el fin de conseguir una posición de ventaja competitiva frente a la UE, aunque ambos bloques económicos queden subordinados a China en el nuevo orden productivo mundial pospandémico.

Esta ley supone también un cambio cualitativo. El discurso del capitalismo verde, no así su puesta en marcha efectiva, ha sido patrimonio de la Unión Europea durante los últimos treinta años. La «visión» institucional y de gobierno de una economía basada en las energías renovables, el coche eléctrico, una nueva fiscalidad ecológica y un nuevo entramado industrial circular que tendría como efecto la reducción de emisiones de GEI es algo muy novedoso en Estados Unidos. A esto le sumamos que en Estados Unidos, donde el ciclo de desinversión pública neoliberal fue mucho más duro que en Europa, hay un fuerte déficit de infraestructuras colectivas sobre el que articular una política de reconstrucción de corte neokeynesiano con capacidad para liderar una cierta recuperación, al menos en el corto plazo. Sin embargo, como defienden Robert Brenner y Dylan Ryley, en otro de los debates sobre la forma de la crisis capitalista hoy,²² tras cuarenta años de exceso de capacidad industrial este *revival* de la política industrial no va a ser suplementado por la iniciativa privada y tampoco va a sacar de la tumba al modelo socialdemócrata.

En Europa, claramente el polo perdedor de las transformaciones recientes, la puesta en marcha de una nueva política industrial «descarbonizada» ha venido seguida, casi de inmediato, por la aparición de excesos de capacidad y la necesidad de una nueva ronda de desindustrialización que tiene por epicentro la crisis de la industria del automóvil. En esta ronda la, hasta hace poco, imbatible industria de exportación alemana con toda su gigantesca red de cadenas de subcontratación está sufriendo un duro golpe, a pesar incluso de la enorme cantidad de dinero que el Estado alemán está disponiendo

²² *Sobre el capitalismo político: el nuevo debate Brenner*, Madrid, Traficantes de Sueños, 2024.

para amortiguar los efectos de la nueva crisis industrial. No deja de ser paradójico que esta crisis industrial alemana se haya manifestado cuando Europa, con Alemania a la cabeza, está sintiendo los efectos de los mayores niveles de inversión en el nuevo modelo industrial del Green New Deal. Donde se podría esperar un nuevo empuje de sectores descarbonizados y descarbonizadores punteros aparece un vacío gigantesco de crecimiento y productividad. El vacío es de tal tamaño que la propia Unión Europea ha reconocido su existencia y le ha puesto un precio a pagar por los Estados en el Informe Draghi de septiembre de 2024, todo esto solo cuatro años y medio después de que se proclamara el programa Next Generation como la puerta de entrada a una nueva Europa líder de las industrias descarbonizadas, el empleo de calidad y la productividad agregada.²³

Los primeros compases de la guerra de Ucrania fueron el momento idóneo para que Estados Unidos asestara un golpe seco a Alemania y le pusiera en el que todavía es su lugar de potencia de regional tutelada, después de haber ocasionado y perdido dos guerras mundiales.²⁴ El medio para poner en su sitio a Alemania ha sido el desencadenamiento consciente por parte de Estados Unidos de una crisis energética en toda regla sobre la misma Alemania, al obligar a sustituir las compras de gas a Rusia por otras al mismo país americano, si bien considerablemente más caras. Por otro lado, es imposible ser más ciego de lo que lo han sido las élites alemanas desde la declaración de la crisis del euro en adelante. Con los gobiernos de Merkel, con el infame ministro Schaüble a la cabeza, obcecados en aplicar el corsé austeritario a los díscolos países del sur precisamente para salvar a la industria alemana, mientras exportaban felizmente los mismos bienes de capital a China con los que terminaría de desplazarla, es fácil decir que Alemania ha tenido justo pago por su falta de visión. En cualquier caso, por ahora, la respuesta del gobierno de coalición progresista alemán para con su propia crisis ha sido justo la contraria de la que operó el gobierno de Merkel en 2008 en relación con los países del sur: relajar los niveles de déficit público e inundar Alemania y la Unión

²³ El Informe Draghi sitúa un déficit de 3.300 millones de euros de inversión pública en las nuevas industrias verdes europeas y propone un plan de emisiones de deuda mutualizadas para escalar aún más la intervención de los Estados europeos, con el fin de rescatar la producción capitalista industrial en Europa. Disponible online en: https://commission.europa.eu/topics/strengthening-european-competitiveness/eu-competitiveness-looking-ahead_en

²⁴ Las desavenencias económicas entre Estados Unidos y Alemania son de larga data. En su último episodio antes de la invasión rusa de Ucrania en 2022, venían de la crisis del euro y su resolución en un ajuste considerable de las economías del sur de Europa. El entonces gobierno de Obama no entendía por qué Alemania se negaba a conceder una quita de la deuda a Grecia sin estrangular su economía pública. Desde el punto de vista de la Casa Blanca, al igual que de instituciones como el FMI, poco sospechosas de blandas en la aplicación de ajustes estructurales, el gobierno de Merkel estaba poniendo en riesgo la estabilidad financiera global por dar una lección a una economía con un PIB del tamaño del de Wisconsin.

Europea de gasto público mutualizado. Mientras, desde la Unión Europea, en coalición con Francia y el resto de la Unión, se lanza a la desesperada a un intento de proteccionismo generalizado frente a las exportaciones chinas de coches eléctricos: el mismo coche eléctrico que tan solo en 2020 iba a poner a Europa al frente de la industria automovilística mundial.

Por otro lado, para terminar el repaso, los «ganadores» de esta fase de la crisis, China en particular y Asia en general, heredan un capitalismo renqueante en su capacidad para producir ciclos de crecimiento como los del largo ciclo de cuatrocientos años de hegemonía europea. El gigantesco exceso de capacidad que plaga la economía global también afecta a los límites de la expansión china, límites amortiguados por la impenetrabilidad de su gigantesco sector interior a los flujos de capital financiero occidental, pero palpables ya en varios sectores, especialmente el inmobiliario. Casi con toda seguridad los ciclos de crecimiento que vengan tenderán más a solidificar las desigualdades y la pobreza ya existente en los países asiáticos en el medio plazo, siempre contando con la exportación de fuerza de trabajo sobrante en forma de migrantes a Europa y EEUU, que a construir una clase media gigantesca blindada como fue el caso del modelo del Estado de bienestar europeo. De hecho, es más bien al contrario, el modelo laboral europeo converge con la desregulación, la temporalidad y la informalidad de los mercados laborales del Sur global.

Políticas de clase desde la reproducción social

Una vez que la producción capitalista privada ha abandonado Europa y se mantiene mediante subvenciones en Estados Unidos, es en el ámbito de la reproducción social, donde una nueva política de clase tendrá que encarnarse en el sujeto que convierta la ya permanente crisis del capitalismo en modelos sociales, territoriales y ecosistémicos vivibles. Los conflictos en la reproducción se materializan en forma de nuevos enfrentamientos entre los expulsados del orden salarial contra las distintas agencias de las finanzas, que, a su vez, redoblan su presión sobre un cuerpo social crecientemente depauperado. A la extracción de rentas a través de mecanismos clásicos como el endeudamiento y las rentas inmobiliarias, hay que sumarle los novedosos mecanismos de extracción de rentas a través de las distintas formas de suministro básico de energía o productos de primera necesidad, siempre bajo figuras de fuerte regulación pública, de energía y materias primas que ya están tensionando fuertemente toda la estructura social, si bien en modos aún incipientes.

Bajo este conflicto capilar entre las finanzas y la población, hay otra capa de conflicto, aún más profunda y decisiva políticamente. La concepción que de sí mismo tiene el trabajo excedente, los expulsados del orden salarial tradicional, habitualmente hoy sigue siendo el ejército de reserva.²⁵ En este

²⁵ Véase sobre esto Emmanuel Rodríguez, «La lenta caída de las sociedades del Norte global», *Cuadernos de estrategia*, núm. 2, 2024.

caso, se mantiene la disponibilidad para entrar en los mercados de trabajo con la esperanza de que la situación mejore o aparezcan mejores oportunidades en algún otro lugar. En algunas partes del mundo, fundamentalmente en el Sur global, esta ha sido toda la subjetividad posible para las masas trabajadoras, el ejército de reserva, siempre en expectativa de destino. Pero hay otra posibilidad, que solo puede ser construida políticamente, la de un trabajo excedente que se sabe inempleable y, por lo tanto, se desvincula del capital. Ese sería el objetivo último de una política de clase en la esfera de la reproducción, construir cultural y materialmente la posibilidad de una desconexión, al menos parcial, de los mercados de trabajo capitalistas como medio de vida.

Afirmar la primacía política del orden de la reproducción es, simplemente, una llamada a terminar con los múltiples residuos socialdemócratas y keynesianos que aún pueblan el imaginario de la izquierda europea. Lejos de ser un mandato ideológico, esta afirmación se desprende sola del análisis del momento actual y de sus perspectivas de futuro. El mecanismo redistributivo central en las sociedades de base industrial era la negociación colectiva bajo la fórmula trinitaria capital-trabajo-Estado en la que se disputaba el destino del excedente económico. Hoy en día, en el marco de una economía con niveles de intervención de mercado como las actuales en el Occidente capitalista, los sindicatos son un apéndice del Estado, al igual que lo es la patronal. En última instancia, en ausencia de las figuras del capital productivo y la clase obrera fordista, queda una negociación del Estado consigo mismo en la que se ventilan los intereses sectoriales inmediatos de las distintas ramas del empleo protegido.

En resumen, en esta crisis de la ecología-mundo capitalista se desestabiliza la base de los órdenes políticos en el capitalismo occidental: la premisa de un crecimiento robusto al que habría que aplicar correcciones redistributivas para garantizar la legitimidad del modelo. En ese proceso, las reclamaciones económicas se convierten en un juego de suma cero entre grupos de presión. La desaparición progresiva del orden salarial como herramienta de agregación al orden capitalista deja al ámbito de la reproducción social como espacio casi único del conflicto social donde la política puede ser de clase y anticapitalista, y no un mero rosario inacabable de reclamaciones al Estado.

La lenta caída de las sociedades del Norte global*

Emmanuel Rodríguez López

Tras el estallido de la crisis financiera de 2008, un creciente número de voces se alzó para proponer algo así como una refundación del capitalismo.¹ Que estas provinieran del ámbito político, experto e incluso financiero —esto es, de lo que los ingleses suelen llamar el *establishment*— era ya un indicio de que el neoliberalismo triunfante de las décadas pasadas había entrado en su fase terminal.

No se trataba de anuncios vacíos. En otoño de 2008 se produjo la quiebra del gran banco de inversión Lehman Brothers, seguida del gigante de los seguros AIG. Poco después, Estados Unidos y Europa reaccionaron con programas billonarios de rescate bancario. La gigantesca burbuja inmobiliario-financiera había estallado. En pocos días, los complejos productos financieros, que habían empujado la expansión del crédito a las familias, y que se consideraban a prueba de toda clase de riesgos,² pasaron a tener un valor tendente a cero.

* Este artículo es un avance de un libro sobre las formas de integración social durante los dos últimos siglos del capitalismo histórico en los países centrales de la economía mundo, y a la vez sobre su descomposición en las décadas recientes. Especialmente los dos últimos epígrafes son solo un pequeño esbozo de este proyecto.

¹ Algunas tan significativas, y a su vez tan estrambóticas, como la del presidente de la República francesa, Nicolas Sarkozy, quien en la tradición del republicanismo conservador tan propio de ese país, anunció, en una fecha tan temprana como septiembre de 2008, la necesidad de refundar el capitalismo sobre unas «bases éticas».

² La expansión financiera de los años previos había estado basada en la titulización de la deuda hipotecaria, por lo general negociada por medio de productos compuestos (los

El precio de las viviendas cayó en picado. La huelga de crédito detuvo en seco la economía. Creció el desempleo. Aumentó la morosidad. El castillo de naipes financiero, que había sostenido la expansión del crédito, el consumo y en general la actividad económica, se había venido abajo. Y no había nada que pareciera poder detener la caída, salvo la capacidad de los Estados y de los bancos centrales de inyectar dinero a espuestas.³

Durante los siguientes tres o cuatro años, la niebla se adueñó tanto del curso de la economía mundial, como de quienes hacían las políticas económicas. La Unión Europea, que acabó por convertirse en la zona cero de la crisis, empujó, en mayor medida que EEUU, una política combinada de rescate financiero y de austeridad social. Mientras se empleaba a fondo en inyectar liquidez al sistema financiero, imponía un severo control del gasto público aplicado principalmente sobre los capítulos que tenían que ver más directamente con la seguridad y el bienestar de las poblaciones. Se impuso así un juego, con sus particulares trampas, en el que la banca siempre gana. El dinero a bajo coste que se prestaba a los bancos y agencias financieras por parte del BCE y los Estados, volvía a los Estados en forma de compra de bonos a intereses crecientes. Con estos avales, el beneficio financiero se trasladó de la compra de bonos y derivados de la deuda hipotecaria a los mercados primarios y secundarios de deuda soberana.⁴

En la espiral del rápido aumento de la deuda y de los costes de financiación, la bancarrota de los Estados más débiles no tardó en producirse. Al *default* griego de 2010, siguieron los de Irlanda y Portugal, y a estos la

Collateralized Debt Obligations o CDO), en los que se combinaban tramos de deuda con distinto riesgo, lo que en principio parecía asegurar su solvencia. Estos productos compuestos también dieron lugar a un mercado de derivados, en este caso de contratos de riesgo de impagos (Credit Default Swaps, o CDS), que también producían primas anuales. El crecimiento del mercado de este tipo de productos, por lo general negociado en privado, permitió tanto la extensión del crédito hipotecario como el acelerado incremento de los riesgos sistémicos a partir de 2005.

³ Los primeros programas de rescate se elaboraron con el propósito prácticamente único de «socializar las pérdidas de la banca» por medio de la compra con dinero público de los activos depreciados y sin valor («tóxicos» se decía entonces) en manos de las firmas financieras. Así el Troubled Asset Relief Program (TARP) estadounidense de 2008, que fue rápidamente ampliado a los 700 mil millones para estos efectos, los distintos programas de estabilidad financiera europeos (MEEF, FEEF, etc.) y el programa de compra de activos británico, a lo que siguió la política de expansión monetaria. Todo ello terminó por consolidar la función de los bancos centrales como prestamistas en última instancia.

⁴ Sobre la crisis europea existe una amplia bibliografía, pero quizás los análisis más interesantes provengan de algunos de los economistas griegos que elaboraron la estrategia de Syriza de desafío a los programas de ajuste estructural de la Troika. Es el caso de los trabajos de Yannis Varoufakis, *El minotauro global. EEUU, Europa y el futuro de la economía global*, Madrid, Capitan Swing, 2012; y *Comportarse como adultos. Mi batalla contra el establishment europeo*, Bilbao, Deusto, 2017; y de Costas Lapavitsas, *Crisis en la eurozona*, Madrid, Capitan Swing, 2013; y con Heiner Flasbeck, *Contra la Troika. Crisis y austeridad en la eurozona*, Madrid, Catarata, 2015.

posibilidad de que ocurriese lo mismo con España e Italia. El incendio financiero llegó a amenazar incluso a Bélgica y Francia. Sin entender muy bien si su papel fue de pirómano o de bombero, la Comisión Europea y el Banco Central Europeo (BCE), acompañados por el FMI —la conocida entonces como la Troika, en un préstamo lingüístico del ruso en el que con ironía se desvelaba el poder dictatorial de las finanzas—, concedieron créditos extraordinarios a los países en dificultades. Las condiciones fueron las típicas de los programas de ajuste estructural: drástica reducción del Estado social, privatizaciones y deflación salarial. Ante la obvia asimetría entre la generosidad mostrada hacia las agencias financieras, que eran directamente responsables de las dudosas operaciones que habían desatado la crisis, y el tratamiento de las poblaciones, sometidas a los programas de austeridad, la tormenta política no tardó en estallar.

La oleada de protestas de 2011 comenzó en el norte de África con las manifestaciones en la Plaza Tahrir de El Cairo en enero y la Revolución del Jazmín en Túnez en el mes anterior. Estas se extendieron por todo el mundo árabe, para provocar una serie de caídas de gobiernos y el torbellino de reacciones y contrarreacciones que culminó con su episodio más dramático en la Guerra de Siria, un complejo conflicto armado que todavía en 2024 no ha alcanzado una solución definitiva. En Europa, la Primavera Árabe sirvió de inspiración para el movimiento de las plazas en España y Grecia, que dominó la política de esos países en su curso posterior. Tras extenderse por el resto del continente (Portugal, Italia, Francia...), la indignación saltó a Estados Unidos en otoño de 2011. Los *occupy*, a pesar de tener una intensidad mucha menor que en el sur de Europa, empujaron una oleada de descontento y de transformación crítica de la opinión pública que el país no había conocido desde los años sesenta del siglo XX.

Las protestas produjeron un giro de las políticas públicas, que en el caso europeo se debe considerar radical. En el verano de 2012, y en la misma línea que ya habían ensayado la FED y el Banco Central de Inglaterra, el presidente del BCE anunció que haría lo que «fuera necesario» para detener la pasión incendiaria de los mercados.⁵ Traducido, lo que el BCE anunció fue un propósito: estaba dispuesto a intervenir sin restricciones sobre los mercados de deuda, comprando bonos de los países endeudados. La presión sobre los bonos en los países europeos en riesgo de *default* se rebajó así de inmediato. Y al menos aquellos Estados que no fueron sometidos a los programas de rescate de la Troika, pudieron recuperar cierto margen de acción. Desde ese momento, el BCE incumplió manifiesta, sistemática e indefinidamente el mandato neoliberal,⁶ que según su constitución escrita le impedía intervenir

⁵ Literalmente las palabras casi mágicas de Mario Draghi el 26 de julio de 2012 fueron: «El BCE está dispuesto a hacer lo que sea necesario para preservar el euro. Y créanme, será suficiente».

⁶ Si bien desde 2009 el BCE había empezado a comprar masivamente bonos de deuda, no por ello puso freno a la dinámica especulativa sobre la deuda de los países en peores condiciones.

directamente en los mercados de «deuda soberana» de los países miembros. Esta fue seguramente la mayor victoria de la oleada global de protestas, al menos en el contexto europeo. Y a esta contribuyó también la amenaza de impago del nuevo gobierno griego de Syriza—una formación que se declaraba sin decoro de «extrema izquierda»—, lo que el nuevo presidente Alexis Tsipras publicitó sin tapujos tras su victoria en 2014 y ratificó por los resultados del referéndum de julio de 2015.⁷ La formación y rápido avance de formaciones políticas como Cinque Stelle en Italia o Podemos y las candidaturas municipalistas en España ratificó la decisión de la tecnocracia neoliberal europea. Desde entonces, la intransigencia política sobre el pago de la deuda condicionada por los rescates tras el desafío griego,⁸ se combinó con la creciente laxitud respecto al incremento del gasto público del resto de los países.

Primero en favor del sistema financiero, luego tras la oleada de protestas en pro del gasto público, la nueva política económica vino signada por la expansión monetaria, esto es, la inyección de liquidez continua, casi irrestricta, por parte de los Bancos Centrales. Esta política vino además reforzada por una reducción continua de los tipos de interés, que llegaron a alcanzar valores reales negativos.⁹ Curiosamente, esta herramienta, conocida como *quantitative easing* (QE) o flexibilización monetaria, estaba en el extremo opuesto al monetarismo de Friedman y Volcker de los años setenta. Se trataba de introducir la liquidez necesaria con el fin de impulsar el crédito, la demanda y la inversión, y con ello la actividad económica. La situación de recesión, de deflación subyacente, hacía de esta política una necesidad por encima de cualquier prescripción ideológica. La recuperación de la segunda mitad de la década de 2010 se debió en buena medida a esta expansión sin límites de la masa monetaria.

Pero los acontecimientos sombríos no habían terminado. Justo a finales de la década, en diciembre de 2019, las autoridades chinas comunicaban a la Organización Mundial de la Salud un brote de una extraña neumonía vírica con centro en Wuhan. Entre enero y marzo de 2020, el brote se había convertido en una pandemia global, que producía diariamente decenas de miles de ingresos y defunciones, colapsando los sistemas sanitarios de casi todos los países. Muchos de ellos declararon estados de emergencia y cuarentenas, algo

⁷ En esta consulta se le preguntaba al pueblo griego: «¿Debería ser aceptado el plan de acuerdo presentado por la Comisión Europea, el Banco Central Europeo y el Fondo Monetario Internacional en el Eurogrupo del 25 de junio de 2015 [...]?» El 61,3 % votó en contra de tal aceptación.

⁸ De hecho, la intransigencia de la Troika logró contener a Syriza, obligando a su gobierno a aceptar las condiciones de rescate, con la negociación parcial de varias quitas de la deuda, pero sin modificar la condición de tutela política sobre el país, ni el experimento de provocar una enorme crisis social, que a la postre se puede considerar completamente gratuita (o si se prefiere política).

⁹ Las principales caídas se produjeron en 2008 y entre mediados de 2013 y entrado el año 2022 el BCE mantuvo los tipos en el entorno del 0 %.

que solo podía tener un vago recuerdo en la memoria colectiva más lejana,¹⁰ reduciendo la actividad económica a lo meramente esencial. Como resultado, en 2020, el PIB de los países de la OCDE cayó de media en un 4 %.¹¹ Fue el mayor descenso desde 1929. La recuperación tardaría de media otros dos o tres años. Durante el largo periodo de confinamiento, que en la mayor parte de los países duró varios meses, el mantenimiento de los ingresos y el empleo corrió a cuenta del gasto público.

De nuevo, en la rápida recuperación económica de 2021, se produjo otro fenómeno imprevisto. Sobre el fondo deflacionario de la década anterior, el bloqueo económico seguido de la rápida recuperación del consumo, rompió las cadenas logísticas. Hubo desabastecimientos parciales, seguidos de un rápido incremento de los precios, aprovechado de forma automática por los países productores de petróleo. Salido del cofre en el que lo encerraron los viejos monetaristas, el espectro de la inflación hizo de nuevo presencia en los países ricos. La economía mundial parecía atenzada en sus propias contradicciones, a la espera de que estas volvieran a estallar o de que se desencadenasen tras la irrupción de otro cisne negro, en forma de virus pandémicos, catástrofes o guerras.

Después de 15 años de una crisis apenas interrumpida por la breve recuperación de la segunda mitad de la década de 2010,¹² las viejas economías avanzadas no habían salido de la espiral de la incertidumbre. Quizás la modificación más significativa de esta larga crisis de la globalización neoliberal fuera la constatación definitiva del desplazamiento del eje económico del mundo hacia al polo asiático. Las continuas advertencias acerca de una desglobalización o regionalización de la economía, las promesas —realmente nunca cumplidas— de la reindustrialización de Europa y Estados Unidos o las pequeñas guerras comerciales entre los tres grandes actores globales (EEUU, UE y China) eran solo los síntomas de esta nueva ronda de pérdida de competitividad de las economías occidentales en el escenario mundial. Como se puede ver en la tabla 1, China está en proceso de convertirse en la principal economía del planeta, cuando en 2000 era todavía la sexta, por detrás de Japón, Alemania, Reino Unido y Francia.¹³ La Gran Recesión, en definitiva, ha

¹⁰ Por ejemplo, la última gran cuarentena en Europa se decretó durante la gran epidemia de peste bubónica de Marsella en 1720-1722. Esta afectó a la región de la Provenza francesa, pero se contuvo dentro de esos límites.

¹¹ El PIB mundial decreció en 2020 en un 2,8 %, pero en los países de la OCDE la caída fue del 4 %, con descensos del 11,2 % en España, 7,5 % en Francia o 4,1 % en Japón. Banco Mundial, GFP growth (annual %), 2020.

¹² El periodo comprendido entre 2008 y 2020 es el periodo de menor crecimiento de todas las economías de la OCDE en comparación con cualquier otro periodo de duración similar desde posguerra. Véase OCDE, series de crecimiento del PIB, 1960-2023.

¹³ En 2007, en términos de PIB nominal, China era todavía la cuarta economía del mundo, y Japón la segunda. En 2024, China tenía una economía casi cuatro veces mayor que la de Japón y cinco que la de Alemania. A principios de la década de 2030, es previsible que China supere la economía de EEUU por PIB nominal e India a la de Japón

confirmado este cambio transcendental en el eje de ordenación del capitalismo histórico, que para más ironía parece recaer en un país que formalmente se declara heredero de una revolución comunista.

Tabla 1. Evolución de las principales economías del sistema mundo 1990-2030

Posición	1990		2000		2010		2023	
1	EEUU	5.960	EEUU	10.580	EEUU	15.050	EEUU	27.360
2	Japón	3.190	Japón	4.970	China	6.090	China	17.794
3	Alemania	1.770	Alemania	1.950	Japón	5.760	Alemania	4.460
4	Francia	1.270	R. Unido	1.670	Alemania	3.400	Japón	4.210
5	Italia	1.180	Francia	1.370	Francia	2.670	India	3.549
6	R. Unido	1.090	China	1.210	R. Unido	2.490	R. Unido	3.340
7	Canadá	596	Italia	1.150	Brasil	2.210	Francia	3.030
8	España	536	Canadá	744	Italia	2.140	Italia	2.250
9	Rusia	517	México	742	Canadá	2.100	Brasil	2.170
10	China	361	Brasil	655	India	1.680	Canadá	2.140
11	Australia	311	España	598	Rusia	1.520	Rusia	2.020
12	Corea Sur	283	Corea Sur	576	España	1.420	México	1.790

Fuente: Banco Mundial, GDP countries, series 1960-2023.

De otra parte, más de una década de expansión del gasto público ha dejado unos niveles altísimos de endeudamiento. De hecho, aun cuando la deuda de los hogares se redujo significativamente tras la crisis de 2008, la oleada de ejecuciones hipotecarias y el congelamiento del gasto de la mayoría de la población, la deuda privada de las empresas y la deuda pública no han hecho más que crecer.¹⁴ La prueba, que incrimina a la crisis subyacente, es el raquítico crecimiento neto de los países de «altos ingresos» entre 2008 y 2024. Este apenas superó el 1 % del PIB,¹⁵ e incluso ese umbral solo se logró a costa de un creciente endeudamiento público, del que su sostenibilidad está por verificarse. De hecho, entre 2008 y 2022 el endeudamiento de los Estados de la OCDE (ponderados por población) había pasado del 78,5 % de 2008 al 108,7 % de 2022.¹⁶

y Alemania, al tiempo que Indonesia se incorpore al grupo de las 10 economías más grandes del planeta. En términos de lo que se conoce como PIB ajustado a la paridad de poder adquisitivo (esto es corregidos los tipos de cambio), estos cambios se han producido ya. Véase Banco Mundial, GFP growth (annual %), 1960-2024; y proyecciones económicas del FMI.

¹⁴ OCDE, General government debt, % of GDP, series 2000-2023.

¹⁵ Véase Banco Mundial, GDP growth (annual %) - High Income, Series 1960-2023.

¹⁶ OCDE, General government debt, % of GDP, series 2000-2023.

En conjunto, y como se verifica en este breve recorrido, la Gran Recesión iniciada en 2008, al igual que la Gran Depresión de 1929 o la llamada «crisis del petróleo» de 1973, es un hito en la historia del capitalismo moderno. El año 2008 constituye, de hecho, un parteaguas entre dos grandes ciclos económicos y sociales: marca seguramente el fin de la globalización financiera, al menos tal y como se desarrolló en la década de 1990 y 2000, al tiempo que abre paso a una fase todavía por definir. En estas condiciones, si la crisis de 1929, de la mano también de la agitación política, el ascenso del fascismo y la Segunda Guerra Mundial, abrió el camino a la construcción de la era del capitalismo «regulado», que damos el nombre de keynesianismo, y si la crisis de los años setenta, también empujada por los efectos complejos del 68, abrió el paso al neoliberalismo, deberíamos pensar que la Gran Recesión de 2008 estaría anunciando otra modalidad de capitalismo, que en principio todavía no sabríamos nombrar.

El análisis y la discusión sobre esta nueva etapa histórica se ha convertido en el gran motivo del debate de la crítica en este tiempo de impás.¹⁷ ¿Estamos en medio de una crisis de crecimiento, en la que los nuevos sectores productivos y las fuerzas de la innovación tecnológica nos llevarán, tarde o temprano, a una nueva era de crecimiento impulsada por la transición ecológica y las nuevas tecnologías de la robotización y la inteligencia artificial, tal y como proponen multitud de «solucionistas» y tecnócratas, especialmente en el ámbito europeo?¹⁸ ¿O la crisis de 2008 es la manifestación de los insuperables problemas del bloqueo capitalista que se viene arrastrando desde los años setenta, y para el cual el arreglo financiero se ha mostrado necesariamente transitorio, sin que se pueda decir que haya una solución de distinto tipo, basada en las innovaciones organizativas, la creación de nuevas tecnologías, de nuevos mercados, de nuevos productos, etc.?¹⁹ Y abundando o más bien extremando esta dirección, ¿estamos metidos ya en la transición hacia un sistema distinto al capitalista, previsiblemente peor, en el que los gigantescos monopolios tecnológicos y la concentración del poder financiero acabarían por dar cuerpo a una modalidad puramente rentista y extractiva de poscapitalismo —ya no progresivo, esto es, basado en los incrementos de la productividad y la producción—, un régimen que algunos han dado el

¹⁷ La bibliografía sobre esta discusión es ciertamente enorme, en lo que sigue citaremos algunos debates que se han tenido principalmente en la *New Left Review* y que se han reunido en varias compilaciones de textos como *Las bifurcaciones del capital. Crisis política y revolución en el capitalismo rentista y tecnofeudal*, Madrid, Traficantes de Sueños, 2022.

¹⁸ Para una discusión sobre este debate véanse las colaboraciones recientes de la *New Left Review* reunidas en *Decrecimiento vs. Green New Deal*, Madrid, Traficantes de Sueños, 2019.

¹⁹ Esta es, con distintas variantes a veces en discusión, la respuesta más común de la gran mayoría de los críticos del capitalismo que operan a partir de la renovación de las viejas categorías marxistas: R. Brenner, D. Harvey, C. Lapavistas, etc.

nombre de tecnofeudalismo?²⁰ ¿O la crisis de 2008 es simplemente el primer gran capítulo del colapso civilizatorio, marcado por los pasos apenas ocultos de la crisis ecológica, que en definitiva está detrás del problema insoluble de los límites del crecimiento?²¹

En relación con este debate se va a adoptar una perspectiva lo menos dogmática posible. Sencillamente es todavía temprano para concluir cuál va a ser el derrotero de la época que ha abierto 2008, y que seguramente ya estaba contenido en la gran crisis industrial de los años setenta. De todos modos, hay algunas cuestiones que podemos afirmar con cierta seguridad, y que son las que nos permiten suponer que la «crisis de integración»²² de esta fase histórica del capitalismo no va a tener una solución sencilla. Muy resumidamente, es harto probable que estemos recorriendo los primeros tramos de una fase terminal, crepuscular, del capitalismo tal y como se ha desarrollado desde la Revolución industrial.

Los indicios que sostienen esta hipótesis tienen que ver fundamentalmente con la persistente ausencia de una batería suficiente de «soluciones» a la crisis de rentabilidad —esto es, a la crisis del capitalismo a secas—, que la era de la financiarización neoliberal permitió sostener durante un tiempo.²³ Estos elementos de bloqueo son básicamente tres y tienen como base común esta sensación de vía muerta, de *cul-de-sac*, al menos para una salida progresiva (basada en el crecimiento) de las sociedades capitalistas.

El primero, el más obvio, es la asimetría entre las promesas del nuevo capitalismo tecnológico y sus pobres resultados en términos de productividad y rentabilidad. A pesar de la notable inversión ideológica, normalmente bajo la promesa publicitaria de un mundo de crecimiento, inversión y paradójicamente de desempleo tecnológico, promovido por el desarrollo meteórico, primero de la cibernética y los grandes ordenadores, luego de la informática y del desarrollo de las telecomunicaciones, y hoy finalmente de la inteligencia

²⁰ Esta la tesis y el concepto empleado por autores como Yannis Varoufakis en *Tecnofeudalismo*, Bilbao, Deusto, 2024. Si bien su acuñación es algo anterior, y probablemente se debe a Cédric Duran, *Tecnofeudalismo. Crítica de la economía digital*, Buenos Aires / Donostia, La Cebra / Kaxilda, 2021. Para una discusión sobre estas cuestiones se puede leer también el debate en las páginas de la *New Left Review*, cuyas principales contribuciones se han reunido en el volumen en castellano *Las bifurcaciones del capital...*; o *Sobre el capitalismo político. El nuevo debate Brenner*, Madrid, Traficantes de Sueños, 2024.

²¹ La idea del colapso tiene una gran tradición y elaboración en el campo del ecologismo. Sin duda los textos fundadores de la misma se deberían reconocer en los informes del Club de Roma, especialmente el primero: *Los límites del crecimiento*, Ciudad de México, FCE, 1972.

²² El concepto de integración se emplea aquí en los términos más clásicos de la sociología desde Durkheim, como el conjunto de mecanismos que mantienen la relativa coherencia y unidad de una sociedad.

²³ Véase al respecto el artículo incluido en este volumen Isidro López, «La crisis de la financiarización: la crisis de la solución a la crisis», *Cuadernos de Estrategia*, núm. 2, 2024.

artificial, los efectos de esta oleada de inversión en tecnologías de la información y el conocimiento han sido modestos. Los resultados económicos de lo que se debería considerar como la cuarta revolución industrial han resultado tan prometedores, en boca de sus voceros, como decepcionantes en las estadísticas de productividad y rentabilidad.²⁴ La incapacidad de todo este conjunto de industrias relacionadas con el conocimiento y la tecnología informática —desde la biotecnología hasta la inteligencia artificial— de convertirse en el motor de una nueva era de crecimiento del empleo y de la inversión, como ocurrió primero con la máquina de vapor y la industria textil, luego con el acero y el ferrocarril y finalmente con el petróleo y el automóvil, es uno de los elementos menos sencillos de explicar del capitalismo moderno.²⁵ Pero cada vez parece más difícil negar que las nuevas tecnologías no han tenido, en los indicadores económicos más elementales —inversión, rentabilidad, empleo, crecimiento—, unos resultados comparables a los de las grandes innovaciones del fordismo.

De hecho, el capitalismo tecnológico sigue siendo más una economía de expectativas y promesas, lo que la vuelve propensa y funcional a las burbujas financieras, y menos una forma renovada del viejo capitalismo industrial.²⁶ Esto se manifiesta de forma continua en los problemas recurrentes de

²⁴ Esta tesis se conoce en la literatura técnica como la «paradoja de Solow» quien, en fecha tan temprana como 1987, afirmó que los «ordenadores están en todas partes salvo en las estadísticas de productividad». Efectivamente, la expansión de las tecnologías de la información durante la década de 1980 no coincidió con una expansión significativa de la productividad, al menos según las medidas convencionales. El repunte de este indicador en la década de 1990, y que pareció desterrar esta paradoja, se vio de nuevo corregido por los pobres incrementos de la productividad en las décadas de 2000 y 2010. La paradoja resulta tan chocante a los economistas convencionales que muchos se han negado a reconocerla, a considerarla como un problema de medición, difusión o retardo en los efectos de la innovación. La cuestión es más sencilla, las economías del Norte global son economías fundamentalmente de servicios, y en las que, por tanto, las tecnologías de la información solo producen incrementos de productividad marginales.

²⁵ Este es el núcleo de la tesis de los grandes ciclos de acumulación de capital, que desde Kondratieff y Schumpeter, se ha elaborado para dar cuenta de los periodos de crecimiento y crisis asociados a la aparición de nuevos mercados, nuevos productos y nuevas formas de organización del trabajo, o si se prefiere de sucesivas revoluciones tecnológicas y de innovación.

²⁶ Un ejercicio sencillo de esta demostración consiste en comparar el valor bursátil de las grandes empresas tecnológicas y su facturación real. Así en febrero de 2024, Microsoft con 3 billones de dólares de capitalización bursátil era la primera empresa del mundo, Apple con casi el mismo valor la segunda, Alphabet la cuarta, Nvidia la quinta, Amazon la sexta y Meta la séptima. Entre las siete primeras solo estaba una empresa «no tecnológica», Aramco, la tercera. En cambio por facturación en 2023, la primera era Walmart con una facturación de 600 mil millones de dólares, la segunda y la tercera dos empresas de energía Aramco y la china State grid, en la quinta, la sexta, la séptima y la novena posición de nuevo otras cuatro empresas de energía (China National Petroleum, Sinopec Group, ExxonMobil y Shell). Las únicas dos tecnológicas

realización de las inversiones, la rápida obsolescencia de los productos debido a la velocidad de innovación sobre los mismos, y la adaptación a nichos de mercado ya maduros,²⁷ sobre los que algunas empresas tecnológicas han logrado obtener una posición de cuasi monopolio —como es el caso de Amazon sobre el comercio al por menor a través de Internet—, pero sin modificar sustancialmente los patrones de producción previos.

En esta misma línea, no parece previsible que la llamada transición verde, activada por la amenaza del calentamiento global, pueda convertirse en una opción de reemplazo para los sectores industriales maduros, un nicho de rentabilidad suficiente para absorber las enormes masas de capital excedente que durante estas últimas décadas han flotado en los mercados financieros, produciendo la conocida serie de burbujas y crisis. Paradójicamente el rápido desarrollo en los últimos años de la tecnología asociada a los aerogeneradores, la energía solar e incluso el coche eléctrico ha abaratado enormemente los costes de la transición, pero también ha reducido en la misma medida la rentabilidad de estos sectores, que ya empiezan a mostrar síntomas de exceso de capacidad, además de ser liderados fundamentalmente por China.²⁸

En segundo lugar, la solución financiera probada desde finales de la década de 1970 no parece tener ya más recorrido. En contra de la misma, juegan en primer lugar los altos niveles de endeudamiento de los principales actores de la economía mundial —los Estados, las grandes empresas y los hogares de los países ricos—. Por ejemplo, el total de la deuda de todos los sectores de Estados Unidos, llegó a rozar en 2023 los 100 billones de dólares, la cifra más alta en su historia, y cuatro veces su PIB.²⁹ Sin duda, buena parte de las formas de extracción de rentas, que tres décadas de financiarización han impuesto en determinados ámbitos —como los mercados inmobiliarios ampliamente liberalizados, los préstamos a la educación superior en los países anglosajones,

entre las diez primeras eran Amazon, convertida en realidad en una empresa logística y de venta al detalle, y Apple en la octava posición —con una facturación casi diez veces menor a su valor en bolsa—, dedicada a la producción y venta de dispositivos informáticos. Grandes grupos industriales tradicionales como Volkswagen o Toyota tenían una facturación notablemente mayor que la de la mayor parte de los grandes monopolios tecnológicos. Véase *Fortune 500*, 2023.

²⁷ El problema de la rentabilidad del capital, asociado a la creciente eficiencia del mismo capitalismo, capaz de agotar en cuestión de años o de meses nuevos productos es uno de los problemas mayores del capitalismo actual, y es el motivo de la reflexión de un gran número de los autores citados en este texto.

²⁸ Este doble movimiento hacia el exceso de capacidad y el creciente monopolio de la producción por parte de empresas chinas se ha producido ya en varios ámbitos de las llamadas industrias de la transición verde. Así China produce alrededor del 80 % de los módulos fotovoltaicos que se instalan en el mundo, así como de las baterías de gran capacidad que requieren las energías renovables. Véase *International Energy Agency, Special Report on Solar PV Global Supply Chain*, agosto de 2022.

²⁹ Concretamente 98,2 billones, según datos de la FED of San Louis, serie de deuda de todos los sectores, 1945-2023.

la especulación en los mercados de deuda soberana, etc.— persistirán, e incluso es probable que den lugar a nuevas formas más correosas de dominio financiero. Lo que es más dudoso es que el gobierno de las finanzas pueda volver a generar ciclos financieros «virtuosos», capaces de promover una suerte de keynesianismo financiero, con efectos en la inversión, la demanda y el empleo. Parece mucho más probable que los altos niveles de endeudamiento público y privado estallen en algo parecido a una devaluación rápida, con efectos de depresión económica general, o en su defecto en una situación a la «japonesa» caracterizada por un alto y creciente endeudamiento, así como un largo estancamiento.

Tampoco parece probable, por último, que se vaya a articular una nueva solución espacial a la crisis de rentabilidad actual. El gran arreglo espacial³⁰ de la globalización neoliberal pasó por el desplazamiento histórico del capital hacia la costa asiática del Pacífico, a partir del núcleo de irradiación japonés, pero también por medio de la inversión de las grandes corporaciones occidentales en Corea, Taiwan, Singapur y luego en las «zonas económicas especiales» chinas. Desde hace varias décadas, esta región es sin discusión el taller del mundo. Pero ¿es todavía posible algún tipo de desarrollo que repita el patrón de las décadas previas en otras regiones con salarios bajos y costes fiscales reducidos?

En cierta medida, este es el único gran patrón de crecimiento que se ha desarrollado desde la década de 1990. El fuerte impulso de la economía china, se ha ido extendiendo hacia el sur a lo largo de la costa del mar de China y hacia el interior del continente. La inversión, fundamentalmente en sectores de baja composición tecnológica e intensivos en mano de obra, se ha desplazado así hacia otros países, como Vietnam, Indonesia o Filipinas. Pero este desarrollo, así como el fuerte empuje de la economía india en los últimos veinte años, está muy lejos de emular el rápido crecimiento de las primeras economías asiáticas de las décadas anteriores.

De hecho, incluso las instituciones oficiales prevén un escenario sombrío, marcado por la paulatina ralentización de la economía mundial, con efectos sociales y políticos difíciles de calibrar. El FMI, por ejemplo, augura un crecimiento del PIB mundial mucho más lento para la década de 2020, que el ya menguante de la década de 2010, cuando se alcanzó el 3,8 % de media anual: de hecho, este puede ser incluso inferior al 3 % al final de la misma. En la década de 2000, empujado sobre todo por las grandes economías asiáticas (excepto Japón), la economía mundial creció a un ritmo del 5 % anual.³¹ En esta década,

³⁰ Arreglo espacial o *spatial fix*, en el sentido en el que habitualmente lo emplea David Harvey como solución a la sobreacumulación y al exceso de capital. Este pasa por la fijación en el territorio de grandes masas de capital en forma de infraestructuras y bienes de equipo con ciclos de rentabilidad relativamente largos. Véase al respecto D. Harvey, *Los límites del capital*, Madrid, Traficantes de Sueños, 2024; o si se prefiere, en una versión más aplicada y menos teórica, *El nuevo imperialismo*, Madrid, Akal, 2003.

³¹ Véase FMI, *Perspectivas de la economía mundial. A un ritmo constante, pero lento: Resi-*

la gran economía china crecerá a la mitad de ritmo (un 5 %) que hace 10 años, y el otro gigante demográfico (India) lo hará solo a un ritmo un poco mayor, insuficiente en cualquier caso para garantizar una convergencia no ya con las economías avanzadas, sino con sus vecinos orientales.³² En estas condiciones, todo apunta a que la «solución espacial» china, un país continental con un Estado capaz de gobernar la dirección económica, al tiempo que impone, su particular versión de la paz social, no va a encontrar posiciones de reemplazo de la misma eficacia. Ni la India, ni la región mucho más pobre y compleja del África subsahariana parecen candidatas a convertirse en motores económicos sustitutos, al menos de momento, y seguramente de forma definitiva.

De una forma típicamente convencional, los economistas de instituciones como el FMI o el BM atribuyen este ritmo de crecimiento mucho más lento, al escaso dinamismo de la productividad —cuya causa encuentran en una ineficiente asignación de los factores de producción— y a un crecimiento demográfico cada vez más lento y únicamente protagonizado por el continente africano.³³ Fugado el optimismo, incluso entre quienes fueron los principales guardianes de las bondades del libre comercio y la liberalización económica, las perspectivas parecen adecuarse a una tendencia que algunos han empezado a llamar «secular», y que apunta a la ralentización primero y luego al estancamiento.³⁴

Las consecuencias serán, como siempre desiguales, según la posición de cada país o de los distintos segmentos sociales. Para los países de menores ingresos, la falta de dinamismo económico amenaza con hundirles en una situación de estancamiento con pobreza, cuya traducción probable será un nuevo incremento de las desigualdades debido a la propia inercia de la concentración patrimonial, sin correcciones fiscales adecuadas. En estas condiciones, su futuro a medio plazo parece condenado irremediabilmente a un creciente conflicto distributivo a distintas escalas. Por su parte, en lo que según la terminología del FMI son las economías avanzadas —básicamente

liencia en un contexto de divergencia, abril de 2024; y FMI, *Actualización de Perspectivas de la economía mundial. La economía mundial contra las cuerdas*, julio de 2024.

³² En 2023, el PIB per cápita indio en términos nominales era de poco más de 2.000 euros, unas 35 veces menor que el de Estados Unidos o 6 veces menor que el chino a los mismos tipos de cambio; la distancia se reducía a 8 veces respecto a EEUU y 3 respecto a China en valores a paridad de poder adquisitivo. En cualquier caso, a partir de estas diferencias, para que India convergiera con estos países en renta *per capita* tendría que al menos triplicar su crecimiento del PIB respecto del crecimiento chino y a sextuplicar el de EEUU, y esto durante varias décadas. Tal proceso de convergencia de la economía india no se ha registrado en los últimos años, ni parece que se vaya a registrar, salvo quizás en relación con las decadentes economías europeas. Véase Banco Mundial, series de crecimiento del PIB por países 1960-2023.

³³ FMI, *Perspectivas de la economía mundial... 2024*, pp. 74-93.

³⁴ Merece la pena comparar el tono subyacente de los informes del FMI en la última década, que es realmente lúgubre, con el optimismo reinante de la década de 2000, o incluso de la primera recuperación de mediados de la década de 2010.

EEUU, Europa, Corea-Japón—, las previsiones de crecimiento de este organismo para la década de 2020, son del 2 % anual, y estas bajan todavía más para la zona Euro (1,5 %).³⁵

En lo que sigue de este artículo, se tratará de analizar el impacto de la atonía económica en el centro de la economía mundo, concretamente sobre sus clase medias, que han constituido el eje de estabilidad social de estos países. Este cuerpo social, todavía mayoritario, ha adquirido su forma a partir de las dos grandes modalidades históricas de intervención estatal: el keynesiano bienestarista, que permitió la integración política y social de la clase obrera dentro de sus respectivas naciones, y el neoliberalismo propietario, aparentemente meritocrático. Sobre esta base, apenas sorprende que la forma de intervención estatal en la última década haya basculado entre estas dos modalidades de ingeniería social: por un lado, tratando de contener la devaluación de la base patrimonial de las clases medias, así como de su acceso al crédito y a determinadas formas de renta, que compensen mínimamente la depresión de los salarios; por otro, tratando de sostener a toda costa ciertos marcos del Estado social y del empleo público, que son en última instancia los que generan el efecto mayoría que constituye a las sociedades fundadas en las clases medias.³⁶

El debate sobre la crisis del capitalismo se desarrolla así en dos planos. El primero, que se ha tratado de resumir en las páginas previas, da cuenta de los límites internos y externos al dinamismo del capital. Las principales variables a considerar son la rentabilidad, el crecimiento, la relación entre el capital productivo y el capital financiero, la división internacional del trabajo y las soluciones espaciales a la sobreacumulación, las formas de organización empresarial, las modalidades de innovación y aplicación tecnológica, los modos de consumo de la fuerza de trabajo, etc. La segunda comprende las formas de integración de las sociedades capitalistas. En esta dimensión se deben considerar todas las instituciones fundamentales que dan una coherencia relativa a estas sociedades: el Estado, las formas de familia, la segmentación de la sociedad en clases, así como los criterios de exclusión e inclusión social, las distintas ideologías y relatos culturales con las que la sociedad se explica, etc. Es esta segunda dimensión la que se va a considerar ahora.

La crisis del Estado integrador

El problema de la crisis coincide con el problema del Estado. Por mucho que esta institución haya sido parcialmente despojada de contenidos y funciones,

³⁵ FMI, *Perspectivas de la economía mundial...*

³⁶ Debemos entender este «efecto» como la vertebración de estas sociedades en torno a unas clase medias, que tienen tanto en términos demográficos como sobre todo culturales, la función de servir de modelo logrado, o al menos aspiración compartida, de la forma de vida óptima, deseable, normal, etc. Para un desarrollo de este argumento véase Emmanuel Rodríguez, *El efecto clase media. Crítica y crisis de la paz social*, Madrid, Traficantes de Sueños, 2022.

desplazada por los organismos supranacionales y las corporaciones multinacionales o fragmentada en su base por la creciente autonomía de las llamadas «entidades subestatales» (por ejemplo, las regiones ricas, las ciudades globales), el Estado intervencionista sigue siendo la gran fábrica social del capitalismo moderno. La cuestión a dirimir aquí es ¿hasta cuándo? ¿Hasta cuándo estará en condiciones de sostener la compleja malla que mantiene la estabilidad relativa de las sociedades metropolitanas?

Como se ha visto, el Estado intervencionista, cuya constitución contemporánea se forja en el periodo de entreguerras, no fue desplazado por las modalidades de regulación neoliberal. La contención de los desafíos que representó el 68 y las nuevas exigencias de mercantilización, que guiaron las políticas neoliberales, exigieron la persistencia —en algunos casos, el refuerzo— de la intervención estatal. Los ejemplos de Reagan o Thatcher resultan ilustrativos: la retirada del Estado en determinados ámbitos, se vio notablemente compensada por la intervención en otros. De hecho, a pesar de las rebajas fiscales a los beneficios del capital y los sectores más pudientes el volumen total del gasto público no se redujo en ningún caso. Lo que se dirimió entre keynesianismo y neoliberalismo, y en su frontera —más porosa de lo que parece—, no es por tanto una cuestión de menos Estado, sino de la forma y estilo del Estado, que en todo caso ha seguido siendo fuertemente intervencionista.³⁷

Por situar la cuestión en magnitudes económicas, lo que diferencia a las economías avanzadas de aquellas pobres, o según la jerga técnica «en vías de desarrollo», es la persistencia de un Estado extenso, capaz de regular prácticamente todos los capítulos de la vida social. Con datos de 2022, el gasto de casi todos los Estados ricos del planeta fue superior al 40 % del PIB. Estados Unidos, por ejemplo, tenía en ese año unos niveles de gasto situados alrededor del 45 %, cuando en 1970, en la gran época keynesiana, este era de solo el 33 %. Por su parte, en casi todas las grandes economías de la Unión Europea este porcentaje subía a más del 50 %, y es de media 15 puntos superior al de 1970.³⁸ A la hora de considerar este enorme volumen de gasto es preciso saber que este no se consume únicamente en el pago de los salarios de los funcionarios, las pensiones que administra la tesorería de la Seguridad Social y el pago de los principales servicios públicos (salud, educación, defensa, policía). El Estado es el principal protagonista económico de las sociedades

³⁷ Un caso paradigmático de esta diferencia se puede ejemplificar en la Unión Europea, concebida por algunos como un gobierno puro de la axiomática económica neoliberal, y no propiamente como un supra-Estado. No obstante, según la definición de W. Streeck, la federación europea opera como un super-Estado hayekiano —y no como un mero mecanismo de gobernanza económica, que sencillamente resulta imposible sin mecanismos coercitivos—, que desplaza la posibilidad de un ejercicio democrático de la soberanía sobre las finanzas, por la inscripción de las reglas de gasto en la constitución estatal de la Unión Europea. Véase el argumento de Streeck en *Comprando tiempo...*

³⁸ OCDE, General government spending % of GDP, 2021.

capitalistas avanzadas. En la mayor parte de estos países, industrias y sectores enteros dependen de su capacidad de gasto como es el caso de la obra pública, buena parte del sector farmacéutico, la importante industria militar, la mayor parte del sector cultural, la agricultura altamente subvencionada en Europa y EEUU, así como lo que se suelen considerar sectores estratégicos (principales industrias de exportación, energía, transportes, etc.). El Estado es por tanto el principal proveedor y el principal cliente económico en estas sociedades. Prácticamente no hay sector económico que pueda mantener su volumen de facturación sin el recurso a las licitaciones públicas. La reacción neoliberal no ha modificado realmente esta posición del Estado, que obviamente sirve para sostener el beneficio de las principales corporaciones euroestadounidenses.³⁹

En el capítulo de empleo, el Estado es igualmente el principal empleador de estas sociedades por encima de cualquier otra empresa o de cualquier otra agrupación patronal de un sector específico. El empleo público en los países de la OCDE se sitúa alrededor del 18 % de los ocupados, en un rango que va de los porcentajes superiores al 25 % en los países escandinavos a menos del 10 % en Japón y Corea. En Estados Unidos, el 14 % de los empleados está integrado en alguna agencia estatal o municipal.⁴⁰ Del mismo modo, el Estado ingresa fundamentalmente por vía fiscal alrededor del 40 % del total del PIB de esas economías.⁴¹ ¿Se puede hablar así de una retirada del Estado, cuando este administra casi la mitad de la economía de estos países? Y ¿qué implicaciones sociales y políticas tiene que el Estado se pueda encontrar con crecientes dificultades para mantener sus ingresos y este amplio rango de líneas de intervención?

*

La teoría del Estado es una de las grandes disciplinas especulativas de la teoría política, y en cierta medida constituye su base. El concepto de Estado está inevitablemente impregnado por la idea de su majestad y omnipotencia que emana de la teoría moderna de la soberanía en Bodino, Hobbes, etc. Para abordar el problema de lograr un concepto adecuado del Estado moderno, se

³⁹ De hecho, todas las crisis económicas han acentuado esta posición del Estado, que se convierte en el garante último de la actividad económica. En este sentido, y a partir de una serie de intervenciones de Robert Brenner se viene desarrollando una discusión sobre lo que se ha dado en llamar «capitalismo político», que vendría a reforzar esta posición del Estado a la hora de completar y garantizar el beneficio corporativo, e incluso el beneficio financiero. Las principales aportaciones están reunidas en castellano en *Sobre el capitalismo político. El nuevo debate Brenner*, Madrid, Traficantes de Sueños, 2024.

⁴⁰ OCDE, Estadísticas de las cuentas nacionales (database), «Employment in general government as a percentage of total employment», 2021.

⁴¹ OCDE, General government revenue, % of GDP, 2022.

podría recurrir a la formulación canónica de la doctrina del Estado alemana elaborada en el marco de la Alemania guillermina y que concibe el Estado a partir de sus tres elementos principales: un territorio sobre el que tiene su soberanía, una población que gobierna y administra, y el propio poder del Estado entendido como una suerte de voluntad o dirección colectivas.⁴² O se podría también recurrir a la idea típicamente sociológica de Max Weber del Estado en tanto monopolista legítimo de la violencia.⁴³ Pero si se quiere una formulación más actual, el Estado se podría entender como el «monopolio de los monopolios», lo que comprende no solo la producción de derecho, el ejército, la policía, etc., sino también el ejercicio de la violencia simbólica y la capacidad para sancionar o integrar dentro de las instituciones del Estado cualquier otra forma de poder, que en principio no nace del Estado (como la economía, el saber sancionado académicamente, la propia familia, etc.). Esta es básicamente la formulación de Bourdieu que entiende el Estado *como principio de representación legítima del mundo social*, o en sus propios términos de producción de *ortodoxia*;⁴⁴ o también como el metacampo del poder que organiza todos los campos del poder —desde el económico hasta el académico—. ⁴⁵

El límite a estas abstracciones está en que no nos sitúa en el curso histórico, esto es, en las formas precisas en las que esta ficción de soberanía del Estado se ha vuelto posible de forma concreta, específica o situada. En el capitalismo histórico, los Estados operan como piezas institucionales, formalmente simétricas, sometidas a tensiones recíprocas, que solo se pueden entender dentro del sistema de Estados, así como a partir de las relaciones de dependencia y dominación —muchas veces brutales— que operan entre los mismos. Al mismo tiempo, los Estados operan al lado, de la mano o frente a un conjunto de entidades y sujetos —lo que comprende prácticamente todas las realidades sociales imaginables: iglesias, comunidades, clases, empresas, entidades subnacionales, etc.— sobre las que solo ejercen un poder parcial, y a menudo no decisivo. Su pretensión soberana es, por eso, una pretensión, en cierta forma una ficción. Por último, los Estados tienen una composición fragmentaria, a menudo incoherente, hecha de multitud de piezas, departamentos, agencias, que en ocasiones operan con cierto grado de autonomía y más fidelidad a su función establecida y a los intereses creados, que a los poderes de un Estado y un derecho unificados.

⁴² Véase su formulación canónica en Georg Jellinek, *Teoría general del Estado*, Ciudad de México, FCE, 2000 [1900].

⁴³ M. Weber, *Economía y sociedad*, Madrid, FCE, 1993.

⁴⁴ Pierre Bourdieu, *Sobre el Estado. Cursos en el Collège de France (1989-1992)*, Barcelona, Anagrama, 2014.

⁴⁵ «Una suerte de metacampo, de un campo donde se produce, se conserva, se reproduce un capital que da poder sobre las otras especies de capital», *ibídem*, p. 274. O también Pierre Bourdieu, *La nobleza de Estado. Educación de élite y espíritu de cuerpo*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2013.

En los términos que aquí nos ocupan, la secuencia entre el Estado keynesiano y el Estado neoliberal, así como lo que llamamos la crisis del Estado intervencionista, resulta problemática y menos clara de lo que muchas veces se presenta. El Estado keynesiano del bienestar se constituyó como el principal actor económico —en cierto modo hizo las veces de capitalista colectivo—, en condiciones políticas y sociales muy determinadas, marcadas por la amenaza de extensión del ciclo revolucionario abierto en 1917, la alternativa de la forma autoritaria fascista y las dos guerras mundiales, que exigieron una rápida extensión de las funciones públicas en pro del desarrollo de una economía de guerra eficaz.

El Estado keynesiano desarrolló los sistemas públicos de educación y salud, unificó los seguros en los sistemas nacionales de Seguridad Social, trató de garantizar la estabilidad del salario familiar, integró a los partidos y sindicatos obreros —si bien siempre de forma subordinada— en la participación política y en los rituales nacionales. En términos históricos, el Estado keynesiano ha sido, por eso, el Estado integrador y universalista por antonomasia y para la mayor parte de la izquierda, así como para cierta derecha, el Estado social de posguerra ha constituido la mayor conquista de la civilización moderna.⁴⁶ Tanto es así que su inercia persiste sin género de dudas hasta hoy en día.

Naturalmente, la integración y las pretensiones universalistas del Estado keynesiano del bienestar acababan allí donde acababa el «hombre universal», que típicamente correspondía con la ciudadanía nacional. Más allá de esta frontera, empezaba un terreno nebuloso, formado por las minorías étnicas y raciales, los marginales, los trabajadores extranjeros, los pueblos colonizados, etc. A partir de la década de 1960, este espacio social «no integrado» se articuló políticamente en el movimiento de los derechos civiles de los afroamericanos en EEUU, en los procesos de descolonización de los imperios francés e inglés y en la llegada a las metrópolis de un creciente contingente de trabajadores de las antiguas colonias y que ya no eran «nacionales». La respuesta a estos movimientos del Estado keynesiano fue a medias represiva y a medias integradora. En otras palabras, el Estado de bienestar keynesiano desarrolló un margen suficiente para integrar primero a la clase obrera y luego las demandas de otros colectivos, que no participaron en su formación. Todo ello, si se quiere, de forma parcial y limitada, pero relativamente eficaz.

⁴⁶ Apreciaciones en este sentido se pueden encontrar en un amplio espectro de autores y personalidades relevantes de casi todo el arco político, y son todavía de sentido común entre una parte no pequeña de las poblaciones europeas, tal y como revelan los índices de aprobación del Estado de bienestar. Valga como ejemplo el reciente informe de la OCDE en el que se muestra que la aprobación del Estado de bienestar en los principales países europeos sigue siendo muy mayoritaria, y que el malestar de sus poblaciones tiene que ver fundamentalmente con su deterioro: *OCDE, Content or Discontent? Perceptions of Social Protection in France, Germany and the United Kingdom*, 2024.

De otra parte, las condiciones de desarrollo del *welfare* estuvieron estrictamente condicionadas por el ciclo virtuoso de la acumulación fordista: inversión, empleo, crecimiento y con ello el desarrollo de una poderosa hacienda pública. El desarrollo del Estado fiscal, sostenido fundamentalmente por la ampliación de la base impositiva asociada al crecimiento económico, permitió ampliar el bienestar. Durante tres décadas, las políticas keynesianas mantuvieron así una suerte de capitalismo regulado, sometido a cierta planificación estatal, que garantizaba la inversión pública a los capitales privados en función de unas proyecciones más o menos establecidas de crecimiento y según el mandato de mantener niveles de ocupación cercanos al pleno empleo.

Por contraste, el Estado neoliberal es en muchos aspectos distinto, incluso opuesto a los presupuestos del Estado keynesiano. Y sin embargo, en otros constituye estrictamente su continuación. La crisis política y económica de la década de 1970 mostró los límites de las políticas de demanda, en un contexto de creciente competencia industrial, crecimiento de los salarios, agitación obrera y creciente inflación. El disciplinamiento monetario trató de orientar las políticas de Estado a la recuperación de los márgenes de beneficio, aunque esto fuera a costa de la desindustrialización parcial de las economías del centro y el rápido incremento del desempleo. Para los países de la semiperiferia y la periferia, a excepción de la región de Asia-Pacífico, a partir de la primera crisis de la deuda de la década de 1980, este disciplinamiento, paradigmáticamente impuesto por medio de los planes de ajuste estructural, implicó el abandono de toda tentativa de desarrollo endógeno a partir de los programas de sustitución de exportaciones y, por ende, de construcción de un Estado keynesiano propio. Su política quedó entonces vinculada al ajuste fiscal y a la producción para la exportación.

Para los Estados del centro, la globalización neoliberal implicó además la búsqueda de ciertos nichos de especialización en aquellas actividades que estaban situadas en el ápice de la cadena de valor: funciones de dirección, finanzas, investigación, diseño, innovación, etc. En este proceso de rápida devaluación de una parte no pequeña del capital físico asentado en el territorio (las viejas instalaciones e infraestructuras industriales ahora deslocalizadas o modernizadas), los Estados promovieron políticas de inversión o «reindustrialización» en lo que entonces eran considerados los sectores de vanguardia o de futuro.⁴⁷ Durante la década de 1990 y 2000, los manuales para políticos y gestores, e incluso la mayor parte de la investigación social (también crítica), fijaron el ámbito prioritario de esta transformación en las llamadas «industrias del conocimiento»: tecnología informática, telecomunicaciones, biotecnología, etc.

En este marco de especialización, forzado por la globalización productiva, la función del salario se desplazó como factor de demanda a la columna de costes, tanto de la empresa como de las economías nacionales lastradas por los

⁴⁷ Según una secuencia a la vez económica y espacial, bien estudiada por David Harvey, en la que unos arreglos espaciales se siguen de otros. Véase de nuevo D. Harvey, *Los límites del capital... y Espacios del capital*, Madrid, Akal, 2007.

crecientes problemas de competitividad. Para los países centrales, el mantenimiento de las industrias maduras y más intensivas en mano de obra resultaba así cada vez más oneroso. Por contra, las emergentes industrias del conocimiento parecían ofrecer buenos salarios, con una productividad y una incorporación de capital todavía crecientes. En las condiciones impuestas por la competencia por la captación y desarrollo de estas industrias, el Estado debía impulsar aquellas inversiones e infraestructuras que facilitarían su desarrollo: universidades punteras, centros tecnológicos, redes de fibra óptica e incluso entornos urbanos tolerantes y amables, orientados a la atracción y desarrollo de este tipo de inversiones.⁴⁸ Este tipo de administración emprendedora y proinnovación dio lugar a distintas formulaciones de un nuevo tipo de Estado modelo, como la del sociólogo británico Bob Jessop, que acuñó el término Estado competitivo schumpeteriano,⁴⁹ o la de la economista Mariana Mazzucato que, en un registro más convencional, ha propuesto la figura del Estado emprendedor.⁵⁰

La idea de este Estado competitivo, inspirado en la exitosa reorientación de algunos pequeños países europeos —fundamentalmente escandinavos—, permitía dibujar un horizonte congruente con las aspiraciones de la nueva socialdemocracia, en las que la introducción de elementos de competencia y la desregulación de los mercados no tenía que ir en contra del mantenimiento de los viejos resortes garantistas del Estado del bienestar. Para una región (como la Bahía de San Francisco y su Silicon Valley) o un pequeño Estado (como Finlandia⁵¹) la especialización en estas economías de la innovación implicaba una notable ampliación de la base fiscal, y con ello de las posibilidades de gasto público. Pero como hemos visto y luego veremos con más detalle, la llamada era de la globalización no fue una época de innovación, incremento de la productividad, crecimiento del empleo, etc. En los países centrales, esta fue más bien una fase de bajo crecimiento, estancamiento de la productividad y caída del empleo industrial. La posición de estos países ha venido, en realidad, asegurada por medios menos «meritocráticos», esto es, menos basados en su capacidad para liderar en la economía de la innovación. Sede todavía de las principales multinacionales del planeta, de los principales

⁴⁸ Esta en resumidas cuentas fue la idea de las ciudades creativas de Richard Florida, *Las ciudades creativas*, Barcelona, Paidós, 2009.

⁴⁹ Esta es por ejemplo la formulación de Robert Jessop en *El futuro del Estado capitalista*, Madrid, Catarata, 2008; y *The State. Past, Present and Future*, Cambridge, Polity Press, 2016.

⁵⁰ Mariana Mazzucato, *El Estado emprendedor. La oposición público vs. privado y sus mitos*, Madrid, Taurus, 2022.

⁵¹ Finlandia fue durante los años noventa y dos mil el caso más repetido de éxito de la economía de la innovación, como Suecia lo fue del modelo de Estado de bienestar, debido fundamentalmente a su posición siempre en los primeros puestos en los ránquines de inversión y logro educativo y al desarrollo internacional de su empresa estrella: Nokia. En cualquier caso, cuando en 2011 Nokia perdió el liderazgo en el sector de los teléfonos móviles, frente a los nuevos móviles inteligentes de Apple y otras empresas, la estrella finlandesa empezó a dejar de brillar.

centros financieros y de las tres principales monedas de cambio internacional (dólar, euro y libra), Estados Unidos, y en menor medida Europa, consiguieron mantener una posición todavía hegemónica en la economía mundial a partir de su condición de centros de mando de la economía global.

Su especialización se basó así menos en la virtuosa innovación «schumpeteriana», que en su posición financiera y militar —especialmente para el caso de Estados Unidos— como polo todavía central de la economía-mundo. Esto explica que, hasta 2008, a pesar del débil crecimiento de sus economías, estos Estados pudieran mantener sus funciones, e incluso ampliar el gasto público, en condiciones de rápida pérdida de competitividad frente a las economías asiáticas. La cuestión crítica en este caso vuelve a ser ¿hasta cuándo conseguirán sostener esta posición?

La crisis de 2008 fue un serio aviso de que las cosas podían cambiar. El rápido incremento de la deuda pública y la especulación en el mercado de bonos empujó a una situación de quiebra técnica a tres o cuatro países europeos y estuvo a punto de llevar al *default* de medio continente con consecuencias imprevisibles para la propia supervivencia de la Unión.⁵² El desastre europeo se desarrolló según un guión escrito por razones tanto políticas, como económicas, y que no resulta difícil de descifrar. Al menos hasta 2012, la Troika tensó a los Estados en dificultades sobre la base de la prescripción del ajuste fiscal y la deflación salarial. El objetivo de las élites europeas no pasaba únicamente por rescatar a las finanzas —al tiempo que se les proporcionaba nuevos nichos de beneficio—, a la vez que se intentaba disciplinar a unas poblaciones adictas al gasto social. Se trataba también de recuperar competitividad en la carrera mundial, especialmente en aquellos sectores que entonces se podían considerar estratégicos como el automóvil y la transición verde.⁵³ Al reducir los márgenes de acción del Estado, aplicando en tiempos de crisis el viejo mandato de Maastricht sobre el control del gasto y de la deuda pública, se esperaba poner a Europa en mejores condiciones para sortear la pérdida de competitividad tanto frente a EEUU como China, entendiendo los altos salarios del continente y el Estado social como un coste cada vez más inasumible.⁵⁴

⁵² Conviene recordar que en aquellos años se barajaron distintas alternativas, como la de desgajar a los países del norte del continente de los del sur y del este, deshaciendo la unidad monetaria en dos o más monedas.

⁵³ La pérdida de competitividad de la economía europea es un tópico de largo recorrido en la historia de la Unión Europea, pero se ha vuelto cada vez más presente. En el otoño de 2024 este ocupó las primeras páginas de la prensa europea tras la publicación del informe elaborado por el equipo de Mario Draghi, expresidente de la república italiana y del BCE: *The future of European competitiveness*, septiembre de 2024. En este informe, como en otros previos, se proponía orientar una masiva inversión pública y privada a la reindustrialización del continente.

⁵⁴ Resulta curioso verificar que el discurso de la austeridad se acompañó en todos esos años con una pretensión de promocionar el liderazgo europeo en las industrias de la transición verde (eólica, coche eléctrico, luego hidrógeno verde, etc.). Curiosamente también, tras la agitación política desatada en 2011, los planes estratégicos

La oleada de protestas que se desencadenaron en 2011 obligó, sin embargo, a dar marcha atrás con esta estrategia. La crisis volvió a hacer manifiesta la contradicción que en plena contrarrevolución thatcheriana expresara el sociólogo alemán, Claus Offe, acerca de que el capitalismo no puede coexistir con el Estado de bienestar pero tampoco puede vivir sin él.⁵⁵ El experimento griego, con el que la Troika trató de ensayar la doctrina del shock⁵⁶ en Grecia —un país del Norte aunque sea de su periferia—, desató en el continente la mayor oleada de agitación política desde 1968. Y seguramente acabó dando al traste con la frágil modalidad de integración neoliberal, al menos como retórica hegemónica.

Otro sociólogo alemán, heredero de Frankfurt, y como esta escuela en su evolución reciente, de tendencia netamente conservadora, Wolfgang Streeck, ha advertido reiteradamente en los últimos años acerca de la posibilidad de una solución autoritaria a la crisis de lo que entiende como la extraña y contradictoria fórmula del capitalismo democrático.⁵⁷ En su interpretación de la crisis europea, que es coincidente con la de buena parte de la izquierda fiel a los principios históricos de la socialdemocracia, la «constitución neoliberal» de Europa ha ido dejando a los Estados sin recursos para la intervención económica, sustrayendo la soberanía popular de lo que llama el pueblo del Estado (*Staatsvolk*), en favor de los mercados o el «pueblo del mercado» (*Marktvolk*).⁵⁸ En los últimos treinta o cuarenta años, este Estado dicotómico, que sirve a dos «pueblos», solo ha podido mantener sus prerrogativas sociales y los servicios sociales a través del estímulo de la deuda tanto privada como pública. Pero al renunciar a comportarse como un Estado fiscal, que no grava de forma suficiente la rentabilidad financiera y a las clases pudientes, ha degenerado en un Estado deudor, con una autonomía cada vez menor frente a la presión de los mercados. Esto es lo que le ha empujado, desde la década de 1990, a convertirse a su vez en lo que llama un «Estado de consolidación». Sometido cada vez más al *Marktvolk*, el Estado de consolidación debe reducir sus gastos, contener la inflación para no deteriorar la posición de los acreedores y convertir el pago de la deuda en una prioridad constitucional.⁵⁹

Aun cuando, para Streeck, esta disyuntiva neoliberal se puede resumir como un problema de orientación ideológica de las élites políticas —lo que

han repetido reiteradamente que los proyectos de reindustrialización tenían que conservar lo mejor del Estado del bienestar europeo. Véase, de nuevo, el informe Draghi: *The future of European competitiveness...*

⁵⁵ Claus Offe, *Contradicciones del Estado de bienestar*, Madrid, Alianza Editorial, 1994 [1984].

⁵⁶ Por parafrasear la fórmula de Naomi Klein en *La doctrina del shock. El auge del capitalismo del desastre*, Barcelona, Booket, 2012.

⁵⁷ Wolfgang Streeck, *Comprando tiempo... y ¿Cómo terminará el capitalismo? Ensayos sobre un sistema en decadencia*, Madrid, Traficantes de Sueños, 2017.

⁵⁸ *Ibidem*.

⁵⁹ Lo que literalmente impuso la Troika europea durante los primeros años de la década de 2010 forzando una serie de cambios constitucionales, como el del artículo 135 de la Constitución Española en septiembre de 2011.

coincide con una versión no muy distinta de la vieja traición de la izquierda—, que viene además apoyada por la «irresponsabilidad» manifiesta de determinados sectores sociales a la hora de anteponer sus aspiraciones de emancipación y consumo a una política de salarios altos y de conservación del Estado del bienestar,⁶⁰ su descripción de la espiral de endeudamiento y ajustes se puede considerar adecuada. En el largo plazo, en efecto, el crecimiento de la deuda pública terminará o bien en una dramática devaluación de los bonos, o bien en una quiebra del Estado; o si se prefiere en una combinación más o menos bizarra de ambas. En esta alternativa está predeterminado el amplio conflicto distributivo que se viene desarrollando ya en estos países. Y lo que para Streeck puede llegar a constituir el golpe definitivo a la democracia occidental.⁶¹

A la hora de evaluar la capacidad de predicción de Streeck, se podría decir que el umbral crítico de la espiral de endeudamiento público o bien se ha consumido ya, o está muy cerca de consumirse. Así, la deuda pública de Estados Unidos en agosto de 2024 era de 35 billones de dólares, lo que suponía un 123,2 % con relación al PIB.⁶² La situación de sus socios no era mejor: Con datos de 2023, la deuda pública de Japón era de un 217 % con relación a su PIB, la de Reino Unido un 90 %, la de Francia un 110 %, la de Italia un 137 % y la de España un 107 %. Solo las todavía economías de exportación de los países más desarrollados de la OCDE como Alemania (con un 63 %) y Corea del Sur (con poco más del 25 %), escapaban a esta situación de sobreendeudamiento.⁶³ De nuevo la pregunta pertinente es ¿hasta cuándo será sostenible esta situación?

Y para responder a esta pregunta conviene considerar una vez más la contradicción fundamental del Estado intervencionista. Esta radica en sus pretensión monopolista, esto es, en la concepción del Estado como un sujeto con vocación omniabarcante. Ciertamente, ninguna otra sociedad en la historia reciente, y seguramente pasada, ha estado tan mediada por las instituciones de Estado. En la multitud de conflictos distributivos que se han presentado en el capitalismo histórico, el colapso del Estado y con este de la sociedad que administra, solo se evita cuando esta pretensión de ser el portador (y en cierto modo el productor) de lo universal, del «interés general», se sostiene de algún modo. En la lógica de la integración social, esta pretensión universalista solo resulta posible si el Estado sigue teniendo no solo la apariencia, sino también algo de realidad en tanto encarnación de ese «punto de vista sin punto de vista», sustraído a los enfrentamientos entre distintos intereses y

⁶⁰ Son conocidas las apreciaciones de Streeck acerca del feminismo y el movimiento juvenil de los años setenta en el ascenso del neoliberalismo, y de cómo sus aspiraciones de emancipación y de incorporación al mercado de trabajo (rebajando los niveles salariales) fueron en realidad funcionales al neoliberalismo. Se trata en realidad de una variante bastante corriente del argumento Polanyi. Véase Streeck, *Comprando tiempo...*

⁶¹ En este sentido, se puede leer el artículo de Pablo Carmona y Nuria Alabao, «El gobierno de la decadencia de Europa. Crisis, integración y nueva derecha radical», *Cuadernos de Estrategia*, núm. 2, 2024.

⁶² Véase el usdebtclock.org.

⁶³ OCDE, General government debt, % of GDP, 2023.

distintas perspectivas políticas. El problema aquí es que esta ficción del Estado tiene que dar cuenta de su contradicción fundamental, y que reside en lo que Bourdieu llamaba el «efecto Jano del Estado», esto es, que «hay personas que tienen el privilegio de lo universal, pero no se puede tener lo universal sin ser simultáneamente monopolizador de lo universal».⁶⁴

En condiciones de creciente presión sobre el gasto público y de creciente conflicto estratégico sobre las prioridades del mismo, este efecto de «desparticularización», que permite a los Estados hablar y actuar en nombre del «interés general», está en curso de volverse cada vez más difícil. De hecho, la crisis económica en ciernes terminará por convertirse en crisis política cuando el monopolio de lo universal por parte del Estado, o de los detentadores del mismo, aparezca como un simple fraude a ojos de una parte significativa de la población.

El Norte global: entre el rentismo financiero y una especialización productiva fallida

La crisis de 2008 ha mostrado de forma incontestable el desplazamiento del eje productivo de EEUU-Europa a la región de Asia-Pacífico. Desde entonces la pérdida de competitividad, incluso en las líneas de mayor intensidad tecnológica —como las energías renovables, el coche eléctrico y próximamente la industria del microchip y de la inteligencia artificial—⁶⁵ ha seguido la misma dirección. Cualquier lectura de la crisis en curso debe tomar esta dimensión global, que hace inseparables las estructuras de clase nacionales o regionales y la posición de los Estados en la división internacional del trabajo.

Frente a los eternos escépticos respecto a la «decadencia de Occidente», ya claramente desplazada del podio del dinamismo capitalista, de la innovación y la hegemonía tecnológica, se pueden considerar simplemente algunos indicadores. Seguramente el más obvio es el incremento de la productividad: en los últimos treinta años, este ha sido algo más del doble en China que en EEUU, si bien en ambos países se detecta una caída constante.⁶⁶ De igual modo, son muchas las voces que en la última década alertan de los rápidos avances del gigante asiático en cualquiera de los índices de innovación que se quiera

⁶⁴ P. Bourdieu, *Sobre el Estado...*, p. 141; o en otra cita: «La génesis del Estado es la génesis de un lugar de gestión de lo universal y, al mismo tiempo, de un monopolio de lo universal, y de un conjunto de agentes que participan de hecho de esta cosa que, por definición, es universal». *Ibidem*, p. 145.

⁶⁵ Uno de los elementos de la guerra comercial entre China y EEUU entre 2021 y 2024 ha estado específicamente concentrado en torno al desarrollo de microchips o microprocesadores de alta capacidad por parte de las empresas chinas, dado que este es de los pocos sectores en el que las empresas estadounidenses y europeas tienen todavía una clara ventaja tecnológica. No parece, sin embargo, nada claro que esta ventaja se vaya a sostener en el futuro.

⁶⁶ Véase este informe del Banco Mundial, «China's Productivity Slowdown and Future Growth Potential», *Policy Research Working Paper*, núm. 9298, junio de 2020.

considerar: inversión en I+D, número de investigadores, de graduados en ciencias, universidades, artículos científicos, patentes internacionales, etc.⁶⁷ Así por ejemplo, con datos de 2020, China licenciaba cada año a 4,7 millones de graduados en las materias llamadas STEM (ciencia, tecnología, ingeniería y matemáticas, por su acrónimo en inglés), el 40 % de los titulados en todo el mundo, y aproximadamente cuatro veces más que EEUU y tres más que la Unión Europea.⁶⁸ Para aquellos todavía desconfiados acerca de la calidad de estos titulados, los ránquines educativos elaborados por instituciones occidentales ya han empezado a reconocer la calidad de las universidades y centros de estudios técnicos asiáticos, y concretamente chinos.⁶⁹ De igual modo, los últimos informes PISA, en los que China no participa como tal, dan invariablemente las cuatro primeras posiciones en matemáticas y ciencias a Singapur, Macao, Taiwan y Hong-Kong —cuatro enclaves de población china, incluido Singapur—, siendo la quinta y la sexta Japón y Corea del Sur respectivamente.⁷⁰

En el esquema de la nueva división del trabajo de la economía global, Asia-Pacífico ha ido absorbiendo progresivamente cada vez más líneas productivas, incluidas las de mayor intensidad tecnológica, al mismo tiempo que sobre todo Estados Unidos se iba desprendiendo de las mismas o perdiendo su liderazgo. En términos muy generales, se ha establecido una suerte de especialización paradójica, característica del final de los grandes ciclos de acumulación, en los que el polo hegemónico se desplaza sobre las finanzas y el consumo —lo que le permite seguir drenando las rentas del resto del mundo—, al tiempo que el nuevo polo productivo consolida su posición en la producción.⁷¹

Las respectivas contabilidades nacionales de EEUU y China reflejan esta transición. Como se puede ver en los gráficos 1 y 2, la inversión, que queda reflejada en la formación bruta de capital, se situó en 2022 en un 43 % del PIB en la economía china, y lleva desde 1991 por encima del 35 %.⁷² Por contraste la inversión en EEUU estaba en el 22 % del PIB, y lleva oscilando alrededor del 20 % desde 1990, con subidas en las fases alcistas y bajadas en los colapsos

⁶⁷ Entre los muchos informes y estudios en este sentido se puede leer este de Ian Klein y Robert D. Atkinson, titulado de forma significativa, «Wake Up, America: China Is Overtaking the United States in Innovation Capacity», Hamilton Center of Industrial Strategy, enero de 2023.

⁶⁸ Véase los datos del Center for Security and Emerging Technology de la Georgetown University, a partir de las estadísticas de la OCDE y los anuarios estadísticos de China, India, Rusia y otros países.

⁶⁹ Por ejemplo el OS World University Rankings de ingeniería y tecnología para 2022 reconocía 14 universidades asiáticas en este campo entre las 50 primeras del mundo, de las que cinco eran chinas y el resto se repartían entre Singapur, Corea, Japón y Malasia.

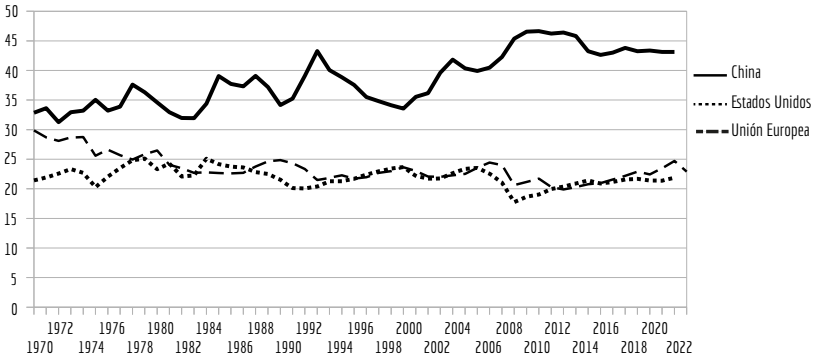
⁷⁰ Informe PISA, 2022, presentado en diciembre de 2023.

⁷¹ Esta es la tesis general de Wallerstein en *El moderno sistema mundial*, Madrid, Siglo XXI, 1979-2020; y sobre todo de G. Arrighi en *El largo siglo XX*, Madrid, Akal, 1999.

⁷² Banco Mundial, Gross capital formation (% of GDP), series 1960-2023.

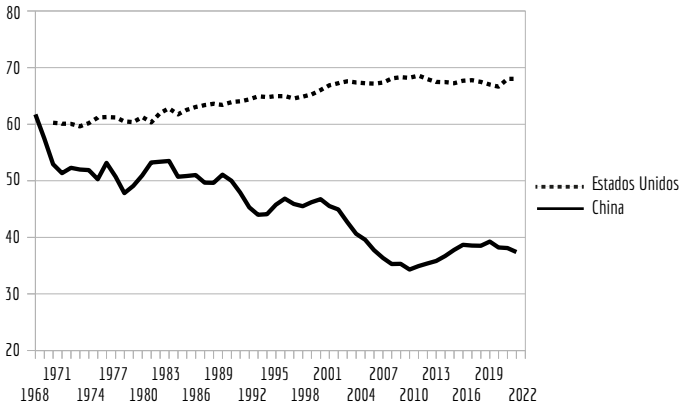
financieros (2001, 2008). En términos generales, la formación bruta de capital en EEUU registra una caída de 20 puntos desde la década de 1950.⁷³ En cambio, el consumo de los hogares muestra una evolución inversa: este es de solo un 37 % del PIB para el caso chino, con una media aún más baja para la década de 2010 (alrededor del 25 %), mientras que en EEUU el consumo de los hogares es del 68 % para ese mismo año y ha experimentado un crecimiento continuo desde algo menos del 50 % en la década de 1960.⁷⁴

Gráfico 1. Formación bruta de capital en China, EEUU y UE 1990-2022



Fuente: Banco Mundial, Gross capital formation (% GDP).

Gráfico 2. Consumo de los hogares e instituciones sin ánimo de lucro en China y EEUU 1968-2022

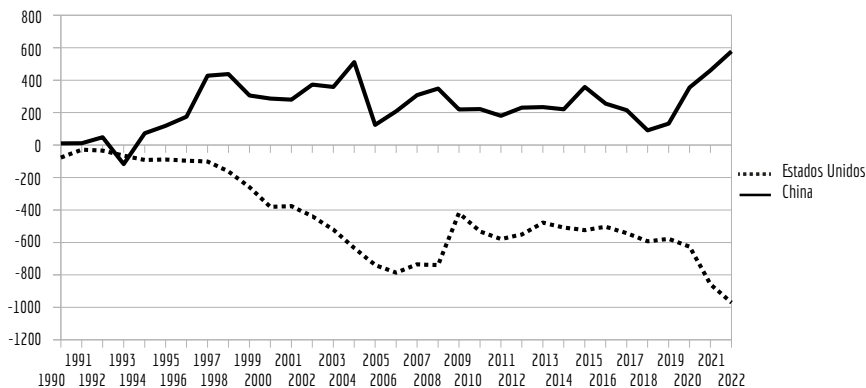


Fuente: Banco Mundial, Households and NPISHs final consumption expenditure (% GDP).

⁷³ *Ibidem*.

⁷⁴ Banco Mundial, Households and NIPSHs final consumption expenditure (% of GDP), series 1960-2023.

Gráfico 3. Balanza de bienes y servicios de China y EEUU a dólares corrientes (miles de millones), 1990-2023



Fuente: Banco Mundial, External balance on goods and services (current US \$).

Por decirlo muy resumidamente: China invierte y produce, Estados Unidos consume. En la relación entre las dos grandes economías del planeta EEUU-China, que conjuntamente suponen algo más del 40 % del PIB mundial, EEUU se ha constituido como el principal polo de consumo y China en el principal polo productivo. En los últimos veinte años, esta relación se puede describir en la evolución de sus respectivas balanzas de bienes y servicios (gráfico 3). De este modo, la balanza comercial china ha presentado, desde principios de la década de 2000, un superávit creciente, que alcanzó su máximo en 2022 con 577 mil millones de dólares. Al mismo tiempo, EEUU ha presentado un déficit creciente, que se remonta mucho más atrás en el tiempo y que comienza ya a finales de la década de 1970, si bien este se acelera en la década de 1990. En 2022, el déficit comercial estadounidense alcanzó su máximo con casi un billón de dólares (971 mil millones).⁷⁵

Sumariamente, la cuestión a determinar es cómo se financia el consumo norteamericano. Si después de cuarenta años de déficit crecientes, Estados Unidos no es una economía en quiebra es porque sencillamente los dólares que salen de su economía vuelven a entrar por medio de la compra exterior de bonos del Tesoro y de las inversiones en sus casi siempre agitados mercados bursátiles. El monopolio sobre la acuñación de la principal moneda de cambio internacional (el señoreaje del dólar) ha permitido a la población de este país vivir durante ya medio siglo «por encima de sus posibilidades». ⁷⁶ En esto consiste también buena parte del juego

⁷⁵ Banco Mundial, External balance on goods and services (current US \$), serie 1960-2022.

⁷⁶ Este patrón de circulación monetaria en términos geopolíticos ha venido siendo estudiado desde principios de la década de 1990 y es un tópico recurrente. Véase, por ejem-

político que hay detrás de la financiarización y que comenzó precisamente cuando Nixon ordenó desenganchar al dólar del patrón oro en 1973 y prosiguió cuando el presidente de la Reserva Federal, Paul Volcker, subió los tipos de interés de forma abrupta en 1979, con el fin de volcar sobre su economía la enorme cantidad de dólares flotantes generados por la subida de los precios del petróleo a los países productores.⁷⁷

El mecanismo de repatriación de estos dólares ha sido el mismo a lo largo de estas décadas. Los países con superávit comercial reinvierten sus ganancias en la economía norteamericana, normalmente en bonos del tesoro con tipos de interés bajos o muy bajos. Esto es lo que hicieron las principales economías europeas y Japón a finales del siglo pasado, y lo que ha hecho China desde principios de la década de 2000. Hasta tal punto esta circulación genera una suerte de integración funcional entre EEUU y China, en tanto principales polos de la economía global, que desde hace ya un par de décadas se viene hablando de Chimérica,⁷⁸ en clara alusión a las quimeras mitológicas hechas de hibridaciones imposibles entre animales y especies distintas.

La cuestión, de nuevo, vuelve a ser ¿hasta cuándo? ¿Hasta cuando China y otras economías asiáticas seguirán financiando los déficit, y por ende el consumo estadounidense? La inversión de una parte del excedente de capital chino en otros países asiáticos, pero también latinoamericanos y africanos, en el marco del desarrollo de sus proyectos de infraestructuras asociados a la iniciativa de la Franja y de la Ruta,⁷⁹ así como la promoción del consumo interno, parecen dirigir la economía asiática hacia formas de desarrollo comercial y endógeno menos dependientes de Estados Unidos. Este es el trasfondo de las guerras comerciales y arancelarias que inició la administración Trump y que Biden ha continuado desde 2020.

En este contexto, la ralentización del crecimiento chino en los últimos años ha proporcionado un cierto alivio resignado a los halcones estadounidenses. Pero este puede ser menos un motivo de consuelo, que el síntoma alarmante de un destino inevitable. Detrás de la ralentización china, puede estar, como se ha anunciado ya, el agotamiento de la solución espacial a la crisis industrial de largo recorrido que se abrió en la década de 1970: un anuncio siniestro de la falta de recambio y alternativas al impulso del crecimiento

plo, Peter Gowan, *La apuesta por la globalización. La geoeconomía y la geopolítica del imperialismo euro-estadounidense*, Madrid, Akal, 2000; o Y. Varoufakis, *El minotauro global...*

⁷⁷ En 1973 el precio del petróleo subió de menos de 3 dólares a 11; en 1979-1980 de menos de 13 a 35. En términos porcentuales son las mayores subidas y las más abruptas de la historia, mayores que las de las fluctuaciones de 2008 y 2021-2022 que llegaron a colocar los precios del barril por encima de los 100 dólares.

⁷⁸ El término empezó a circular en la prensa estadounidense poco antes de la crisis de 2008 para describir precisamente esta relación simbiótica que está en la base del crecimiento económico reciente.

⁷⁹ Este proyecto se anunció en 2014 como un vasto programa de desarrollo de infraestructuras (puertos, aeropuertos, carreteras, trenes, etc.) para conectar Asia, África y Europa en una única red comercial. La alusión a la histórica Ruta de la Seda era explícita.

mundial, y que puede arrastrar antes a los países centrales que a las emergentes economías asiáticas que todavía presentan cierta inercia.⁸⁰

Por supuesto, la pérdida de competitividad de EEUU-Europa(-Japón) y el desplazamiento histórico de la producción hacia Asia-Pacífico ha tenido un impacto determinante en la estructura de clases de ambas regiones. Según las líneas de especialización económica que se determinaron en el proceso de globalización productiva y de las cadenas de suministro, los llamados países occidentales mantuvieron las sedes de las grandes empresas, los aparatos de decisión de sus grandes multinacionales, los servicios avanzados a la producción (consultorías, investigación, publicidad, etc.), los principales mercados financieros, etc. Situada en el centro de la cadena de suministros, pudieron alardear durante décadas de que sus grandes ciudades (Londres, Nueva York, Tokio) eran el centro del mundo, y que lo que allí ocurría era básicamente lo que ocurría en el mundo.⁸¹

Como se ha visto, asociado a la nueva división del trabajo que se fue confirmando a partir de las décadas de 1970 y 1980, el modelo económico de los países occidentales pareció orientarse hacia la llamada «economía del conocimiento». La lógica schumpeteriana impuesta al Estado, volcado sobre el desarrollo de ventajas comparativas en términos de innovación y desarrollo, parecía la misma para las sociedades y cada uno de sus individuos. Apoyados en la teoría, más bien bizarra, del capital humano, gobiernos y gestores de los países occidentales animaron a sus respectivas poblaciones a invertir en formación, con el fin de aprovechar las oportunidades del nuevo capitalismo innovador. Para las clases medias de estos países, la promesa del capitalismo de innovación estaba en formar parte de una promisoriosa sociedad de ingenieros, investigadores, programadores informáticos, abogados, profesores, arquitectos, médicos, publicistas y creativos de todo tipo. De acuerdo con este cuento, a medio camino entre la Cenicienta y el ciberpunk, los grafitis característicos del «trabajador del conocimiento» —creatividad, inversión en formación continua, autoemprendizaje, etc.— embadurnaron las paredes del ya atascado ascensor social. De acuerdo con la promesa del desarrollo de la economía del conocimiento, la sociedad de *brain workers*, altamente cualificados y presumiblemente bien remunerados, estaría solo a la vuelta de la esquina.

Incluso desde la crítica marxiana, que sobrevivió con cierta vitalidad a la contrarrevolución política y cultural de los años ochenta, se elaboró una prometedora teoría acerca del capitalismo cognitivo y sus contradicciones.⁸²

⁸⁰ Véase, de nuevo, sobre estos malos augurios el informe del FMI, *Perspectivas de la economía mundial...* Y sobre la pérdida de dinamismo de la economía china: Banco Mundial, «China's Productivity Slowdown and Future Growth Potential...».

⁸¹ Véanse al respecto los trabajos de Saskia Sassen durante ese periodo, especialmente, *La ciudad global. Nueva York, Londres, Tokio*, Buenos Aires, Eudeba, 2000; y también *Territorio, autoridad y derechos. De los ensamblajes medievales a los ensamblajes globales*, Buenos Aires, Katz, 2010.

⁸² El terreno de elaboración de esta teoría fue el exilio político italiano en Francia, y concretamente en París, alrededor de la revista *Futur Antérieur*. En torno a esta se desarrollaron algunas investigaciones tempranas en empresas fundamentalmente volcadas al

Según la misma, el desarrollo del capitalismo cognitivo implicaba una contradicción, en cierto modo, insuperable, que se podía cifrar en la creciente imposibilidad de medida del valor-trabajo, o más concretamente en el estallido de la teoría del valor, en tanto este último no había perdido toda referencia al trabajo entendido como un gasto de energía discreto. La incorporación de las potencias del intelecto humano y la ciencia al proceso de acumulación, pero también del conjunto de relaciones sociales (también culturales, afectivas, etc.) al proceso de valorización capitalista resultaba cualquier cosa menos sencilla. La extensión de las leyes de propiedad intelectual a Internet y al desarrollo de la tecnología digital —donde la libre circulación del conocimiento es la premisa de los subsiguientes desarrollos—, así como los problemas de realización de las nuevas empresas basadas en el conocimiento —que requerían de los monopolios de patentes y de propiedad intelectual, al tiempo que se basaban en la apropiación de una gran cantidad de producción científica libre y por lo general producida con fuertes apoyos públicos—, parecían ser manifestaciones, especialmente agudas, de esta contradicción. En última instancia, el problema tenía que ver con las dificultades del nuevo capitalismo cognitivo de apropiarse del conocimiento como fuente de valor.

De acuerdo con la misma perspectiva, en la medida en que el prerrequisito de este estadio del capitalismo es la subsunción total de la vida y las potencias intelectuales en el capital, lo que el capital trata de valorizar es el mismo conjunto de las relaciones sociales; y por tanto, el salario —en realidad el trabajo asalariado— se convierte en algo completamente arbitrario. Se establecían así las premisas para las nuevas formas del conflicto político, que se comprendían fundamentalmente en la creciente autonomía potencial de los propios trabajadores cognitivos y de sus relaciones en red frente al mando arbitrario del capital.⁸³ Se establecía así como hipótesis el desarrollo de una producción social libre de las relaciones capitalistas, que tendría sus primeros ensayos en la producción y gestión de lo que se llamaron los nuevos comunes (o comunales) del conocimiento,⁸⁴ que se desarrollaron en Internet, y gracias a proyectos colaborativos como wikipedia o el software libre.⁸⁵

diseño y al desarrollo de la parte inmaterial (cultural) de la mercancía. Promovido por Toni Negri, Maurizio Lazzarato, Yann Moulier Boutang, Antonella Corsani, Franco Berardi Bifo y muchos otros, esta reflexión se desarrolló ya en la década de 2000 alrededor de la revista *Multitudes*. Para una aproximación a esta hipótesis se pueden leer en castellano algunas aportaciones de estos autores reunidas en *Capitalismo cognitivo, propiedad intelectual y creación colectiva*, Madrid, Traficantes de Sueños, 2004.

⁸³ Véase *ibidem*, o si se prefiere el conocido libro no global escrito por Hard y Negri, *Imperio*, Barcelona, Debate, 2000.

⁸⁴ La importancia de estas realidades no se debe menospreciar en el sentido de que inspiró incluso la renovación de la disciplina académica, hasta el punto de convertir a una de sus estudiosas, Elinor Ostrom, en premio Nobel de Economía. Véase E. Ostrom *et al.*, *Los bienes comunes del conocimiento*, Madrid, Traficantes de Sueños, 2016.

⁸⁵ Para conocer el desarrollo y los principios de esta iniciativa que están detrás del sistema operativo Linux y el desarrollo posterior, de sistemas de software tan conocidos

A la luz de la crisis de 2008, y en realidad de la tendencia secular de la caída de los índices de crecimiento, productividad y competitividad del capitalismo de los países del centro de la economía mundo, lo cierto es que tanto los propagandistas de la economía del conocimiento, como sus críticos del capitalismo cognitivo, pecaron de un exceso de optimismo. De un lado, y como se ha visto, el capitalismo occidental de las últimas décadas no ha destacado por su innovación, sino por todo lo contrario. A pesar de las continuas promesas asociadas al desarrollo de Internet, la innovación tecnológica digital o recientemente la inteligencia artificial, la productividad lleva ya varias décadas cayendo de forma imparable. El persistente exceso de capacidad industrial, agravado por la entrada en escena de cada vez más competidores y la ausencia de nuevos motores económicos capaces de reemplazar a la industria han marcado sucesivas décadas de escasa inversión por falta de oportunidades rentables en las nuevas y viejas industrias, y que por esa misma razón se han desplazado de forma sistemática hacia los mercados financieros.⁸⁶ Incluso, de acuerdo con la evolución de un indicador como el gasto en investigación y desarrollo (I+D) con relación al PIB, que se suele asociar con el desarrollo de las economías del conocimiento, se observa un largo periodo de estancamiento que se extiende desde el pinchazo de la burbuja de las punto.com hasta mediados de la década de 2010.⁸⁷ En términos generales, la economía neoliberal ha sido antes una economía rentista, que innovadora.

De otra parte, el desarrollo de las potencias emancipadoras de los trabajadores del conocimiento quedó tempranamente truncado por una serie de factores que en última instancia tienen su raíz en el desarrollo fraudulento y subordinado de la economía del conocimiento al proceso de financiarización. En la medida en que aquella ha funcionado, ante todo, sobre la base de expectativas —las más de las veces no cumplidas o solo parcialmente cumplidas—, su desarrollo se ha producido en el lugar en que el capitalismo procede a la hora de negociar con este tipo de promesas: los mercados financieros. De hecho, la economía del conocimiento es indisoluble del juego bursátil, que especula menos con los beneficios reales que con los beneficios esperados. Las promesas tecnológicas han venido así casi siempre asociadas a fuertes

como Android o Apache, se puede leer Richard Stallman, *Software libre para una sociedad libre*, Madrid, Traficantes de Sueños, 2004.

⁸⁶ Esta es la tesis de R. Brenner (*La economía de la turbulencia global...*) recientemente reelaborada por Aaron Benanav en *La automatización y el futuro del trabajo*, Madrid, Traficantes de Sueños, 2021.

⁸⁷ Este se mantuvo en un umbral de alrededor del 2 %, salvo ligeras variaciones entre 2002 y 2015. A partir de ese año experimenta sin embargo un importante repunte que lleva el porcentaje al 2,62 % del PIB mundial, empujado principalmente por el mayor gasto de China y EEUU, y en menor medida de otras economías exportadoras (Alemania, Corea, Japón). Esto tiene que ver seguramente con la agudización de la competencia comercial y también con el rearme militar en un mundo cada vez más incierto. Véase Banco Mundial, Research and development expenditure (% of GDP), series 1996-2021.

movimientos en las transacciones y el valor de las acciones, bonos y futuros. Este juego ha convertido literalmente a algunos de los ejecutivos de los nuevos monopolios digitales, así como a algunos programadores e ingenieros emprendedores, en las principales fortunas del planeta.⁸⁸ Pero en ningún caso se ha producido la esperada progresión acelerada de la productividad y el crecimiento económico, y con ella del empleo en estas industrias, al menos a la escala prevista.

En todo caso, para la mayoría de los trabajadores del conocimiento el desarrollo de la tecnología digital no solo ha sido una oportunidad para obtener un buen empleo, sino también una profesión difícil y en continua tensión, marcada por la rápida obsolescencia de sus competencias y saberes. Los procesos de taylorización, o la automatización de la mayor parte de los trabajos de «cuello blanco» (como todos los relativos a contabilidad, administración, archivo, etc.) han sido una constante en las últimas décadas, y estos se han ido extendiendo también a buena parte de las llamadas profesiones liberales. De hecho, el desarrollo de la inteligencia artificial ha prometido automatizar, y en esto si parece estar cumpliendo sus promesas, una parte creciente del trabajo intelectual de alto nivel (en los campos de la ingeniería, la abogacía, la medicina, el diseño, las industrias culturales, etc.), que lógicamente se volverá superfluo, o se tendrá que adaptar a una posición de supervisión o de entrenamiento de la máquina. En este sentido, la tecnología digital no se separa ni un centímetro de la secuencia de los procesos de incorporación tecnológica a lo largo de toda la historia del capitalismo histórico.⁸⁹

Considerada en sus grandes líneas de tendencia, el desarrollo de la economía del conocimiento en el último medio siglo no ha logrado desplazar a la economía industrial como principal fuente de empleo a nivel global, al igual que tampoco ha dado solución a los problemas estructurales del débil crecimiento de la producción y la productividad a largo plazo. De hecho, en las economías centrales el efecto combinado de la desindustrialización parcial y del débil desarrollo de la nueva economía de la innovación se ha traducido en un creciente problema de acceso al empleo, que es todavía también el principal medio de obtención de un ingreso. Así sucede en la crisis industrial de los años setenta que marca el fin de la era de pleno empleo, y se mantiene en lo que a partir de las décadas siguientes se conoce con el sobrenombre de la precariedad.

⁸⁸ La alianza entre trabajo cognitivo y finanzas fue para Franco Berardi Bifo, uno de los tempranos promotores de la hipótesis del capitalismo cognitivo, la razón del fracaso de las aspiraciones libertarias y emancipadoras contenidas en el primer desarrollo de Internet y la digitalización. Véase al respecto, sus reflexiones en su reciente antología de textos, *Medio siglo contra el trabajo*, Madrid, Traficantes de Sueños, 2023.

⁸⁹ Esta es la tesis, por ejemplo, de Corsino Vela, que explica el creciente malestar en un gran número de los llamados sectores creativos (guionistas, diseñadores, e incluso actores), los cuales se ven cada vez más amenazados por el desarrollo de la inteligencia artificial generativa. Véase Corsino Vela, *En la línea de quiebra. Crisis estructural y mentalidad en la sociedad de consumidores*, Madrid, Traficantes de Sueños, 2024.

En efecto, el débil crecimiento capitalista ha obligado a un creciente número de personas a flotar en el mercado laboral, entre empleos mal pagados, cada vez menos regulados (a tiempo parcial, temporal, en prácticas, en negro) y, por lo general, en el sector servicios. Merece la pena recalcar que, aunque el proceso de obsolescencia de competencias y profesiones es una constante en el capitalismo histórico, y aunque este proceso afecta por primera vez, desde hace unas pocas décadas, a las competencias de las clases medias profesionales, es la debilidad de la inversión y la innovación, y no su velocidad (en forma de rápida automatización), lo que genera y amplía de forma continua la precariedad laboral.⁹⁰

El escaso desarrollo de la economía del conocimiento, en tanto posible motor de renovación del capitalismo, ha dejado así a los antiguos países centrales en una posición cada vez más compleja. Aunque todavía constituyen el ápice directivo de la economía global, la relativa atonía de los nuevos sectores tecnológicos que prometían superar la vieja constitución industrial de sus economías y el creciente desafío de Asia-Pacífico, también en este mismo terreno, parecen dibujar un horizonte comprometido. La escasez relativa de buenos empleos muestra, en este sentido, la crisis secular de la clase media, en tanto estrato o grupo que se reproduce a través únicamente de sus competencias —su paradójico «capital humano»— con valor de mercado.

En definitiva, en los términos de la constitución de una sociedad neoliberal relativamente integrada, la producción de estabilidad social está asociada a los dos grandes factores hoy en crisis. En primer lugar, están los problemas ya apuntados de esas economías para sostenerse como un «polo de consumo» financiado por el «polo productivo» del planeta. La crisis a medio plazo de esta «posición rentista» —que lo es en términos literales a través de los procesos de financiarización— parece condenada por la caída del liderazgo «occidental» en cada una de las líneas de producción más prometedoras. Es difícil pensar que el flujo de dólares que recae en la economía estadounidense para sufragar sus abultados déficit comerciales se vaya a mantener de forma permanente. De otra parte, también parece comprometida la capacidad de sus Estados para actuar como máquinas de integración social, de producción de hegemonía sobre el conjunto de la población, por medio del empleo público y de lo que permanece del Estado social, pero también de un abundante chorro de dinero —vía contrataciones, subvenciones, patneriados público-privados, etc.— que sostienen una parte no pequeña de la actividad económica, y con ello del empleo profesional y relativamente bien pagado. De forma inevitable, la intervención estatal estabilizadora seguirá requiriendo de niveles crecientes de gasto y, a falta de crecimiento, de endeudamiento. Como se ha tratado de exponer, estas son las condiciones óptimas para el desarrollo de una serie de conflictos distributivos a gran escala que pueden desbordar con mucho las crisis de las economías públicas que provocó la reacción neoliberal.

⁹⁰ Véase Aaron Benanav, *La automatización y el futuro del trabajo...*

La crisis de la reproducción social

Una suerte de dimisión reproductiva afecta a todos los países ricos, pero también a casi todos los países de ingresos medios —según la terminología del Banco Mundial—. Las familias están dejando de tener hijos a un ritmo sorprendente. Y este es seguramente el síntoma de lo que podríamos llamar una crisis general de la reproducción social en las sociedades capitalistas.

Los datos son abrumadores. Tras casi tres siglos de progresión geométrica de las poblaciones, todo apunta a que la población del mundo va a estabilizarse alrededor de los 9.000-10.000 millones de personas, solo unos pocos cientos de millones más que en 2025, sin que quepa excluir que haya una población al final del siglo inferior a los 8.200 millones de 2025.⁹¹ La dimisión reproductiva resulta especialmente fuerte en los países del centro de la economía-mundo, sobre todo entre los *new comers*, en los que la caída de la natalidad parece haberse convertido en la principal amenaza a medio plazo a su posición como polo hegemónico alternativo. Por ejemplo, en Japón, la que fuera hasta hace poco la segunda economía del mundo, el índice de fecundidad —el número de hijos por mujer— ha caído en la década de 2020 a 1,2, y lleva desde 1973 por debajo de la tasa de reemplazo, situada convencionalmente en 2,1 hijos por mujer.⁹² Por su parte, Corea del Sur, la economía más innovadora del continente, inició esta caída por debajo de la tasa de reemplazo más tarde —el índice de fecundidad cayó por debajo de la tasa de reemplazo natural en 1983—;⁹³ en 2023, sin embargo, el número de hijos por mujer había descendido a tan solo 0,72. De forma similar, Singapur la gran ciudad global del Sureste Asiático presentaba un índice de 1,04 en 2022.⁹⁴ Y China, la economía continental destinada a dominar la economía mundial en el siglo XXI, tenía en ese año un índice de 1,18 hijos por mujer. Todos estos países han traspasado ya su cresta demográfica y presentan un decrecimiento neto de sus poblaciones, que Japón inició en 2011, Corea del Sur en 2020 y China en 2022.⁹⁵

⁹¹ El instrumento más empleado para la proyección de población son las proyecciones que anualmente produce la división de población del Departamento de Asuntos Económicos y Sociales de la ONU, en *World Population Prospects*, 2024. Según la entrega de 2024, la población mundial alcanzaría un umbral situado entre los 9.000 y los casi 11.000 millones de personas. No obstante otra proyección más pesimista como la publicada en *The Lancet* en 2020 optaba por un escenario en el que en 2100 la población no alcanzaría los 9 mil millones, tras alcanzar su máximo hacia 2064, pero que en el escenario más pesimista podría ser de poco más de 6 mil millones. Véase «Fertility, mortality, migration, and population scenarios for 195 countries and territories from 2017 to 2100: a forecasting analysis for the Global Burden of Disease Study», vol. 396, núm. 10.258, octubre de 2020.

⁹² Banco Mundial, Fertility rate, series 1960-2022.

⁹³ *Ibidem*.

⁹⁴ *Ibidem*.

⁹⁵ *Ibidem*.

En definitiva, las economías de mayor crecimiento en los últimos cincuenta años han entrado en el ocaso demográfico. Progresivamente envejecidas, parece difícil que puedan seguir cumpliendo con su papel como polo de innovación y crecimiento en el medio plazo. De hecho, Japón, caso pionero en la región, vive desde hace ya tres décadas congelado en una zona de crecimiento cercano a cero, con fuertes niveles de endeudamiento público, pero conservando todavía lo esencial de sus sistemas de protección e integración social. El decrecimiento, relativamente dulce de Japón, puede llevar su población a poco más de 100 millones en 2050, sobre los casi 128 que alcanzó en 2010 y a la mitad de esa cifra en 2100.⁹⁶ El país del Sol naciente parece marcar el camino para el conjunto de la región. Aun cuando todo apunta a que el siglo XXI se escribirá con ideogramas chinos, por la colosal dimensión de su demografía y su economía, especialmente para el caso de los países más pequeños (Corea, Japón, Taiwan), la dimisión reproductiva condenará seguramente a sus economías a apagarse lentamente, tras haber brillado con la luz más intensa en el firmamento del capitalismo histórico.⁹⁷

La situación no es mucho mejor en la región noratlántica. Las tasas de fecundidad de la Unión Europea y Estados Unidos son algo mayores, alrededor de 1,5 y cerca de 1,7 hijos por mujer respectivamente.⁹⁸ No obstante, las proyecciones de población son más halagüeñas para estos países. De hecho, a diferencia de las economías ricas de Extremo Oriente, el crecimiento demográfico de estos países parece mucho más sólido, y en las distintas previsiones parece que este va continuar en lo que queda de siglo.⁹⁹ De hecho, entre 1990 y 2022, Estados Unidos ha pasado de tener una población de 250 millones a más de 333, mientras que los principales países de Europa occidental (Reino Unido, Francia, Alemania, Italia y España) muestran también saldos positivos.¹⁰⁰ Con índices de fecundidad que en algunos casos son similares a los asiáticos (especialmente en Europa del Este y del Sur) e incluso con algunos países que han iniciado tempranamente su declive demográfico —todos ellos en Europa oriental desde la transición al capitalismo liberal: Polonia desde 1998, Hungría desde 1993 o Rumanía desde 1989—,¹⁰¹ la diferencia

⁹⁶ Véanse las proyecciones de población de la ONU para Japón, *World Population Prospects*, 2024.

⁹⁷ Para el caso de Corea se puede leer el último informe de la OCDE sobre ese país que sitúa el rápido decrecimiento de la población del país como su principal reto económico. OCDE, *Economic Surveys. Korea*, 2024.

⁹⁸ Véase de nuevo Banco Mundial, *Fertility rate, series 1960-2022, 1960-2023*.

⁹⁹ Las proyecciones de la ONU para 2100 de la población de Estados Unidos, Canadá, Australia, Reino Unido o Francia ofrecen crecimientos relativos respecto a 2024, y en ocasiones respecto a la población prevista en 2050, si bien prevén una acusada caída de la población tanto de Alemania, como de Europa del Sur y del Este. ONU, *World Population Prospects*, 2024.

¹⁰⁰ Alemania pasa de 79,8 a 83,4 millones entre 1990 y 2023; Reino Unido de 57,4 a 67,3; Francia de 58,3 a 68,4; Italia de 56,7 a 59 y España de 38,8 a 48,6. *Ibidem*.

¹⁰¹ *Ibidem*.

del bloque occidental del centro de la economía mundo respecto del oriental es que se trata de países de inmigración.

En una secuencia histórica que para Estados Unidos —así como para los países de colonización británica: Canadá, Australia, Nueva Zelanda— se extiende desde su fundación, y para los países europeos, desde la descolonización de sus respectivos imperios y la importación de mano de obra de los mismos para proseguir con la expansión de su industria fordista, los países occidentales son, en efecto, países de inmigración. Y esto los distingue claramente de las economías industriales y de exportación de Asia-Pacífico. En estos últimos, la inmigración reciente ha sido escasa. Desde el comienzo de la «diáspora china» en el siglo XIII sobre el sureste del continente (Indonesia, Malasia, Tailandia, etc.),¹⁰² no ha habido entre los países de Asia-Pacífico transferencias relevantes de población.¹⁰³ La diferencia no puede ser mayor con lo ocurrido en Estados Unidos y Europa occidental donde los extranjeros residentes suelen rondar entre el 8-15 % de la población total¹⁰⁴ y donde alrededor del 20-25 % es extranjero, nacionalizado o un ciudadano nacional hijo de inmigrantes extranjeros. La inmigración parece así haber permitido a Europa y Estados Unidos escapar del envejecimiento y decrecimiento demográfico.

Dos tendencias contrapuestas —la caída de la natalidad y el recurso a la migración exterior— definen, por tanto, el marco demográfico de ese proceso complejo que podemos entender como la «crisis de la reproducción social» de las antiguas sociedades del centro de la economía mundial. Como vamos a tratar de ver, ambas tendencias están relacionadas y determinan tanto la estructura social de estos países, como su explosivo potencial político.

La primera cuestión a determinar es, por tanto, ¿por qué las mujeres no tienen hijos? O de forma más precisa ¿por qué la familia de dos salarios, organizada según la forma de la adquisición y acumulación patrimonial y formalmente adaptada a los principios meritocráticos fracasa en su «función reproductiva»? ¿Qué hay en la «familia neoliberal», y en ese régimen de regulación social basado en la financiarización de las economías domésticas, que reverbera en la dimisión reproductiva? En tanto desde la formación de las sociedades con Estado, la familia es el nodo moral, en el que las sociedades tratan de asegurar su reproducción; en tanto alrededor de la familia se juegan ideas como las de identidad, nación y cultura, a veces sancionadas con los más

¹⁰² En estos países la comunidad china, que todavía persiste como tal, forma una parte no pequeña de sus respectivos países. Así se calcula que hay más de 9 millones de chinos en Tailandia, casi 7 en Malasia, 3 en Indonesia, etc., además de constituir la mayoría de la población de Singapur. Obviamente existen importantes comunidades chinas también en EEUU y Europa.

¹⁰³ Aun cuando, ciertamente, existe un importante contingente de población coreana en Japón, china en Corea, etc., ninguno de estos países tiene una política de atracción de población de por ejemplo el sur del continente (India, Pakistán, Bangladés), por no decir de los países africanos.

¹⁰⁴ Véase OCDE, Foreign population, Total, % of population, último dato 2019.

sagrados principios de la religión, la caída de la natalidad tiene en todas las sociedades una connotación dramática. Se trata, para algunos, de la principal amenaza a esas instancias metafísicas (nación, cultura, raza) que alimentan las almas más frágiles. Y por eso, desde sectores conservadores (también de izquierda), la caída de la natalidad está asociada a los grandes males de este mundo, que indistintamente pueden aparecer bajo la forma de un capitalismo depredador con atributos variables (financiero, globalista); de una crisis moral de los valores fundamentales, que lleva explícita o implícitamente una acusación al feminismo y al movimiento LGTBIQ+ por anteponer sus «intereses» a los de la necesidad de reproducción; de un consumismo y hedonismo desenfrenados, que extinguen el espíritu de sacrificio parental, o incluso de ese instinto casi telúrico y animal que llamamos maternidad, etc.¹⁰⁵

Las traducciones y permutaciones ideológicas de la caída de la natalidad son como se ve infinitas. Lo que sin embargo les suele ser común es que rara vez analizan los procesos estructurales que determinan la caída de la natalidad, en parte porque las razones son bastante más prosaicas y menos poéticamente trágicas que las que proyecta la imaginación conservadora. De hecho, la dimisión reproductiva parece tener una fuerte independencia respecto de la cultura, incluida la latencia de movimientos de tipo feminista o antifamiliarista. La caída de natalidad es compartida por sociedades con matrices culturales distintas y que van desde el patriarcalismo protestante y católico hasta el confuciano-comunista, budista o islámico. A partir de unos determinados umbrales de ingreso, urbanización, nivel educativo, etc., el número de hijos por mujer cae por lo general en picado. Se trata, por eso, de un proceso que debemos situar en el marco de las formas de regulación social del capitalismo reciente.

Las políticas neoliberales trataron de descargar una parte creciente de los costes del Estado social sobre las familias. En esta dirección, los sistemas públicos de pensiones, educación y salud experimentaron procesos de privatización parcial o total, según los países, al tiempo que estos ámbitos se abrían a la «lógica de mercado». La remercantilización de estas dimensiones clave de la reproducción, que antes recibían una mayor atención pública, se acompañó de la refamiliarización de la provisión de algunos de estos mismos bienes y servicios.¹⁰⁶ La vuelta a la familia ha operado así como una prescripción económica oculta, una suerte de presupuesto implícito del «modelo neoliberal» ante la retirada parcial del Estado. El carácter casi forzado de la misma corresponde, tal y como muestran multitud de estudios, con la enorme sobrerrepresentación de los hogares monoparentales entre los segmentos en

¹⁰⁵ Para un resumen de estos argumentos por parte de las viejas y nuevas derechas véase Nuria Alabao, *Las guerras de género. La política sexual de las derechas radicales*, Pamplona, Katakarak, 2024.

¹⁰⁶ Lo que constituye el corazón de la alianza estructural entre neoliberalismo y neoconservadurismo que ha estudiado en detalle Melinda Cooper, *Los valores de la familia*, Madrid, Traficantes de Sueños, 2022.

riesgo de pobreza, entre los trabajadores pobres o entre la población directamente excluida.

A medida que este proceso de mercantilización-refamiliarización se iba consolidando, los costes de reproducción de las familias se iban acrecentando de igual manera. Así, por ejemplo, algunos estudios de la OCDE han observado que los costes para los hogares de las familias de clase media se han incrementado en casi todos los capítulos, engullendo progresivamente sus presupuestos destinados a vivienda, salud (con el recurso a los seguros privados) y educación.¹⁰⁷ Este incremento de los «costes de reproducción» ha repercutido en un incremento correlativo de los costes de crianza. El gasto para criar un hijo se ha incrementado notablemente, hasta el punto de exigir ingresos cada vez mayores. Sin duda, esto es una causa mayor de la caída de la natalidad, y de que esta no tenga ningún viso de incrementarse en las sociedades actuales.¹⁰⁸

Estos costes se deben cifrar además en un amplio rango, y no solo en las transferencias monetarias que las familias deben acometer para abordar los pagos sobre un creciente número de bienes parcialmente mercantilizados. En un sentido elemental, estos costes implican el mantenimiento de la estrategia familiar de dos ingresos durante la mayor parte de la vida laboral de los progenitores de los niños. La crítica feminista ha mostrado, en este sentido, cómo la persistencia de los viejos patrones patriarcales, que siguen considerando el trabajo reproductivo y de crianza, una función específica de las mujeres, implica necesariamente un fuerte desgaste físico y emocional de las mismas. La doble jornada, en el trabajo asalariado y en el hogar,¹⁰⁹ redundando en el sobretrabajo femenino, lo que necesariamente también implica una mayor precaución a la hora de abordar las decisiones reproductivas.

En el marco de la familia de dos ingresos, la creciente mercantilización de los bienes y servicios de reproducción, añadida a la persistencia de una división del trabajo desigual, se muestra además como una de las mayores contradicciones del modelo de integración neoliberal. Según las orientaciones políticas esta contradicción puede recibir distintos nombres —crisis de la familia para los conservadores, crisis de los cuidados para las feministas—,¹¹⁰ en cualquier

¹⁰⁷ La OCDE y otros organismos suelen considerar clase media a aquellos hogares que están en la horquilla de ingresos entre el 75 % y el 200 % del ingreso medio. Para mayor detalle sobre este incremento de costes: OCDE, *Under Pressure: The Squeezed Middle Class*, 1 de mayo de 2019.

¹⁰⁸ Para una visión general de la caída de la fertilidad y el incremento de los costes de reproducción, véase ibídem y OCDE, *Society at a Glance 2024. A Spotlight on Fertility Trends*, 2024.

¹⁰⁹ Véanse los trabajos de A. R. Hochschild, contruidos casi siempre con técnicas antropológicas, como *La doble jornada. Familias trabajadoras y la revolución en el hogar*, Madrid, Capitán Swing, 2021 [1989, 2012].

¹¹⁰ El concepto «crisis de los cuidados» fue popularizado en los años dosmil, en el marco del auge de la mercantilización de servicios y bienes de reproducción por las políticas neoliberales. La perspectiva considera los cuidados como un elemento determinante de

caso, lo que parece claro es que esta no tiene ninguna solución política clara. La propuesta de los conservadores de derecha e izquierda de volver a un modelo de salario familiar, con el previsible retorno de las mujeres al hogar y con ello del incremento de la natalidad, aparece claramente impedida por la caída histórica de los salarios en países cada vez menos competitivos o con economías basadas fundamentalmente en los servicios. Una política conservadora y refamiliarizante, como la que se ha probado en algunos países de Europa del Este, requeriría la aceptación social de un modelo de salario familiar insuficiente, al tiempo que la provisión pública de una parte importante de los servicios de reproducción (en forma de subvención o salario por hijo, ayudas a las familias numerosas, créditos a las familias con hijos, etc.).¹¹¹

Por otro lado, en Europa occidental y para las regiones más dinámicas de EEUU, la consolidación de la igualdad jurídica y social entre hombres y mujeres, y el derecho de las mismas a la vida pública parece incontestable, al tiempo que imposible la vuelta a un modelo de salario familiar con una madre cuidadora, dedicada exclusivamente a la reproducción. En estos países, las medidas paliativas también exigen inevitablemente más gasto social: la reorientación del Estado de bienestar y el ensayo de una estrategia a gran escala de «desfamiliarización» de la reproducción.¹¹² En esta dirección, los gobiernos europeos han tratado de fomentar tanto el trabajo de las mujeres, al igual que su posición profesional —lo que incrementa la producción y la base fiscal del Estado—, combinados con la intervención pública dirigida a cubrir las necesidades de los dependientes (ancianos, enfermos y niños). El objetivo implícito de estas políticas es que un mayor poder de negociación de las mujeres en la familia, al tiempo que una menor intensidad de las tareas de cuidado, ahora cubiertas por el Estado, además de una mejora parcial de los derechos laborales, incluida la reducción de jornada, estimulen una mayor participación masculina en el trabajo de hogar. En todo caso, ni la solución «conservadora», ni la «progresista», han conseguido incrementar significativamente los índices de fertilidad en los países donde más se ha aplicado.¹¹³ Y

la reproducción de cualquier sociedad, y que en las sociedades patriarcales es realizado casi exclusivamente por las mujeres. La crisis de los cuidados de las sociedades capitalistas vendría así determinada por un doble movimiento: el ingreso de las mujeres en el mercado de trabajo y la doble ausencia de la participación masculina y los servicios del Estado en la proporción de los cuidados requeridos para la reproducción de la sociedad.

¹¹¹ Este principio constituye políticas activas de promoción familiar en buena parte de los países de Europa del Este que han tenido largos gobiernos conservadores como Hungría o Polonia, o también la Rusia de Putin. En estos países se han probado políticas de estímulo de la natalidad y de reforzamiento de la familia, e incluso del retorno de las mujeres al hogar, por medio de los métodos señalados.

¹¹² En un sentido parecido al que Gosta Esping-Andersen explora en *Los tres grandes retos del Estado del Bienestar*, Barcelona, Ariel, 2011.

¹¹³ Así por ejemplo la Federación Rusa bajó a una tasa de fertilidad de 1,2 hijos por mujer en 1999 y llegó luego a alcanzar los 1,8 en 2015, para luego bajar a 1,4 en 2022. La curva es parecida al conjunto de los países bálticos y de Europa central, que incluye a

en ambos casos, han repercutido estos incrementos insuficientes de la natalidad sobre el gasto público.

En cualquier caso, si el concepto «crisis de la reproducción» quiere tener algo de precisión, este no se puede reducir a un problema de natalidad, tampoco a las crecientes dificultades de los hogares, y concretamente de las mujeres, a la hora de sostener los aspectos más urgentes e inmediatos relativos a la crianza, la enfermedad y la vejez de sus familias. Ni el concepto conservador de la «crisis de la familia», ni el feminista «crisis de los cuidados», toman en consideración que la familia es ante todo una unidad económica que, bajo el marco de la regulación neoliberal, opera en realidad como una empresa financiera. En este sentido, la caída de la natalidad en EEUU-Europa no se debe entender, o al menos no solo, en el marco de las perspectivas más clásicas de la reproducción social, que tienden a considerar la familia únicamente en relación con la reproducción de la fuerza de trabajo.¹¹⁴ Esta familia típicamente asociada a las clases medias occidentales no es, ni por asomo, la familia proletaria despojada de todo, salvo su fuerza de trabajo. Lo que reproduce la familia de clase media occidental, que en última instancia constituye la mayoría social —real o imaginaria— de estos países, es ante todo una «posición». En tanto unidad reproductiva, debemos fijarnos por tanto en las cantidades discretas de los distintos tipo de capital (patrimonial, cultural, social) que la familia intenta ampliar o al menos conservar.¹¹⁵

En las sociedades neoliberales, la propiedad y el patrimonio tienen un papel central en la producción de seguridad, estatus y también de ingresos. Sobre la propiedad de bienes inmuebles, en primer lugar, pero también de toda clase de activos financieros (acciones, bonos, participaciones en fondos), la familia de clase media occidental ha operado en el largo ciclo financiero, que se abre desde la crisis de 1970, como uno de los principales actores económicos de la globalización, dirigiendo su ahorro hacia los mercados inmobiliarios y financieros, según convenía, y contratando, según las circunstancias, un mayor o menor volumen de crédito (hipotecario, de inversión, al consumo, etc.). En este sentido, la familia de clase media se debe considerar según su comportamiento económico, que la define como una pequeña empresa de inversión dedicada a dar seguridad y bienestar a sus miembros, en el marco de la creciente retirada

los países escandinavos (solución progresiva) y a Alemania. Aquí el mínimo se alcanza en 2003, con un 1,3 hijos por mujer, para subir a 1,7 a mediados de la década de 2010 y volver a bajar a 1,5 en 2022. Véase Banco Mundial, *Fertility rate*, series 1960-2022.

¹¹⁴ Véase al respecto la hibridación entre marxismo y feminismo que se ha producido recientemente en los medios críticos de habla inglesa de inspiración socialista, que siguen pensando la reproducción social en estos términos. Léanse al respecto, por ejemplo, las contribuciones reunidas en Tithi Bhattacharya, *Social Reproduction Theory, Remapping Class, Recentring Oppression*, Londres, Pluto Press, 2017.

¹¹⁵ Todo ello tomando la teoría social de Bourdieu, que aquí nos puede servir de una forma más o menos heterodoxa. Al respecto se puede leer Pierre Bourdieu, *El sentido práctico*, Madrid, Siglo XXI, 2008 [1980]; y Pierre Bourdieu, *Las estrategias de reproducción social*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2011.

del Estado social y de incremento de la incertidumbre económica. De hecho, la redescubierta centralidad de la propiedad y la herencia hace de la clase media «neoliberal» una formación social mucho más próxima a la pequeña burguesía tradicional, obsesionada por conservar y transmitir su patrimonio, que a la típica familia de clase trabajadora del fordismo.

Del mismo modo, este tipo de familia ha reaccionado como un espejo a las políticas públicas orientadas por las teorías del «capital humano». Ha tomado efectivamente la adquisición de títulos escolares como una inversión, que se realiza primariamente en el marco familiar, ya tratando de conservar y actualizar el valor de mercado de las credenciales educativas de los hijos, ya tratando de reflejar un capital cultural más elevado o ampliando el capital social que produce haber estudiado en determinadas instituciones. De hecho, uno de los factores de crisis de la empresa familiar neoliberal, y por ende de sus estrategias de reproducción social, reside en la devaluación relativamente rápida de los títulos escolares en un mercado de trabajo caracterizado por la escasez de buenos empleos y el creciente subempleo de aquellos trabajadores con titulaciones superiores. Los ránkines de estudios universitarios, la búsqueda de distinción por medio de la adquisición de determinados títulos y la matrícula en ciertas universidades, el *branding* universitario o el desarrollo del mercado de los préstamos universitarios, que tan característicamente responden a las políticas neoliberales de formación de los nuevos mercados educativos, tienen que ver con este movimiento de devaluación de los títulos superiores, y el consecuente esfuerzo de las familias por seleccionar aquellas inversiones educativas de mayor rentabilidad.

Para esta pequeña burguesía mundial es también extremadamente importante determinar lo que los antropólogos llamarían sus «estrategias matrimoniales». ¹¹⁶ El principio rector parece tener aquí ciertas reglas implícitas de homogamia social. Los hijos de estas clases medias se emparejan y tienen hijos primariamente con miembros de su misma clase o estatus social: niveles educativos comparables, patrimonios y salarios similares, estilos de vida parecidos, barrios o zonas residenciales asimilables, etc. En algunos países, el nivel educativo organiza hasta tal punto la formación de las familias, que prácticamente las parejas con una diferencia relativa en niveles de educación resultan una anomalía estadística. ¹¹⁷

Y sin embargo, de forma en extremo paradójica, la empresa familiar neoliberal no es natalista. Militan en esta renuncia a la reproducción el aumento de los costes imputados a la mercantilización de la educación, la

¹¹⁶ Véase, por ejemplo, Pierre Bourdieu, *Las estrategias de reproducción social...*

¹¹⁷ Algunos estudios destacan, por ejemplo, cómo los niveles de homogamia por renta y nivel socioeducativo se redujeron en los años de mayor movilidad social del fordismo, para estabilizarse y volver a crecer después, especialmente en los entornos metropolitanos. Véase, por ejemplo, Milan Bouchet-Valat, «Educational and socioeconomic homogamy, development level and metropolisation across 149 European regions», *European Journal of Social Science*, núm. 56-1, 2018.

vivienda y las pensiones, así como la necesidad de perfeccionar en los hijos una estrategia de reproducción social exitosa en una era sin progreso. La importancia recobrada de la herencia como mecanismo de seguridad y transmisión de la posición de clase, la necesidad de prolongar los estudios para adquirir los títulos adecuados, la creciente precariedad del mercado de trabajo redundan, además, en la emancipación tardía de los hijos y su dependencia, a veces de por vida, respecto de los padres.¹¹⁸ En esta dirección, las estrategias familiares que reducen drásticamente el número de hijos —cada vez más por norma un solo hijo— responden también a una lógica evidente de concentración del capital familiar. Como en los viejos sistemas de mayorazgo, la baja natalidad es un mecanismo de concentración patrimonial, que hace recaer en unos pocos descendientes varias líneas de herencia. Por eso, también, estas sociedades son extremadamente vulnerables a los pánicos morales —pederastia, *bullying*, crisis moral de la escuela— que tienen que ver con la infancia de unos niños que son cada vez menos y que requieren de más inversión económica y seguramente afectiva.

Por último es necesario considerar que todos estos elementos de crisis de la reproducción de las clases medias occidentales han requerido de la formación de un ejército laboral a su servicio. La forma de vida de estas clases medias globales es altamente intensiva en mano de obra. Históricamente esta fuerza de trabajo de servicio se ha reclutado entre los sectores más modestos de la población, en muchos casos, chicas y chicos de origen rural, que eran acogidos por las familias pudientes, en ocasiones como un acto de «caridad» con los hijos «sobrantes» de los campesinos y jornaleros pobres. En fechas mucho más recientes, el desarrollo de los servicios personales se ha nutrido de los recuentos de la clase obrera, ahora empujadas a los empleos precarizados del sector terciario, pero también de forma creciente de los y las inmigrantes que han cubierto con creces el deficitario saldo natural demográfico de estos países.

En una parte no pequeña, este contingente laboral se ha formado en el crecimiento del empleo derivado de la mercantilización de la reproducción social, entendido en un sentido amplio: niñeras, cuidadoras de ancianos, limpiadoras, cocineras, peluqueras y esteticistas, trabajadores de servicios de educación personalizados (tutores, profesores particulares), etc. En este marco, la «crisis de los cuidados» entre las clases medias se ha «solucionado» por medio de su exportación social y geográfica hacia los sectores más proletarizados. Cuando es el caso de las mujeres migrantes del Sur global, esta «solución a los cuidados» ha dado forma a una nueva figura social, feminizada, proletarizada y en muchas ocasiones racializada, que se hace cargo de la reproducción de este decadente patriciado global a costa de la suya propia.¹¹⁹

¹¹⁸ Véase, por ejemplo, Eurostat, *Estimated average age of young people leaving the parental household by sex*, con una edad de emancipación media de 26 años y medio, subiendo.

¹¹⁹ Véase al respecto el trabajo pionero de Barbara Ehrenreich y Arlie Russell Hochschild, *Global Woman, Nannies, Maids and Sex Workers in the New Economy*, Londres, Granta, 2002.

Pero esta expansión de los servicios de reproducción de las clases medias desborda con mucho las simples tareas de «cuidado». La reproducción social de las clases medias del Norte rico comprende, de hecho, prácticamente todas las formas de consumo que implican algún componente de servicio personal y que de una u otra forma están asociadas a la reproducción de estatus. Así: los empleos en la restauración, progresivamente diversificados en una multitud de rangos de gasto, estilo y experiencia; el pequeño comercio, que comprende desde la venta personalizada en unos almacenes hasta las complejas cadenas logísticas que hay detrás; el desarrollo del turismo, que da lugar a economías regionales especializadas únicamente en la satisfacción y el consumo de estos sectores; el trabajo sexual, en su amplia gama de modalidades; los trabajos asociados a la estética, la moda y el bienestar personal; y un largo etcétera de sectores y servicios que forman al menos la mayor parte de las economías terciarizadas de los países ricos.

En todos estos empleos, que implican una relación de «servicio» a aquellos con capacidad de consumo, se observa, como se verá, un cambio radical de la naturaleza del trabajo. Este es, como se ha señalado, más parecido a lo que hacían los «domésticos»¹²⁰ de la *belle époque* del capitalismo que al proletariado industrial. El patrón de división del trabajo en la economía global entre un «polo productivo» y un «polo de consumo» conllevaba de forma implícita la subvención al consumo de estas clases medias euroestadounidenses, como elemento necesario para la realización del capital incorporado a las mercancías producidas cada vez más en la región Asia-Pacífico. A pesar de la tendencia a la precarización y la desregulación de los mercados laborales de los países occidentales, para las clases medias, que han dispuesto de un desahogo relativo gracias a su posición patrimonial y financiera, así como al monopolio de ciertas profesiones y credenciales educativas, esta división del trabajo a escala global no ha sido un mal negocio, y explica en buena medida el éxito de la «integración neoliberal». Tal y como hemos venido repitiendo, la gran pregunta está en hasta cuándo los activos y los patrimonios de este segmento social podrán contrarrestar la degradación de sus respectivas posiciones laborales y seguir sosteniendo sus elevados niveles de consumo, incluidos los bienes y servicios que requiere su propia reproducción.

Integrados versus excluidos

El gran éxito de la sociedad neoliberal fue la supresión de las clases, al menos en la percepción inmediata de la realidad social. Efectivamente, al nivel de la fenomenología concreta, o si se prefiere de la sociología vulgar de estas sociedades, las desigualdades dejaron de aparecer como el producto de una serie de determinaciones estructurales propias de las relaciones capitalistas,

¹²⁰ Ya en medio del ascenso del neoliberalismo, André Gorz consideraba que estas relaciones no pueden pensarse de una forma independiente de lo que sería una nueva forma de dependencia servil, en tanto sus tareas suponen una relación de servicio. Véase André Gorz, *Metamorfosis del trabajo*, Madrid, Sistema, 1995.

para presentarse como el resultado de una carrera individual, en la que contaban fundamentalmente los méritos de cada cual. Naturalmente, los apologetas de esta «sociedad sin clases» se veían obligados a reconocer la persistencia de restos de formaciones sociales previas, a modo de huellas de las pasadas injusticias. Estos «residuos» operaban todavía como «privilegios», lo que permitía a unos individuos ponerse por encima de otros, al tiempo que condenaban a esos otros a soportar mayores dificultades en la realización de su potencial económico y social. Estas formas de bloqueo social, que en la sociología weberiana se suelen llamar «cierre social»,¹²¹ tenían que ver con la persistencia del racismo y del machismo, o con determinaciones heredadas como el lugar de nacimiento, las posibilidades educativas o la misma herencia.¹²² En cualquier caso, la promesa de la sociedad neoliberal apuntaba a un horizonte en el que este sistema de ventajas y desventajas sociales se volviera irrelevante. Al fin y al cabo no eran sino elementos zombificados, previos a la sociedad de mercado: una sociedad abierta y unas políticas adecuadas podían suprimir o al menos limarlos en buen grado. La apelación al individuo y a sus capacidades debían ser una fuente de inspiración suficiente a la hora de despertar en los individuos su espíritu de superación personal, su energía interna dirigida a sortear estos condicionamientos negativos. El neoliberalismo fue seguramente la última metanarrativa del progreso social.

En el marco de este neoliberalismo triunfante y todavía progresivo, que se servía de su pareja ideológica, el socioliberalismo —a su vez resultado de la degradación de la vieja socialdemocracia en los Partidos Socialistas que gobernaron Europa a partir de la década de 1980—, el presupuesto de la igualdad de oportunidades era tanto el criterio ideológico de orientación de las políticas públicas, como el fetiche propagandístico que servía de bandera a esta nueva generación política. Hasta tal punto tuvo éxito esta operación ideológica que, tras el fracaso parcial de los movimientos alternativos y el colapso definitivo de la vieja izquierda revolucionaria, la crítica, así como la política de los movimientos sociales, se fundaron también en este presupuesto dirigido a garantizar el principio de la «igualdad de oportunidades». La política, también la extraparlamentaria, gravitó desde entonces alrededor del reconocimiento y de los derechos, especialmente de los sectores sometidos a estas formas de «cierre social», incompatibles con el ideal meritocrático del

¹²¹ Véase al respecto de este concepto los análisis de Frank Parkin desde la década de 1970: *Marxismo y teoría de clases. Una crítica burguesa*, Madrid, Espasa Calpe, 1984; *Orden político y desigualdad de clase*, Madrid, Debate, 1978.

¹²² La explicación de las nuevas formas de estratificación social en términos de esta multitud de posiciones, que incluyen el género, la raza, la nacionalidad, el lugar de residencia, la edad, la orientación sexual, etc., pero siempre desde un punto de vista individualizado y solitario, ha sido desde la década de 1990 un tópico de la sociología. Estos condicionantes, siempre individualizados, han sustituido a la «clase» como forma de la acción y la explicación política. Para un desarrollo de este argumento se pueden leer los trabajos de François Dubet, especialmente *El nuevo régimen de desigualdades. Qué hacer cuando la injusticia social se sufre como un problema individual*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2023.

neoliberalismo triunfante. La política de clase, que podría haber entendido a estos colectivos en función de su posición estructural en el marco demasiado complejo de las relaciones capitalistas, ocupó en esas décadas un papel más o menos marginal.

De forma consecuente con este marco ideológico, la verdadera divisoria de la sociedad neoliberal no se producía dentro de sí misma —en tanto esta aparecía como una sociedad básicamente justa o solo susceptible de ajustarse mejor a su forma meritocrática—, sino entre lo que quedaba dentro de la sociedad y lo que esencialmente parecía haber sido desplazado más allá de la misma. Ese afuera estaba formado por los colectivos y los individuos no «integrados», o incluso no integrables. Valga decir que de los años del *thatcherismo*, proviene la recuperación de la metáfora de las dos naciones: la respetable, trabajadora, esforzada, y aquella otra que irracionalmente se enfrentaba a la sociedad abierta, ya fuera por la persistencia de los viejos fetichismos ideológicos de la izquierda, ya por una cultura semicriminal, característica de los sectores pobres y de algunas minorías.¹²³ De la gran época del neoliberalismo proviene también la distinción entre pobres meritorios, que lo son a pesar suya —«por las circunstancias»— y aquellos no meritorios, que lo son por su persistente rechazo al esfuerzo, al trabajo, a la ley, a la moral convencional que tanto gustaba a Hayek.¹²⁴

Merece contrastar esta imagen de la sociedad neoliberal, lo que Weber o Bourdieu llamarían su *sociodicea*,¹²⁵ con la evolución del marco de la economía política de las sociedades del Norte rico desde la década de 1980. Uno de los efectos de la crisis de la producción / reproducción de las sociedades neoliberales ha sido históricamente el incremento de la exclusión social, que coincide con la creciente dimisión de las aspiraciones universalistas del

¹²³ La función del «enemigo interior» en el marco de la narrativa neoliberal ha sido bien descrita por Pierre Dardot, Haud Guéguen, Christian Laval y Pierre Sauvêtre, *La opción por la guerra civil. Otra historia del neoliberalismo*, Traficantes de Sueños / Tinta Limón / LOM, 2024.

¹²⁴ Aunque opuesto formalmente a lo que llamaba conservadores, Hayek nunca escondió que el «orden social liberal», en tanto orden espontáneo, requería ante todo de un respeto a la moral común, de la que el derecho privado era su formalización expresa. La esencialización de este fundamento del derecho, que identificaba con los derechos del individuo, la propiedad y el mercado está en la raíz extremadamente conservadora de su pensamiento, aparte de la presunción de unos supuestos antropológicos cuya supuesta universalidad no se encuentra por ninguna parte. Véase Friederich A. Hayek, *Derecho, legislación y libertad. Una nueva formulación de los principios liberales de la justicia y de la economía política*, 3 vols. Madrid, Unión Editorial, 1978-1982; y *Principios de un orden social liberal*, Madrid, Unión Editorial, 2015.

¹²⁵ El concepto de *sociodicea* (inspirado en el de *teodicea*) se refiere a la explicación, y con ello la justificación, que la sociedad da sobre el mal y la desigualdad en su propio seno. En el marco neoliberal, nuestra *sociodicea* coincide, a grandes rasgos, con lo que propagandistas y políticos dicen acerca de la inevitabilidad y justicia de cierto grado de pobreza y de las desigualdades crecientes en los términos de una meritocracia efectiva.

Estado keynesiano. Si bien en las sociedades propietaristas la división social se trata de establecer menos entre clases que entre individuos que han logrado llevar una vida exitosa y aquellos que no, la exclusión aparece como un fenómeno también estructural de ese capitalismo en crisis.

La explicación de esta divisoria se sitúa paradójicamente en un terreno en el que la separación moderna entre producción / reproducción parece organizarse de otro modo. De hecho, la parte de la población que es expulsada de la producción, y a la vez es excluida de la sociedad, resulta luego tolerada (parcialmente integrada), únicamente en tanto ocupa una posición de servicio a aquellos que están todavía incluidos.

La temática de la «exclusión» surge, de hecho, acompañada con el proceso de descomposición de la cultura y las comunidades obreras; con los procesos de desindustrialización, la extensión de la subcontratación y el crecimiento de las nuevas formas de empleo precario. Como se ha visto, junto al crecimiento del desempleo en la década de 1970, aparece y crece un segmento de trabajo «subempleado», que circula entre ocupaciones temporales según las fluctuaciones de la demanda. El sociólogo francés Robert Castel trató de describir esta mutación del trabajo, marcada por la dualización de los mercados de trabajo, con grafía decimonónica.¹²⁶ Representó la crisis en ciernes bajo el impactante rótulo de la «nueva cuestión social», señalando implícitamente que esta sería la forma del problema del siglo entrante. Para Castel, lo que había de «nuevo» en la «cuestión social» se podía resumir en el crecimiento de los que llamaba «supernumerarios». Con el propósito de definirlos, escribe: los supernumerarios «flotan en una especie de tierra de nadie, no integrados y sin duda inintegrables, por lo menos en el sentido en que Durkheim habla de integración como pertenencia a una sociedad formada por un todo de elementos interdependientes».¹²⁷ Los supernumerarios eran, en definitiva, la excrecencia de las sociedades en proceso de desindustrialización.

La condición de estos «supernumerarios», de esta «humanidad excedente»,¹²⁸ que empezaba a no ser únicamente una característica de las superpobladas megalópolis del Sur global,¹²⁹ resulta del todo insoluble en la narrativa neoliberal. El cuento de la meritocracia, como la mayor parte de los cuentos ideológicos, se debe entender como una narrativa legitimante: en

¹²⁶ Robert Castel, *Las metamorfosis de la cuestión social. Una crónica del salariado*, Barcelona, Paidós, 1997.

¹²⁷ *Ibidem*, p. 416.

¹²⁸ Por retomar los términos de Benavet, cuando señalaba la incapacidad del capitalismo industrial de seguir generando buenos empleos, asociados a unos incrementos de productividad que no se producen: *La automatización...*, pp. 116 y ss.

¹²⁹ La OCDE calculaba que uno de cada tres trabajadores de sus países miembro estaba empleado con una forma de contrato no estándar en 2013 (trabajadores a tiempo parcial, temporales, autónomos), y este tipo de contratación no había hecho sino ampliarse en las últimas décadas. Estos contratos eran además una de las causas principales de la creciente desigualdad de ingresos. OCDE, *In It Together. Why Less Inequality Benefits All*, 2015, pp. 138 y ss.

este caso de una economía que ya no genera empleo de calidad o si se prefiere en una sociedad en la que el «trabajo» sigue siendo la única forma de acceso a la ciudadanía y a la respetabilidad social, pero en la que ese «trabajo» se ha vuelto escaso.

En uno de los pasajes más conocidos de *El capital*, Marx abordó el problema de la población excedente en la sociedad industrial de su tiempo. Para ello acuñó el concepto de «ejército industrial de reserva». Con este se refería a la necesidad por parte del capital de disponer de una superpoblación laboral relativa, que a la postre comprendía a toda la clase obrera.¹³⁰ La misma existencia de esta superpoblación permitía garantizar unas condiciones de negociación óptimas a la hora de restringir los salarios al nivel más bajo posible: el exceso de fuerza de trabajo permitía a los empresarios tirar hacia abajo los salarios. Propenso a las metáforas provenientes de la física, Marx reconocía a la vez tres estados de esta superpoblación laboral. La superpoblación estaba en estado fluctuante cuando la demanda de la fuerza de trabajo variaba en la industria, ora empleando trabajadores en gran cantidad, ora despidiéndoles en las fases de recesión y crisis. La superpoblación podía ser también constante, cuando existía una amplia reserva de mano de obra en el medio rural disponible para su incorporación a la picadora industrial, cuando así lo exigieran las necesidades de los empresarios. Y por último, la superpoblación podía estar «estancada», cuando la población obrera permanecía de una forma más o menos permanente sin empleo o con una ocupación irregular. Significativamente, esta superpoblación «estancada» incluía a los estratos más bajos de la clase obrera, aquellos situados en el límite de la sociedad, los trabajadores extremadamente pobres, los incapaces (inválidos, ancianos), y por último aquellos a los que daba el nombre de lumpenproletariado: buscavidas, ladrones, pequeños criminales, prostitutas, todas las almas corrompidas del pauperismo social. Para Marx, la superpoblación, el «ejército industrial de reserva», era una condición constante del desarrollo capitalista. El incremento de la productividad hacía que el crecimiento relativo de la población fuera más rápido que la «necesidad de valorización del capital».¹³¹

La situación actual parecería obligar a añadir un nuevo «estado» a la clasificación de Marx. Esta sería el de una «superpoblación absoluta», que comprendería a una parte creciente de las poblaciones del planeta, pero también de los países del Norte rico. La elección del adjetivo, por categórico y tajante que parezca, no resulta inadecuada.¹³² En la valorización del capital, la población, su fuerza de trabajo, se está volviendo cada vez más redundante. En la lógica del capital, el requerimiento de fuerza de trabajo, en tanto esa extraña mercancía capaz de crear valor, es cada vez menos necesario. Así lo hemos visto en los

¹³⁰ Karl Marx, *El capital*, libro I, tomo III, Madrid, Akal, 2007, pp. 106-116.

¹³¹ *Ibidem*.

¹³² Con términos parecidos se ha expresado Saïd Bouamama a la hora de actualizar estos pasajes de Marx. Véase *De las clases peligrosas al enemigo interior. Capitalismo, inmigración, racismo*, Madrid, Traficantes de Sueños, 2025.

procesos de deslocalización industrial que dieron lugar al arreglo espacial de la globalización productiva, en la apuesta por la financiarización como mecanismo alternativo de obtención de beneficios, en el fiasco relativo de las economías del conocimiento, etc. La crisis del beneficio capitalista, que históricamente ha tenido en la producción de mercancía por medios industriales su motor y mecanismo de escalabilidad, el cual garantizó su progresión aritmética durante un tiempo —por medio de las continuas ganancias de productividad—, parece haber encontrado sus límites en la situación actual. Y con ellos, también, la necesidad de un incremento similar de los requerimientos de la fuerza de trabajo. En los términos de Marx, el incremento de la productividad se ha estancado, y el capital ya no requiere de más población para su «valorización». La superpoblación se vuelve así absoluta. La gestión de esta población redundante (para el capital) es ya la «cuestión social» de la crisis en ciernes. Y el problema es que esta superpoblación formada por «supernumerarios» guarda bastantes similitudes con ese límite entre sociedad y no sociedad, que en un extremo Marx identificaba con el lumpenproletariado.

En la década de 1990, consolidado el empuje transformador del neoliberalismo, otro sociólogo, André Gorz, trató de dar cuenta de este contradictorio final de la sociedad del trabajo sin reemplazo posible en los marcos capitalistas.¹³³ Testigo de la rápida automatización e informatización del último fordismo y también del rechazo al trabajo del obrero masa en el agitado ciclo de luchas fabriles que siguió a 1968, Gorz reconoció ese estado del capital en el que los incrementos de productividad habían desplazado definitivamente a una parte mayor de la población de la producción industrial inmediata. Y encontró en este movimiento, como muchos otros antes y después, la posibilidad del final del salariado, la liberación de una cantidad inmensa de tiempo disponible para el desarrollo de una actividad autónoma, susceptible de ser volcada en el desarrollo de cada cual y de la propia comunidad.¹³⁴ Sin embargo, la sociedad de su tiempo parecía haber elegido otro camino. Incapaz de superar el principio de que el trabajo es lo que funda la cohesión social y la ciudadanía, había dado lugar a una nueva división interna. De un lado, estaría lo que llamó la «élite del trabajo» formada por los profesionales y el remanente de trabajadores que todavía se dedicaban a la producción. De otro, una creciente masa de población, subempleada, precaria, cuya única empleabilidad estaba en acrecentar los ocios de la élite del trabajo, por medio de la prestación de su tiempo y de su misma persona. Este tipo de empleo para otros correspondía para Gorz con las «actividades de servidor». El «trabajo»

¹³³ Véase sobre todo André Gorz, *Miserias del presente, riqueza de lo posible*, Barcelona, Paidós, 1998; y *Metamorfosis del trabajo. Búsqueda del sentido. Crítica de la razón económica*, Madrid, Sistema, 1995.

¹³⁴ Sobre la persistencia de esta utopía, que es corriente en determinadas lecturas del marxismo desde la Segunda Internacional, y en algunos pasajes de Marx, se puede leer el cuento tecnoutópico de Aaron Bastani, *Comunismo de lujo totalmente automatizado*, Madrid, Antipersona, 2021.

dirigido al placer de otro o a la reproducción y cuidado de otros era, en efecto, más característico del trabajo servil, que del trabajo del obrero del capitalismo industrial.¹³⁵ De hecho, este trabajo no genera —o apenas genera— valor en términos capitalistas. Como los domésticos que Marx ponía como ejemplo de trabajo improductivo, su actividad, aún dentro de grandes empresas de provisión de servicios, no se realiza dentro de la vieja lógica de la acumulación, que requiere de una dinámica incremental de la productividad y de la plusvalía relativa.¹³⁶

Esta escisión social entre una élite hiperactiva y una masa excluida corresponde a grandes rasgos con la evolución de las sociedades capitalistas del Norte rico. La división no es, sin duda, tan clara y nítida como proponía Gorz. La élite del trabajo profesional corresponde, efectivamente, con la *global class*, que marca el pulso social de las grandes ciudades euro-estadounidenses desde la década de 1980. Pero esta no solo está formada por ese segmento de alta cualificación en empleos de alto valor asociado a las economías del conocimiento. De hecho, está compuesta principalmente del ápice directivo de la economía global: ejecutivos, financieros y profesionales asociados. A su vez, la polarización que Gorz apuntaba se ha visto notablemente contrarrestada por las formas de integración neoliberal.

A pesar de la creciente desigualdad de las economías occidentales,¹³⁷ especialmente cuando se considera en términos de ingresos salariales y de patrimonios, estas sociedades siguen estando organizadas en torno a una clase media con pretensiones universalistas. Estas clases medias se han sostenido por múltiples medios que comprenden el conjunto de mecanismos todavía eficaces del *hacer sociedad* capitalista: la extensión relativa de la propiedad inmobiliaria como base del capitalismo popular característico de la financiarización previa a 2008 (promoción del crédito, acumulación patrimonial, herencia, etc.); la intervención continua del Estado en el sostenimiento de un amplio sector social integrado por medio del empleo público y la subvención de determinados sectores (desde la cultura a la agricultura, pasando por toda la economía de provisión de servicios públicos); la continua ampliación del acceso a la educación superior, que todavía sigue operando como una barrera social eficaz para la reserva de determinados empleos; la forma de familia, basada en los dos ingresos y en la acumulación patrimonial; la mercantilización completa de las formas de reproducción, provista cada vez más por el trabajo barato del segmento social semiexcluido, etc. Como se ha tratado de explicar estos «mecanismos» están en crisis debido a la posición crecientemente marginal del polo occidental y de los problemas de medio plazo de la economía capitalista.

¹³⁵ A. Gorz, *Metamorfosis del trabajo...*, pp. 15-20, 184-185, 200-201.

¹³⁶ Para un desarrollo de esta tesis se puede leer la trilogía de Corsino Vela, *La sociedad implosiva*, 2. ed., Madrid, Traficantes de Sueños, 2022; *Capitalismo terminal. Anotaciones a la sociedad implosiva*, Madrid, Traficantes de Sueños, 2018; y *En la línea de quiebra...*

¹³⁷ En el sentido que muestra Piketty y su grupo en sus trabajos, especialmente en *Capital e ideología*, Barcelona, Deusto, 2019.

En lo que no parece que Gorz —como tampoco Castel y tantos otros— se confundiera demasiado es en que estas sociedades han producido también un amplio segmento de población subempleada y empujada al trabajo de «servidor». Este proletariado de los servicios habita justo en el borde de la línea de integración de las sociedades neoliberales. Excedente para las necesidades de la producción y de la valorización ampliada del capital, es empleado en las actividades de reproducción de los sectores sociales integrados. En este sentido, constituye una nueva y vasta clase doméstica, que es el resultado de la externalización y mercantilización de los «cuidados», pero en general de todas las funciones de reproducción, también estatutaria, de las clases medias y de la burguesía global.

Este proletariado neo-doméstico se sitúa, por eso, en una situación paradójica. De una parte, forma el grueso de los «supernumerarios» de la sociedad del trabajo, y en este sentido está cada vez más excluido del régimen de derechos y ciudadanía asociado típicamente a las conquistas de la clase obrera histórica. De otra, resulta del todo imprescindible para mantener la «forma de vida occidental», aquella tan propia y característica de sus clases medias y que corresponde con el polo de consumo de la economía global. Por añadir más complejidad, el desarrollo de este proletariado de los servicios, tendencialmente excedentario y marginal en la acumulación de capital, es el elemento de mayor dinamismo demográfico de estas sociedades. Como se ha visto, la importación de esta mano de obra «de servicio» es la que en casi todos los aspectos sostiene la demografía y el estilo de vida consumista de EEUU-Europa. Y como luego se verá con más detalle, en el cuerpo de los migrantes que provienen del resto del mundo, estas sociedades incorporan una energía social que ya no son capaces de producir por sí mismas. Por eso, este nuevo proletariado es a la postre también el elemento clave en la principal contradicción política de estas sociedades.

A modo de conclusión. Líneas de desintegración de las sociedades del Norte global

Crisis, declive, incertidumbre... estas son las palabras que se repiten de principio a fin en el orden del día de las mesas de gobierno de las viejas naciones que desde los primeros días del capitalismo industrial han gobernado la economía mundial. Hoy su posición parece condenada a la decadencia, destino inevitable de todos los imperios. La caída, su caída, es también la de la estabilidad de estas sociedades. La pregunta que se ha repetido en este texto —¿hasta cuándo estos países lograrán contener la crisis subyacente?— no tiene una fácil respuesta. En el curso de esta crisis secular del capitalismo industrial, que comenzó en la década de 1970, casi todo depende de los tiempos y de los ritmos del declive, o si se prefiere del largo estancamiento en el que la mayor parte de estas economías entraron desde 2008.

Los elementos de crisis que se han discutido hasta ahora son seguramente los determinantes, aquellos que deberíamos considerar centrales,

pero no son los únicos. La pérdida de dinamismo frente al polo asiático de crecimiento, o la creciente falta de competitividad de la economía euro-estadounidense, que se ha ido extendiendo desde las industrias intensivas en mano de obra hasta aquellas de alta composición tecnológica, es el factor determinante de la «decadencia de Occidente», una decadencia en términos puramente capitalistas y sin paliativos, sin coberturas raciales o culturales.¹³⁸ Esta es más grave, si cabe, cuando se considera el fondo de ralentización o futuro estancamiento del conjunto de la economía mundial. A la contra de las esperanzas de un mundo multipolar comprometido con la paz mundial, la crisis de hegemonía de Estados Unidos, y de lo que parece su socio menor europeo, puede ser mucho más agónica y estar cargada de mayor dramatismo —en el que no cabría excluir cierta dimensión apocalíptica—, que lo que se podría prever de una sustitución de los hegemones mundiales a partir de lo que algunos concibieron, hace un tiempo, como una solución pacífica, progresiva y pluralista liderada por China.¹³⁹

Ante las crecientes dificultades de los principales actores de la economía mundo, el escenario previsible es justamente el de una creciente competencia por los recursos disponibles: guerras comerciales y conflictos bélicos abiertos. Las guerras en curso en 2024 (Ucrania, Palestina, Yemen, Sahel, etc.) parecen señalar el camino de una nueva carrera imperialista, en la que muchas veces EEUU y China juegan por medio de potencias interpuestas, como es el caso en la invasión rusa en Ucrania, u operan como jugadores últimos en la sustitución de las respectivas influencias geopolíticas (como sucede en los países del Sahel). Esta situación se parece demasiado a las situaciones de caos sistémico,¹⁴⁰ que marcaron los periodos de las grandes disputas hegemónicas como las guerras napoleónicas y del largo ciclo bélico de 1914-1945. Siempre que no alcance el umbral del holocausto nuclear, la guerra puede volver así a jugar un papel económico en la destrucción masiva de capital, en el estímulo del gasto público y de las innovaciones productivas, así como en el disciplinamiento de las poblaciones.¹⁴¹ Se trata de la principal variable ciega en la larga crisis abierta en las décadas pasadas.

De otra parte, la traducción en términos económicos, y específicamente capitalistas, de la dimensión ecológica —el calentamiento global, la

¹³⁸ Estas fueron las características del tópico de la «guerra entre razas» en el marco de la llamada revolución conservadora alemana y, en general, del pensamiento reaccionario europeo. Véase principalmente Spengler, *La decadencia de Occidente*, 2. vols., Barcelona, Austral, 2011.

¹³⁹ Este fue el escenario propuesto por Giovanni Arrighi, en un libro a la vez interesante y alucinado, en el que el autor recuperaba el entusiasmo de su militancia juvenil tercermundista en pro de la nueva hegemonía china. Véase *Adam Smith en Pekín. Orígenes y fundamentos del siglo XXI*, Madrid, Akal, 2007.

¹⁴⁰ Concepto acuñado por la escuela del análisis del sistema-mundo. Por citar de nuevo a Arrighi, *El largo siglo XX...*

¹⁴¹ En este sentido va el reciente análisis de Raúl Sánchez Cedillo, *Esta guerra no termina en Ucrania*, Pamplona, Katakak, 2023.

destrucción acumulada del «capital natural», el fin de la «naturaleza barata», etc.— aparece también como otro factor determinante de la crisis. Pero esta debe ser calibrada de acuerdo con una sociedad en la que el capital y su reproducción ampliada siguen siendo el factor determinante en la regulación de la actividad económica y, por ende, del orden social.¹⁴² El impacto de la crisis «ecológica» es además completamente distinto en un país pobre, donde una parte de la población todavía vive de la agricultura y el autoconsumo, y que depende básicamente de la capacidad de adaptación de sus ecosistemas, que en las poblaciones metropolitanas de todo el planeta, en las que todos (absolutamente todos) los bienes son obtenidos en forma de mercancías por medio del intercambio monetario, y donde sus poblaciones tienen todavía la capacidad de hacer valer su moneda.

Lo que se puede dar por seguro es que la crisis social en los viejos países del centro de la economía mundial terminará por presentarse como una crisis de integración, esto es, como un desplazamiento de determinados colectivos sociales hacia los márgenes de la sociedad, como un endurecimiento de las líneas de exclusión; y en una específica dimensión política: como un conflicto acerca de quién y cómo se define la pertenencia a estas sociedades todavía ricas, con las consecuencias previsibles en lo que se refiere a la extensión de los derechos, la ciudadanía y la protección del Estado. De hecho, las líneas de tendencia de esta crisis de integración se pueden resumir en dos procesos que están altamente imbricados y que en parte se han tratado ya. Estas dos tendencias podrían recibir el nombre de: 1) proletarización, cuando se considera la caída de sectores hasta ahora plenamente integrados en la sociedad de clases medias neoliberal; y 2) reestratificación, entendida primariamente como la reordenación y refuerzo de las líneas que separan a los integrados y los excluidos, a aquellos que pertenecen de pleno derecho a la sociedad y aquellos que no. Ambas tendencias están inscritas en el curso de la evolución de estas sociedades en el último medio siglo. No son por lo tanto nuevas, pero parecen mostrar una aceleración relativa desde 2008.

1) Proletarización

Proletarización es un concepto ambiguo, como casi todos los que han sido empleados múltiples veces y con fines distintos. Aplicado a las clases medias occidentales quiere dar cuenta de su declive, de su crisis. Por primera vez, desde 1939, se describe una suerte de movilidad social descendente, que además afecta a los sectores sociales que hasta fecha reciente sirvieron para representar la imagen del futuro del mundo.

¹⁴² En esta necesidad de entender la crisis ecológica en términos de la crisis capitalista, que es realmente la única forma de poder intervenir en ella, ha jugado un papel esencial el desarrollo de la economía ecológica. Para una perspectiva integradora entre capitalismo y economía ecológica, en el marco de la escuela del análisis del sistema mundo, véase Jason W. Moore, *El capitalismo en la trama de la vida*, Madrid, Traficantes de Sueños, 2020.

Piketty y su grupo han certificado esta caída relativa de las clases medias así como de los sectores «populares» de los países ricos desde la década de 1980. El crecimiento de la renta de los grupos comprendidos entre los percentiles 70 y 95 de la población mundial, que representa precisamente al grueso de las poblaciones de lo que antes se llamaba primer y segundo mundo, ha sido el menor de cualquier otro grupo de ingresos considerados.¹⁴³ Este ha sido mucho menor que el del 50 % más pobre, empujado por el crecimiento y la expansión de la economía monetaria de los países emergentes, y desde luego que el del 5 % y sobre todo el 1 por mil del grupo de los más ricos. Durante este mismo periodo de 1980 a 2020, y por considerar solo Estados Unidos y Europa —si bien en menor medida—, el decil más rico de estos países ha incrementado notablemente su participación en el conjunto de la renta y de los ingresos: hasta disponer cerca del 50 % de los ingresos en EEUU y del 35 % en Europa en 2020, 10 y 15 puntos más respecto de 1980.¹⁴⁴ Esta evolución se ha producido fundamentalmente a costa del 50 % de la población de menores ingresos, cuyos salarios han descrito un crecimiento paupérrimo en las últimas décadas, frente a la explosión de las rentas de capital y los salarios de los directivos asociados a la financiarización y las formas de gobierno neoliberal.

En definitiva, la erosión de las clases medias occidentales se está produciendo por abajo: por aquellos segmentos de menor ingreso y patrimonio, muchas veces con menos credenciales educativas, y también en términos generacionales, por los más jóvenes que han ingresado en mercados de trabajo cada vez más precarizados. Se trata así de un proceso que describe una curva inversa a la de los tiempos de las políticas welfaristas y keynesianas, que promovieron la integración de la clase obrera en la nación política, y a la postre en ese puré de situaciones diversas, pero relativamente integradas, que en las sociedades neoliberales se le suele dar el nombre de clase media.

En su mayor parte, la suerte de estos sectores antes integrados ha descansado en la capacidad del Estado para contener su caída, lo que dependía en última instancia en su capacidad de gasto, pero también en la capacidad de mantener, en una situación de salarios estancados, su nivel de consumo, que en última instancia aparece como el indicador principal de su pertenencia social. Respecto a la capacidad del Estado para frenar la caída, esta ha dependido tanto de su base fiscal como de sus crecientes niveles de endeudamiento. En este sentido se afirmaba que el Estado ha sido el principal factor a la hora de producir ese «efecto clase media» característico de las sociedades poskeynesianas.¹⁴⁵

Pero como se ha visto es improbable que los altos niveles de gasto público se puedan sostener sin dar curso a un conflicto distributivo de gran escala. De una forma obvia, esto es lo que enfrenta hoy a los Estados a tomar una posición casi siempre contradictoria ante disyuntivas como la expansión

¹⁴³ T. Piketty, *Capital e ideología...*, pp. 40 y ss.

¹⁴⁴ *Ibidem*, pp. 36 y ss, y pp. 785 y ss.

¹⁴⁵ Para un desarrollo de este argumento véase mi trabajo: Emmanuel Rodríguez, *El efecto clase media...*

o reducción del empleo público, que organiza en gran medida el destino de las nuevas generaciones de titulados universitarios; la protección o no de ciertos sectores económicos (como la agricultura o determinadas industrias), que determina la suerte de millones de empleos y pequeños negocios; las decisiones de política fiscal divididas entre gravar el patrimonio y las rentas altas, o los salarios y el consumo; la promoción o no de determinados sectores culturales o sociales, que funcionan como clientelas políticas; las políticas energéticas, que pueden gravar o subvencionar determinadas formas de movilidad con impactos claramente diferenciales entre los distintos sectores sociales; la mayor o menor mercantilización de la provisión de servicios como la salud o la educación, que se dirime en la opción entre ampliar el Estado o dejar al mercado sin competencia pública, lo que inevitablemente degrada las prestaciones al tiempo que las encarece; las políticas de vivienda que contraponen los intereses de los sectores más empobrecidos y de las nuevas generaciones con los de las clases medias propietarias, etc.

Alrededor de estas alternativas, se decide qué sectores y segmentos sociales van a formar a parte de los «caídos» o de los «deslizados» de la clase media hacia situaciones de mayor precariedad y en última instancia de creciente exclusión. Por eso, estas decisiones aparentemente técnicas son cada vez más objeto de encarnizadas batallas políticas. El Estado se ha convertido, desde hace largo tiempo, en la arena en la que se discrimina la distribución de la riqueza en el sentido más amplio posible: ingresos, rentas, propiedad, consumo, etc. Sus crecientes dificultades anuncian cualquier cosa menos una pacificación de estas sociedades. Prácticamente todos los grandes conflictos políticos e ideológicos de nuestro tiempo —por citar solo algunos: la emergencia de la extrema derecha europea, la creciente división política de la sociedad estadounidense exacerbada por el trumpismo, episodios como el Brexit, los chalecos amarillos, etc.— están determinados por estas luchas distributivas y por esta pendiente negativa hacia la caída de la clase media, concretamente de sus segmentos más frágiles.¹⁴⁶

La forma de vida, lo que en EEUU sigue recibiendo el nombre del *american way of life*, signada por el alto consumo de mercancías y la provisión de

¹⁴⁶ La explicación en términos sociales, según la vieja lógica de clases y de fracciones de clase, de los conflictos políticos contemporáneos es seguramente la gran asignatura pendiente de la crítica actual, demasiado absorta en marcar sus diferencias y por construir su identidad frente a sus adversarios (principalmente las extremas derechas). Un avance notable son las formulaciones políticas de Piketty en torno a la división dentro de las «élites», y en general las clases medias occidentales, entre una izquierda brahmánica y una derecha propietarista. Véase *Capital e ideología...* especialmente los caps. 14-17. También son interesantes en este sentido los análisis reunidos en torno a publicaciones como la *New Left Review*, *Sidecar* y *Jacobin*, entre otras, acerca de la división política norteamericana. Algunas de estas contribuciones han sido reunidas en castellano en varias selecciones como, por ejemplo: *Sobre el capitalismo político...*; o Mike Davis y Dylan Riley, *Trump Biden. Líneas de fractura de la sociedad estadounidense*, Madrid, Traficantes de Sueños, 2021.

unos servicios baratos está amenazada también por algo más que la retirada del Estado. La financiación de la balanza de pagos por parte de los productores asiáticos y fundamentalmente de China no va a ser eterna. Tampoco lo será la provisión de bienes y mercancías baratos por parte de muchos productores primarios. En términos generales, la crisis ecológica explotará en los países ricos, no tanto en la forma de insoportables olas de calor veraniegas —que de forma tragicómica redirigirán sus vacaciones a destinos más frescos— o de una reducción de su capacidad de autoabastecimiento alimentario —a la que en buena medida renunciaron hace tiempo en el marco de la globalización productiva—, como dentro de los bolsillos de sus poblaciones. El impacto más desestabilizador se producirá seguramente en la forma de un encarecimiento generalizado de determinados bienes. Conviene recordar que estas sociedades son el resultado histórico de la subsunción completa del trabajo y el consumo en la relación de capital, y que estas poblaciones no tienen ninguna capacidad de producir nada por sí mismas en términos de lo que llamaríamos autoproducción y autoconsumo. En estas condiciones, es cada vez más previsible que estas poblaciones proletarizadas acudan a los supermercados con una moneda de valor decreciente para comprar unos bienes cada vez más escasos, que seguro podrán adquirir antes que otros compradores de países más pobres, pero pagando mucho más, ya se trate de alimentos, de agua sin contaminar, un aire más puro o una naturaleza todavía no del todo destruida.¹⁴⁷ En cualquier caso, la crisis ecológica implicará para estas poblaciones un menor poder de compra, lo que tenderá a destruir buena parte de su capacidad de consumo también en los términos estatutarios antes establecidos (vacaciones baratas, servicios personales, etc.).

b) Reestratificación

El concepto de reestratificación puede resultar todavía más ambiguo que el de proletarización. Con este se alude aquí al realineamiento —estriamiento sería una palabra más adecuada— de las fronteras sociales. En los términos de la sociedad neoliberal, la segmentación se produce principalmente entre integrados o excluidos, si bien esta línea de tendencia avanza, sin duda, hacia otro tipo de divisiones más correosas. Se trata, por tanto, de un fenómeno complejo, que hoy presenta distintas dimensiones, y que van desde la elitización de determinados ámbitos como la vivienda, la educación o de forma más general las formas de vida de los sectores más ricos hasta el endurecimiento de las políticas penales y disciplinarias sobre los sectores más pobres.

Hay, no obstante, dos líneas de este proceso que merecen una consideración especial. De un lado, está lo que se daría en llamar la «fuga» de los

¹⁴⁷ Sobre el impacto de la crisis ecológica sobre las clases medias, merece la pena insistir en que la mercantilización completa de su existencia las hace extremadamente dependientes de la vitalidad capitalista a la hora de seguir proporcionando alimentos baratos, energía barata, trabajo barato, etc., en el sentido que Moore señala en *El capitalismo en la trama...*

sectores ricos, con cierta capacidad de arrastre sobre los tramos más altos de las clases medias. Tal fuga se manifiesta en formas de segregación funcional respecto del resto de la sociedad: universidades privadas de élite, urbanizaciones cerradas, ocio segregado, etc. Durante los tiempos del keynesianismo welfarista la fiscalidad sobre los ingresos y los patrimonios —esto es, la «eutansia del rentista» de Keynes—¹⁴⁸ acabó por liquidar el estilo de vida de las grandes fortunas de la *belle époque* de preguerra, al tiempo que su estilo de vida se disolvía en las formas de consumo de masas. Pero la formación de un nuevo estrato de grandes y medianas fortunas en la época de la globalización financiera ha generado un estilo de vida propio y de nuevo segregador. En cualquier caso, su ostentosa falta de compromiso con el resto de la sociedad amenaza, como de hecho ocurrió en 2011, con convertirse en una fractura social de proporciones imprevisibles. En una sociedad que presuntamente declara la meritocracia, y a la vez la mesocracia, como su norma social, la segregación elitista, necesariamente vinculada a la reformulación de ciertos privilegios aristocráticos, camina siempre sobre el estrecho borde desde el que se puede caer en una crisis de legitimidad.

De otra parte, por abajo, en la porosa frontera entre la integración y la exclusión se está produciendo también un reordenamiento de largo recorrido. Este trabaja en la separación y fragmentación de los grupos sociales, que todavía en algunas viejas definiciones recibirían el nombre de «clases trabajadoras», pero que aquí se prefiere llamar proletariado de servicios. Estas dos líneas entrecruzadas son las que tienen que ver con el tratamiento de los migrantes, así como de ciertas minorías que en muchos casos son también herederas de la migración. Se trata, por tanto, de un proceso combinado y complejo de extranjerización y racialización de determinados componentes sociales, que tiende además a asegurar su posición subordinada, a la vez que el bajo precio de sus prestaciones. El reforzamiento de este tipo de «fronteras sociales» es, en efecto, funcional a la perpetuación de su función como «neodomésticos» de las clases medias remanentes, o como trabajadores de la producción y la circulación que todavía son necesarios en estos países.

Esta doble línea —la extranjerización y la racialización de las nuevas figuras proletarias— tiene que ver también con las transformaciones de largo recorrido del welfarismo keynesiano al neoliberalismo, y posteriormente a la crisis de este último. El movimiento obrero institucionalizado, pero también las luchas antisindicales de los obreros de fábrica de la década de 1970, representaron una particular vía de integración de los trabajadores migrantes en Europa, así como de la minoría afroamericana en EEUU.¹⁴⁹ Aunque en ningún caso las prácticas racistas o la exclusión de la ciudadanía de los trabajadores

¹⁴⁸ John Maynard Keynes, *Teoría general del empleo, el interés y el dinero*, Madrid, FCE, 2006.

¹⁴⁹ Véase para las comunidades negras de EEUU, Keeanga-Yamahtta Taylor, *Un destello de libertad. De #BlackLivesMatter a la liberación negra*, Madrid, Traficantes de Sueños, 2017.

extranjeros dejaron de ser un factor en la segmentación de la clase obrera durante el largo periodo fordista, el ciclo retroalimentado de crecimiento de la productividad, incremento salarial e institucionalización sindical permitió cierta integración en los patrones convencionales de la pujante sociedad de consumo de los últimos años del fordismo. Este patrón se rompió dramáticamente en la década de 1970 con la aparición de una situación de paro de masas y el despido —y a veces el retorno— de una parte de esos trabajadores multinacionales. En estos años, se confirmó de hecho la formación de los barrios-gueto caribeños en Inglaterra, la explosión de los disturbios raciales en EEUU unidos a formas de expresión política novedosas y la asociación de estas comunidades, y especialmente de sus miembros jóvenes, por lo general desempleados, con la delincuencia de poca monta basada en el trapicheo y el pequeño hurto.¹⁵⁰

En una dirección directamente opuesta a la del progresismo welfarista, para estos segmentos sociales el ascenso del neoliberalismo implicó mayor disciplina, una creciente condicionalidad de los beneficios sociales a la prestación laboral a bajo coste (*workfare*) y la criminalización manifiesta en el crecimiento del complejo carcelario de Estados Unidos, pero también de otros países europeos. En EEUU, Inglaterra, Francia y otros países, estas minorías se vieron así sometidas a procesos de superexplotación laboral, discriminación residencial y nuevas formas de racialización.¹⁵¹ Y sin embargo, el gobierno neoliberal sobre estas poblaciones basculó entre la represión y una voluntad paradójica de integración, según los mismos parámetros neoliberales del éxito escolar, profesional y económico.¹⁵² La consolidación de una clase media multirracial en EEUU y Reino Unido, así como de una parte de los descendientes de la migración extraeuropea dentro de la Unión, ha dado durante un tiempo razones a este tipo de discurso, aparte de dividir a comunidades antes relativamente integradas en posiciones sociales difícilmente conciliables y claramente ya separadas.¹⁵³ Esta superación relativa del racismo dentro

¹⁵⁰ Esta es, por ejemplo, la tesis principal del libro de Stuart Hall *et al.*, *Gobernar la crisis. El atracos, el Estado y la «ley y el orden»*, Madrid, Traficantes de Sueños, 2023 [1974].

¹⁵¹ Sobre las distintas formas de gobierno de estos nuevos pobres se puede recurrir a los numerosos trabajos de Loïc Wacquant como *Los condenados de la ciudad. Gueto, periferias, Estado*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2007; o *El diablo en la ciudad. La invención de un concepto para estigmatizar la marginalidad urbana*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2024.

¹⁵² Merece en este sentido recoger algunos ejemplos de una institución liberal como el Brookings Institute que celebra la diversidad e inclusividad de la clase media estadounidense en trabajos y artículos como: «The middle class is already racially diverse» (30 de octubre de 2020), o «The middle class is race plural, just like the rest of America» (27 de febrero de 2018). Véase www.brookings.edu

¹⁵³ El ejemplo más característico de ello sería la formación de una clase media afroamericana, que ya no vive en los barrios céntricos y pobres de la ciudad, al modo del Bronzeville en Chicago o de Harlem en Nueva York, donde la cohesión de la comunidad negra se sostenía y se reproducía, a pesar de la relativa diversidad interna

de la clase media es, sin embargo, correlativa a su acción estructural sobre lo que todavía constituye la mayoría proletarizada de estas comunidades.

Más significativa es la creciente asociación entre migración y delincuencia, o la consideración de los migrantes y los refugiados, especialmente del Sur global, como una amenaza casi de tipo existencial para las poblaciones europeas y estadounidenses. Este tipo de reacción «nativista» es aparentemente más chocante entre poblaciones que requieren para todo del tipo de trabajo que proporcionan los migrantes. El endurecimiento de las leyes de extranjería desde la década de 1980, el refuerzo de las fronteras, la explotación de la extrema derecha —y cada vez más de todo el arco parlamentario— de los pánicos existenciales, tal y como se manifiestan en las ideas de invasión, reemplazo, etc., tienden a fijar a las poblaciones migrantes y sus descendientes —muchas veces nacionales— en una posición de extranjería permanente, o si se prefiere, en la posición cada vez menos ambigua del enemigo interno. Este es el caso en muchos países europeos, que han convertido a los musulmanes, de hecho a los descendientes de países de mayoría islámica —que en su mayoría no son ya siquiera creyentes—, en el gran «otro» interno, en el espejo en el que por oposición esas sociedades se definen de una forma cada vez más étnica y excluyente.¹⁵⁴

Sea como sea, el desarrollo de estas líneas de crisis social —de crisis de integración— de las sociedades occidentales, así como sus evidentes implicaciones políticas, constituyen materia para un debate mucho más amplio que lo que pueda avanzarse en este artículo.

de las posiciones de clase de esas poblaciones. La nueva clase media negra se separa del resto de la población afroamericana a partir de las décadas de 1960 y 1970, y vive como su similar de ascendencia europea, a menudo mezclada con ella, con un estilo de vida profesional y claramente individualizado. Véase al respecto Keeanga-Yamahtta Taylor, *Un destello de libertad...* o Loïc Wacquant, *Los condenados de la ciudad...*

¹⁵⁴ Véase al respecto el trabajo ya citado de Saïd Bouamama, *De las clases peligrosas al enemigo interior...*

El gobierno de la decadencia de Europa

Crisis, integración y nueva derecha radical

Nuria Alabao y Pablo Carmona

Las señales de crisis en Europa se multiplican. A pesar de ello, dentro de la Unión Europea cuesta comprender ese proceso complejo al que damos el nombre de crisis. Ciertamente los estándares de vida, apuntalados por los distintos aparatos estatales, se mantienen, aunque sea deteriorados, mientras que los síntomas del declive social, energético, militar y geopolítico se hacen cada vez más evidentes.

Desde hace ya décadas, se percibe la erosión del modelo de redistribución creado a partir de 1945, también del modelo de acumulación que protagonizó aquellos años de crecimiento sostenido y pleno empleo (1945-1973). La larga ruptura de los años setenta y la crisis financiera de 2008, constituyen los dos hitos más reconocibles de esta decadencia. En ambas crisis —como ha señalado Susan Watkins—,¹ se ha jugado la viabilidad misma del proyecto europeo, así como su posición global frente a la potencia norteamericana y los gigantes asiáticos (China e India). De momento, parece que la Unión Europea ha sobrevivido a una larga fase de estancamiento —cuando no de sostenido deterioro—, que sin embargo podría preceder a turbulencias de mayores dimensiones.

Por eso, en este artículo no se trata de anunciar una quiebra en un sentido filosófico o teórico, desde un europeísmo siempre melancólico e inocente. Antes bien, las grietas de la Unión se producen sobre las bases mismas de

¹ Susan Watkins, «La triple torsión de Europa», *New Left Review*, núm. 90 (edición española), enero-febrero de 2015.

su capacidad para la reproducción e integración de sus poblaciones. Entendemos esta idea de integración en un doble sentido. En primer lugar, esta es definida como un mecanismo de incorporación o adscripción política —incluso subjetiva si se quiere— de las distintas poblaciones dentro de los aparatos de Estado, según el viejo patrón al que se le dio el nombre de sociedad civil. En segundo lugar, integración es sinónimo de distribución de ciertas cotas de bienestar; es la fórmula de estabilización social que engrasa las capacidades de gobierno

En este artículo, se trata así de dirigir la mirada sobre el sustrato material donde se juega la política europea, en tanto política de integración y cohesión social, en tanto modelo de redistribución y reparto de ciertas cotas de bienestar material. Pero también entendiendo que la crisis europea se produce en el viscoso terreno del reparto diferencial, de la exclusión de ciertos colectivos sociales. En el largo recorrido, la cuestión consiste en analizar cómo se despliega la crisis europea, los procesos relativos de estabilización y las formas de gobierno.

Tras las décadas doradas de la Europa occidental de la posguerra y la llegada de la larga crisis del modelo europeo, vivimos en una fase de atonía donde la mayoría de los equilibrios sociales todavía parecen mantenerse. Curiosamente en este panorama de «calma chicha», y tras los últimos episodios críticos de 2008 y el covid-19, el actor que parece tener una propuesta alternativa de gobierno son las nuevas derechas radicales. Presentadas como una tendencia política sólida, por diversa que sea, las nuevas derechas representan la única línea de propuesta política en un campo de batalla que —dando por buena la máxima del situacionista francés Guy Debord— «nunca había estado tan vacío». Vacío por la dispersión y la falta de una oposición por parte de movimientos dispuestos a defender un marco radical de redistribución de la riqueza.²

En este contexto, por lo tanto, los movimientos de las nuevas derechas radicales parecen los únicos capaces de agitar políticamente y crecer en términos electorales. De hecho, ya con presencia parlamentaria significativa en todos los contextos nacionales, en los últimos quince años estas derechas han obtenido destacadas victorias como la de Viktor Orban en Hungría —presidente del país desde 2010—, la del partido Ley y Justicia (PiS) en Polonia —que gobernó ese país desde 2015 hasta el 2023— o la de Giorgia Meloni de Hermanos de Italia —en el gobierno desde el 2022—. Estas derechas también

² La última gran ofensiva de los años setenta y ochenta del siglo XX, solo superada parcialmente en el cambio de siglo por el movimiento antiglobalización, descompuso sus espacios en un mar de pequeñas experiencias, colectivos y partidos de distinta entidad que —siempre desde una escala nacional—, no se han recuperado tras la crisis de 2008. Solo anomalías como el 15M en España, el movimiento de la plazas griego, la onda global feminista o —fuera del marco de la izquierda— los chalecos amarillos en Francia rompieron relativamente esa tendencia en estos años. Véase Göran Therborn, «Los futuros de la izquierda», *New Left Review*, núm. 145 (edición española), marzo-abril de 2024, p. 33.

forman parte de gobiernos de coalición, o en otros casos los condicionan, tal y como ocurre o ha ocurrido en Suecia, Finlandia, Austria, Países Bajos o Eslovaquia y más recientemente en Países Bajos, donde los liberales han formado gobierno con Geert Wilders. E igualmente son destacables los resultados de Agrupación Nacional (AN) con Marine Le Pen en Francia —primer partido en las últimas europeas— o el reciente triunfo del Partido de la Libertad de Austria (FPÖ) de Herbert Kickl, en 2024.

La incógnita que abren estas victorias, o las que puedan producirse en un futuro, es directamente proporcional a su capacidad (o no) de promover un programa de gobierno eficaz en el marco de la crisis europea. La pregunta que se plantea en estas páginas es, por lo tanto, si las nuevas derechas van a ser capaces de elaborar una doctrina capaz de modificar las bases de integración, reparto y redistribución sobre las que se fundamentó la Europa de posguerra.

Para responder a esta cuestión es importante reconocer que en términos políticos, para una parte importante de la población, el principal conflicto europeo se representa como un enfrentamiento entre las fuerzas tradicionales de la supuesta «normalidad democrática» —con los socialdemócratas y los demócratacristianos como principales representantes— y las distintas propuestas de derecha radical. Pero ¿se trata realmente de dos extremos enfrentados? ¿Estamos ante un fenómeno comparable al de los fascismos de los años treinta del siglo XX? ¿Se puede decir que existe en Europa una ola fascista capaz de gobernar la crisis continental por vías autoritarias en el corto plazo?

La cuestión central es, por eso, si estas fuerzas de derechas serán capaces de encauzar un nuevo modelo de gobierno, desarticulando el marco institucional y político construido desde 1945. O si, por el contrario, la crisis europea va a ser gobernada en una línea más bien continuista, a partir de las matrices que constituyen políticamente a la Unión Europea. En este sentido, conviene recordar que el autoritarismo político es una constante en la historia de la Unión, y que formas de gobierno extremadamente autoritarias fueron ya ensayadas con toda su crudeza a raíz de la crisis económica de 2008. En última instancia, se trata de averiguar si la crisis va a tener una solución continuista o si va a caminar hacia soluciones de carácter neofascista, como parece entenderse de la línea hegemónica de análisis de las nuevas derechas radicales.

Para responder a estas cuestiones, se plantea un breve recorrido por la historia reciente de Europa. Tomada en serio, la nueva Europa que promete la derecha radical anuncia un retorno a Estados nación independientes, con moneda propia y aparente soberanía económica. Caso de que esto se llevase a cabo asistiríamos al fin de la Europa keynesiana, pero también de la constitución neoliberal —o si se prefiere ordoliberal— de la Unión Europea desde 1992.

El problema aquí es que si nadie sabe muy bien como empujar una revolución en Europa, tampoco parece sencillo construir una contrarrevolución. De hecho, uno de los fenómenos que se va analizar en detalle es la única gran contrarrevolución europea vivida desde 1945 protagonizada por el *thatcherismo* en la década de 1980. Aquella virtuosa alianza, dentro de la onda

larga del neoliberalismo, entre el conservadurismo anglosajón y la «Escuela de Chicago» obtuvo notables éxitos electorales. Hoy, no obstante, la situación es distinta y no parece que las nuevas derechas dispongan de un cuerpo ideológico y político capaz de superar aquel modelo que logró desviar radicalmente las bases de la reconstrucción de la Gran Bretaña de posguerra.

De momento, parece que los distintos movimientos de derecha radical tienen poco que ver con sus supuestos inspiradores fascistas. Cabría decir incluso que —en la mayor parte de los casos—, siguen debiendo más al viejo conservadurismo europeo que a ninguna otra familia política. Además, entre estos partidos de derecha radical existen demasiadas diferencias que hacen dudar de su capacidad de representar una estrategia unificada. Por ejemplo su «patriotismo antiglobalista» y su marcado «discurso antielitista» les aleja del programa económico de la contrarrevolución neoliberal —tratados de libre comercio, globalización—, y muy especialmente de las estrategias de financiarización de la economía de las décadas de 1980 y 1990.

Por no seguir más en la argumentación vamos a avanzar una hipótesis. Los nuevos autoritarismos europeos no se van a imponer al modo de los viejos fascismos, sobre la base de un populismo violento y juvenil, fundado en la sacralidad de la soberanía y la autonomía de los Estados y de sus respectivas economías nacionales. De hecho, las soflamas incendiarias de la nueva derecha radical tienen difícil superar los propios sistemas institucionales europeos, diseñados específicamente en términos autoritarios. Antes bien, van a ser los propios mecanismos financieros globales los que determinarán los márgenes de maniobra del conjunto del sistema europeo, así como de todos sus Estados. La cadena de mando del difuso gobierno de las finanzas parece que va a seguir gobernando por encima de los sistemas nacionales, de las diferencias entre partidos y de las distintas sociedades civiles europeas. Las nuevas derechas radicales también lo saben y esta constituye su principal contradicción, lo que devuelve una y otra vez al centro del tablero al verdadero agente de la crisis capitalista en el continente: el proceso de integración de la Unión Europea.

I

En su ensayo sobre las consecuencias económicas de la paz, John Maynard Keynes sentenció así el Tratado de Versalles: «Si la guerra civil europea ha de acabar en que Francia e Italia abusen de su poder, momentáneamente victorioso, para destruir a Alemania y Austria-Hungría, ahora postradas, provocarán su propia destrucción».³ Veintiún años después, la profecía se cumplía. Tras su famoso paseo por París, Adolf Hitler ordenaba llevar el vagón donde se firmó el acuerdo que ponía fin a la Primera Guerra Mundial al bosque de Compiègne. Allí el Mariscal Pétain firmó el armisticio que sellaba la capitulación de Francia ante la invasión nazi.

³ John Maynard Keynes, *Las consecuencias económicas de la paz*, Barcelona, Crítica, 2002.

Keynes acertó en lo que se refiere a dos elementos clave que podrían haber ayudado a pacificar Europa. Primero, señaló la necesidad de reconstruir la economía alemana en vez de hundirla con indemnizaciones inasumibles o la confiscación de propiedades. Para Keynes, las reparaciones llevarían a Alemania a una situación de miseria y humillación y se volverían tarde o temprano en contra de Europa. Y segundo, apostilló que la economía europea y su desarrollo en términos económicos dependía de la necesaria colaboración del eje franco-alemán y la fortaleza económica alemana. Para el economista de Cambridge, Europa debía reconocer sus vínculos económicos e integrar al conjunto de su población con mayores niveles de bienestar y consumo. Al considerar las tablas de exportaciones e importaciones en el año 1913 se podía comprobar que Alemania, Inglaterra, Francia y el resto de países de Europa occidental formaban *de facto* una red económica interdependiente difícil de romper sin consecuencias nefastas para todas las partes.

En los momentos inmediatamente posteriores a la Segunda Guerra Mundial, aun no estaba claro que se hubiese aprendido esta lección. En 1946, con la guerra ya finalizada y con buena parte del continente devastado, la historia estuvo a punto de repetirse. El 26 de abril de 1946, los jefes de Estado Mayor del ejército de Estados Unidos presentaron la conocida como «Estrategia Morgenthau», que volvió a la senda del castigo y empobrecimiento de Alemania como respuesta a los desastres provocados por la guerra.⁴

En un primer momento, los «realistas» americanos —con Morgenthau a la cabeza—, estuvieron a punto de imponerse, pero finalmente el resultado fue otro muy distinto. La competencia por la hegemonía con la URSS, la apuesta por configurar un nuevo marco para Alemania occidental y la pacificación por la vía de la integración en el nuevo sistema de relaciones internacionales promovido por Estados Unidos, marcaron un nuevo rumbo. En el verano de 1947, George Marshall dio luz verde a la directiva militar JCS 1779 que reconocía la necesidad de reconstruir el tejido productivo europeo incluyendo la minería y la industria alemana como piezas fundamentales.

El Presidente Harry Truman dio así comienzo al camino de la reconstrucción. La conocida como «Doctrina Truman» apostó por la integración económica internacional bajo el dominio de Estados Unidos y el dólar. Esta nueva perspectiva fijó las bases del sistema internacional de mercado que en cierta medida perdura hasta la actualidad y que tuvo su reflejo concreto en la construcción de las nuevas instituciones europeas y sus distintos Estados del bienestar.

Los primeros signos de este cambio de relaciones en la posguerra estuvieron en las denominadas Naciones Unidas para la Ayuda y Rehabilitación de Europa. Creadas en 1945, distribuyeron más de 25.000 millones de dólares entre los países europeos (437.385 millones de dólares de 2024). Pero no fue

⁴ Tony Judt, *Posguerra. Una historia de Europa desde 1945*, Madrid, Taurus, 2006, pp. 166 y ss.

hasta junio de 1947 cuando el Secretario de Estado George Marshall anunciara el conocido como «Plan Marshall» que, a diferencia del primer plan, se acompañó de políticas planificadas de industrialización. Bajo el nombre de European Recovery Programme (ERP) y con un plazo para su ejecución de cuatro años que iba de abril de 1948 hasta 1953, se distribuyeron más de 24.000 millones de dólares que iban a ser gestionados por el primer organismo común de la nueva Europa occidental, la OECE (Organización Europea para la Cooperación Económica).⁵

Estados Unidos invirtió con estos planes una cifra equivalente al 2 % de su PIB en reconstruir económicamente Europa occidental. El resultado fue un crecimiento de un 35 % de la producción industrial europea en los siguientes cuatro años.⁶ El despegue económico ratificó la centralidad de Alemania occidental como pivote de la nueva construcción europea en alianza con Francia.

II

Al «Plan Marshall» siguieron los llamados treinta gloriosos. En ese lapso de tiempo se inició una segunda fase de integración, que conectó las economías nacionales y las puso a producir en un horizonte político común. El objetivo, evitar nuevas conflagraciones mundiales. Estados Unidos no estaba dispuesto a afrontar más guerras a gran escala provocadas por las tradicionales luchas de hegemonía entre las ahora pequeñas potencias europeas. Los planes del «hermano americano» eran mucho más ambiciosos, afrontaba el desafío de las nuevas fuerzas comunistas, y necesitaba que Europa occidental y Japón jugaran un papel medular en el bloque antibolchevique. Tanto la expansión del bloque soviético por el mapa de Europa oriental como la guerra de Corea en 1950, y la futura formación de la China comunista, anunciaron una nueva época de disputa por el mundo y de conformación entre las respectivas áreas de influencia de EEUU y la URSS.

La Guerra Fría forzó a construir sistemas internacionales capaces de expandir y dar consistencia a los mercados capitalistas. Los Acuerdos de Bretton Woods de 1944, por los que se crearon el Fondo Monetario Internacional (FMI) y el Banco Mundial (BM) fueron la antesala de los Acuerdos Generales de Libre Comercio (GATT) firmados en 1947. El objetivo de todos ellos era unificar los sistemas comerciales y de cambio monetario, liberalizar los mercados y dolarizar las economías occidentales en busca de un sistema comercial global, de circulación y acumulación de capitales sobre el que Estados Unidos tuviese el control.

Para Europa occidental —que entonces incluía a Alemania occidental, Francia, Países Bajos, Bélgica, Luxemburgo e Italia— esta red de relaciones se

⁵ Derek H. Aldcroft, *Historia de la economía europea (1914-1980)*, Barcelona, Crítica, 1989, pp. 176 y ss.

⁶ Yanis Varoufakis, *El minotauro global. Estados Unidos, Europa y el futuro de la economía mundial*, Madrid, Capitán Swing, 2012, pp. 110 y ss.

concretó en la creación de la Unión Europea de Pagos (1950), la Comunidad Europea del Carbón y del Acero (1952), la Comunidad Económica Europea (1957), así como la Asociación Europea del Libre Comercio (1959). Todas estas entidades sellaron la integración de los seis principales países europeos y la internacionalización de sus economías a partir de los tejidos industriales reflotados durante la posguerra.

A la hora de calibrar su éxito, podemos considerar algunos datos.⁷ En 1951 el índice de producción industrial de Austria fue 66 puntos porcentuales superior al de 1938. En el caso de Francia 34 puntos, en el de Italia 38 puntos y en el de Reino Unido 55. Sin embargo, este crecimiento industrial no tuvo su reflejo en la recuperación de la producción agrícola, que en 1951 seguía apenas con los mismos índices de producción que en 1938. Tampoco tuvo una repercusión directa en el aumento de la renta per cápita, que entre 1938 y 1951 apenas aumentó un 10 % en Países Bajos y menos de un 15 % en países como Gran Bretaña, Dinamarca o Francia, mientras que Italia y Alemania se mantenían todavía por debajo de los niveles previos a la guerra.

La industrialización europea de posguerra planteó así tres problemas sociales clave. La necesidad de reconfigurar el sector agrícola en crisis, la necesidad de equilibrar una economía pujante con niveles de pleno empleo, pero con un reparto de rentas aún limitado, y la reconstrucción y ampliación territorial y urbana, incluida la cuestión de la vivienda. Se puede decir que todos estos asuntos tuvieron un mismo hilo conductor: el factor demográfico. Como veremos más adelante, la demanda de mano de obra industrial movilizó a la población rural, tanto la emigrada del campo a la ciudad dentro de sus propios países, como también —como sucedió de manera masiva— la que emigró desde los países del sur de Europa hacia el norte. La demanda de mano de obra por parte de una industria en expansión resultaba evidente: en 1960 en Bélgica el 50 % de los trabajadores trabajaba en la industria, en la RFA el 48 %, en Francia el 39 % y en Italia el 40 %.⁸

Semejantes transformaciones económicas y demográficas en tan corto lapso de tiempo no hubiesen sido posibles sin una dirección económica planificada por los Estados.⁹ El caso de Gran Bretaña resulta especialmente evidente. En la inmediata posguerra, el Banco de Inglaterra, la electricidad, el gas, el hierro y el acero, el carbón, los ferrocarriles y parte de algunas empresas como British Petroleum y Rolls Royce fueron nacionalizados. En términos globales, el 20 % de la industria británica pasó a manos del Estado con un gobierno —el de Clement Richard Attlee entre 1945 y 1951— que apostó por la construcción de un Estado de bienestar basado en los sistemas públicos de salud, educación, etc.

⁷ Derek H. Aldcroft, *Historia de la economía europea (1914-1980)*, Barcelona, Crítica, 1989, pp. 183 y ss.

⁸ Gerold Ambrosius y William H. Hubbard, *Historia social y económica de Europa en el siglo XX*, Madrid, Alianza editorial, 1992, pp. 78-79.

⁹ *Ibidem*.

En un porcentaje similar, Francia nacionalizó el sector de la energía, buena parte del sistema bancario y de seguros, además de empresas centrales como Renault, Berliet o Air France. Por su parte, Italia construyó un enorme sector público que incluía parte de la industria rescatada y nacionalizada del acero y el hierro, los astilleros, la construcción o el sector energético (gas y petróleo), de donde salieron estructuras empresariales públicas de gran volumen.

En general, en la reconstrucción de los Estados europeos se siguieron pautas similares a las marcadas en los años cuarenta por los conocidos «*Informes Beveridge*».¹⁰ Se trataba básicamente de aplicar un recetario de protección pública que incluyese subsidios de desempleo, jubilaciones o sistemas públicos de seguridad social, salud y educación. Solo Alemania optó por un camino un tanto distinto. Allí, la influencia de las tesis ordoliberales llevaron a poner en práctica la idea de que el Estado no debía intervenir en la economía productiva más que para evitar los monopolios. Fomento del libre mercado que llevó a la creación desde 1948 del Instituto de Crédito para la Reconstrucción, que funcionó como un banco de inversiones, si bien este país no impulsó políticas de nacionalización ni de planificación estatal. Aquí la cercanía entre la Escuela de Friburgo —en concreto de su principal inspirador Walter Eucken— y el gobierno de Ludwig Erhard sentaron las bases de un modelo económico distinto, la denominada economía social de mercado, teorizada por Alfred Müller-Armack y que tanta centralidad tomaría en la conformación del modelo económico europeo en las siguientes décadas.

Este triple proceso de inversión, industrialización y creación de Estados con una fuerte planificación económica llevaron a un crecimiento sostenido de la economía. Los datos de las décadas de 1950 y 1960 así lo demuestran. Entre 1950 y 1970, el PIB de los países de Europa occidental creció a un ritmo del 5,5 % anual y en los sectores industriales la media fue del 7,1 %. En la década de 1950 la tasa media de paro fue del 2,9 % y durante la de 1960 bajó al 1,5 %, salvo excepciones como las de Italia o Bélgica, que superaron el 2 %.¹¹

En términos de PIB per cápita en aquellas dos décadas los incrementos superaron el 4,4 % anual y solo la agricultura perdió peso en este reparto. De hecho, la recomposición del sector agrario fue una de las claves de la propia construcción europea, aunque no se lograría un pacto estable hasta los años sesenta. En este sector había aspectos difíciles de abordar, como la reorganización productiva a escala continental y el desplazamiento poblacional masivo del campo a la ciudad.

Para entender este asunto conviene considerar un solo dato: en 1973 la Organización Internacional del Trabajo estimó que entre Noruega, Austria, Suecia, Suiza, Francia y Alemania habían recepcionado cerca de 13 millones

¹⁰ Este nombre se debe a William Henry Beveridge, político inglés nacido en Bengala. El más conocido de sus informes se titula «*Social Insurance and Allied Services*» (1942), encargado por el ministro de Trabajo de Churchill, Ernest Bevin, un sindicalista miembro del Partido Laborista.

¹¹ Derek H. Aldcroft, *op. cit.*, 1989, pp. 197 y ss.

de nuevos trabajadores, la gran mayoría del *Mezzogiorno* italiano,¹² que llegaron a significar dos terceras partes de la emigración del sur al norte de Europa. Pero estos trabajadores también provenían de España, de la que en aquellos años emigraron 2,7 millones de personas. A esto habría que añadir además los movimientos masivos campo-ciudad propios de cada nación. Especialmente reseñable es el retorno de europeos expulsados tras los procesos de descolonización. Entre ellos se cuentan el millón de repatriados de Argelia a Francia tras 1962, las 300.000 personas llegadas de Indonesia a Holanda o las 750.000 que recibió Gran Bretaña de sus excolonias.¹³ Pero también la llegada, durante las siguientes décadas, de personas migradas desde las distintas colonias y países del Sur global a Europa.

Europa dejó atrás esta fase de reconstrucción de posguerra ocupando una nueva posición global como potencia exportadora. Este salto para sus economías —según señala Milward— llevó a un rápido aumento del ahorro y la capacidad inversora. Así en aquellas dos décadas y hasta los años setenta, las exportaciones de los países de Europa occidental crecieron a un ritmo anual de entre el 8 % y el 9 %, con resultados superiores en países como Alemania e Italia, pero también significativo para países con menor recorrido exportador como Reino Unido, que se quedó en el entorno del 5 %.¹⁴

En términos sociales, este crecimiento de las décadas compuso imágenes realmente complejas y todavía infravaloradas. Tal y como señalan Ambrosius y Hubbard, la idea del hombre-maquina indiferenciado de películas como *Metrópolis* y *Tiempos modernos* no encajaban con las nuevas clases trabajadoras europeas, al menos no explicaban su enorme complejidad y diversidad. La propia necesidad de escalar y gestionar la producción con nuevas formas de organización del trabajo y de división internacional del mismo, produjeron una nueva configuración de las clases trabajadoras y del proletariado, muy distintas de las que se manejaban en aquellos años entre muchas de las posiciones obreristas y de izquierdas.

No hay aquí espacio para un análisis en detalle, pero algunos datos pueden reflejar estos cambios. Por ejemplo, en 1970 en la RFA, el 80 % de los obreros eran cualificados o semicualificados. En Italia ese porcentaje era del 70 %, mientras que en países como España esa cifra era tan solo del 28 %. Esta diferencia regional sobre las clases trabajadoras españolas y las alemanas, se reproducía, por ejemplo, en el caso germano atendiendo al patrón de género, ya que entre las mujeres el 12 % poseían cualificación frente al 54 % que no la tenían.¹⁵ Y esta división se veía también en el caso británico, entre los obreros negros e irlandeses y los nativos británicos. Dejando de lado las condiciones de trabajo más concretas, en esencia, estos niveles de cualificación de la mano de obra empleada en los sectores centrales de la economía se tradujo en rápidos aumentos en las

¹² Gerold Ambrosius y William H. Hubbard, *op. cit.*, pp. 52-53.

¹³ *Ibidem*, pp. 54 y ss.

¹⁴ Derek H. Aldcroft, *op. cit.*, pp. 219 y ss.

¹⁵ Gerold Ambrosius y William H. Hubbard, *op. cit.*, pp. 86-87.

escalas salariales. Por dar solo dos ejemplos, en Reino Unido los salarios reales se triplicaron entre 1950 y 1980 y en Francia se sextuplicaron.¹⁶

En aquellos años se compuso un modelo de integración europeo, de crecimiento económico y de articulación institucional que constituye la Europa de nuestro presente. Si lo resumimos brevemente en términos políticos podríamos decir que el modelo de gobierno europeo se consolidó en torno a dos niveles institucionales en permanente tensión. El primero estaría compuesto por los nuevos acuerdos e instituciones europeas, que constituían de algún modo los órganos que regularían a futuro el modelo capitalista europeo. El segundo se refería a la construcción de los sistemas de bienestar, encargados de componer a escala nacional los acuerdos que permitían la gobernabilidad del proceso europeo sobre la base de la redistribución de una parte del producto derivado del crecimiento económico.

III

La combinación de ambos niveles —la dimensión institucional supraestatal europea y los Estados de bienestar— debía servir de garantía de estabilidad y continuidad de la reconstrucción europea. Ciertamente, no existe mucho consenso sobre el papel y peso específico de cada uno de estos ámbitos. Perry Anderson¹⁷ y algunos autores como Andrew Moravcsick¹⁸ han insistido en una línea que ha interpretado todo el proceso europeo sobre la base de elecciones vinculadas a la búsqueda de beneficio económico: una especie de funcionalismo economicista enfocado a una dinámica de pura extracción de beneficios como eje articulador del proceso. En cualquier caso, parece interesante —como hace Anderson—, complejizar esta postura. Si queremos entender la capacidad de estabilización e integración social que Europa tuvo desde su fundación, debemos escapar del relato sobre la simple consolidación de determinados desarrollos económicos. También es preciso superar algunas de las dicotomías que se repiten al interpretar la historia europea. Los tradicionales pares opuestos «derecha e izquierda» o «Estado y mercado» operan con un grado de eficacia muy bajo para comprender este modelo de gobierno.

Tampoco ideas un tanto teleológicas como las de la «construcción neoliberal de la Unión Europea» operan con el grado de fineza que necesitamos. Ninguna de ellas dan cuenta de lo que ha significado Europa como «laboratorio del liberalismo contemporáneo».¹⁹ Más amplio y —si se quiere— impreciso, este último concepto deja más opciones a la hora de entender cómo en el modelo europeo —en distintas proporciones y fases— se han cruzado y mezclado apuestas keynesianas, neoliberales clásicas, monetaristas y ordoliberales. Y sin

¹⁶ *Ibidem*, pp. 88-89.

¹⁷ Perry Anderson, *El nuevo Viejo Mundo*, Madrid, Akal, 2012, pp. 104 y ss.

¹⁸ Andrew Moravcsick, *The Choice for Europe Social Purpose and State Power from Messina to Maastricht*, Londres, Routledge, 1998.

¹⁹ Perry Anderson, *op. cit.*, p. 145.

embargo, todas ellas con un elemento singular que sirve de denominador común: los Estados del bienestar y sus sistemas de redistribución dirigidos a la producción y reproducción de las sociedades de clases medias.

El papel de los Estados como agentes estabilizadores es el elemento más singular del capitalismo europeo. Así lo destaca Perry Anderson a partir de dos autores, Barry Eichengreen²⁰ y Alan S. Milward.²¹ En el caso de Eichengreen estaríamos ante la descripción de lo que él denomina un «modelo de capitalismo coordinado» (planificado), mientras que para Milward el centro del proceso lo ocuparían los «Estados nación» como figura de redistribución y control político que marca el paso de la construcción europea. En cualquier caso, nos encontramos ante un proceso de planificación económica relativamente centralizada que promueve la expansión industrial y agrícola, el comercio exportador, la construcción de viviendas y la planificación urbana. La cuestión es, ¿qué tiene que ver todo esto con los modelos liberales o neoliberales descritos en una buena parte de las interpretaciones sobre Europa?

El nuevo Estado de posguerra fue reconstruido —según Milward— «sobre la base de un consenso político mucho más amplio que el que había configurado la política en el periodo de entreguerras. A este consenso se incorporaron tres grandes categorías de votantes que se solapaban y cuyas demandas al gobierno central habían sido hasta entonces imperfectamente satisfechas o incluso rechazadas: los trabajadores, los productores agrícolas y una difusa alianza de beneficiarios de rentas bajas y medias del Estado del bienestar».²²

Así, cuando el 25 de marzo de 1957 se firmó el Tratado de Roma, acta fundacional de la Comunidad Económica Europea, se selló la doble realidad de la construcción europea. Se reprodujo —por un lado— la separación institucional más jerárquica y distante creada para la CECA, donde aparecía un Alto Comisionado con un gran poder ejecutivo y con cierta capacidad autónoma y de subordinación de los Estados. Igualmente se creó también todo un conjunto de organismos supraestatales: la Comisión Europea, el Consejo Europeo, la Asamblea, el Tribunal de Justicia, el Comité Económico y Social y —en otro tratado— la Comunidad Europea de la Energía Atómica. Todas estas instituciones servirían de superestructura reguladora de la nueva comunidad compuesta por Alemania occidental, Bélgica, Francia, Italia, Luxemburgo y los Países Bajos. El libre comercio de mercancías y servicios, la política agraria común y el horizonte de mayores cotas de integración política quedaron allí recogidos.

Además de la creación de un nuevo mercado, se trató así de establecer instituciones que, con menor control democrático y alejadas de los conflictos estatales, pudiesen erigirse como órganos reguladores supranacionales frente a unos Estados que todavía contaban con un enorme margen de maniobra

²⁰ Barry Eichengreen, *The european economy since 1945. Coordinated capitalism and beyond*, Oxford, Princeton, 2008.

²¹ Alan S. Milward, *The european rescue of the nation-state*, Londres, Routledge, 2000.

²² *Ibíd.*, p. 27.

en sus territorios. Por esta razón, las relaciones entre ambos niveles («Europa» y los Estados) han estado siempre mediadas por intensas negociaciones que tienen que ver con el papel que juegan los Estados en tanto reguladores de las economías estatales y como garantes de su estabilidad y gobernabilidad en sus escalas nacionales. Este difícil equilibrio, fundacional del proceso europeo, se resumió siempre en la tensión entre reforzar el mando europeo como modelo regulador general o afianzar los equilibrios de gobierno en cada Estado miembro.

IV

La lenta planificación de los acuerdos institucionales no pudo caminar de espaldas a las contradicciones que se estaban despertando en el conjunto del continente. La más significativa de estas contradicciones fue la reaparición de la conflictividad obrera.

Pasada la guerra mundial, tanto los procesos de lucha anticolonial como las transformaciones sociales ocurridas en los países europeos tuvieron como telón de fondo la lucha por la autonomía política y por el reparto de los beneficios aflorados durante las décadas de 1950 y 1960. Los jóvenes emigrantes que aterrizaban en las grandes ciudades industriales se rebelaron contra la idea de que ese crecimiento económico fuese a costa de su salud, unos salarios moderados, unas relaciones sociales racistas y unas malas condiciones de vida. En todos los países europeos, este proceso se concretó en sucesivos ciclos de conflictividad que atacaron eficazmente el tejido productivo reconstruido tras la guerra. Los procesos masivos de emigración desde el sur de Europa hacia los países centrales y del norte, las migraciones interiores y exteriores junto a la escasa organización obrera en los primeros años sesenta promovieron —por contradictorio que parezca— protestas cada vez más difíciles de asimilar.

Así, por ejemplo, tras la Segunda Guerra Mundial, en Gran Bretaña había más de 1.900 organizaciones empresariales y 700 sindicatos de trabajadores distintos, de los cuales apenas 186 estaban afiliados al TUC (Trade Union Congress). Con comunidades obreras recién migradas y asentadas en las ciudades, apenas sometidas a los sistemas sindicales de organización y con la multiplicación de formas sindicales de base, sin controles externos, el modelo de conflictividad en la Europa de finales de los años cincuenta y hasta primeros años de la década de 1970 fue un continuo *crescendo* de radicalidad. Añadido a las serias dificultades de gobernabilidad de las relaciones industriales, los largos ciclos huelguísticos presionaron al alza los salarios.

Tal y como relata Beverly Silver, los dos picos de conflictividad laboral más importantes fueron el que se produjo entre 1948 y los primeros años de la década de los cincuenta y el que va desde finales de los años sesenta hasta principios de los setenta.²³ Esta onda larga de conflictividad se extendió tanto en los países europeos como en los países del Sur global.

²³ Beverly Silver, *Fuerzas de trabajo. Los movimientos obreros y la globalización desde 1870*, Madrid, Akal, 2005, pp. 145-147.

Respecto al primer pico, en el caso europeo hubo cierto control del conflicto, a partir de mediados de la década de 1950, gracias a la creación de nuevos mecanismos de concertación social sostenidos por legislaciones de relaciones laborales cada vez más garantistas.²⁴ A través de un modelo de concertación donde gobiernos, patronales y sindicatos acordaban las subidas salariales se intentó contener la expansión de movimientos huelguísticos difíciles de prever. En una Europa casi de nueva creación y de gran movilidad y diversidad poblacional esto no hizo sino reforzar el papel de los Estados como agentes de concertación económica y redistribución. La nueva conflictividad obrera rompió, en cierto modo, las líneas de redistribución social establecidas en posguerra. Empujado por un nuevo tipo de militancia obrera recién emigrada y más joven, el nuevo ciclo de conflictos se alargó hasta casi llegados los años ochenta, especialmente en algunos países como Italia.

Esta segunda ola de conflictividad laboral coincidió con los denominados mayos del 68 y el auge de movimientos obreros más radicalizados. Los datos muestran el crecimiento de la conflictividad. Así, por ejemplo, en Alemania occidental el aumento de la conflictividad obrera entre 1968 y 1973, con respecto del periodo 1958-1967, fue de un 223 %, algo que se repitió en otros países como Bélgica con un crecimiento del 191 %, Francia con un 146 %, Italia con un 115 % y Reino Unido con un 242 %. En el caso español se concretó en que de las 1.785.462 horas perdidas por huelgas en 1966 se pasó a las 110.016.000 diez años después.²⁵ La consecuencia más evidente de este ciclo de luchas obreras fue el notable aumento de los salarios nominales. Así entre 1966 y 1968 el salario nominal en Francia creció un 5,8 %, mientras que entre 1969 y 1970 lo hizo un 11 %. En Italia pasó en esos mismos años del 6,9 % al 11,3 % y en Alemania del 5,6 % al 12 %.²⁶ La pregunta es cómo fue posible que los movimientos huelguísticos y las luchas obreras desbordasen los mecanismos de concertación laboral, especialmente diseñados para controlar los salarios. Este interrogante se explica en buena medida por el cambio de militancia obrera que se produjo en aquellos años, así como la diversificación de sus luchas.

De hecho, en 1970 se produjo un fenómeno curioso, los lugares donde mayor diversidad obrera existía, ya fuese porque persistieran las migraciones del campo a la ciudad o porque llegaran nuevos migrantes extraeuropeos (de las excolonias), como fue el caso de Italia, Francia, Gran Bretaña y Alemania, también fueron los países donde se registra mayor conflictividad. Pero no solo eso, en esos países se demostró que la afiliación sindical era inversamente proporcional al volumen de la conflictividad. Esto es, a mayores niveles de sindicación, menores tasas de conflictividad. Los datos de afiliación sindical

²⁴ Ray Marshall, F. Briggs, M. Vernon y Allan G. King, *Economía laboral. Salarios, empleo, sindicalismo y política laboral*, Madrid, Ministerio de Trabajo, 1987, pp. 194 y ss.

²⁵ En P. Dubois, «Nuevas modalidades de conflicto laboral» en C. Crouch y A. Pizzorno, (comp.), *El resurgimiento del conflicto de clases en Europa occidental a partir de 1968*. (2 vols.), Madrid, MTSS, 1991, p. 29.

²⁶ Barry Eichengreen, *op. cit.*, p. 217.

en los cuatro países que hemos citado eran los siguientes: un 49 % en Gran Bretaña, un 33 % en Alemania, un 38 % en Italia y un 21 % en Francia. Cifras muy alejadas de los datos de Austria y otros países del norte, con mayores cotas de concertación social y donde se superaban tasas de afiliación del 60 % e incluso el 70 %.²⁷

El aumento de la conflictividad protagonizada por las clases trabajadoras fue el principal factor crítico de la Europa de los años sesenta. Compuesta fundamentalmente por migrantes e hijos de emigrantes de las zonas rurales y de las antiguas colonias europeas, esta nueva amalgama social protagonizó la ruptura de los sistemas de negociación colectiva, sindicalización y moderación salarial. Con ellos el sindicalismo de concertación y los partidos de izquierda sufrieron sus primeras fracturas, multiplicando el número de siglas, organizaciones y colectivos. Si a esto sumamos además las revueltas anticoloniales, la independencia de las colonias y los primeros movimientos feministas entendemos cómo la conflictividad social cambió por completo el panorama en los albores de la crisis de finales de los años sesenta.

Acerca de esta cuestión se han abierto distintas interpretaciones que podríamos resumir en dos posturas enfrentadas. De un lado, están quienes ponen en el centro de esta crisis la vinculación existente entre la lucha de clases y la ingobernabilidad del ciclo industrial fordista europeo. Esta es la opinión de autores como Barry Eichengreen, la escuela regulacionista o los autónomos italianos. Mientras que la otra posición busca las causas de la crisis en una escala aún mayor: desde la década de 1960 el capitalismo se habría encontrado ante una irresoluble crisis de sobreproducción y por lo tanto de competencias intercapitalistas en la que Europa parecía condenada a perder, al menos a largo plazo. Esta última tesis, defendida especialmente por Robert Brenner,²⁸ ofrece una explicación radicalmente distinta de la crisis de los años setenta. Brenner sitúa sus raíces de manera temprana en las caídas de las tasas de beneficio en Estados Unidos en el periodo 1965-1973 y pone más el acento en la competencia intercapitalista y no en la subida de la presión salarial a la hora de interpretar lo sucedido.

El diagnóstico de ambas líneas de interpretación es sin embargo similar. Entre 1965 y 1973 los sistemas de planificación y reparto económicos diseñados en la Europa de posguerra se tambaleaban. Por su parte, las élites europeas entendieron que la maquinaria de redistribución económica había entrado en crisis por la falta de competitividad, al tiempo que los mecanismos de concertación estatales eran quebrados por la nueva conflictividad obrera. La disyuntiva entonces parecía clara. O bien se continuaba por el camino de la concertación ante movimientos de lucha cada vez más poderosos. O bien se optaba por la vía de desmontar el andamiaje de los Estados del bienestar de posguerra, expulsando abiertamente a amplias fracciones de la sociedad de

²⁷ Michael Mann, «Orígenes de la diversidad de los movimientos de la clase obrera en la Europa del siglo XX», *New Left Review*, núm. 20, mayo-junio de 2003, p. 55.

²⁸ Robert Brenner, *La economía de la turbulencia global*, Madrid, Akal, 2009.

sus sistemas de reparto. Esta segunda opción fue la defendida por la contrarrevolución neoliberal.

V

Tras la bancarrota de las propuestas keynesianas, la crisis de los años setenta permitió el ascenso de un paradigma económico radicalmente distinto. En medio de la confusión y el vacío ideológico, hizo su entrada el monetarismo y un nuevo conservadurismo, ambos encarnados de forma paradigmática en la figura de Margaret Thatcher. Aquella líder tory —personaje crucial en la historia contemporánea europea— asumió el increíble reto de quebrar los consensos de posguerra. Primero como parlamentaria, luego ministra y finalmente primera ministra entre 1979 y 1990, Thatcher vivió la evolución política europea de posguerra en todas sus fases. Defensora de los castigos físicos en las escuelas y contra los jóvenes rebeldes, campeona intransigente de la familia tradicional y enemiga de los sindicatos, perteneció a la generación conservadora que vivió como una humillación el creciente poder obrero y de los sindicatos ingleses.

Ya en la década de 1970, y luego a lo largo de sus sucesivos gobiernos en la década de 1980, Thatcher se dio como «principal misión» diseñar su propia «contrarrevolución conservadora». Su particular fórmula se componía de dos ingredientes.²⁹ El primero estaba en el impulso de las tesis monetaristas, convertidas en nueva ortodoxia económica. Thatcher asumió que las reglas del mercado debían regir la economía del Reino Unido, reduciendo drásticamente la intervención estatal. La privatización de los sectores públicos, la destrucción del poder sindical y el adelgazamiento de las estructuras del Estado, empezando por el número de funcionarios, fueron algunas de sus consecuencias más visibles.

El segundo ingrediente estaba en la reformulación de las políticas conservadoras como ariete contra el sentido común de los gobiernos anteriores, incluido el del primer ministro conservador Edward Heath (1970-1974). De esta misión se encargaron diversos think tanks como la Mont Pelerin Society o el Institute of Economic Affairs de Londres, por citar solo dos de los más influyentes. No obstante, sería en el Centre for Policy Studies (CPS), fundado en 1974, donde Margaret Thatcher y su correligionario Keith Joseph concretarían la mayor parte de su programa. Así se puede ver en uno de sus principales textos de reflexión, titulado *Monetarism is not enough*.³⁰

Las tesis del CPS y del thatcherismo forzaron al partido conservador a abandonar el consenso de posguerra. Ahora se trataba de construir un nuevo espacio político y una nueva fuerza social: la denominada «nación

²⁹ David Harvey, *Breve historia del neoliberalismo*, Madrid, Akal, 2007, pp. 28 y ss.

³⁰ Keith Joseph, *Monetarism is not enough*, Londres, CPS, 1976 (disponible on line). Se trata de un texto elaborado a partir de las conferencias ofrecidas por el autor en distintos círculos conservadores británicos.

conservadora». Este cambio se produjo tras una larga década de debates y enfrentamientos dentro del partido. El primer episodio de esta batalla se produjo en 1968, cuando el diputado Enoch Powell hizo público su famoso discurso «Ríos de sangre»³¹ donde atacaba frontalmente la Race Relations Act, una ley que abogaba por la convivencia interracial. En este discurso Powell criminalizó explícitamente a los inmigrantes, al tiempo que hacía un llamamiento a su deportación. Powell fue expulsado de las filas tories, pero recibió el significativo apoyo de la joven parlamentaria Margaret Thatcher. Semanas después, se publicaron distintas encuestas que corroboraban que en Gran Bretaña existía una importante capa de la población explícitamente racista y que apostaba por este tipo de políticas migratorias de mano dura y deportaciones masivas.

En los años siguientes, el papel de Thatcher pasó por convertir aquella «mayoría silenciosa» oculta tras las encuestas, que ya no apostaban por la integración como su principal sustento político, con el fin de dotarla de una expresión electoral y de gobierno. Todo ello con un objetivo añadido, llevar la cuestión racial más allá, para convertirla en una causa general contra las capas populares.

«La economía es el método, el objetivo es cambiar el alma» dijo Thatcher. Y el reto era enorme, obligaba a ofrecer una explicación alternativa a lo sucedido en tres décadas de política británica. Según su análisis, la planificación económica y la construcción de sistemas de bienestar habían apostado por un modelo de integración social y pleno empleo insostenibles. Contra esta máxima keynesiana, la tesis principal de los neoconservadores fue en la dirección opuesta. Para ellos, esta ecuación social había hecho que la lucha de clases fuese interiorizada dentro el Estado, de tal modo que ahora los sindicatos controlaban los aumentos salariales y la redistribución de rentas. Se había establecido así una sociedad corporativista, en la que las entidades sindicales lograban prebendas que trastocaban las jerarquías de clase y —por ende— las relaciones de autoridad y poder. A su criterio, el Estado había quedado preso de las necesidades financieras de estos sectores, lo que le obligaba a un constante aumento de la presión impositiva sobre el sector privado y —más tarde— al endeudamiento permanente. De manera automática, la espiral inflacionista subordinaba toda la economía privada a financiar estas prebendas de los sindicatos: la redistribución de rentas, los aumentos salariales y un sector económico y de servicios públicos deficitarios. La economía del bienestar subsidiada había provocado además cambios sustanciales en las formas de vida del país, generando expectativas que atraían la inmigración masiva y formas de vida liberadas del trabajo gracias a los subsidios.

Ante este panorama, que no dudaban en juzgar escandaloso, la principal tarea de los conservadores pasaba por deshacer las bases de esta estructura que otorgaba tanto poder a los sindicatos y a las luchas obreras, a los movimientos contraculturales y a las feministas. Pero también, se trataba de revertir

³¹ Enoch Powell, «Ríos de sangre», disponible *on line* bajo el título original *Rivers of Blood*.

los mecanismos que habían abierto las puertas a una sociedad de trabajadores migrantes venidos desde todos los confines de la Commonwealth, especialmente del Caribe, Pakistán o India y que formaban una capa de la sociedad que debía ser disciplinada, controlada y —en su caso— expulsada. A favor de este nuevo programa, cargado de tanta radicalidad, jugaba la crisis capitalista. Sin crecimiento económico y beneficio industrial, el sistema de reparto diseñado tras la Segunda Guerra Mundial no podía prosperar, tampoco su sistema institucional. En estas condiciones, anular el reparto y su consecuente coste social apareció como la única solución posible ante el electorado de clase media británica.

En este punto es donde Thatcher hizo valer las aportaciones intelectuales de Friedrich Hayek. El pensador austriaco, que dedicó buena parte de sus estudios al caso británico, resultó ser un apoyo determinante —al igual que toda la Escuela de Chicago— al proyecto neoconservador. La tesis de Hayek del denominado «orden social espontáneo»³² donde las relaciones entre individuos se establecían sin mediación del Estado, al igual que su defensa de las instituciones tradicionales orgánicas construidas sin necesidad de la mediación estatal, encontró en los nuevos tories un encaje de consecuencias incalculables. Estas tesis permitieron a Thatcher añadir un consistente tono moral a su propuesta económica.³³

De acuerdo con estos preceptos, la puesta en marcha de las reglas de libre intercambio económico provocarían la liberación de todas las potencias individuales. Para Thatcher, al igual que para Hayek, solo los individuos beneficiados por las lógicas corporativas del reparto estatal podían oponerse a la libre iniciativa. Solo aquellos que se negaban a quedar sometidos al mandato del esfuerzo y el trabajo, acostumbrados a vivir subsidiados, quedaban al margen de esta nueva razón política. Dentro de esta espiral de sospecha, los parados o los marginados fueron acusados de pretender vivir a costa de los subsidios o directamente de la delincuencia. Thatcher se propuso cortar en seco este deseo de «vivir sin trabajar» y de «depender del Estado». La construcción del enemigo interior constituyó la particular forma de gobierno de los nuevos conservadores. Y este enemigo se podía extender por doquier según la misma lógica: los mineros en huelga, las madres jóvenes que necesitaban subsidios o los jóvenes negros. Todos ellos fueron objeto de políticas disciplinarias clasistas, machistas y abiertamente racistas.

A la luz de la historia, Thatcher salió victoriosa. Su propuesta produjo lo que algunos autores han denominado un «cierre cognitivo»³⁴ en el que parecería imposible aplicar otro tipo de políticas económicas que no pasasen por la fórmula neoliberal. Su batalla por la moralización social contra los excluidos del sistema y las clases trabajadoras en crisis arrinconó a todos estos

³² Friedrich Hayek, *Los fundamentos de la libertad*, Barcelona, Alianza, 2022.

³³ Wendy Brown, *En las ruinas del neoliberalismo. El ascenso de las políticas antidemocráticas en Occidente*, Madrid, Traficantes de Sueños/Tinta Limón, 2021, pp. 102-111.

³⁴ Michael Blyth, *Great Transformations. Economic Ideas and institutional change in the twentieth century*, Cambridge, Cambridge University Press, 2002.

sectores bajo apelativos como gorriones, vagos, indisciplinados y aprovechados. En diferentes campañas públicas, políticas y mediáticas, se generaron igualmente una serie de «pánicos morales» que asociaban sistemáticamente a estos sectores sociales y sus subculturas o formas de vida —especialmente a la población joven obrera y negra— con la criminalidad.³⁵

Naturalmente las políticas de Thatcher generaron fuertes movimientos de protesta. El racismo inscrito en sus medidas desató la explosión de muchos barrios periféricos ingleses, dando curso a una serie de disturbios que tuvieron su climax en Brixton en 1981. Pero la gran batalla pública del thatcherismo se nucleó en los años 1984 y 1985 alrededor de la conocida huelga de los mineros. En este conflicto, que se saldó con una contundente victoria de Margaret Thatcher, se aplicaron todos los métodos represivos y de contrainsurgencia imaginables. Comparable a la persecución contra el Partido de los Panteras Negras por parte de la COINTELPRO (Counter Intelligence Program), la huelga de los mineros fue un enfrentamiento minuciosamente preparado por Thatcher y su equipo de gobierno, en especial Keith Joseph y Nigel Lawson, secretario de Estado de Energía entre 1981 y 1983.

Tal y como explica en su autobiografía, *La Dama de Hierro*, los conservadores habían quedado seriamente traumatizados por la derrota del gobierno conservador de Edward Heath en la huelga minera de 1972. Sobre las enseñanzas de esta experiencia, la contienda de 1984 —un conflicto que Thatcher consideraba ineludible— se preparó con años de antelación, incrementando las reservas nacionales de carbón para amortiguar lo que se aventuraba como un conflicto de largo recorrido. Al final, Thatcher logró su propósito e impuso la reconversión definitiva del sector minero inglés. Por su parte, el sindicato de mineros NUM tuvo que encajar una derrota histórica, tras una lucha casi heroica que llevó a sus líderes, especialmente su principal dirigente Arthur Scargill, a ser perseguido judicialmente hasta bien entrados los años noventa.

Menos conocidas, pero no menos duras, fueron las medidas contra la inmigración que aplicó Thatcher a medida que se fueron aplacando los disturbios antirracistas. En 1980 aprobó la Social Security Act que autorizaba redadas en los centros de trabajo y excluía a los migrantes indocumentados de las prestaciones sociales y médicas. En 1981, la British Nationality Act dificultaba la nacionalización de hijos de extranjeros nacidos en Reino Unido. En 1987, la Carriers Liability Act impuso multas a las aerolíneas que transportaran personas sin todos sus papeles en regla. Y finalmente en 1988, la Immigration Act retiró algunos beneficios a los migrantes de las antiguas colonias de Gran Bretaña.³⁶

En conjunto, el thatcherismo demostró tener un programa sólido en todos los frentes y logró dar la vuelta a muchos de los consensos de posguerra.

³⁵ VV. AA, *Gobernar la crisis. Los atracos, el Estado y «la ley y el orden»*, Madrid, Traficantes de Sueños, 2024, pp. 515 y ss.

³⁶ Elisa Ortega Velázquez, «La consolidación histórica de la migración irregular en Europa: leyes y políticas migratorias defectuosas», en *Anuario mexicano de derecho internacional*, diciembre 2014, disponible on line.

Su capacidad para movilizar a distintos sectores de clase media contra otros sectores de menor renta favoreció sus objetivos, y estableció una férrea división clasista de la sociedad. Pero sin duda, su mayor logro lo describió ella misma en 2002, cuando dijo que la aparición de «Tony Blair y el nuevo laborismo» eran su mejor legado político. Con ello constataba que durante sus años de gobierno (1979-1990) y los de Ronald Reagan en Estados Unidos (1981-1989), el mundo había cambiado definitivamente. Pero ¿qué supuso el thatcherismo para el resto de Europa? La liberalización de la economía por medio de la deslocalización y reconversión de los tejidos industriales, la privatización de servicios públicos y el desmantelamiento de parte de las empresas públicas marcaron el camino a ambos lados del Canal de La Mancha. Junto a ello, la desregulación de los sistemas financieros y la apertura de nuevas fórmulas de inversión financiera cumplieron el mandato del llamado nuevo Consenso de Washington (1989). Pero la historia del continente es más compleja: dentro del proceso de integración europea se acumularon y solaparon capa a capa los viejos estratos que sostenían en buena medida sus Estados del bienestar y los mecanismos monetarios de sostenimiento de la riqueza y de los tejidos productivos. La contrarrevolución en el continente adoptó la modalidad de una reforma continua.

VI

De vuelta al continente, se puede decir que en Europa occidental la nueva hegemonía neoliberal abrió su propio camino, muy distinto al británico. A modo de anécdota, esta distancia se encarnó en el enfrentamiento que mantuvieron en aquellos años Helmut Kohl y Margaret Thatcher a propósito de la reunificación alemana. Por su parte, Thatcher ya había ensayado una política de tensión con Bruselas, que tuvo uno de sus episodios más importantes en la aprobación del llamado «cheque británico» (1984), una rebaja de entre 3.500 y 4.500 millones de euros anuales en las aportaciones que correspondían a Gran Bretaña para financiar a la entonces CEE. Formalmente, esto tenía que ver con la escasa producción agraria británica, dado que la PAC consumía buena parte del presupuesto europeo. Pero en realidad, Thatcher buscaba una acción ejemplificadora y de prestigio contra los sistemas de solidaridad fiscal europeos que parecían no perder vigencia. En cierto modo, el «Referendum del BREXIT» (2016), se puede explicar a partir del experimento neoliberal thatcheriano.

A la altura de 1986, el proceso político de la Europa continental no encajaba de ningún modo con la experiencia de la Gran Bretaña thatcherista. La Europa de la década de 1980 no pasó por un proceso de «modernización reaccionaria», ni tampoco por una réplica del «populismo autoritario» thatcheriano,³⁷ según la denominación de Stuart Hall.³⁸ Antes bien, los gobiernos

³⁷ Para ver una panorámica sobre la idea de «populismo autoritario» se puede consultar Andrew Gamble, *The Free Economy and the Strong State. The Politics of Thatcherism*, Londres, McMillan Press Ltd., 1993, pp. 179 y ss.

³⁸ Stuart Hall, *El largo camino de la renovación. El thatcherismo y las crisis de la izquierda*, Madrid, Lengua de Trapo, 2018.

continentales no dejaron de apostar —al menos formalmente— por sociedades cada vez más liberales de consumo, pero siguieron dirigiendo su economía al gasto público como garantía de integración y estabilidad social. En este modelo participaron tanto gobiernos socialdemócratas como los de Francia y España, como gobiernos demócrata cristianos como los de Alemania o Italia.

Como señala Perry Anderson, en aquellos años faltó sin embargo una auténtica teoría de «la economía política de la integración» como la que Milward ofreció para los años cincuenta. Esta posible explicación, que Anderson encuentra en la Escuela de Ámsterdam³⁹ —un conjunto de estudiosos que han tratado de interpretar los dos procesos que se dieron en paralelo en los años ochenta y primeros noventa— entraría en contradicción con no pocos postulados acerca de la construcción neoliberal europea. Sencillamente, las políticas que van de 1980 a 2008 incorporaron (y en parte amortiguaron) este giro neoliberal global, a la vez que construían un potente «metabolismo económico de integración», una suerte de Estado del bienestar neoliberal. Al contrario de lo que sucedió en Gran Bretaña, aquí los viejos factores de la Europa de posguerra: integración europea, Estados del bienestar y clases medias perduraron con mayor intensidad.

Este tipo de política se puede observar en la política de ampliación de la Comunidad Económica Europea hacia los países del sur del continente. Grecia (1981), Portugal y España (1985) se encontraron nada más aterrizar con la doble dimensión de la convergencia Europea en un marco neoliberal *sui generis*. Por un lado, en los años siguientes se aprobaron los principales tratados de liberalización de servicios, mercancías y capitales. La construcción del denominado Mercado Único se concretó en la firma del Acta Única de 1986, ejemplo de traslación formal de los postulados neoliberales al tejido económico europeo. Y luego con la firma del Tratado de Maastricht o Tratado de la Unión Europea (1992), donde se fijaron las reglas del juego fiscal para los Estados y se abrió el camino a la unión monetaria. En aquel acuerdo quedaron establecidos los límites al déficit presupuestario en el 3 %, el endeudamiento público en el 60 % del PIB y la inflación en el entorno 2-3 %. Esta fase de largo recorrido tendría sus últimos episodios en la aparición de la moneda común (2002), la firma del Tratado de Ámsterdam (1997) y el Tratado de Lisboa (2007), que cerraron el proyecto de mercado único en torno a la libre circulación de capitales, personas, mercancías y servicios. Sin embargo, la construcción del mercado único siguió una lógica de inversión y reequilibrio territorial que merece una explicación propia. El proceso de integración europeo dispuso desde sus inicios distintos mecanismos de inversión dirigidos a equilibrar unos países con otros y satisfacer de algún modo las demandas nacionales de estabilidad social.

Desde sus orígenes, el proyecto europeo se dotó de este tipo de mecanismos respaldados por los Estados con el fin de apoyar —por ejemplo— la creación de empleo. A este propósito se crearon el Fondo Social Europeo

³⁹ Perry Anderson, *op. cit.*, pp. 143-144.

(1957-58) y el Banco Europeo de Inversiones (1958). Este modelo de inversión y financiación pública estaban dirigidos a fortalecer el tejido económico. La crisis de los años setenta y la ampliación a nuevos países, lejos de hacer decaer esta lógica, la impulsó con más fuerza. Los llamados Fondos Estructurales se fueron reproduciendo en distintos programas a lo largo de las décadas. Primero dirigidos a las políticas agrarias, con el Fondo Europeo de Orientación y Garantía Agrícola (FEOGA-Orientación) de 1971, y más tarde enfocados al desarrollo regional con los Fondos Europeos de Desarrollo Regional (FEDER) en 1975. Estas dos estructuras se sumaron al Fondo Social Europeo y al Banco Europeo de Inversiones como herramientas de integración tanto económica como social. Después de estos llegaron los Fondos de Cohesión (1992), que se impulsaron junto a los Tratados de Maastrich y Ámsterdam hasta llegar a la década de los 2000.⁴⁰

Así, solo entre 1993 y 1999, estos Fondos Estructurales y de Cohesión inyectaron 530.000 millones de euros⁴¹ dirigidos a inversiones en infraestructuras, creación de nuevos servicios y apoyo a la inversión industrial. Se convirtieron, por lo tanto, en uno de los motores de cohesión del conjunto de Europa. *A priori*, este tipo de intervenciones se alejaban de la lógica neoliberal. La mínima intervención del Estado en la economía parecía no cumplirse. Pero la realidad era que sin esos soportes los distintos desequilibrios territoriales y productivos europeos hubieran imposibilitado el propio proceso de integración europeo y sus lógicas de libre circulación de servicios, mercancías, personas y capitales.⁴² Sencillamente, la falta de competitividad de los tejidos productivos europeos se estaba supliendo con políticas monetarias comunes.

Agricultura, pesca, ganadería, industria, infraestructuras. Durante décadas, todos los sectores han recibido enormes apoyos públicos que les han ayudado a salir a flote y mantener su competitividad. Todo ello gracias a distintos programas que se han mantenido de manera sumatoria hasta hoy en día y que en el inicio del siglo XXI tomaron el nombre de «Agenda 2020». Por solo considerar los principales programas, entre 1957 y 2022, Europa ha puesto en marcha el Fondo Social Europeo, el Banco Europeo de Inversiones, los Fondos Estructurales, los Fondos de Cohesión, los Fondos Preadhesión, la Agenda 2020, los programas vinculados a la expansión cuantitativa y los Fondos Next Generation EU. Esta suerte de keynesianismo nada tiene que ver con el libre mercado puro. Entonces, ¿qué clase de neoliberalismo se construyó en aquellos años?

⁴⁰ Lydia Sánchez de Gómez, «Evolución histórica de la cohesión económica y social en la Unión Europea», *Revista de Estudios Empresariales*, núm. 2, 2011, pp. 4-28.

⁴¹ María Dolores Correa y Juan Manzanedo López, «Política regional española y europea 1983-1999», *SGFCC*, núm. 5, 2002.

⁴² Así lo determinó en 1973 el denominado «Informe Thompson» encargado por la Comisión Europea y que hacía referencia a las diferencias regionales que existían en Europa como uno de los obstáculos clave para la futura integración monetaria y comercial.

Como señala Susan Watkins, el Tratado de Maastricht de 1991 heredero del Plan Delors⁴³ fue el primer gran momento en el proceso de consolidación neoliberal. Recordemos que de allí salieron los primeros ensayos de control y disciplina fiscal dirigidos por Alemania y el Bundesbank para toda Europa, así como el denominado Plan de Estabilidad y Crecimiento de 1998. Pero todavía —y aquí está la clave— dejó fuera de sus dominios muchos ámbitos de gobierno para los Estados. Los impuestos, los sistemas de pensiones, los subsidios de desempleo, la sanidad, la educación y el gasto social quedaron aún en manos de los gobiernos nacionales que conservarían un alto margen de maniobra y negociación dentro de sus respectivos marcos estatales.⁴⁴

Se mantuvo así un doble proceso de sostenimiento público: de un lado, los Estados del bienestar y del otro los distintos programas de inversión europeos. Ambos convivieron con el proceso de liberalizaciones de servicios y mercancías por el que apostó la Unión Europea en sucesivas rondas. Las décadas de 1980 y 1990 fueron testigo de la primera oleada de privatizaciones y liberalizaciones sectoriales, mientras que en los años 2000 este proceso se consolidó con la conocida como Directiva Bolkestein (2006) y, de manera más sistemática, con el Tratado de Lisboa (2007).⁴⁵ De este modo, los ferrocarriles, los servicios sanitarios, la educación, el transporte aéreo, el agua, la energía y las comunicaciones, todos los servicios estratégicos que en otro tiempo estuvieron vinculados a las economías públicas entraron en este proceso de privatización-liberalización.⁴⁶

Aunque *a priori* resulte contradictorio, los procesos de liberalización y privatización de servicios fueron aplicados por gobiernos de todo signo: socialdemócratas, demócratacristianos, liberales y conservadores. Y en todos los casos quedaron en pie —si bien atravesados por el sector privado— una parte importante de los servicios públicos de salud, educación y asistencia social, así como multitud de empresas estratégicas aún participadas, tuteladas o protegidas por el Estado en sectores como los transportes, las comunicaciones o la energía. En cierta medida, esto significaba que los pilares del Estado del bienestar —aunque atacados— aún estaban bajo la sombra de los viejos sistemas de concertación y dentro de la lógica político-electoral de la vieja Europa de posguerra. Sujetos así a las contiendas sociales y políticas nacionales donde sindicatos, partidos políticos, ciertos grupos sociales, al igual que la movilización social, conservaban cierta capacidad de acción.

⁴³ Plan presentado en 1989 por el entonces Presidente de la Comisión Europea Jacques Delors.

⁴⁴ Susan Watkins, «La triple torsión de Europa», *New Left Review*, núm. 90 (edición española), enero-febrero de 2015, p. 13.

⁴⁵ Observatorio Metropolitano, *Crisis y revolución en Europa*, Madrid, Traficantes de Sueños, 2011, p. 65.

⁴⁶ CGT, «Directiva Bolkestein», *Boletín CGT*, núm. 101, 2005, disponible on line.

VII

De un modo un tanto contradictorio, la economía global vista desde de la Europa de los 15 y luego de los 25 se construyó como un enorme aparato de integración política. La cuestión está en saber cómo fue posible generar estos mecanismos de integración fuera ya del marco del desarrollo económico keynesiano característico de las décadas de 1950 y 1960. La respuesta está en los procesos de financiarización de la economía.

La financiarización implicó la negociación de enormes masas monetarias en unos mercados bursátiles explosivos. Esta liquidez era el resultado de los enormes beneficios industriales acumulados de las décadas pasadas, así como de los llamados petrodólares que resultaron de las alzas del petróleo de la década de 1970. A partir de los años ochenta, las empresas no financieras, los bancos, los Estados y los hogares entraron, de este modo, en un nuevo juego basado en la negociación de bonos, acciones y otros títulos de propiedad, así como en el recurso masivo al endeudamiento.⁴⁷ Si en 1980 el valor de los activos financieros globales tenía un volumen similar al valor del PIB mundial, en 1995 estos duplicaban ya el valor del PIB y en 2005 los superaban en 3,5 veces.⁴⁸ En 2007, el valor de los activos financieros era de casi 200 billones de dólares.

Gracias a la desregulación financiera, esta enorme masa de capital empezó también a inundar Europa. La posición privilegiada, que desde los años ochenta tuvo la City de Londres y —en segunda instancia— la bolsa de Fráncfurt, fueron la puerta de entrada para un nuevo sistema de obtención de rentas. Los flujos de liquidez permitieron también reflotar una economía que desde la crisis de los años ochenta no había logrado recuperarse.

En términos cuantitativos, la financiarización está detrás de la solución a la crisis industrial de la década de 1970. Del crecimiento del PIB casi nulo de los primeros años ochenta, con un 0,5 % anual en Alemania, un 1 % en España, un 1,7 % en Francia, un 0,5 % en Reino Unido o un 0,4 % en Holanda, se pasó a una posición de crecimiento pequeño pero sostenido a finales de la década. Así entre 1984 y 1990, Alemania, España, Holanda, Irlanda, Luxemburgo, Portugal o Gran Bretaña crecieron en torno al 2 o incluso al 3 %. De hecho, entre 1994 y 2003 la media del crecimiento de la Unión fue del 3,1 % anual, y solo Alemania e Italia quedaron por debajo, con un 2 % anual.⁴⁹

El modelo de crecimiento financiarizado implicaba una diferencia sustancial con respecto del modelo de crecimiento de los años cincuenta y sesenta. Si en aquellos momentos la reinversión de los beneficios empresariales

⁴⁷ Costas Lapavistas, *Beneficios sin producción. Cómo nos explotan las finanzas*, Madrid, Traficantes de Sueños, 2016, pp. 22-23 y 394-395.

⁴⁸ François Chesnais, *Las deudas ilegítimas. Cuando los bancos meten mano en las políticas públicas*, Madrid, Clave intelectual, 2012, pp. 54-57.

⁴⁹ Enrique Palazuelos Manso, «Fases de crecimiento económico de los países de la Unión Europea», *Revista ICEI*, junio de 2005, p. 12.

conllevaba un crecimiento económico sostenido y la formación de capital, en la Europa de los primeros años 2000 se empezó a producir lo contrario. Entre 2000 y 2003 la media de crecimiento del excedente neto de explotación en Europa fue tan solo de un 0,1 %, con no pocos países en números negativos (Bélgica, Holanda, Italia, Portugal o Suecia) y con una ratio entre este excedente neto de explotación (beneficios) y el stock neto de capital (riqueza) de -2,4 %. Solo Alemania, Reino Unido y —con las trampas que ya conocemos— Grecia⁵⁰ escaparon con cierta solvencia a esta nueva lógica de crecimiento de la inversión financiera sin mayor productividad ni formación de capital.

No obstante, la financiarización resultó incapaz de recuperar la senda de los beneficios industriales y el aumento de la deuda se convirtió de hecho en el principal mecanismo de financiación del sector privado. Así, entre los años 1996 y 2007 la deuda del sector privado de Irlanda aumentó en un 25 % con respecto a su PIB, la de España y Portugal entre el 15 % y el 20 % y países como Holanda o Bélgica la vieron incrementada en más del 10 %.⁵¹ Esta ola de endeudamiento se reflejó también en los Estados que, a falta de políticas fiscales ambiciosas, aumentaron el gasto público contrayendo nuevas deudas. En 2007, Italia y Grecia contaban así con una deuda pública de más del 100 % respecto de su PIB, Portugal del 72,7 %.⁵² Estas cifras no eran todavía excesivamente elevadas, sobre todo en relación con lo que luego alcanzarían, pero tan solo dos años después marcarían la división entre los países ricos y los que caerían en una fuerte crisis económica.⁵³

Añadido a la liberalización de servicios y mercancías en un mercado único, el aumento de la deuda privada o el nuevo impulso de las políticas públicas por medio del endeudamiento, otro factor determinante fue la creación de la moneda común, el euro, que entró en circulación en 2002. Con la nueva divisa, apareció en escena la última gran institución del proceso de integración: el Banco Central Europeo (BCE). Es cierto que este organismo llevaba funcionando desde 1998, pero no se incorporó a la estructura de la Unión Europea hasta 2007 con el Tratado de Lisboa.

El BCE se parecía formalmente a la Reserva Federal Americana (FED), pero la similitud era solo aparente. El BCE no tenía capacidad para emitir

⁵⁰ Nos referimos a la manipulación de las cuentas griegas realizada con la connivencia de Goldman Sachs y Lukas Papademos, entonces gobernador del Banco Central Griego, posterior vicepresidente del Banco Central Europeo hasta 2008 y luego de esto primer ministro de Grecia en 2011.

⁵¹ VV.AA, *Fracturas y crisis en Europa*, Madrid, Clave intelectual, 2013, pp. 75-81.

⁵² Manuel Carlos Hernández Recio y Pedro Atienza Montero, «Evolución reciente de la deuda pública en los países de la Zona Euro. Determinantes y sostenibilidad de la misma», *Presupuesto y Gasto Público*, núm. 94, 2019.

⁵³ Recordemos que en estos años la Unión Europea se embarcó en su mayor ampliación desde su fundación, con la incorporación entre 2004 y 2007 de otros 12 países miembros (República Checa, Chipre, Eslovaquia, Eslovenia, Estonia, Hungría, Letonia, Lituania, Malta y Polonia) reforzando la idea de una Europa a varias velocidades pero con centro indiscutible en Alemania.

deuda pública común para financiar las políticas europeas, algo que lo dejaba sin margen de maniobra en caso de crisis. A diferencia de la FED americana, capaz de controlar no solo los tipos de interés sino de emitir deuda para estabilizar la economía estadounidense, el Banco Central Europeo fue creado con la misión casi exclusiva de controlar la inflación y la cantidad de dinero en circulación por medio de los tipos de interés.

Semejante configuración del nuevo sistema monetario posicionó al Bundesbank y al gobierno alemán como gerentes de Europa. No en vano, el euro no era más que una extensión del viejo marco alemán. Buena parte de la economía europea —sobre todo las exportaciones y retornos financieros— se pusieron así al servicio de la economía alemana. En efecto, los países centrales de la Unión Europea —encabezados por Alemania— tuvieron en aquellos años un saldo favorable por cuenta corriente⁵⁴ del 7,5 % (2007) y del 6,4 % (2012), mientras que los países del sur —incluida Francia— registraban saldos negativos.⁵⁵

Estos desequilibrios estallaron con la crisis financiera de 2008, cuando el conjunto del sistema internacional se derrumbó. La quiebra en septiembre del gigante financiero Lehman Brothers precipitó una crisis en la que uno tras otro fallaron todos los mecanismos de deuda. En un trepidante recorrido de impagos y quiebras, la deuda pública contraída por los países europeos, en esencia, el motor de las economías europeas, colapsó. El PIB de Alemania cayó un 5,5 % en 2009, el de Irlanda un 5 % y el de España, Portugal, Italia, Francia y Bélgica entre un 1,5 % y un 2 %. Las primas de riesgo se dispararon y las bolsas se desplomaron, mientras la inflación comenzaba a superar en muchos países el 4 % y los tipos de interés no dejaban de subir con cifras que llegaron al 5,4 %.

El primer indicador crítico estuvo en la deuda privada de los sectores no financieros (deuda de hogares y sociedades no financieras), que alcanzó niveles desorbitados con ratios sobre el PIB del 217,9 % en el caso de España en 2011, del 235,7 % en Bélgica, del 309,5 % en Irlanda o del 249,3 % en Portugal. Solo la inversión pública podía contener el desplome y el resultado fue que la crisis de deuda del sector privado arrastró al sector público. De hecho, en 2012 la deuda pública ya se situaba en un 156,6 % del PIB en Grecia, un 127 % en Italia o un 123 % en Portugal.⁵⁶

En el corto plazo, sin embargo, esta solución no podía llegar muy lejos. En este aumento de las primas de riesgo que pagaban estos países por seguir endeudándose⁵⁷ y sometidos a un sistema monetario europeo que impedía de-

⁵⁴ El saldo por cuenta corriente (% PIB) representa el superávit o el déficit del total de la economía en sus operaciones corrientes (intercambios de bienes y servicios, rentas primarias y transferencias corrientes) con el resto del mundo.

⁵⁵ VV. AA., *Fracturas y crisis en Europa...*, pp. 119-122.

⁵⁶ *Ibidem*, p. 127.

⁵⁷ Como hemos visto, el problema de la mayoría de los países en 2008 no era exactamente el volumen de deuda, sino que el diferencial que se pagaba por la deuda

preciar su moneda, distintos gobiernos de la Zona Euro se vieron en una situación de impago y, por lo tanto, de quiebra. Para salvar la situación, se abrió una ronda de negociación en la que participaron el FMI, el Banco Mundial y el Banco Central Europeo. La célebre «Troika» se planteó la misión de reflotar las economías europeas a cambio de drásticos recortes del presupuesto público.

En medio de toda esta vorágine destaca el contraste y división territorial dentro de la Unión Europea. Mientras Alemania mantuvo una deuda privada de poco más del 127 % del PIB y fuertes posiciones exportadoras de capital y de manufacturas a nivel internacional, otros países como Grecia se vieron forzados a imponer severos recortes, determinados por la intervención de sus cuentas por parte de la Troika. Alemania se convertiría así en el gendarme europeo durante la crisis sellando una fuerte diferenciación entre la Europa del sur, los famosos PIGS (Portugal, Irlanda, Italia, Grecia y España), y las solventes economías de Centroeuropa.

VIII

La crisis de deuda de 2008 se debe entender como otro episodio dentro de la onda larga de la crisis que empieza en 1973. La creciente falta de competitividad de las economías europeas, especialmente frente a las economías asiáticas,⁵⁸ habían llevado al continente a un modelo de crecimiento frágil a partir de la década de 1980. Sostenido con altas dosis de deuda privada y —más tarde— de deuda pública, la devaluación general de los activos financieros y la crisis de deuda no hicieron más que ahondar en la pendiente de pérdida de competitividad de las economías europeas iniciada ya en la crisis de la década de 1970.

Como respuesta a la crisis de 2008, en 2010 la Comisión Europea proyectó el denominado Fondo Europeo de Estabilización Financiera (FEFF), que contó de partida con más de 440.000 millones de euros, de ayuda a los distintos Estados miembros. A su vez, el Banco Central Europeo generó distintos programas de compra de deuda soberana con el fin de salvar de la quiebra las cuentas de distintos países como España, Portugal, Grecia, Irlanda o Italia.

Aquellas medidas tenían, sin embargo, una importante contraparte. A caballo de las mismas, el gobierno de la crisis viró hasta convertirse en lo que deberíamos considerar como un ejercicio de autoritarismo político. De modo similar a los programas de ajuste estructural, que desde los años ochenta se han aplicado a los países del sur global, la Troika impuso condiciones draconianas a cambio de los préstamos. El rescate se concretó para Grecia en dos rondas de préstamos, en mayo de 2010 y marzo de 2012, en noviembre de 2010 Irlanda entró igualmente en situación de impago con su consiguiente

se disparó: la deuda pública como valor financiero se devaluó en extremo e hizo que los intereses de la deuda se multiplicasen.

⁵⁸ Damien Millet y Éric Toussaint (dirs.), *La deuda o la vida. Europa en el ojo del huracán*, Barcelona, Icaria, 2011, pp. 137-139.

rescate, el 7 de abril de 2011 lo hizo Portugal y en julio de 2012 España firmó un Memorándum de Entendimiento con la Comisión Europea, que intervenía su sistema bancario. Así, entre 2010 y 2013 estos países impusieron recortes equivalentes a entre un 3 % y un 7 % de su PIB.⁵⁹

La restricción presupuestaria afectó al personal de sanidad y educación, implicó bajadas salariales también de los funcionarios, reformas en el sistema de pensiones y en los subsidios de desempleo, así como un mayor control por parte de Europa de las cuentas nacionales. Se impusieron además reformas constitucionales —siguiendo el dictado alemán— que obligaban a los gobiernos al pago de la deuda pública por encima de cualquier otra prioridad de gasto. En esta espiral de privatizaciones públicas con el fin de sanear las cuentas se llegó incluso a proponer que Grecia vendiera la Acrópolis de Atenas para financiar sus deudas.

En medio de la crisis, parecía que la canciller alemana Angela Merkel y su ministro de Finanzas Wolfgang Schäuble hubieran tomado las riendas. La lógica ordoliberal volvía a imponer la receta de nuevo autoritarismo fiscal. Se trataba además de reforzar la posición de Alemania al reforzar su dominio fiscal sobre el resto de los Estados europeos.⁶⁰

A efectos de la política nacional, las consecuencias de aquella crisis y la imposición de todo tipo de recortes en las economías europeas, lograron trastocar por primera vez los arcos parlamentarios de media Europa. El auge de nuevos partidos de izquierdas, como Syriza en Grecia (2012), Podemos en España (2014) o el más ambiguo Movimiento 5 Estrellas (2009), así como más tarde la Francia Insumisa (2016), fueron el resultado de las fuertes movilizaciones y protestas de aquellos años. Considerados en conjunto, se puede decir —como señala Susan Watkins— que la crisis europea despertó enormes fisuras en la vieja sociedad civil del continente.

Por otra parte, a partir de 2014, pasados los peores efectos de la crisis se dio paso además a un nuevo fenómeno político: el auge de los partidos de derecha radical. En esos años se observó el crecimiento o la fundación de nuevos partidos como Fidez en Hungría, el FPÖ en Austria, Alternativa por Alemania, el Partido por la Libertad en Países Bajos, Hermanos de Italia, VOX en España o Alianza Nacional en Francia. La peculiaridad del crecimiento de estos partidos estaba en que correspondía con la crisis y caída de los partidos de izquierda que se habían visto impulsados en los años de crisis. En medio de la pandemia de la covid-19 y tras la ola inflacionaria posterior, las propuestas de la derecha radical empezaron a adquirir un nuevo sentido para una parte creciente de las poblaciones europeas.

El estancamiento del PIB europeo, y especialmente de Alemania, que en 2024 parece va a quedarse por debajo del 1 %, el deterioro de las industrias

⁵⁹ Datos AMECO, database Unión Europea.

⁶⁰ Alessandro Somma, *La dittadura dello spread. Germania, Europa e crisis del debito*, Roma, Derive Approdi, 2014.

del continente, cada vez menos capaces de competir con China, incluso en los nuevos sectores emergentes de la economía verde (movilidad eléctrica, energías renovables, baterías) y la caída de las exportaciones forman los tres elementos claves de la actual dinámica de crisis. A esto se debe añadir la ruptura —forzada por la invasión rusa de Ucrania de 2022—, de la alianza estratégica en la importación de gas que los gobiernos germanos mantenían con Rusia. En estas condiciones y a diferencia de 2008, Alemania no ha podido imponer las condiciones de la vuelta al redil económico por vía de la austeridad. Y salvo el temporal incremento de los tipos de interés por parte del BCE con el objetivo de combatir la inflación, se ha permitido mantener una relativa expansión del gasto público con el fin de sostener la economía europea.

Es en este contexto en el que tenemos que explicar el auge de las posiciones de la derecha radical. La pregunta que abría este artículo era si estas serán capaces de desviar las bases operativas de la construcción europea hacia gobiernos despóticos o cuasidictatoriales de corte nacional; y si estamos ante una nueva época de innovación política conservadora de la misma escala que impuso la contrarrevolución thatcherista en la década de 1980, y que en Europa continental como se ha visto tuvo una declinación bastante particular.

Como vamos a ver, la extrema pluralidad de los programas de las derechas radicales solo tiene un punto en común, que se refiere a la cuestión migratoria y al rechazo de las minorías racializadas. En otros puntos, incluida la cuestión de género, aunque en general puedan tener un discurso conservador, sus discursos y políticas se muestran bastante dispares. Así en lo que se refiere a los derechos de las disidencias sexuales y de género, la posición de las derechas radicales puede ir desde el homonacionalismo⁶¹ —sobre todo

⁶¹ En realidad, el término homonacionalismo no nació para describir estrategias discursivas de las nuevas derechas radicales sino del liberalismo estadounidense. En *Ensamblajes terroristas* (Barcelona, Bellaterra, 2017), Jasbir Puar, la teórica queer que acuñó el término, explicó cómo en los EEUU post 11 de septiembre, parte de los movimientos de disidencias sexuales apoyaron el nuevo discurso racista y patriótico de la guerra librada «por el bien de los homosexuales y las mujeres» en Afganistán o Irak. Se produjo aquí una confluencia de los intereses de un sector de los homosexuales y los del nacionalismo estadounidense. Algunas figuras públicas y parte del movimiento de disidencias sexuales apoyaron la guerra a cambio de políticas favorables a su causa. Según Puar, estas políticas de integración incluyeron a una parte de las personas LGT-BIQ+ dentro del Estado nación a través del matrimonio gay y el parentesco reproductivo. Puar describe así una transición de la relación entre los sujetos queer con los Estados nacionales, donde estos sujetos han pasado de la exclusión a asociarse a formas de vida respetables en términos productivos e incluso reproductivos —matrimonio gay y familias diversas—. Las políticas de reconocimiento implican que algunos cuerpos homosexuales pueden ser integrados siempre que encajen en los parámetros de raza, posibilidades de consumo, normatividad de género y parentesco, e integridad corporal, mientras se excluye a otros que no se adecúan a estas formas de vida que definen nuevas normatividades. Así, el homonacionalismo sirve para articular una crítica a los discursos de derechos liberales de gays y lesbianas y cómo esos discursos producen narrativas de progreso y modernidad que continúan otorgando a algunas poblaciones

en Europa occidental— hasta la homofobia más abierta especialmente en los países de Europa del Este. Sea como fuere, parece improbable que la derecha radical disponga de un proyecto europeo. Y sin embargo, las elecciones al Parlamento Europeo de 2024 se presentaron como un plebiscito frente a la «extrema derecha», que enfrentaba de un lado la democracia y del otro el autoritarismo. ¿Estamos realmente ante un desafío tan radical como para poner en crisis el núcleo de la constitución europea?

IX

Los resultados de las elecciones europeas reflejaron, en efecto, un aumento significativo de los partidos de derecha radical en varios países clave como Francia, Italia y Alemania.⁶² A pesar, no obstante, de estos avances, los dos grupos mayoritarios del Parlamento Europeo han seguido siendo los herederos de las dos grandes orientaciones políticas que conformaron la Unión: la democracia cristiana —el Partido Popular Europeo con 190 escaños— y la socialdemocracia —con 136—. Estos dos bloques, junto con liberales y verdes sumaron 450 escaños en un parlamento de setecientos.

Sin embargo, la interpretación privilegiada del proceso en medios y redes ha sido que estas elecciones mostraban el ascenso imparable de las fuerzas de derecha radical en todo el continente, lo que suponía una amenaza existencial para la propia democracia o incluso para la UE. La narrativa en esta ocasión no se alejó mucho de la que han hecho los partidos de izquierdas sobre el ascenso imparable de «un nuevo fascismo europeo», con toda su carga emocional, con el objetivo de agrupar las propias fuerzas, impulsar el voto y recuperar una nueva épica con la que volver a agrupar filas.

La interpretación habitual de la emergencia de estos actores ultras es la de que son una respuesta radical, en ocasiones violenta, a este contexto generalizado de crisis. Volvemos, por lo tanto, a nuestra pregunta inicial: ¿existe algo así como una necesidad de actores nuevos para articular una salida de

acceso a la ciudadanía a costa de la delimitación y expulsión de otras poblaciones. En las derechas radicales, el homonacionalismo sirve fundamentalmente para fundar la incompatibilidad de musulmanes y migrantes con los valores liberales, de modo que su xenofobia y racismo aparecen disfrazados de preocupación por los derechos o la integridad física de las disidencias sexuales. La versión de esta estrategia que usa a las mujeres e incluso al feminismo se le denomina feminacionalismo y podemos encontrar una de sus explicaciones más interesantes en S. Farris, *En nombre de los derechos de las mujeres: el auge del feminacionalismo*, Madrid, Traficantes de Sueños, 2021.

⁶² En estas elecciones, en Francia, Rassemblement National (RN), liderado por Marine Le Pen, consiguió un 31,3 % de los votos, superando ampliamente al partido del presidente Emmanuel Macron, que apenas alcanzó el 14,6 %. En Italia, Giorgia Meloni reafirmó su posición de liderazgo en el país con 28,7 % de los votos, mientras que Alternative für Deutschland (AfD) experimentó una subida importante que se tradujo en 15 escaños en el Parlamento Europeo, aunque sus resultados no alcanzaron las expectativas que se habían creado.

tipo autoritaria a la crisis? ¿O, por el contrario, esta salida autoritaria ya está inscrita como posibilidad en la propias formas de gobierno de Europa? El centro del debate pasa por dilucidar si estas derechas radicales tienen realmente un proyecto alternativo capaz de reconducir el conjunto del proceso europeo.

Como se ha dicho, cuando hablamos de derechas radicales estamos hablando de una pluralidad de fenómenos que distan mucho de disponer tanto de coherencia ideológica como de unidad de acción. Podemos encontrar desde una Marine Le Pen con su chovinismo del Estado del bienestar —que asociamos a una ultraderecha renovada— o una Giorgia Meloni y su propensión neocatólica hasta neonazis como Amanecer Dorado; pasando por las políticas de gasto social en defensa de la familia de Viktor Orbán, que mezcla con sus conocidas propuestas políticas en el marco de lo que llama una democracia «iliberal». Este dinamismo y la capacidad de adaptación de este campo político ha permitido su adaptación a realidades regionales y culturales diversas, con posiciones políticas que a veces son incluso antagónicas. Los partidos de la derecha radical se adaptan así a los contextos locales, a su historia, su cultura y las especificidades locales, al tiempo que presentan doctrinas, estilos y modos de acción diferenciados. La amplitud del espectro ideológico de estas derechas es, por lo tanto, enorme. De esta pluralidad —de la dificultad de definir un programa compartido— podemos deducir también sus debilidades e incoherencias a la hora de proponer un verdadero proyecto alternativo de gestión de la crisis, así como la evidencia de que no siempre están tan lejos de lo que son las formas de la política convencional características del *establishment* europeo.

A menudo se discute si el «centramiento» o «moderación» de estas formaciones implica también una fuerte renovación⁶³ de sus discursos e idearios, como resultado de la necesidad de ampliar su base de votantes con el fin de acceder al gobierno. Este desplazamiento hacia el centro es además coincidente con el giro de muchas formaciones políticas de derecha tradicional que han radicalizado sus discursos en una línea populista, que a veces calca posiciones que antes calificábamos de extrema derecha. En cierto modo, se podría decir que se está produciendo una «convergencia de las derechas».⁶⁴

De cualquier modo, más allá de su diversidad, dichas agrupaciones se reconocen entre sí, se apoyan y comparten argumentos y recursos de todo tipo. Igualmente comparten un estilo disruptivo parecido. De hecho, buena

⁶³ Se ha hablado mucho de los procesos de normalización o de «desdiabolización» de estos partidos, del que el paradigma podría ser la Agrupación Nacional francesa (RN). Su origen es un partido fascista clásico, el Frente Nacional, que tuvo cierta presencia en la década de 1980 pero que pronto se enfrentó a su propio techo de crecimiento hasta que asumió el liderazgo de Marine Le Pen que fue limando las aristas más ultras del partido hasta conseguir una transformación radical de su imagen pública. Su éxito ha sido tal que ha llegado a disputar la presidencia de la República en la segunda vuelta de las elecciones de 2017 y 2022.

⁶⁴ David Renton, *The New Authoritarians Convergence on the Right*, Haymarket Books, 2019.

parte de estos partidos han hecho suyo el deseo de transgresión: se presentan como la alternativa antisistema que capitaliza el descontento social, con líderes que a menudo hacen gala de su inexperiencia, o de su capacidad de subvertir lo «políticamente correcto» o de decir la verdad contra todas las otras opciones existentes. Otro de los elementos comunes de estas derechas radicales es la función de soslayar el conflicto de clases, desviando la atención contra chivos expiatorios como los migrantes, el feminismo o lo que llaman «marxismo cultural», sobre todo en las guerras culturales.⁶⁵ En este sentido, el nativismo racista —como ya hizo el *thatcherismo*— se presenta como una herramienta capaz de producir cohesión social en momentos de crisis.⁶⁶

En conjunto y a diferencia del proyecto compacto de Margaret Thatcher o incluso del cierre autoritario ordoliberal frente a la crisis europea, entre las derechas radicales no existe unidad —como venimos señalando— ante las cuestiones clave que sustentan la gobernabilidad de Europa. No hay por ejemplo acuerdo respecto de la construcción europea, difícil de romper sin llevar a los distintos Estados miembros a un encierro sobre sus ya inexistentes economías nacionales. Tampoco la tienen en lo relativo a los Estados del bienestar y los servicios públicos, base de la estabilidad política de cada una de sus sociedades civiles o en lo que se refiere a sus políticas económicas, a veces indistinguibles de los viejos preceptos neoliberales y en otras de inspiración propiamente socialdemócrata.

X

Uno de los puntos en el que merece discutir la supuesta unidad de las derechas radicales es el referido a su política de género. A menudo se dice que estos actores apuestan por una política sexual de tipo conservador. Pero incluso aquí habría que diferenciar entre los distintos partidos que responden a la configuración cultural y la historia política de las distintas regiones. En Europa occidental, existe un amplio consenso formal en favor de la igualdad de género y los derechos de las disidencias sexuales, con amplias mayorías

⁶⁵ Usamos aquí este concepto en el sentido de lo teorizado por Thomas Frank en *¿Qué pasa con Kansas*, Madrid, Acurela & A. Machado Libros, 2008. Estas serían confrontaciones políticas y sociales que giran en torno a valores morales o creencias fundamentales sobre la identidad nacional. Las guerras culturales se convirtieron en un instrumento para que las diferencias de clase o la lucha por la redistribución dejaran de ser determinantes para el voto, desplazando el eje de la lucha política hacia estas disputas de valores morales y culturales.

⁶⁶ Nicos Poulantzas analizó este mecanismo respecto de su uso por el Estado que utiliza el nacionalismo, el racismo y otras formas de ideología reaccionaria para integrar a las masas y asegurar su dominación. Estas ideologías actúan como mecanismos de cohesión social que ocultan las divisiones de clase, redirigen el descontento popular hacia chivos expiatorios y justifican el fortalecimiento del aparato represivo del Estado. En última instancia, permiten que el Estado mantenga su control sobre una sociedad cada vez más fragmentada y en crisis, mientras preserva las estructuras del capitalismo. Nicos Poulantzas, *Estado, Poder y Socialismo*, Madrid, Siglo XXI Editores, 2021.

que apoyan el matrimonio entre personas del mismo sexo, así como el aborto. Sin embargo, en Europa del Este, el renacimiento del tradicionalismo y el nacionalismo tras la disolución de la URSS ha conducido a una mayor resistencia a estos derechos, con amplios segmentos de la población que rechazan tanto la homosexualidad como el aborto. Es inevitable pues, que esta fractura se refleje también en la configuración de los discursos y los programas a uno y otro lado de la frontera. En Europa del Este, las derechas radicales tienen propuestas más abiertamente conservadoras respecto del género, que a veces son directamente homóforas. Es el caso del Pis polaco o del Fidesz húngaro que ha prohibido la adopción por parte de parejas homosexuales o la difusión de contenidos sobre disidencias sexuales a los niños.

En cambio en Europa occidental, estos partidos tienden a tratar de encajar en algunos consensos existentes para escapar de la marginalidad, si bien en ocasiones se apoyan en discursos que aparecen como «políticamente incorrectos» con la función de componer o activar el voto desafecto al sistema de partidos. Formaciones como Agrupación Nacional en Francia o Demócratas de Suecia han tenido así que renovar su retórica, moderando sus posiciones sobre el género con el fin de atraer a un electorado más amplio. También han jugado otras cartas como la de incluir a más mujeres en los puestos de responsabilidad —incluso convirtiéndolas en las caras visibles—, así como a personas homosexuales—. De hecho, la mayoría de partidos políticos con opciones electorales no hablan de una vuelta de las mujeres al hogar o de la asunción de roles tradicionales en la división sexual del trabajo.

De hecho, si bien las sociedades europeas votan cada vez más a la derecha radical, se han vuelto cada vez más seculares y tolerantes en cuestiones de moral.⁶⁷ Hungría, por ejemplo, es uno de los países europeos donde se practican más abortos pese a la retórica inflamada de su dirigente.⁶⁸ En Francia, por otra parte, Marine Le Pen no se opone abiertamente al aborto y votó a favor de su inclusión en la Constitución francesa como derecho fundamental —aunque esta decisión fue controvertida dentro de su propio partido, ya que algunos miembros se opusieron o se abstuvieron—. Mientras, en Países Bajos, Geert Wilders, ganador de las elecciones de diciembre de 2023, tiene un programa decididamente liberal en materia de moral. Wilders dice apoyar los derechos LGBTQ+, incluido el matrimonio homosexual, en tanto muestra de la «superioridad nacional de los Países Bajos» o de la «cultura europea» —lo mismo que hacen otros partidos de extrema derecha de los países nórdicos—. Como parte de su retórica xenófoba e islamófoba, esto le permite a Wilders contraponer los valores liberales al islam, considerado homófobo y retrogrado. Incluso VOX, en España, tiene discursos más cercanos a este homonacionalismo que a la homofobia explícita de los países de Europa

⁶⁷ Oliver Roy, *L'Aptissement du monde: La crise de la culture et l'empire des normes*, París, Seuil, 2022.

⁶⁸ Datos de Eurostat. https://eige.europa.eu/gender-statistics/dgs/indicator/ta_fer-trepre_reprights_demo_fabortind

oriental. Y esto aun cuando pueda oponerse a las banderas del arco iris en los edificios públicos o a los colectivos de las disidencias sexuales a los que llama «chiringuitos ideológicos» o «lobby LGTBI» —en un esquema parecido a la retórica que utiliza para oponerse al feminismo—.

En conjunto, casi todos estos partidos tienen que hacer distintas componendas para no oponerse a los consensos sociales de sus respectivos países. También encontramos dentro del espectro de las derechas radicales de Europa occidental posturas más radicalizadas —al menos en el nivel del discurso—. Este es el caso de Giorgia Meloni, que combina su defensa de la «familia natural» con un rechazo a los derechos de las disidencias sexuales y al feminismo, lo que parece situar a Hermanos de Italia como una suerte de renacimiento neocatólico. Pese a esta retórica, sin embargo, una vez en el gobierno, las políticas antigénero de Meloni han sido más bien tibias.⁶⁹ Como Meloni, el Partido de la Libertad Austriaco, o VOX, proponen limitaciones al aborto pero sin abogar por una prohibición completa; al mismo tiempo dicen que están a favor de las uniones civiles de parejas del mismo sexo pero en contra de su consideración como «matrimonio». Hay que señalar aquí que buena parte de las políticas que pueden ser consideradas «de género» son transposiciones de directivas europeas o están impulsadas por sentencias del Tribunal de Justicia de la Unión Europea, y no existe un amplio margen para oponerse a las mismas.⁷⁰

⁶⁹ Las políticas antigénero son iniciativas o medidas legislativas que se oponen a las teorías y estudios sobre el género y los derechos de las personas LGBTQ+. Estas políticas suelen presentarse como una defensa de los «valores tradicionales» o la «familia natural» y buscan limitar o revertir avances en derechos y reconocimientos legales relacionados con la identidad de género y la orientación sexual. Véase por ejemplo: R. Kuhar y D. Paternotte, (eds.). *Anti-Gender Campaigns in Europe: Mobilizing against Equality*, Rowman & Littlefield International, 2017. Por ejemplo, en la cuestión del aborto, Meloni ha prometido respetar la ley del aborto existente, pero permite que los grupos antiabortistas puedan acceder a hospitales públicos y clínicas de planificación. También ha prometido luchar contra los abortos dando ayudas a las madres por cada hijo. Respecto de los derechos de las disidencias sexuales, su medida más controvertida ha consistido en impedir la transcripción de los certificados de nacimiento de aquellos progenitores que no aporten material genético a los hijos, lo que afecta a aquellos bebés nacidos por gestación subrogada o reproducción asistida e inscritos en el extranjero como padres. Antes de esta disposición, los registros locales reproducían las actas de filiación obtenidas en el extranjero, de manera que muchas parejas homosexuales utilizaban esta vía para figurar ambos como padres. (El matrimonio homosexual no es legal en Italia aunque sí las uniones civiles, pero a las parejas del mismo sexo no se les permite la adopción ni técnicas reproductivas como la fecundación asistida). La justificación ha sido la de luchar contra la práctica de la gestación subrogada en otros países.

⁷⁰ Esto vale tanto para las derechas como para las izquierdas en el gobierno. Así, la coalición de gobierno también ha recibido varias amonestaciones a este respecto. Por ejemplo, en 2022, el Tribunal de Justicia de la Unión Europea (TJUE) dictaminó que la exclusión de las trabajadoras domésticas de la prestación de desempleo era contraria

XI

Algo que sin embargo es común a todas estas derechas es el entrecruzamiento de los ejes sexual y racial; fundamentalmente porque en este cruce bascula su estrategia nativista. En el centro de este discurso está la incompatibilidad del islam y el liberalismo europeo. Atribuyen así el machismo y el conservadurismo a quienes provienen de «otras culturas», que consideran menos avanzadas. Especialmente los musulmanes son considerados una amenaza para los derechos o la integridad física de mujeres y disidencias sexuales. Esto les permite disfrazar su xenofobia como una defensa de los «valores europeos», al tiempo que se muestran próximos a las agendas del feminismo y de la militancia LGTBIQ+ sobre la violencia o los derechos.

Ante este panorama, habría que interrogarse también sobre la cuestión de si estas opciones suponen una nueva coalición de valores conservadores coherentes y un proyecto político capaz de reconstruir una Europa conservadora, «blanca» y cristiana. En otras palabras, si estamos asistiendo a una suerte de «Mayo del 68 al revés», a «una nueva contrarrevolución conservadora». Para responder a esta pregunta conviene considerar que en Europa occidental, se vota a los populistas de derecha en contra de las élites, Bruselas o el islam, pero no a favor del retorno de la familia tradicional,⁷¹ a la que por múltiples razones (también económicas) resulta imposible volver.⁷² Ciertamente, buena parte de los partidos europeos han asumido las migraciones como un problema, lo que implica una afirmación de los «valores europeos» liberales, esta vez anclándolos en el miedo al otro. Pero como hemos explicado, estas opciones no suponen necesariamente una vuelta a los valores tradicionales o a la familia «natural», del mismo modo que el liberalismo no es necesariamente un garante del derecho.⁷³

Las derechas radicales contraponen los supuestos valores europeos a los de los migrantes y musulmanes, pero su contenido es contradictorio. Como explica el filósofo Oliver Roy, unos identifican estos valores comunes con una Europa cristiana y sus tradiciones —lo que en realidad implica hostilidad a la libertad sexual y al matrimonio homosexual—, mientras que otro sector de estas mismas derechas destaca la libertad de la moral europea frente a la supuesta intolerancia de los musulmanes —se defiende el feminismo frente al velo y los derechos LGBT frente a la homofobia religiosa⁷⁴—. A veces, incluso, los mismos actores manifiestan estos discursos contradictorios.

a la legislación de la Unión y constituye una «discriminación indirecta por razón de sexo». En 2024, la Comisión Europea también denunció a España al TJUE por incumplir la Directiva de Conciliación en la transposición de un nuevo permiso parental.

⁷¹ Marie Lemonnier: «¿Europa sigue siendo cristiana? Entrevista a Olivier Roy», *Nueva Sociedad*, núm. 285, enero-febrero de 2020.

⁷² Tras la incorporación masiva de las mujeres al mundo del trabajo en Occidente, el descenso de los salarios y otros factores —como el aumento del gasto empleado en la crianza de los hijos— hacen que solo un pequeño tanto por ciento de la población pueda vivir de un único ingreso.

⁷³ Oliver Roy, *L'Aplatissement du monde...*

⁷⁴ *Ibidem*.

Además, la frontera entre derechas radicales y liberales se difumina cuando en lugares como Francia, por ejemplo, la defensa del laicismo se utiliza fundamentalmente para atacar al islam. La prohibición del uso del hiyab en escuelas públicas y los reiterados debates sobre la vestimenta islámica en espacios públicos son ejemplos de cómo la islamofobia se ha institucionalizado, presentándose como una afirmación de la identidad secular frente a la influencia de lo que se percibe como una religión foránea y opresiva. De hecho, estas prohibiciones son hoy apoyadas por un amplio espectro, incluido al presidente de «centro-derecha» Emmanuel Macron.

Valga decir que, según Roy, los que mejor defienden una Europa identitaria son en realidad los liberales: los valores «europeos» que se oponen a los de musulmanes / migrantes son precisamente los valores que se atribuyen al liberalismo en términos de moral y costumbres. Esto implica una transformación autoritaria del liberalismo político que nada tiene que ver con el retorno de un orden moral.⁷⁵ El mejor ejemplo de este desplazamiento lo proporciona Dinamarca, donde el partido socialdemócrata ha aplicado la política de exclusión y asimilación forzosa de migrantes más restrictiva de toda Europa, precisamente en nombre del modelo social europeo y sus valores. Por su parte, en Francia, el aborto se consagra en la Constitución al mismo tiempo que se aprueban las leyes de inmigración más estrictas. «El liberalismo político se ha desplazado hacia una posición autoritaria, pero defiende un “modo de vida” liberal, siempre que se esté en el lado correcto de la valla», concluye Roy.⁷⁶

XII

¿Cuál es por tanto el eje definitorio más acabado de las derechas radicales europeas? Este es sin duda la cuestión migratoria: la afirmación de un etnonacionalismo de matriz europea contrario a la inmigración. En el continente, este punto es heredero de la islamofobia de matriz colonial. Pero tiene su precedente inmediato en el ataque sobre las Torres Gemelas de 2001, a partir del cual el islamismo ha sido caracterizado como la mayor amenaza para los países occidentales.⁷⁷

Lo que se denominó «crisis de refugiados» —el millón largo de personas que llegó a Europa entre 2014 y 2016 huyendo de conflictos armados, de la pobreza y de los efectos del cambio climático en Oriente Medio— fue también un factor determinante en este crecimiento del etnonacionalismo antimusulmán. En una situación todavía dominada por las políticas de austeridad, los migrantes o los otros musulmanes cumplieron un papel fundamental de cohesión social por oposición a un «otro» más imaginado que real. El historiador Enzo Traverso define este ecosistema ultra como la forma política que resulta de la conversión de la indignación generalizada de las masas

⁷⁵ *Ibidem.*

⁷⁶ *Ibidem.*

⁷⁷ Enzo Traverso, *Las nuevas caras de la derecha*, Madrid, Siglo XXI Editores, 2021.

ante las condiciones de la existencia social, en nacionalismo, racismo y conflicto etnocultural, sin cuestionar en lo más mínimo las formas dominantes del liberalismo autoritario. Antes al contrario, este sirve de complemento a estas formas políticas autoritarias, actuando como palanca para normalizar políticas antaño consideradas extremas e inaceptables, al tiempo que crea un falso adversario que las legitima.⁷⁸ Asociados a las migraciones, también en la intersección entre género y raza, aparecieron los terrores demográficos, que utilizan el descenso de las tasas de natalidad para impulsar un pánico anclado en el miedo a la «sustitución» de las poblaciones europeas —o estadounidenses— por musulmanes o migrantes.

En este fenómeno encontramos también una redefinición de la idea de pertenencia, que excluye a aquellos que, aunque ciudadanos de pleno derecho, son percibidos como culturalmente ajenos a la identidad nacional, aun cuando se trata de descendientes de lo que alguna vez fueron territorios de los imperios europeos —como es el caso de los hijos y nietos de la migración africana en Francia—. Este marco se refuerza además con el populismo punitivo y los discursos securitarios. Para algunos analistas, la equiparación de los afrocaribeños, o de los negros en general, con la delincuencia, las drogas y el terrorismo, que como hemos visto se origina en la Inglaterra de los años sesenta y setenta, se encuentra ya en los cimientos de la construcción europea. Esta concepción securitaria, que entiende la inmigración como una cuestión de «ley y orden», estaría por tanto inscrita en las instituciones europeas, sobre todo en lo que podríamos llamar su cara oculta. Mientras que su fachada visible serían las instituciones formales —el Consejo de Ministros, la Comisión y el Parlamento—, los Estados del bienestar, la democracia y sus clases medias nativas.

La idea de una dimensión oculta del proyecto europeo coincidiría así con un aparato supraestatal que, en gran medida, no rinde cuentas ni es democrático en su funcionamiento, al tiempo que refleja el lado represivo del desarrollo político europeo. En este deberíamos incluir los acuerdos informales de cooperación interpolicial, organizaciones como el Grupo de Ministros de Trevi (1976) —ministros de justicia y de interior de los distintos gobiernos—, el Grupo Ad Hoc sobre Inmigración (1986) o el propio acuerdo de Schengen (1985 y 1990)⁷⁹ que también tiene funciones securitarias. Igualmente se debería incluir aquí a Frontex —la agencia europea de guardia de fronteras y de costas—, una entidad independiente, opaca y sin control democrático que opera como el primer cuerpo policial de la UE.⁸⁰

⁷⁸ Enzo Traverso, «Les spectres du fascisme. Penser les droites radicales au XXI^e siècle», *Mouvements*, núm. 96-97 (4), 2018, pp. 105-116.

⁷⁹ Véase a este respecto Toni Bunyan, «Hacia un Estado europeo autoritario», *Race & Class*, núm. 32 (3), enero-marzo, 1991, pp. 19-30.

⁸⁰ La agencia ha creado el Cuerpo Permanente de la Guardia Europea de Fronteras y Costas, que es el primer servicio uniformado de la Unión Europea. Este cuerpo está compuesto tanto por empleados de Frontex como por oficiales cedidos por los Estados

En este sentido, cabe preguntarse si realmente la única propuesta consistente de las derechas radicales es la relativa al control de las migraciones y las subordinación de las minorías poscoloniales —consideradas no del todo europeas—. Y si esta no sería ya algo inscrito en la dimensión oculta de la constitución europea: esto es, en los mecanismos autoritarios, que responden también a esta pendiente nativista, y que están insertados justo detrás de su fachada aparentemente liberal.

De hecho, las políticas migratorias de la UE contienen en sí mismas un proyecto de segmentación de las poblaciones según el acceso a determinados derechos, que luego encuentra su justificación en el racismo más descarnado de las derechas radicales. Esta afinidad entre las políticas migratorias que encajan en el universo ultra podrían estar representadas por el modelo penitenciario de acogida de refugiados —recordemos los infames campos en Moira y otras islas del Egeo o en otros países europeos como Serbia—; o en el sistema de detención de inmigración que trata de capturarlos antes de que lleguen a sus costas. También se deberían aquí analizar todos los protocolos impulsados por la UE con países como Turquía y Libia, encargados de dejar morir en la frontera a las personas migradas cada año. Todo esto mientras se financia la construcción de hasta 21 centros de detención fuera de las fronteras europeas. La vuelta de tuerca autoritaria de la UE se percibe asimismo en las nuevas restricciones de derechos de los migrantes implícitas en el Pacto Europeo de Migración y Asilo, impulsado recientemente por el socialdemócrata Pedro Sánchez y la ultraderechista Giorgia Meloni. Este pacto determina la creación de zonas de detención en las fronteras, que incluye tanto a menores no acompañados como a familias con niños.

Independientemente por tanto de los discursos que tengan los distintos partidos sobre la inmigración, los gobiernos liberales aplican políticas que, en esencia, reflejan las demandas de las derechas radicales. Mientras que los partidos liberales y socialistas pueden presentar sus políticas migratorias en términos moderados, como una gestión de los flujos migratorios «racional» y basada en la «seguridad nacional» o incluso en «la lucha contra las mafias del tráfico de personas», las derechas radicales hacen explícita las implicaciones xenófobas y racistas que subyacen a estas políticas. En este sentido, el liberalismo y las derechas radicales no representan necesariamente posiciones antagónicas, ambos operan dentro de los marcos de gestión estatal de la integración diferencial o de la exclusión de ciertas poblaciones. Ambos sistemas promueven la posibilidad de mayores cotas de explotación laboral de migrantes e imponen políticas de exclusión, independientemente de que lo hagan con narrativas diferentes. Parece, pues, que el gran consenso

miembros de la UE. Para 2027, se espera que el cuerpo alcance los 10.000 efectivos, de los cuales aproximadamente 3.000 serán empleados directamente por Frontex. Este personal realiza tareas operativas en las fronteras exteriores de la UE y en países no pertenecientes a la UE con acuerdos específicos, como el control fronterizo, la vigilancia y las expulsiones de migrantes.

en materia migratoria tiene que ver con elegir entre dos opciones: políticas de derecha radical explicadas mediante discursos de derecha radical, que despiertan miedo entre los votantes progresistas y justifican la activación del voto de la izquierda nativa; o, por el contrario, políticas atribuibles teóricamente a la derecha radical que se presentan con discursos progresistas y que mantienen fuera del foco público las políticas de frontera.

XIII

Otro de los rasgos que se suele destacar del fenómeno político de las derechas radicales es su estrecha relación con las fuerzas de seguridad del Estado. En casi todos los países, estos partidos apoyan las reivindicaciones salariales de los cuerpos de seguridad del Estado, así como mayores prerrogativas a la hora de reprimir la protesta o de limitar los controles a los que se ven sometidas sus actuaciones. Podemos percibir estos rasgos también en el populismo punitivo del que hacen gala —pidiendo penas más altas o menores derechos para los penados—, y sobre todo en su tratamiento de las migraciones, siempre vinculadas en su imaginario a la delincuencia y la inseguridad. En este sentido, Giorgia Meloni propuso una ley que suponía un importante endurecimiento penal, lo que incluía la castración química a los violadores. Por supuesto, estos rasgos están contenidos en otras opciones políticas, no son exclusivas de las derechas radicales, si bien estas destacan sin duda por la radicalidad y dureza de sus exigencias.

A veces se discute si estos partidos, debido a sus posiciones iliberales y antidemocráticas, han cruzado las líneas rojas de la democracia europea. El ejemplo más manido de esta crítica es el de Viktor Orbán, que ha conseguido afianzarse en el poder a partir de un liderazgo autoritario, el recorte de las libertades, el ataque a la separación de poderes, etc. De hecho, Orbán explica su idea de «democracia iliberal» en términos económicos, textualmente argumenta que «las sociedades construidas sobre la base de la democracia liberal probablemente no podrán mantener su competitividad».⁸¹

Pero lo cierto es que el giro autoritario va más allá de las derechas radicales. En toda Europa, se han aprobado nuevas leyes represivas, con independencia del signo político del gobierno, dirigidas a la contención de la protesta social. La conocida como Ley Mordaza es un ejemplo⁸² que tendría

⁸¹ Discurso en el 25^o Campamento universitario y estudiantil de 26 de julio de 2014, disponible on line.

⁸² La Ley Orgánica de Protección de la Seguridad Ciudadana de 2015 se redactó como reacción a las protestas sociales desencadenadas por la crisis del 2008 y contra la legitimidad creciente que fueron adquiriendo movimientos como la PAH. Impone una serie de multas por faltas administrativas —algunas muy elevadas— de modo que los policías son juez y parte, con una alta discrecionalidad a la hora de sancionar. Incluye numerosas restricciones a la libertad de expresión, ofensas como «faltar el respeto» a la policía; al derecho a la protesta —multa por participar en protestas no autorizadas, o por hacerlo delante de determinados edificios públicos, etc.— e implica un control

su contraparte francesa en la Ley de Seguridad Global de 2021.⁸³ También son aquí interesantes las nuevas normas del gobierno francés contra el «separatismo islamista»⁸⁴ o los intentos de disolución y la represión contra el movimiento ecologista Los sublevados de la Tierra, así como la criminalización de las protestas contra la masacre de Gaza en Alemania o Gran Bretaña. En esta dirección es preciso recordar toda la legislación de excepción aprobada tras los ataques como los del 11-S y los de París en 2015, que aumentan el poder de vigilancia, permiten detenciones prolongadas sin juicio, limitan el derecho a la protesta y expanden las capacidades de las fuerzas de seguridad para intervenir en comunicaciones privadas. Todo este marco confluye con el autoritarismo de las derechas radicales y obstaculiza la rendición de cuentas en el caso de que estos lleguen al gobierno.

XIV

Miradas con detenimiento, por lo tanto, las derechas radicales no representan una propuesta verdaderamente alternativa. Estas fuerzas reaccionarias parecen hoy menos una verdadera alternativa a la Europa existente —con su

sobre la información que sanciona la difusión de imágenes de las fuerzas de seguridad. En el mismo paquete legislativo también se legalizan las «devoluciones en caliente» de los migrantes. Los sucesivos gobiernos progresistas dijeron que iban a derogarla. Sin embargo, al tiempo que se imprime esta revista se está discutiendo más bien su posible reforma. Ya se ha anunciado que no tocará algunos de sus aspectos más lesivos para las libertades públicas, por ejemplo, el reconocimiento que se hace en ella de la «presunción de veracidad» de los agentes, es decir, que las declaraciones y actas formuladas por los agentes de la autoridad tienen valor probatorio por sí solas y bastan para sancionar, de manera que invierte la carga de la prueba: es el ciudadano quien debe aportar evidencias que desacrediten el testimonio del agente si desea impugnar la sanción. En la pasada legislatura se reformó, además, el delito de sedición con el fin de ampliar los delitos por desórdenes públicos, al tiempo que se elevaron considerablemente las penas por ocupar una sede bancaria o las oficinas de un fondo de inversión, aunque sea de manera pacífica. Además, por primera vez, cortar una carretera se ha convertido en delito en España.

⁸³ También amplía las prerrogativas policiales, incluso la de los agentes de seguridad privada, pero al final se aprobó sin algunos de sus artículos debido a las protestas que se desataron durante su discusión. Además, el Consejo Constitucional revisó la ley y declaró inconstitucionales varios artículos.

⁸⁴ La Ley contra el Separatismo en Francia —oficialmente la «Ley que refuerza los principios de la República»—, fue promulgada en 2021 con el objetivo declarado de combatir el extremismo y fortalecer los valores seculares de la República francesa, especialmente en respuesta a ataques terroristas y al crecimiento del islamismo radical. Esta norma apunta contra las comunidades musulmanas. Se vulneran, de esta manera, derechos fundamentales como la libertad de expresión, de asociación y de religión, al imponer controles estrictos sobre las asociaciones y lugares de culto. También amplía las restricciones ya existentes al uso del hijab —el pañuelo islámico— en determinados trabajos —las subcontratas estatales—.

doble herencia keynesiana y neoliberal— y más su propia progenie mutante.⁸⁵ Se podría hablar así más bien de un socioliberalismo xenófobo o de un neoliberalismo nativista. Lo cierto es que igual que las derechas radicales no parecen tener un proyecto claro para Europa, tampoco parecen tenerlo las propias élites europeas. Como mucho, se proponen una vuelta de tuerca autoritaria en la gestión. En este sentido, podemos dilucidar la función política de las derechas radicales como expresión de una tonalidad de época: el miedo al desorden de una parte creciente de las poblaciones. La crisis de 2008 y la pandemia de 2019-2020 no han hecho sino ratificar la decadencia económica del continente y el miedo de sus poblaciones.

Donde las derechas radicales parecen haber encontrado su nicho dentro de este marco general de crisis y decadencia europea es en las ansiedades y miedos de las clases medias propietarias nativas. Su papel puede resultar central en la conformación de un nuevo consenso de clase, donde el elemento nativista, xenófobo y racista juega un papel determinante. Por eso, la gestión de las fronteras no es un apartado más de la gestión gubernamental. En la gestión de la población migrante, se define un aspecto central del reparto de la riqueza continental y del papel de estas poblaciones como fuerza de trabajo barata.

De fondo, lo que está en juego —como ha sucedido en las anteriores crisis— es la capacidad de las élites políticas y económicas de articular un sistema efectivo de gobierno de clase que deje lo más intactas posibles a las clases medias que constituyen la médula de las democracias europeas. En este sentido, la «omertá nacional» que proponen las derechas radicales, no es más que una estridente enunciación de la «omertá de las propias clases medias nativas», que deben dirimir la forma del reparto de clase dando por supuesto que este depende de los segmentos de la población que trabajan a bajo coste para mantener sus sistemas de alimentación, servicios, bienestar y cuidados. Como hemos explicado, pese a los discursos estridentes sobre el género de las derechas radicales, es poco probable el retorno a un orden reproductivo del pasado, mientras que lo que está en juego realmente son las condiciones de vida de las migrantes infrarremuneradas a las que se externalizan las tareas de reproducción social.

La llamada izquierda juega en esta confrontación un papel ambiguo. Sin duda, una parte de las viejas izquierdas se ha decantado ya por posiciones racistas y xenófobas, a veces disfrazadas de preocupación por la cohesión social, la seguridad, por el desarrollo de los países de origen o incluso por la defensa de la lengua y la cultura. Este nativismo es evidente en la izquierda alemana desde hace décadas, donde el conflicto con Israel separa a buena parte de la izquierda de la realidad musulmana del país, lógicamente posicionada a favor de la causa palestina. Esta decantación se percibe también en los discursos sobre la inmigración de partidos como EH-Bildu en el Estado español o en las políticas migratorias del PSOE, así como en las ambigüedades

⁸⁵ Esta es la tesis de Callison Willian y Zachary Manfredo (eds.), en *Neoliberalismo mutante*, Madrid, Lengua de Trapo, 2022.

respecto de estas cuestiones de partidos como Sumar o Podemos, especialmente cuando tienen responsabilidades de gobierno. También se percibe en la evidente incapacidad para abordar estos asuntos —que ahora mismo constituyen el problema central a partir del cual se articula la lucha de clases en Europa— de otras izquierdas como la italiana, la inglesa o la francesa.

La victoria anticipada de las derechas radicales es que parte de sus discursos ya forman parte del gobierno material de Europa. Como ya sucediese en la crisis de 2008 con la Directiva de Retorno (2008/115/CE), que pretendía expulsar a ocho millones de inmigrantes en situación irregular de Europa, y con las medidas de austeridad financiera impuestas en aquel mismo momento, la Europa autoritaria no necesita de partidos de derecha radical en el gobierno para realizar este programa de segmentación social. Tal y como hemos explicado, las soluciones políticas de los programas de la derecha radical no se alejan de las medidas tomadas en su día por Thatcher —con sus leyes de extranjería— o las ya referidas «soluciones» durante la crisis de 2008.

Los partidos de derecha radical no hacen más que mostrar la dimensión oculta que también constituye a Europa. Al igual que todas las constituciones europeas contemplan el «estado de excepción» con distintos mecanismos y posibilidades, los mercados financieros contemplan la intervención autoritaria de las cuentas públicas europeas y de sus Estados del bienestar. La salida autoritaria a la crisis está inserta en el propio ADN del gobierno del continente.⁸⁶ Sin solución a la vista para la crisis europea, el juego político solo puede pasar por posiciones neoconservadoras, entendidas estas como el mecanismo de defensa más eficaz para evitar una política «excesivamente generosa» con respecto de los proletariados migrantes, que se han vuelto esenciales en el sostenimiento de la economía europea, así como en la reproducción de sus clases medias.

Pero este modelo conservador no se debe comprender como una característica de la derecha. Es y será la base de la política europea en los próximos años. Hoy Europa es una colección de democracias atenuadas, apoyadas cada vez más en aparatos punitivistas y securitarios. Estos tratarán por todos los medios de preservar la posición de sus élites y de mantener a flote a una parte importante de sus clases medias. Se trata de una labor doblemente compleja

⁸⁶ Se podría hacer aquí una analogía con el concepto del politólogo marxista Nicos Poulantzas, «fascistización», que define como el movimiento progresivo hacia el establecimiento de un régimen fascista, caracterizado por la intensificación de la represión estatal, la supresión de la democracia y la promoción de ideologías nacionalistas y autoritarias. Durante este proceso, el Estado adopta medidas más coercitivas, restringe libertades civiles, y utiliza la violencia y la propaganda para consolidar su hegemonía. Poulantzas también explica cómo el Estado intenta integrar ideológicamente a las masas a través del nacionalismo, el racismo, y otras formas de ideología reaccionaria. Estos elementos son cruciales para entender cómo la fascistización puede ganar apoyo popular, incluso cuando erosiona las instituciones democráticas. Nicos Poulantzas, *Fascismo y dictadura. La III Internacional frente al fascismo*, Madrid, Siglo XXI, 1973 [1970].

en un continente envejecido y de baja natalidad, donde la incorporación de mano de obra migrante va a seguir siendo necesaria.

En este terreno, el aporte de la derecha radical consiste únicamente en expresar públicamente el gran problema al que se enfrenta el gobierno de la decadencia de Europa, y que consiste en definir dónde se establecerán las líneas de la redistribución social dentro de sus propias fronteras en términos de salarios, servicios de bienestar y derechos. Al fin y al cabo, la «rebeldía» de la derecha radical solo manifiesta su disconformidad con el hecho de que el gobierno autoritario de las fronteras, así como las nuevas políticas punitivistas y securitarias, se sigan recubriendo con el manto hipócrita del discurso progresista y cosmopolita, característico de la burocracia y la clase política europea. Su éxito reside en su capacidad para desmaquillar las políticas autoritarias, y para defender sin complejos la segregación de las poblaciones consideradas «no europeas», esto es, para determinar quiénes están plenamente integrados en la sociedad y quiénes no.

Crisis y luchas a escala europea: internacionalismo y ecologismo social frente al capitalismo verde militar*

Pedro Ramiro

La mayoría de la izquierda institucional ha pasado, en tan solo una década, de caracterizar a la Unión Europea como el principal agente de la dictadura de los mercados a considerarla poco menos que como la principal tabla de salvación frente al avance de la extrema derecha. En el Estado español, tras el *crash* financiero global y el estallido del 15M, los «hombres de negro» aparecían como el enemigo a batir por sus políticas de austeridad, contrarreformas neoliberales, imposiciones de la Troika, rescate de los bancos y recortes sociales. Ahora, nueve años después de que la UE aplastara a Grecia tras la victoria del no en el referéndum sobre el pago de la deuda, la cuestión europea prácticamente ha desaparecido de los análisis y de los debates de la izquierda. Incluso, para buena parte de las posiciones vinculadas a lo que hace no tanto se llamó «nueva política», que llegaron a participar en aquel momento del impulso destituyente a escala europea, la Unión encarna hoy una suerte de *nuevo progresismo*. Pacto Verde Europeo, fondos Next Generation, transición energética y digital, reindustrialización e intervención en la economía para recuperar soberanía son, en esta línea, los puntos fuertes de un neokeynesianismo europeo con el que se pretendería plantar cara al auge de la extrema derecha.

El caso es que los ejes fundamentales sobre los que se articulan las políticas fundamentales de la UE, de Draghi a Lagarde y de Juncker a Von der Leyen, desde las políticas de expansión cuantitativa hasta las emisiones de deuda

*Este texto surge a partir de debates y trabajos previos con Juan Hernández Zubizarreta y Erika González.

mutualizada, apenas se han movido de sitio. Lo que sí se ha modificado, entre la caída de Lehman Brothers y la guerra de Ucrania, es todo el espectro de la discusión política. Ante una coyuntura cada vez más desplazada hacia la (extrema) derecha, acompañada de la frustración e impotencia heredadas de la conclusión fallida del ciclo anterior,¹ las izquierdas parecen enjauladas en la lógica del mal menor. ¿Qué cambios se han dado en el seno de la Unión Europea para que haya podido producirse esta mutación de la percepción social? ¿Cuál ha sido la evolución del discurso y las prácticas de los movimientos para llegar hasta aquí? ¿No hay otra opción que elegir entre capitalismo verde y extrema derecha? Y, sobre todo, ¿es posible reactivar las luchas a nivel europeo y refundar un nuevo internacionalismo que confronte el avance del neofascismo?

El declive del proyecto europeo se inserta en las tensiones estructurales de la larga crisis capitalista que estalla en 2008 y atraviesa la pandemia y la guerra. Las contradicciones del capitalismo global ante la imposibilidad de dar inicio a un nuevo ciclo prolongado de crecimiento y acumulación, en el marco de un exceso de capacidad productiva y de extralimitación biofísica, han sido bien estudiadas a lo largo de los últimos años.² En este texto, partiendo del principio señalado por Harvey de que «la forma de salir de una crisis contiene en sí misma las raíces de la siguiente»,³ no se centra el foco tanto en las raíces profundas de la crisis europea como en los intentos de solución capitalista que se están implementando para tratar de resolverla. Estos vienen a situar a los movimientos, más allá de las lógicas gubernamentales, ante la necesidad de replantear las estrategias y formas de intervención en los conflictos ecosociales por venir.

Capitalismo verde militar

La pandemia y la guerra han terminado de reventar las costuras de la Unión Europea. La interrupción de las cadenas globales de valor y los cortes del suministro de energía y materiales han evidenciado las debilidades del metabolismo económico europeo. En medio de las crecientes tensiones geopolíticas y la aceleración de la emergencia climática, la UE se ha revelado como una potencia en declive, una región absolutamente dependiente de los recursos provenientes del exterior que solo puede mantener las ganancias de las clases dominantes con el continuo rescate de sus Estados miembros. En este marco, la salida de la crisis, entendiendo esta como una huida hacia delante del capitalismo, pasa por aumentar el gasto militar, blindar las fronteras e intensificar las transacciones comerciales con otros territorios.

¹ Emmanuel Rodríguez, «La izquierda pos15M: pilar de la Restauración», *Cuadernos de Estrategia*, núm. 1, 2023.

² Para una actualización de las discusiones en torno al rol del Estado y el poder político en la era del capitalismo financiarizado, véase: VV. AA, *Sobre el capitalismo político. El nuevo debate Brenner*, Madrid, Traficantes de Sueños, 2024.

³ David Harvey, *Diecisiete contradicciones y el fin del capitalismo*, Madrid, Traficantes de Sueños, 2014, p. 12.

Tras la recesión provocada por el covid-19, la recuperación de la economía se articuló sobre la base de una inyección masiva de fondos públicos y la readaptación empresarial a la transición energética y la digitalización. Sin embargo, la invasión de Ucrania y la guerra en la frontera oriental de la UE tuvieron, después, como resultado el refuerzo del control migratorio y la apuesta por las políticas europeas de defensa. Del mismo modo que los fondos Next Generation fueron el principal instrumento de la UE para la recuperación capitalista tras la pandemia, el programa Global Gateway aparece como su elemento distintivo a la hora de salir de la crisis tras la guerra de Ucrania.⁴ Como ha señalado el nuevo representante de la OTAN para la frontera sur de Europa, se trata de «una estrategia que incluye desde la cooperación al desarrollo a medidas socio-económicas y también militares». La Unión pretende así avanzar en la externalización de fronteras y en la apertura de mercados a las transnacionales europeas.⁵ El capitalismo verde y digital, presentado como modelo para la transición pospandémica, ha devenido de este modo en *capitalismo verde militar*.⁶

El refuerzo de la triada militarización-fronteras-extractivismo ha pasado a dirigir las políticas europeas, que se despliegan internacionalmente a través de un renovado *pack* normativo con el que la UE trata de resituarse en el (des)concierto global. Junto al incremento de los presupuestos militares, la reindustrialización a través de la fabricación de armamento y el blindaje de la Europa fortaleza a través de la subcontratación del control fronterizo a terceros países, la Unión Europea ha rediseñado sus instrumentos de *soft power* para proyectarse a nivel global.

Las materias primas fundamentales para el desarrollo de coches eléctricos, energías renovables, baterías, dispositivos móviles, tecnología aeroespacial y armamento están, en su gran mayoría, distribuidas en territorios ajenos a la Unión. A pesar de la aceleración de la crisis ecológica, con la emergencia climática y la pérdida de biodiversidad como principales exponentes de los efectos de un modelo basado en la lógica de crecimiento y acumulación, las propuestas del capitalismo verde pasan por redoblar la apuesta extractivista para blindar el suministro de energía y materiales. Sobre la perspectiva de que la única salida económica posible es insistir en el «crecimiento sostenible» y la «competitividad responsable», eufemismos actualizados del *business as usual*, la Unión Europea ha priorizado de nuevo la garantía de los dividendos empresariales sobre la justicia social y ambiental.

⁴ Pedro Ramiro y Erika González, «Global Gateway: alianzas público-privadas para el control de fronteras y el extractivismo neocolonial», *Viento Sur*, núm. 193, 2024.

⁵ Miguel González, entrevista a Javier Colomina: «La guerra de Ucrania acabará, pero la amenaza del Sahel seguirá ahí», *El País*, 11 de agosto de 2024.

⁶ Se utilizan aquí indistintamente los términos *capitalismo verde militar* y *capitalismo verde oliva* para definir el proceso de recomposición capitalista actual en torno a dos cuestiones fundamentales que remiten al color que ha caracterizado históricamente la indumentaria del ejército: la transición energética (verde) y el régimen de guerra (militar).

El reposicionamiento de la Unión Europea en el mundo se despliega sobre la base de tres ejes fundamentales. Primero, la doctrina del *shock* militar, con la que se aumentan los presupuestos para la guerra y se reactiva la industria de armamento. Segundo, un reforzamiento de las fronteras (exteriores e interiores) de la Unión, con el que se niega el derecho a tener derechos a las personas migrantes que quieren vivir en Europa. Por último, una ofensiva extractivista neocolonial, que a través de acuerdos de comercio e inversión trata de capturar en otras regiones los minerales imprescindibles para que la UE pueda avanzar en la transición al capitalismo verde oliva y digital.⁷

Estos tres pilares operan de manera coordinada y se refuerzan mutuamente. La militarización se conecta con el control de fronteras a través de la calificación de la migración como «amenaza híbrida» —certificada en la cumbre de la OTAN en Madrid— y de instrumentos como Frontex, cuyo presupuesto aumentó un 55 % entre 2019 y 2022.⁸ La deriva militarista, a su vez, se relaciona con la ofensiva extractivista: la inclusión del titanio y el aluminio en el listado de materias primas estratégicas de la UE responde básicamente a las presiones de los *lobbies* de la aeronáutica y la fabricación de armamento.⁹ Por su parte, el macro programa de colaboración público-privada Global Gateway combina el eje comercial con el migratorio en muchos acuerdos ya firmados: especialmente en África, donde la Unión ha destinado 150.000 millones de euros a proyectos en 32 países.

El elemento diferenciador de la Unión, en comparación con el resto de potencias que tienen planes similares como China con su nueva Ruta de la Seda, es la supuesta imagen democrática y de respeto ambiental. Este plus europeo queda, sin embargo, en evidencia al revisar el tipo de iniciativas en cartera. En América Latina, región en la que la UE ha anunciado una inversión de 45.000 millones, el 80 % de los proyectos del Global Gateway se concentra en las infraestructuras energéticas, donde las compañías europeas tienen un mayor potencial de ampliación de mercados, y en la cadena de suministro de materias primas fundamentales como el litio, clave en la expansión de los megaproyectos extractivos.

Nueva prosperidad, nueva crisis

Todos los planteamientos oficiales de la Unión Europea, desde la transformación de la matriz energética hasta el reordenamiento de las relaciones

⁷ Para un análisis pormenorizado de los principales instrumentos comerciales impulsados por la UE en los últimos años, con Chile y Mercosur como casos de estudio, véase el informe: Juan Hernández Zubizarreta y Pedro Ramiro, *La Unión Europea y el capitalismo verde militar: materias primas y acuerdos comerciales para el extractivismo neocolonial*, Ecologistas en Acción y OMAL, 2024.

⁸ Ainhoa Ruiz Benedicto, María Fraile Moreno y Sani Ladan, *¿Quién vigila al vigilante? Violencia en las fronteras e impunidad en Frontex*, Centre Delàs e Irídia, 2024.

⁹ Olivier Petitjean y Lora Verheecke, *Blood on the Green Deal. How the EU is boosting the mining and defence industries in the name of climate action*, Corporate Europe Observatory (CEO) y Observatoire des Multinationals, 2023.

internacionales, se vertebran en torno a un mismo punto: la recuperación de la senda de crecimiento económico. Con ella vendría aparentemente una *nueva prosperidad*, según la denominó el presidente del gobierno español en el Foro de Davos, en la que se pretende «conjugar el crecimiento económico con la sostenibilidad medioambiental». Para eso se reclama el compromiso de las grandes empresas, de las *big tech* a las transnacionales del IBEX 35, porque resultan «esenciales para el crecimiento y bienestar de un país». ¹⁰ A partir de la idea de que «crecer dentro de los límites planetarios es un imperativo moral y científico», se quiere lograr que los habitantes de Europa seamos «más prósperos, sanos y competitivos». ¹¹

Las referencias de Pedro Sánchez a que la UE es «el tejido productivo más sostenible que existe» se reiteran para tratar de darle la vuelta al hecho de que, precisamente, es la propia sostenibilidad del proyecto europeo la que ahora está en cuestión. A nivel económico, por el estancamiento, la inflación y el endeudamiento. A nivel social, por la extensión de la desigualdad y el empobrecimiento. A nivel ambiental, por la degradación de los ecosistemas y la necesidad de continuar con el saqueo de otros territorios para sostener la lógica de acumulación. ¹²

La crisis del proyecto europeo es una crisis del modelo de desarrollo, marcada por la nula perspectiva de establecer una onda larga de crecimiento económico para las próximas décadas, pero es también una crisis política, social y cultural. La coexistencia pacífica entre capitalismo avanzado y democracia liberal, rota ya desde los años setenta con el auge de la financiarización y los ajustes neoliberales para reflotar los beneficios de los grandes propietarios, se ha vuelto definitivamente imposible en el capitaloceno. Lo ha reconocido Draghi en el prólogo de su informe sobre el futuro de la UE: «Si Europa no consigue ser más productiva, nos veremos obligados a elegir. No podremos convertirnos, a la vez, en líder de las nuevas tecnologías, faro de la responsabilidad climática y actor independiente en la escena mundial. No podremos financiar nuestro modelo social. Tendremos que reducir algunas de nuestras

¹⁰ «Pedro Sánchez llama a las empresas a mejorar el poder adquisitivo de los trabajadores y a defender la democracia», *La Moncloa*, 17 de enero de 2024.

¹¹ En estos términos hizo referencia Pedro Sánchez, a finales de diciembre de 2023, a los logros del gobierno español al frente del Consejo de la UE; para más información, véase: Juan Hernández Zubizarreta y Pedro Ramiro, «¿Para qué ha servido la presidencia española de la UE?», *El Salto*, 28 de enero de 2024.

¹² En la última década se ha producido una extensa bibliografía sobre la insostenibilidad del capitalismo derivada de sus propias contradicciones. Entre otras muchas publicaciones, pueden citarse trabajos como: Wolfgang Streeck, *¿Cómo terminará el capitalismo?*, Madrid, Traficantes de Sueños, 2017; Ramón Fernández Durán y Luis González Reyes, *En la espiral de la energía*, Madrid, Libros en Acción y Baladre, 2ª edición, 2018; Fernando Prats, Yayo Herrero y Alicia Torrego, *La gran encrucijada. Sobre la crisis ecosocial y el cambio de ciclo histórico*, Madrid, Libros en Acción, 2016; Corsino Vela, *Capitalismo terminal. Anotaciones a la sociedad implosiva*, Madrid, Traficantes de Sueños, 2018.

ambiciones, si no todas». ¹³ Dicho de otro modo: crecimiento, descarbonización y derechos humanos, al mismo tiempo, no van a ser posibles. Es lo que de hecho ya está ocurriendo, ahora certificado por escrito por el artifice de la anterior *salida de la crisis*.

La *desmaterialización de la economía*, mito fundamental del capitalismo verde y digital, se basa en externalizar los impactos socioecológicos mediante la deslocalización de los procesos más contaminantes con altos consumos de energía y materiales. ¹⁴ Bajo las promesas de la transformación del modelo productivo, la aceleración de la transición energética y el cumplimiento de los planes de descarbonización, más allá de la retórica que vincula el crecimiento sostenible con la transición ecológica, se trata de asegurar por todos los medios el sostenimiento del metabolismo económico europeo. La decisión de multiplicar la apuesta extractivista y neocolonial es el penúltimo intento de promover una solución capitalista a la crisis multidimensional, garantizando los objetivos de negocio sin tener en cuenta sus consecuencias sobre las personas y los ecosistemas, y sin modificar los mecanismos habituales de extracción de riqueza, así como tampoco las relaciones de propiedad. ¹⁵

Con el avance imparable de la emergencia socioecológica, la Unión Europea ha querido hacer valer mundialmente su papel de guardián verde de la globalización. Cuando la crisis climática se ha convertido en *mainstream*, la UE ha adoptado parte de los postulados del ecologismo institucional con dos objetivos fundamentales: por un lado, impulsar la transición de los grandes negocios empresariales hacia nuevos nichos de negocio verdes y digitales; por otro, responder a los movimientos de justicia climática que se volvieron muy relevantes justo antes de la pandemia. En ese contexto se inscriben la centralidad discursiva de las cuestiones ecológicas en la agenda estratégica de la UE y su concreción en el Pacto Verde Europeo, promulgado en 2019.

La posibilidad de desplegar este gigantesco programa de *greenwashing*, con el que se trataba de garantizar el *business as usual* al tiempo que se desarrollaba la adaptación empresarial a los nuevos modelos de negocio relacionados con la transición energética, encalló en Ucrania. No solo la guerra y los cortes de suministro del gas ruso agrandaron la clásica brecha entre el discurso y la realidad de la UE, mostrando las inconsistencias de un capitalismo verde que para su expansión requiere incrementar la lógica de acumulación por desposesión, expulsión y necropolítica, sino que el Green New Deal se diluyó para dar paso a la economía de guerra. Lo que quedaba de los *valores europeos* fue sepultado con el genocidio en Gaza.

¹³ Mario Draghi, *The future of European competitiveness*, Comisión Europea, 2024.

¹⁴ Para una revisión completa de los mitos asociados al modelo global de producción y consumo, así como de sus efectos sistémicos, puede consultarse: Ecologistas en Acción, *Caminar sobre el abismo de los límites. Políticas ante la crisis ecológica, social y económica*, 2019.

¹⁵ Isidro López y Rubén Martínez, *La solución verde, Crisis, Green New Deal y relaciones de propiedad capitalista*, IDRA, 2021.

En medio de la crisis sistémica, jalonada con crecientes tensiones geopolíticas a nivel global, la guerra se ha convertido en un eje central sobre el cual se está recomponiendo el capitalismo. La ampliación de la frontera extractiva no ha remitido en el marco del capitalismo verde oliva y digital; al contrario, está tratando de expandirse sectorial y geográficamente, tanto en las periferias (sobre todo) como también en los centros del sistema.¹⁶ En este marco, los derechos humanos y los derechos colectivos, incluyendo al medio natural en su conjunto, se ven sometidos a la regla de la oferta y la demanda. El derecho a la propiedad privada y a la especulación se sitúa en el vértice de la jerarquía normativa, mientras la desigualdad se consolida como el elemento central de la *arquitectura jurídica de la impunidad*.

Los dueños de las grandes empresas, así como los fondos de inversión transnacionales, se han lanzado a la destrucción de cualquier derecho que impida la expansión a escala global de la dictadura de la ganancia. La incapacidad del capitalismo para reproducirse sin un marco de abundancia y bajos precios del trabajo, los alimentos, la energía y las materias primas —esos «cuatro baratos» fundamentales a los que se refiere Jason Moore—¹⁷ resulta evidente en el contexto actual. Hoy, el capitalismo se enfrenta a un momento más que crítico: la destrucción de derechos se conecta con el hecho de que las élites tienen serias dificultades para mantener sus tasas de ganancia y acumulación, y es ahí donde se extreman sus prácticas contra los derechos humanos.

La situación de inestabilidad permanente, consecuencia de la ruptura de los consensos de las sociedades de clases medias, ha tratado de ser resuelta temporalmente con algunos mecanismos de estabilización relativos a las clases medias europeas, blancas y propietarias. Al mismo tiempo, el Estado de derecho y el imperio de la ley han girado sobre sí mismos para dar lugar a un cierre autoritario en el marco de un *necrocapitalismo* cada vez más generalizado. Atrapadas en el foso del estancamiento económico, sin visos de encontrar soluciones de mercado de largo recorrido, las democracias liberales se desplazan hacia el estado de excepción permanente.

Seguridad y competitividad

Resueltas las elecciones europeas de junio de 2024, mientras los grandes medios centraban sus análisis en el reparto de los *top jobs* en la Comisión, el Consejo y el Parlamento europeos, la UE actualizó su agenda estratégica. «Examinaremos todas nuestras políticas desde el punto de vista de la seguridad», dejó claro Ursula von der Leyen desde el principio de su segundo mandato al

¹⁶ Una caracterización más amplia de este fenómeno se desarrolla en Gonzalo Fernández, Erika González, Juan Hernández y Pedro Ramiro, *Megaproyectos: claves de análisis y resistencia en el capitalismo verde y digital*, OMAL, 2022.

¹⁷ Jason W. Moore, *El capitalismo en la trama de la vida. Ecología y acumulación de capital*, Madrid, Traficantes de Sueños, 2020.

frente de la Comisión.¹⁸ Con este nuevo giro en las prioridades de la Unión, se confirma la primacía de las nociones de seguridad, defensa y competitividad por encima de cualquier otra consideración vinculada a la transformación socioecológica. Sobre estos tres pilares se va a articular la estrategia de la UE para los próximos cinco años, instalando la tríada del capitalismo verde militar en el núcleo decisivo de las políticas europeas. Los del *business*, en consonancia con la historia del proyecto de la Unión desde su fundación, aparecen ya descarnadamente como los únicos valores europeos realmente existentes.

Junto a la retórica europeísta centrada en ideas fuerza como soberanía, resiliencia y autonomía estratégica, las políticas crecientemente autoritarias de los Estados europeos emplean la lógica securitaria como base de cualquier fundamentación económica, política o social. Otorgando toda la centralidad a la represión, la clase político-empresarial califica a ciertos colectivos y conductas como amenazas a la seguridad, tanto a través del discurso como de las prácticas cotidianas.¹⁹ Esta constituye una doctrina disciplinante, que criminaliza la protesta por toda Europa —es lo que hemos visto últimamente con las manifestaciones en defensa del pueblo palestino, de Alemania a Reino Unido, además de en lo que se refiere a la persecución de los colectivos ecologistas que han tratado de cortocircuitar los mecanismos de reproducción del capital—, al tiempo que prepara el terreno para volverse contra la población migrante.

La noción de *seguridad*, en línea con la renovada agenda estratégica europea, se ensancha más allá del enemigo externo (Rusia) e interno (personas migrantes). Lo primero ha servido para justificar la profundización acelerada de la deriva militarista, aumentando los gastos en defensa e inyectando fondos a los fabricantes de armamento. Lo segundo, para reforzar el blindaje de la Europa fortaleza, hacia fuera y hacia dentro de las fronteras de la Unión. Pero hay otra derivada de este concepto polisémico, que tiene que ver con la seguridad en el suministro de energía y materiales, más aún tras la guerra de Ucrania.²⁰ Citando de nuevo a Draghi: «La seguridad es una condición previa para el crecimiento sostenible. El aumento de los riesgos geopolíticos puede incrementar la incertidumbre y frenar la inversión, mientras que las grandes conmociones geopolíticas o las

¹⁸ Ursula von der Leyen, *Europe's choice. Political guidelines for the next European Commission 2024–2029*, Estrasburgo, 18 de julio de 2024.

¹⁹ «La elasticidad de la idea de inseguridad provoca que cualquier malestar pueda ser nombrado como inseguridad y que, consecuentemente, cualquier manifestación que suponga una alteración material y simbólica de un determinado orden incorporado como “natural” o legítimo entre en la categoría de delincuencia». Véase Sergio García, Ignacio Mendiola, Débora Ávila, Laurent Bonelli, José Ángel Brandariz, Cristina Fernández y Manuel Maroto, *Metropole. Seguridad y policía en la ciudad neoliberal*, Madrid, Traficantes de Sueños, 2021, p. 39.

²⁰ «Debe darse la misma prioridad a la seguridad económica, que es donde residen los mayores retos pero también las mayores oportunidades para la UE durante esta década». Véase Oficina Nacional de Prospectiva y Estrategia, *Resilient 2030. A future-oriented approach to reinforce the EU's Open Strategic Autonomy and Global Leadership*, Gobierno de España, 2023.

interrupciones repentinas del comercio pueden ser extremadamente perturbadoras. A medida que se desvanece la era de la estabilidad geopolítica, aumenta el riesgo de que el aumento de la inseguridad se convierta en una amenaza para el crecimiento y la libertad».

En su informe, el expresidente del Banco Central Europeo llama la atención sobre varias cuestiones geopolíticas centrales para la Unión Europea. Primero, destaca el declive de la era dorada del comercio mundial articulado sobre la base de reglas multilaterales. Segundo, analiza el fin del suministro de energía fósil abundante y barata. Y tercero, considera la necesidad de incrementar los presupuestos militares cuando las elecciones en Estados Unidos pueden volver a alterar el panorama global.²¹ El «*whatever it takes*» de la década pasada —«lo que haga falta» para bajar la prima de riesgo y salvar la moneda única— se transforma ahora en la reclamación de una inversión anual de 800.000 millones de euros en energía, defensa y seguridad. El capitalismo verde oliva y digital se propone como la solución de la ecuación capitalista que pretende recuperar productividad y crecimiento, y para eso se intensifican las dinámicas de militarización, securitización y expolio.

La Unión Europea está tratando de conservar su posición en un momento declinante de su poder histórico. Para ello, está tratando de robustecer sus políticas de defensa, migración y comercio mediante una extensa producción normativa. A partir de la guerra de Ucrania, con una mirada de largo recorrido que atiende a la protección de las rutas comerciales y los intereses (de negocio) europeos por todo el mundo, la UE ha diseñado un plan de reactivación de la industria regional vía militarización.²² Además, ha endurecido aún más el control migratorio con la aprobación del Pacto Europeo de Migración y Asilo, al tiempo que ha dado impulso a nuevos acuerdos para la externalización de las fronteras. En este aspecto no ha habido empacho por parte de los gobiernos progresistas para caminar de la mano con los líderes europeos de extrema derecha.

En el tercer vértice del triángulo se sitúan las políticas para la aceleración del extractivismo. Con el fin de asegurar el acceso a las materias primas esenciales para el desarrollo del capitalismo verde militar, la UE ha intensificado la oleada de tratados de comercio e inversión, los memorándum de

²¹ «Necesitamos desarrollar una auténtica “política exterior económica” —o, como se la denomina ahora, una “estrategia económica internacional”— que coordine los acuerdos comerciales preferenciales y la inversión directa con los países ricos en recursos, la constitución de reservas en áreas críticas específicas y la creación de asociaciones industriales para asegurar las cadenas de suministro de tecnologías», afirmó Draghi en el monasterio de Yuste, con motivo de la entrega del premio europeo Carlos V: Mario Draghi, «Una estrategia industrial para Europa», *El Grand Continent*, 14 de junio de 2024.

²² Comisión Europea, *Una nueva Estrategia Industrial de Defensa Europea: lograr la preparación en materia de defensa de la UE a través de una industria de defensa europea resiliente y con capacidad de respuesta*, Bruselas, 5 de marzo de 2024.

asociación estratégica —hasta doce acuerdos de este tipo han sido firmados en apenas un año y medio—, los partenariados público-privados y toda una estrategia de acción internacional enmarcada en el Global Gateway. El reglamento de materias primas fundamentales, cerrado con un procedimiento exprés en menos de un año, es muy claro al definir su objetivo: se trata de impulsar «un marco que garantice el suministro internacionalmente competitivo, seguro, resistente y sostenible de materias primas fundamentales para la UE».²³ En este contexto, se plantean dos cuestiones clave para garantizar la base material de los negocios verdes y digitales: por un lado, controlar el acceso a su explotación y sus reservas; por otro, ampliar la frontera extractiva a nivel global para incrementar todo lo posible la oferta de recursos minerales.

Rescate permanente

La clave de bóveda de la salida europea de la crisis, en la década anterior, fue la adopción de políticas de *austeridad*. Consistió, como es conocido, en tirar del mismo guión que orientó las reformas neoliberales en la UE durante los últimos cuarenta años: flexibilización, privatización, mercantilización, socialización de pérdidas empresariales, contracción del gasto social. Y así la deuda, como en tantas otras crisis precedentes en las regiones periféricas, se volvió una forma de gobierno.²⁴ «No debemos, no pagamos» fue el lema de los movimientos que exigían auditorías ciudadanas y se manifestaban frente al pago de la deuda ilegítima, que justamente en sentido contrario terminó adquiriendo rango constitucional.

Los años inmediatamente posteriores al *crash* global trajeron a Europa el volteo del sistema de partidos y el auge de los estallidos sociales, al alimón de las primaveras árabes. Del 15M a la rebelión de los chalecos amarillos, del colapso de casi toda la socialdemocracia europea al gobierno de Syriza en Grecia, en buena parte del continente se reprodujeron las movilizaciones para enfrentar las imposiciones de las instituciones financieras.²⁵ Cada experiencia tuvo sus propias características y recorrido —hasta llegar en la provincia España al «gobierno más progresista de la historia»—, pero cuando llegó la pandemia y se produjo la ruptura de las cadenas globales de valor y el frenazo de la economía mundial, la respuesta de los grandes poderes económico-financieros cambió el paso. En un giro de la Unión sobre sí misma, las políticas monetarias expansivas y el endeudamiento masivo aparecieron

²³ Parlamento Europeo y Consejo de la UE, *Reglamento por el que se establece un marco para garantizar un suministro seguro y sostenible de materias primas fundamentales*, 11 de abril de 2024.

²⁴ David Graeber, *En deuda. Una historia alternativa de la economía*, Barcelona, Ariel, 2021.

²⁵ Para una caracterización de ambos fenómenos pueden verse, por ejemplo: Emmanuel Rodríguez, *La política en el ocaso de la clase media. El ciclo 15M-Podemos*, Madrid, Traficantes de Sueños, 2016; Stathis Kouvelakis, «La insurgencia francesa. La economía política de los “gilets jaunes”», *New Left Review*, núm. 116/117, 2019.

como los vectores clave para una salida neokeynesiana de la crisis que prometía «no dejar a nadie atrás».

Los techos de gasto y las limitaciones al déficit público, que habían sido intocables en la década anterior y operaron como una camisa de fuerza para doblegar a los «gobiernos del cambio», se dejaron en *standby*. La inyección masiva de fondos públicos al sector privado, que ya había tenido lugar en la década de 2010 con los programas de compra de deuda del BCE, se reactivó a toda máquina mediante las subvenciones de costes laborales y el despliegue de un amplio abanico de mecanismos estatales de rescate.²⁶ Al principio, los recortes sociales se aplazaron, para aplicarse en diferido bajo formas de condicionalidad aparentemente *light*, caso de querer optar a los fondos europeos.²⁷ Las nuevas reglas fiscales, resultado de la reforma del Pacto de Estabilidad y Crecimiento, fueron finalmente aprobadas este año... pero aún no han entrado en vigor. El ajuste estructural, la recuperación de las políticas austeritarias en formatos renovados, sobrevuela los pasillos de las instituciones europeas; el miedo a sus posibles consecuencias, visto lo visto, también.

Hasta la fecha, aprendiendo de sus propios errores, las potencias europeas han tratado de cargar masivamente los costes de la crisis no tanto sobre los hombros de las mayorías sociales —que han seguido sufriendo procesos de devaluación salarial y extracción de rentas— como sobre los presupuestos públicos (vía deuda). La subida de los tipos de interés, no en vano, ha supuesto el rescate invisible de la banca. Mientras se continuaba con el discurso oficial de la *no-austeridad*, el incremento de los precios del dinero y la inflación se han convertido en la forma de repercutir los costes de la crisis sobre las poblaciones, a mayor gloria de los grandes propietarios. En los dos últimos años los seis grandes bancos españoles han ganado 52.193 millones de euros; con el impuesto extraordinario sobre márgenes y comisiones, en este mismo periodo, apenas han pagado 1.109,8 millones (el 4,2 % de sus beneficios).²⁸

Para impulsar la «recuperación, transformación y resiliencia» del *european model*, los Estados centrales han asumido la posición de mando en el sostenimiento de la economía, pilotando la transición hacia los nuevos nichos de negocio verdes y digitales de la mano del capital transnacional. Los fondos Next Generation han sido la punta de lanza de un extenso paquete de subvenciones públicas destinadas al rescate de las grandes empresas.²⁹ En el caso

²⁶ Erika González, y Pedro Ramiro, «El Estado-empresa español en el capitalismo verde», *La Pública*, núm. 1, 2022.

²⁷ Manu Robles-Arangiz Fundazioa, «Reforma del marco de gobernanza económica europeo: vuelven las políticas de austeridad», *Estudios*, núm. 47, 2023.

²⁸ Yago Álvarez, «Los seis grandes bancos españoles han ganado 52.000 millones desde que empezaron a subir los tipos de interés», *El Salto*, 31 de julio de 2024.

²⁹ Sobre los fondos europeos, pueden consultarse los informes: Nicola Scherer, Erika González y Nuria Blázquez, *Guía NextGenerationEU: más sombras que luces*, ODG, OMAL y Ecologistas en Acción, 2021; Erika González y Pedro Ramiro, *Análisis de los fondos Next Generation EU: objetivos, desarrollo e impactos sobre los ecosistemas y los derechos humanos*, OMAL, 2022.

español, se trata de 140.000 millones de euros movilizados desde el sector público —mitad ayudas reembolsables, mitad préstamos condicionados—, que se han configurado como una potente inyección dirigida a sostener las cuentas de resultados de las grandes corporaciones. Las empresas españolas han recibido así el 47 % del presupuesto destinado a amortiguar los impactos de la crisis; si se suman las ayudas indirectas, la cifra asciende hasta el 68 % de la financiación pública.³⁰ Hoy de nuevo, como hace treinta años, «se concede toda la prioridad al capital privado como eje de la recuperación económica».³¹

Parecería que el neoliberalismo hizo *crack* y que estuviéramos ante un retorno de la preeminencia del poder político sobre el poder económico, cuando la realidad es que los Estados centrales siempre han entrelazado sus intereses con los de las grandes corporaciones. Aquí y ahora, en la prolongada crisis estructural del capitalismo global, los aparatos estatales aparecen como la única posibilidad de salvación para el capital transnacional. El Estado, además de para seguir reforzando la arquitectura jurídica de la impunidad, se ha vuelto imprescindible para que no se venga abajo todo el andamiaje económico-financiero.

«Estamos ante un conflicto frontal entre las grandes corporaciones y los Estados», dijo Allende en su famoso discurso ante la asamblea general de Naciones Unidas en 1972. Cincuenta años después del golpe de Estado en Chile, ni está ni se espera un conflicto entre Estados y empresas por la soberanía; en todo este tiempo, se ha perfeccionado el desarrollo de un Estado-empresa funcional a los intereses de los principales propietarios. Sabemos que ahora las corporaciones transnacionales manejan volúmenes de negocio muy superiores a los presupuestos públicos, reescriben las normativas que protegen su seguridad jurídica, centralizan la producción de noticias, relatos e imaginarios. No es que manejen todos los hilos en la sombra —eso queda para las interpretaciones conspiranoicas del Foro de Davos y el Club Bilderberg—,³² pero sigue siendo cierto que su intervención en las amplias esferas privatizadas de nuestras vidas no se corresponde con la percepción social de sus posiciones de poder. El conflicto frontal entre los Estados y esas «organizaciones globales que no responden ni están fiscalizadas por ningún parlamento, por ninguna institución representativa del interés colectivo», que hasta la imposición de la hegemonía neoliberal vino a reproducirse en diferentes partes del globo, fue resuelto en favor del capital transnacional a partir del asalto a La Moneda. Pero el Estado no desapareció para dar paso a

³⁰ Sebastian Franco, Olivier Petitjean, Nicola Scherer, Erika González y David Felix, *Negocios por encima de las personas: un análisis crítico de la financiación pública ante la crisis*, ODG, Observatoire des multinationales, GRESEA y OMAL, 2024.

³¹ Miren Etxezarreta, «La economía política del proceso de acumulación», en M. Etxezarreta (coord.), *La reestructuración del capitalismo en España, 1970-1990*, Barcelona, Icaria y FUHEM, 1991, pp. 31-92.

³² Noel Ceballos, *El pensamiento conspiranoico*, Barcelona, Arpa, 2021.

un mundo sin reglas. «El Chile de Pinochet y los de Chicago no fue un Estado capitalista con un mercado libre de trabas, sino un Estado corporativista», ha escrito Naomi Klein: «Una alianza de apoyo mutuo en la que un Estado policial y las grandes empresas unieron fuerzas para lanzar una guerra total contra los trabajadores».³³

No es que desde entonces los Estados nación hayan dejado de enfrentarse a las multinacionales, es que han resultado esenciales para asfaltar la autópista por la que las grandes corporaciones han conducido su expansión global. Siguiendo a Slobodian, «el proyecto neoliberal estaba centrado en diseñar instituciones que, en vez de liberar los mercados, los aprisionaran, para que vacunaran al capitalismo contra la amenaza de la democracia, que reordenaran el mundo tras el fin del imperialismo como un espacio de Estados rivales en el que las fronteras juegan un papel necesario».³⁴ No puede analizarse la posición de dominio de las empresas transnacionales en todos los sectores estratégicos en la actualidad sin atender a la evolución del rol del Estado.

Los Estados de origen han construido la pista de despegue para que se produzca la internacionalización de las empresas con sede en su territorio. Los Estados de destino han pavimentado la pista de aterrizaje para acelerar la llegada de inversiones extranjeras a través de la liberalización comercial y las privatizaciones de las compañías estatales. Y las instituciones económico-financieras internacionales han engrasado todo ese proceso con sus planes de ajuste, tratados comerciales y préstamos condicionados. La soberanía, el supuesto derecho de un país a decidir qué hacer con sus recursos naturales y su política económica, hace tiempo que no reside en los parlamentos nacionales. Si la dependencia centro-periferia y la inserción en las cadenas globales de valor ya eran decisivas en 1973, hoy resultan imposibles de romper sin la conformación de alianzas regionales y bloques de poder alternativos. Lo vemos con el capitalismo verde militar, de Ucrania a Níger, buscando garantizar el suministro de energía y materiales por encima de cualquier contemplación sobre la democracia.

Gobernar la crisis

La pregunta fundamental, pospuesta (por el momento) la austeridad como botón nuclear para la resolución de la crisis económica ante el riesgo de estallidos sociales —no hay más que ver cómo los gobiernos se echaron atrás después de anunciar nuevos peajes en las carreteras o la eliminación de subvenciones al transporte público—, es sobre quiénes (más) se van a hacer recaer los costes de la crisis. Y es que el auge de la islamofobia y el racismo en Europa, más allá del eslogan «que viene la extrema derecha», con el que

³³ Naomi Klein, *La doctrina del shock. El auge del capitalismo del desastre*, Barcelona, Paidós, 2007, pp. 121-122.

³⁴ Quinn Slobodian, *Globalistas. El fin de los imperios y el nacimiento del neoliberalismo*, Madrid, Capitán Swing, 2021, p. 14.

en las últimas campañas electorales ha tratado de difuminarse el hecho de que tanto progresistas como conservadores han llevado a cabo las mismas políticas en materia de defensa y migraciones, representa el actual intento de recomposición capitalista mediante un desplazamiento hacia abajo de las responsabilidades. Se trata aquí, por tanto, de anticipar la posibilidad de que puedan prender discursos xenófobos y pogromos racistas como los que tuvieron lugar en Reino Unido en el verano de 2024.

La tríada militarización-fronteras-extractivismo, enfocada especialmente hacia la acción exterior en el marco de la readaptación geopolítica de la UE, tiene derivadas inmediatas en la política interior: criminalización del derecho a la protesta, profundización de la lógica belicista en la resolución de conflictos, privilegio de los derechos de propiedad, extensión de las *zonas de sacrificio*.³⁵ La Unión Europea se vuelve un territorio fortificado y militarizado que todavía garantiza ciertos derechos —cada vez más menguantes en el marco de los procesos de privatización y desmontaje del Estado social—, si bien únicamente a la ciudadanía que dispone de pasaporte europeo y cierto estatus económico. Gobernar la crisis, al estilo de la Inglaterra de los años setenta, pasa entonces por establecer un contexto político, mediático y jurídico propicio para certificar el establecimiento de distintos derechos en función de distintas categorías de personas. Una vez afianzados socialmente los *pánicos morales*, «en un movimiento de pinza automático e inmediato, la presión moral popular desde abajo y el empuje de la restricción y el control desde arriba se producen juntos».³⁶

Los valores de la civilización occidental siempre se han construido sobre la violencia, la dominación y el saqueo; ahora, la *excepcionalidad colonial* se vuelve norma³⁷ también en territorio europeo, aún con notables diferencias de forma o grado entre las regiones periféricas y centrales. La militarización social y el blindaje de fronteras abonan este paradigma, liderado por las extremas derechas hasta permear todo el arco político que va de Marlaska a Macron. El presidente Sánchez, en su viaje de finales de verano a Mauritania, Gambia y Senegal para cerrar acuerdos de migración circular y cooperación público-privada —eufemismos para fortalecer el control de la ruta canaria y la ampliación de los negocios de las grandes empresas españolas, todo ello en el marco del Global Gateway—, da por asumido que «es imprescindible el retorno de quienes llegan a España irregularmente».³⁸ En Alemania, tras

³⁵ Rossana Reguillo, *Necromáquina. Cuando morir no es suficiente*, Barcelona, Ned Ediciones, 2021.

³⁶ Stuart Hall, Chas Critcher, Tony Jefferson, John Clark y Brian Roberts, *Gobernar la crisis. Los atracos, el Estado y «la ley y el orden»*, Madrid, Traficantes de Sueños, 2023, p. 404.

³⁷ «Las colonias son el lugar por excelencia en el que los controles y las garantías del orden judicial pueden ser suspendidos, donde la violencia del estado de excepción supuestamente opera al servicio de la ‘civilización’», ha escrito Achille Mbembe, *Necropolítica*, Madrid, Melusina, 2011, p. 39.

³⁸ Gabriela Sánchez y José Enrique Monrosi, «Sánchez endurece su discurso contra la inmigración irregular y estrecha la cooperación con los países de origen», *El Diario*, 30 de agosto de 2024.

la victoria de la extrema derecha en las elecciones en los estados de Sajonia y Turingia, el gobierno federal de socialistas, verdes y liberales ha decidido saltarse el Tratado de Schengen y fortificar sus fronteras. En Francia, donde el nuevo ministro del Interior ha prometido «restablecer el orden» en «calles y fronteras», lo llaman *lepenización de los espíritus*.³⁹ En España, el «problema de la inmigración» ha ascendido rápidamente hasta la primera posición en las preocupaciones declaradas por la población.

En el caso español, la extrema derecha no tiene un proyecto alternativo a la Unión Europea. Su única apuesta, en realidad, pasa por reforzar el cierre autoritario.⁴⁰ Sus discursos críticos con el globalismo y la multiculturalidad, revestidos de menciones encendidas contra los «burócratas de Bruselas» y las «élites de Davos», al final no entran nunca en colisión con los consensos fundamentales del capitalismo europeo.⁴¹ Sus reivindicaciones de mayor soberanía se traducen en subvencionar las industrias fósiles y dejar intactos los privilegios de las oligarquías nacionales. Sus apelaciones a los obreros y a las clases populares contradicen su subordinación a los intereses patronales y la extracción social de sus propias filas. Lejos del Brexit o de demandas proteccionistas, su mayor exigencia al reposicionamiento geoestratégico de la Unión Europea, en la práctica, vendría a ser que se produjera todavía con más fuerza.

Del otro lado de la teatralización parlamentaria, el curso 2024-2025 ha comenzado con el PSOE poniendo las políticas de vivienda en el centro de sus discursos para tratar de hegemonizar en torno a sí todo el campo de la izquierda institucional. «Que la vivienda sea un derecho de todos y no el negocio de unos pocos», ha anunciado el gobierno auto-enmendando su relato habitual sobre los bienes de mercado.⁴² Reindustrialización, fiscalidad progresiva, ampliación del parque público de vivienda, reequilibrio de la relación turistas-residentes, reducción de la jornada laboral, lucha contra la desigualdad, fomento de la paz... En un contraataque a campo abierto frente a las movilizaciones sociales de los últimos tiempos, que

³⁹ Esta idea se basa en que «se genera una restricción al concepto de pertenencia “nacional” o “europea” que ataca directamente al concepto de protección jurídica por la pertenencia a la comunidad, la cual abre la puerta a la exclusión legal y sienta las bases programáticas de la xenofobia política del siglo XXI», como ha descrito Miguel Urbán, *Trumpismos. Neoliberales y autoritarios*, Barcelona, Verso, 2024, p. 98.

⁴⁰ Nuria Alabao y Pablo Carmona, «No hay proyecto alternativo para la crisis europea», *CTXT*, núm. 310, 2024.

⁴¹ «Una observación atenta de los programas económicos —que las guerras culturales relegan a un segundo plano— permite desmontar con eficacia el discurso nacional-populista, apartar la hojarasca pseudosocialista para revelar su neoliberalismo duro», afirman Ángel Ferrero e Ivan Gordillo, *El programa económico antisocial de la nueva derecha europea*, GUE/NGL, 2021.

⁴² «Pedro Sánchez avanza las seis prioridades de la acción de su Gobierno: “Competitividad, dignidad laboral, Estado del bienestar, vivienda, igualdad y paz”», *La Moncloa*, 4 de septiembre de 2024.

van desde los movimientos de vivienda a las manifestaciones a favor de Palestina pasando por las protestas contra la turistificación, las grandes prioridades (formales) del gobierno para los próximos meses se revisten ahora de una honda preocupación social; a pesar de estar alineadas con las prioridades estratégicas establecidas por la Comisión Europea más rechazada de la historia.

El rescate permanente impulsado por el Estado-empresa garantiza, a corto plazo, un escenario de cierta paz social. Sin poner en cuestión los intereses de los grandes propietarios y asegurando en todo momento los márgenes empresariales, el gobierno ha comprado tiempo por medio de un amplio abanico de resortes estatales: fondos europeos, apoyo a la economía productiva vía PERTE, ofertas de empleo público, revisión salarial del funcionariado, reducción del IVA, subvenciones a la gasolina y al transporte público, ingreso mínimo vital, bono social eléctrico, garantía de suministro de energía y agua a población vulnerable, etc. La flexibilización del sistema de pensiones para compatibilizar jubilación y empleo, el cambio del periodo de cómputo para el cálculo de la pensión o el blindaje de la indemnización por despido aparecen, en esta coyuntura, si acaso como los elementos pragmáticos necesarios para la recepción de los siguientes tramos de los Next Generation. Y, como ha sucedido con todo el proceso de elaboración y concesión de los fondos europeos, prácticamente no han recibido contestación de la izquierda parlamentaria.

Las perspectivas de los movimientos, por otra parte, se han imbuido en buena medida de esta lógica del *mal menor*. La frustración por el cierre del ciclo 15M-Podemos, tan lejos de las expectativas generadas en su momento con el «asalto institucional», ha devenido en una suerte de impotencia social que es incapaz de quebrar los marcos neoliberales (progresistas o reaccionarios) establecidos como consenso dominante. En el Estado español, y en tan solo una década, hemos pasado de aspirar a derribar el régimen del 78 a situarnos en una posición netamente defensiva basada en discernir entre el menor de los males posibles.⁴³ La imaginación política, en el plano europeo, apenas si logra escapar de esta disyuntiva: ¿capitalismo verde o extrema derecha?

Ecologismo, internacionalismo

Es un lugar común que, efectivamente, se ha producido un desplazamiento hacia la derecha de todo el marco político post 15M. Así se constata, para empezar, con los temas sobre los que se han articulado las agendas de los movimientos. No es solo que se haya volatilizado el cuestionamiento estratégico del proyecto europeo, sino que el propio internacionalismo se ha ausentado de la acción colectiva. Las dos décadas precedentes al *crash* global mostraron

⁴³ Brais Fernández, «La fallida “revolución pasiva” española», *Cuadernos de Estrategia*, núm. 1, 2023.

un potente despliegue de las luchas a escala europea: de las plataformas contra la Europa del capital y la guerra (Yugoslavia, Kosovo, Irak) a las movilizaciones contra el Tratado de Maastricht y la Constitución Europea, del movimiento antiglobalización a las diferentes ediciones del Foro Social Europeo. Pero a partir del disciplinamiento de Grecia en 2015, con la excepción de las manifestaciones por la justicia climática, se produjo un repliegue hacia los marcos locales, nacionales y estatales. Y sin una reactivación de las luchas sociales a nivel internacional, con un terreno de juego económico tan transnacionalizado, no podrán afianzarse alternativas socioecológicas viables.

Al mismo tiempo, se ha producido una cierta moderación de las prácticas movimentistas. De un repertorio de acciones que habitualmente solía incluir la desobediencia civil, la acción directa no violenta y la confrontación radical con la institucionalidad, proveniente de una tradición que entronca con el antimilitarismo, el movimiento antiglobalización y las revueltas en las plazas, se ha pasado a un modo de intervención que privilegia sobre todo las demandas al Estado. Puede decirse, en términos generales, que las continuas reclamaciones estadocéntricas (alegaciones jurídicas, trabajo de *lobby* en los ministerios, redacción de enmiendas y propuestas normativas) han pasado a ocupar el carril central de las reivindicaciones de muchos movimientos y organizaciones sociales. Frente a los gobiernos progresistas, las prácticas rupturistas se han atenuado. Y los resultados de la incidencia institucional, dicho sea de paso, han sido bastante magros.

En el capitalismo verde oliva y digital, la transición energética —en sentido amplio, la *transición ecológica*— ha devenido en justificación desde arriba para reforzar el sistema de dominación. La evolución del contexto global y de la emergencia climática ha llevado a que, en la Unión Europea, el ecologismo se haya transformado en ideología de gobierno. Frente al ecologismo de los pobres del que habla Martínez Alier para caracterizar las resistencias populares a los conflictos asociados a la expansión global de los megaproyectos,⁴⁴ nos situamos ahora ante el *ecologismo de los ricos*.⁴⁵ Blackrock, Ana Botín, Pedro Sánchez, la Comisión Europea y los grandes poderes económico-financieros tratando de convertir la crisis socioecológica en oportunidades de negocio, dejando fuera a todas aquellas personas que no son funcionales para la lógica de valorización del capital. Los debates sobre las oportunidades en torno al Green New Deal ilustran esta tendencia: el capitalismo verde, forzado por la crisis climática y la adaptación de los negocios empresariales, aparece como la única opción pragmática frente a la extrema derecha negacionista y fósil.

Todos los conflictos fundamentales de nuestro tiempo (agua, alimentación, energía, transporte, vivienda) son ecosociales, y en el marco de la crisis sistémica no es posible un arreglo capital-naturaleza. Las consecuencias de la crisis multidimensional que nos atraviesa van a tener un claro sesgo de

⁴⁴ Joan Martínez Alier, *El ecologismo de los pobres. Conflictos ambientales y lenguajes de valoración*, Barcelona, Icaria, 6ª edición, 2021.

⁴⁵ Rubén Martínez, «El nuevo ecologismo de los ricos (I)», *Crític*, 3 de marzo de 2023.

clase: los costes del cambio climático, las necesidades de agua y alimentación, la traducción del capitalismo verde y digital en reformas ambientales, las pagarán sobre todo las clases populares, vía segregación y zonificación, represión frente a las contradicciones sistémicas, destrucción de derechos, acaparamiento de riqueza y recursos. En este contexto, en los conflictos eco-sociales por venir, el ecologismo social tiene que confrontar radicalmente con los vectores centrales del proceso de acumulación capitalista —incluyendo a los Estados que les sirven de soporte— o corre el riesgo de ser demonizado.

El nombramiento de Teresa Ribera al frente de la vicepresidencia de la Comisión Europea, alineándose con las posiciones dominantes en el seno de la UE,⁴⁶ termina de consolidar la actual hegemonía progresista sobre las posiciones de la izquierda institucional. Abrazar la lógica del mal menor y celebrar su puesto como comisaria de Transición y Competencia contribuye a identificar al ecologismo con posiciones de gobierno. Y eso puede hacer que, cuando estallen conflictos ecosociales, sea muy difícil desligarse de sus medidas antisociales, que usarán la transición ecológica como excusa para el ajuste verde militar. Frente a la extrema derecha, sin negar las dificultades de la actual correlación de fuerzas, se trata de salir de la esquina del tablero en donde nos arrincona la lógica del mal menor para dejar atrás el repliegue y jugar a la ofensiva.

Si hoy es difícil fiar todo el trabajo político y de transformación radical a unos movimientos sociales y unos espacios de contrapoder disminuidos y ciertamente desmovilizados, más lo es delegar en un Estado crecientemente autoritario y sometido a la lógica del poder corporativo. El gran desafío actual está en fortalecer los procesos de autoorganización desde la base, por fuera del Estado, sin renunciar a disputarle ciertos espacios. Construir experiencias, compartir vidas y afectos desde los que tejer alternativas a la telaraña del neofascismo global. Construir agendas propias y fomentar las prácticas rupturistas. Abandonar la lógica de sectorialización y parcialización de las luchas. Fortalecer alianzas amplias con organizaciones sociales, políticas y sindicales. Apostar por un nuevo internacionalismo ecoterritorial,⁴⁷ pegado a las redes comunitarias y comprometido con el sabotaje de la lógica de guerra; compuesto por un sujeto diverso, enraizado en las luchas populares y que mire más allá de las fronteras del Estado nación como único marco posible de acción política.

⁴⁶ «Quiero contribuir a la construcción del sueño europeo y la respuesta a los desafíos actuales de conformidad con la propuesta presentada por Ursula von der Leyen», ha remarcado Ribera. La nueva Comisión Europea incluye comisarías con competencias en defensa, migraciones y Global Gateway.

⁴⁷ «El internacionalismo ecoterritorial es una práctica social y una forma de articulación transnacional entre experiencias vinculadas por el impacto de los conflictos socioambientales y por la construcción de alternativas territoriales concretas», sostienen Breno Bringel y Sabrina Fernandes, «Hacia un nuevo internacionalismo ecoterritorial», en Miriam Lang, Breno Bringel y Mary Ann Manahan (eds.), *Más allá del colonialismo verde: justicia global y geopolítica de las transiciones ecosociales*, Buenos Aires, CLACSO, 2023.

Abrir paso a otras formas de organizar la economía y la vida en sociedad no pasa por el nekeynesianismo, ni por confiar en la buena voluntad de los propietarios de las grandes fortunas. Lejos del «diálogo social» y de los acuerdos interclasistas, se trata más bien de rearticular espacios globales, nacionales y locales donde confrontar la hegemonía de las élites político-empresariales, donde las mayorías sociales se transformen en nuevas formas de organización popular. El conflicto central de nuestro tiempo ya no se da entre los Estados y las grandes corporaciones; estos han demostrado ir de la mano a lo largo del último medio siglo y ahora redoblan la ofensiva capitalista por traspasar las penúltimas fronteras en busca de nichos de rentabilidad. El balance de la expansión global del poder corporativo deja un largo reguero de desastres ecológicos, desplazamientos forzados, destrucción de territorios y múltiples violaciones de los derechos humanos, y los Estados no pueden ser el único principio y fin del derecho internacional.⁴⁸ Como ha dicho Angela Davis, «que este periodo también nos inspire para tener diferentes formas de imaginar el futuro fuera del marco del Estado nación, con su ejército y toda su policía y sus diversas formas de violencia».⁴⁹

Conjugar ecologismo y lucha de clases, siguiendo esta línea, pasa por aprovechar la potencia real de los movimientos que defienden sus territorios contra el avance de la depredación capitalista. Entendiendo que, como vimos en las marchas y bloqueos de los agricultores europeos que tuvieron lugar a principios de 2024 —o también en el caso de las plataformas ibéricas contra la expansión de megaproyectos de energías renovables—, van a producirse movilizaciones heterogéneas que combinarán posiciones reaccionarias y rupturistas, pero en las que, en cualquier caso, será fundamental intervenir.⁵⁰ De las resistencias frente a las macrogranjas a las movilizaciones contra la turistificación, de la oposición a los megaproyectos minero-energéticos a los movimientos por una vivienda digna, de los *levantamientos de la tierra* al bloqueo de las infraestructuras que sostienen el capitalismo verde militar, de la pelea por los servicios públicos a la federación de luchas ecofeministas, antimilitaristas y antirracistas, de lo que se trata, al fin y al cabo, es de impugnar

⁴⁸ «El derecho internacional no es ni verdaderamente internacional ni genuinamente derecho. Como fuerza ideológica presente en el mundo al servicio de la superpotencia y sus aliados es un formidable instrumento de poder». Perry Anderson, «¿Derecho internacional?», *New Left Review*, núm. 143, 2023.

⁴⁹ Frank Barat, entrevista a Angela Davis: «Palestina representa para esta generación lo que Sudáfrica representaba para las anteriores», *El Salto*, 5 de febrero de 2024.

⁵⁰ Frente a la visión de que las movilizaciones agrarias de comienzos de este año fueron impulsadas principalmente por la extrema derecha, «en las protestas agrícolas se han esbozado también otros elementos de crítica al actual modelo agroalimentario que pueden ser compartidos, como el señalamiento del papel de las grandes cadenas de distribución. Existe además un malestar de fondo y una preocupación por la defensa de un mundo rural vivo que conecta con diferentes sensibilidades, entre ellas la ecologista», han señalado Helios Escalante y Adrián Almazán, «Protestas agrícolas y ecologismo: la urgencia de una alianza (im)posible», *Zona de Estrategia*, 27 de mayo de 2024.

el modelo impulsando nuevas formas de articulación social. El horizonte del ecologismo social, como aprendimos con Ramón Fernández Durán, es «una nueva práctica política que tienda a transformar la ingobernabilidad en antagonismo, criticando las posturas reformistas que nos hacen creer que es posible la reforma del sistema desde dentro».⁵¹

Los pueblos, las comunidades y los movimientos sociales han de convertirse en sujetos, no meros objetos de derecho, reconstruyendo formas de acción colectiva que trasciendan la visión clásica del Estado. El marco internacional de derechos humanos, adoptado al terminar la Segunda Guerra Mundial y hoy en curso de liquidación, requiere una completa reconfiguración desde abajo.⁵² Ante la necropolítica de la Unión Europea, se hace necesario retomar la conformación de alianzas a escala transnacional. Frente al avance del enfoque privatizador en la cooperación internacional, se vuelve estratégico repensar y reconstruir un nuevo internacionalismo que enfrente el engranaje jurídico, político y empresarial de esta huida hacia adelante del capitalismo en crisis permanente. Aunque haya podido encontrarse en un momento de repliegue, sigue siendo clave —como lo ha demostrado este año el movimiento global contra el genocidio en Palestina— una solidaridad internacionalista que articule las comunidades en lucha y los pueblos en resistencia para enfrentar el orden capitalista, heteropatriarcal, colonial y ecocida. La única salida justa de la crisis será con las personas y los colectivos que defienden sus territorios frente al poder corporativo, fortaleciendo propuestas alternativas y redes contrahegemónicas transnacionales que exijan y hagan efectivos los derechos de las mayorías sociales.

⁵¹ Ramón Fernández Durán, *La explosión del desorden*, 3ª edición, Madrid, Fundamentos, 1996, p. 25.

⁵² Juan Hernández Zubizarreta y Pedro Ramiro, «75 años después, ¿dónde están los derechos humanos?», *CTXT*, núm. 297, 2023.

Participan en este número

Isidro López es antropólogo, sociólogo e investigador. Su último libro, junto a Rubén Martínez, es *La solución verde. Crisis, Green New Deal y relaciones de propiedad capitalistas* (Barcelona, IDRA, 2021).

Emmanuel Rodríguez es historiador, sociólogo y ensayista. Su último libro es *El efecto clase media. Crítica y crisis de la paz social* (Madrid, Traficantes de Sueños, 2022).

Pablo Carmona es historiador y activista del movimiento de vivienda. Su último libro es *La democracia de propietarios. Fondos de inversión, rentismo popular y la lucha por la vivienda* (Madrid, Traficantes de Sueños, 2022).

Nuria Alabao participa en el Colectivos Cantoneras e investiga las intersecciones entre género y raza en las extremas derechas; a este respecto puede leerse su capítulo en *Familia, raza y nación en tiempos de posfascismo* (Madrid, Traficantes de Sueños, 2020).

Pedro Ramiro es investigador del Observatorio de Multinacionales en América Latina (OMAL) y miembro de Ecologistas en Acción. Pueden consultarse sus informes, artículos y conferencias en las webs de ambas organizaciones.

